

SILVIA BARBEITO



Quando el Velo se rasga,
solo el amor puede
vencer la maldición

MÁS
ALLÁ DEL
VELO



Lectulandia

En Galicia, la tierra de la magia celta, donde reinan meigas, druidas y «menciñeiras», Diana regenta un pequeño bar en un pueblo casi perdido donde nunca pasa nada.

¿Nunca?

Una noche mágica, la noche de Samhain, Diana, sin saberlo, rasga sin querer el Velo que separa el mundo real del Otro Lado. Allí acecha un oscuro peligro que desencadenará una serie de acontecimientos capaces de amenazar su propia vida. Solo un hombre puede salvarla: Aidan, el nuevo vecino que ha comprado el Pazo de los Madrileños, que levanta pasiones y suspicacias a partes iguales y que no será, ni mucho menos, lo que parece.

Los destinos de Aidan y Diana se verán unidos de forma irrefrenable por la magia que emana de ambos y por la intensa e inmediata pasión que despiertan el uno en el otro.

Lectulandia

Silvia Barbeito

Más allá del Velo

Trilogía del Velo - 1

ePub r1.0

Titivillus 23.04.2018

Título original: Más Allá del Velo
Silvia Barbeito, 2015

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Proyecto Scriptorium



epublibre



5º

Aniversario



Más libros, más libres

Edición conmemorativa

Transparente como las aguas más claras, fino como la más fina capa de hielo.

Frágil. Tan frágil...

Y sin embargo, tan impenetrable.

El Velo titilaba ante sus ojos con la belleza y la suavidad de la más tenue pompa de jabón, pero él sabía que su corazón era el de la seda de una araña; tan resistente como ella e igual de engañoso. Tan seductor que solo deseaba desgarrarlo, tan detestable que solo podía estremecerse ante su hermosura sin fin.

Tan eterno e inviolable.

Cada ciclo se aproximaba hasta sus límites y contemplaba cómo su esencia se reducía hasta volverse apenas un sueño, una idea, un recuerdo que lo mantenía anclado a su realidad y alejado de lo que su transparente verdad ocultaba.

Era la puerta de su jaula de plata, era memoria y dolor; era promesas, destino, poder.

Lo amaba.

Lo odiaba.

Y amaba y odiaba lo que veía a través de él pero, por encima de los sueños y de la vida, deseaba poseerlo. Era suyo, lo había sido siempre y volvería a serlo.

Como cada ciclo esperó el momento. Como cada ciclo su impaciencia se hizo carne. Su odio se volvió filo y acero y espada. Su dolor, venganza y fortaleza.

Y como cada ciclo la carne se abrió en llagas sangrantes de vergüenza y desesperanza, la espada se quebró, la fuerza mutó en fragilidad.

Eterno e inviolable.

Impenetrable.

Herido y roto, yacía ya en la tumba de sus deseos una vez y mil veces marchitos, clamando por su herencia, clamando por su poder. Clamando de dolor y de rabia y de momentos perdidos en las lágrimas de una pesadilla.

Y entonces, el fuego.

Las llamas ascendieron inocentes. Orgullosas, inconscientes de su fuerza. Juguetonas y terribles, brillantes y oscuras como la noche, como el más infinito de los deseos. Llamas de poder, llamas de magia. Fuego y palabras de fuego en un conjuro endeble templado por el calor de las mismas llamas en el resentimiento y el dolor.

La esperanza volvió a seducir sus sueños y avivó ese fuego. El poder manó libre, sedujo las llamas, acarició sus brasas y dio alas a su baile nocturno. El fuego creció. La magia creció. Se hizo fuerte, se hizo verdad. Se hizo promesas y venganza cumplida.

Durante eones alimentó esa magia bisoña, creó fuerza de su fuerza, creó vida con su vida. Besó la magia nueva y pura, la moldeó a su antojo y con ella forjó su espada de nuevo.

Cuando el día moría ya en el abrazo de la noche, blandió ese filo nacido en la forja de la magia y el dolor. De los sueños rotos y el desengaño. De lo femenino y lo eterno. Del poder de uno que era tres y de tres que lo eran todo.

Y el Velo, por fin, se rasgó.

PARTE I

¿Y dónde dices que está el tren que nos ha atropellado?

Las escuálidas lanzas de luz que se filtraban a través de las ajadas contraventanas de madera tuvieron la puntería necesaria, y la mala leche imprescindible, como para ir a dar justo sobre sus párpados, arrancándola del dulce abrazo de un sueño estupendo en el que intervenían Johnny Depp, varios bomberos con muy poca ropa pero mucha simbología freudiana rodeándolos y, sorprendentemente, un ornitorrinco.

Con un gruñido, Diana tiró de la almohada y la lanzó sobre su cabeza para tratar de esquivar la súbita invasión lumínica y sus nefastas consecuencias; un despertar temprano justo el día en el que empezaban las primeras vacaciones que se tomaba en cuatro años.

Intentó evitar que su mente nadara fuera de la espesa melaza del sopor, pero fue inútil. Estaba demasiado acostumbrada a madrugar y, una vez que su cerebro empezaba a recorrer el camino de la consciencia, no había nada que lo hiciera volver atrás. Volvió a gruñir, apartó la almohada de un manotazo y se sentó en la cama, frotándose los ojos como un bebé mimoso.

No dejaría que terminara el día sin haber comprado unas persianas nuevas porque, desde luego, no pensaba pasarse todas las vacaciones despertándose a las... Echó un distraído vistazo al reloj, que la miraba con expresión irónica desde la mesilla, y gimió con desesperación. ¡Las ocho y media de la mañana! ¿Qué clase de estúpida se despertaba a las ocho y media de la mañana el primer día de vacaciones?

—La clase de estúpida que no ha tenido tiempo de cambiar esas puñeteras contraventanas por unas persianas como Dios manda —se respondió a sí misma, con una voz adormilada que a duras penas reconoció como suya.

Dejó escapar un gruñido y se permitió unos segundos para regodearse en su mal humor, hasta que su natural optimismo se desperezó, estiró los brazos y se empeñó en pintar una sonrisa desganada en su cara.

Suponiendo que tuviera algo parecido a un «natural optimismo», claro. Hasta donde ella sabía, la gente recurría al optimismo cuando, en realidad, de lo que tenían ganas era de tomar al universo por el cuello y estrangularlo hasta que escupiera toda la mala uva que les estaba haciendo la vida imposible. Cosas del tipo «nos hemos quedado todos sin trabajo, a mi marido le han diagnosticado una cardiopatía severa, mi hijo mayor es adicto a la heroína y vivimos en un cuartucho alquilado de cuatro metros por uno. Pero somos optimistas porque hoy hace sol».

En la mayoría de los casos, el optimismo ocultaba un caso terminal de ceguera selectiva, y un optimista no era más que un pesimista muy mal informado.

Sin embargo, no iba a permitir que algo tan absurdo como la falta de sueño le arruinara el día. Al fin y al cabo, tenía muchísimas cosas que hacer, empezando por encargar esas puñeteras persianas. Y limpiar la casa —antes de que la sociedad

altamente especializada de motas de polvo que se había asentado bajo su cama decidiera que había llegado la hora de acabar con el invasor que vivía sobre su techo. Y la asesinara mientras dormía—. Y ponerse al día con todos los libros que había ido pasando a su *e-reader* con la idea de poder leerlos cuando tuviera tiempo libre. Y pintar el baño. Y comprar los regalos de Navidad. Y...

Más animada, se bajó de la cama de un salto y se dispuso a aprovechar al máximo el día. Había tantísimas cosas que quería hacer... No tenía ni un minuto que perder. Ni uno solo, se dijo, mientras se dirigía al baño que había previsto pintar.

Tres escasas horas más tarde, estaba en la puerta del único bar del pueblo —que, para más recochineo, era *su* bar; el bar del que había decidido tomarse un respiro—, tras haber limpiado la casa, pintado el baño de un metro cuadrado, comprado regalos para todo el mundo y encargado las persianas que tardarían al menos una semana en llegar. Tener vacaciones era genial. No tener un mísero euro en el bolsillo para disfrutar de ellas no lo era tanto. Y, al parecer, no tenía tanto trabajo pendiente como había pensado en un principio.

Claro, todavía podía volver a casa y ponerse a planchar —ni loca—. A organizar el armario —tampoco tenía tanta ropa, ¿no?—. A ordenar la biblioteca —un nombre muy rimbombante para la estantería de un metro por dos que había comprado en Ikea antes de mudarse, y que de todos modos volvería a estar desordenada porque las bibliotecas de la gente que lee *siempre* están desordenadas—. O a vaciar la buhardilla, llena de trastos inservibles de su abuela —no quería morir tan joven—.

Miró hacia la puerta del bar con aprensión mal disimulada y volvió a consultar el reloj. Albergaba la absurda esperanza de haber sido atrapada por una anomalía espaciotemporal y que el maldito trasto señalara una hora mucho menos indecente que las once y poco de la mañana. Por desgracia, las anomalías espacio-temporales solo se daban cuando uno no tenía tiempo que perder, pero las vacaciones eran, por definición, «tiempo que perder».

Las manecillas del reloj la miraron impertérritas y le informaron con infinita educación de que, en efecto, eran las once y diecisiete clavadas y tenía todo el día por delante para hacer... nada. Nada en absoluto.

La situación sería mucho menos deprimente si al menos pudiera ir a tomar café a algún sitio que no fuera su bar. Pero como el karma nunca le había tenido especial afecto, el único lugar del pueblo donde podía tomar algo —aparte de la casa de algún vecino— era su bar. El bar. Alias cafetería, alias cervecería, alias mesón..., alias epicentro de todos los cotilleos.

¿Por qué diablos había llegado a pensar que volver a vivir en el pueblo y hacerse cargo del maldito negocio era una buena idea?

Sin duda porque era una imbécil. Y porque su aventura de libertad en la ciudad había terminado con sus ahorros gimoteando aterrorizados, sus pies destrozados de tanto recorrer las calles entregando un currículo tras otro, sus sueños de grandeza haciendo cola ante la oficina de empleo y su «natural optimismo» —sí, ese que no

estaba segura de tener— intentando llegar a las antípodas con una mochila cargada de ansiolíticos a la espalda.

Al menos todavía tenía un montón de lecturas pendientes, y la barra del mesón era un sitio tan bueno como cualquier otro para empezar a leer. Levantó la barbilla, inspiró hondo y abrió la puerta de madera, que celebró su decisión con el habitual chirrido metálico, acompañado por el tintineo anémico de una campanita que detestaba con todas sus fuerzas, pero que había tenido que volver a colocar so pena de ser linchada por la mitad de su clientela.

Esquivó el árbol de Navidad, del tamaño de un rinoceronte pequeño, que Concha había colocado a traición junto a la entrada, y caminó hasta la barra haciendo oídos sordos a la machacona música de villancicos que, al parecer, su camarera también había colado en el bar de contrabando.

Apenas había dado dos pasos, cuando Concha levantó los ojos de la revista de cotilleos que tenía siempre escondida en algún sitio y la miró con expresión irónica.

—¿Tú no estabas de vacaciones? —preguntó burlona.

Respondió con un gruñido ininteligible, dejó caer la mochila junto a ella y trepó hasta sentarse en uno de los taburetes, demasiado altos para cualquier ser humano normal. Rebuscó en el pozo sin fondo de su bolso, sacó el *e-reader* y miró a la camarera de mal humor.

—Y por eso vengo a tomarme un café —respondió en un tono que daba a entender, con absoluta claridad, que cualquier referencia a las conversaciones que habían mantenido sobre lo muchísimo que tenía que hacer en casa sería castigada con la muerte. O como mínimo con un bufido amenazador.

—Marchando un solo largo con doble de azúcar —anunció Concha sin molestarse en disimular la sonrisa sardónica que bailaba en sus labios. Se dirigió a la cafetera y la miró por encima del hombro mientras manipulaba la palanca del molinillo para cargar la cazoleta de aromático café natural—. ¿Sabes que ya hay gente en el pazo de los madrileños? —preguntó con ese tono que siempre usaba cuando tenía un cotilleo jugoso al que hincar el diente.

Se encogió de hombros sin alzar la mirada del *e-reader* que estaba encendiendo. Estaba demasiado deprimida como para ponerse a parlotear sobre los nuevos dueños del dichoso pazo, que con toda seguridad serían una panda de pijos insoportables, habida cuenta de lo que sus antiguos propietarios pedían por la propiedad. Pero cuando la gente del pueblo tenía una novedad que comentar, cualquier intento más o menos sutil de ignorar una conversación era pasado por alto sin ningún reparo.

Así que Concha siguió preparando el café y parlotear sin importarle que no respondiera.

—Ya era hora, porque... ¿cuánto hace que nos enteramos de que lo habían vendido? ¿Un año? ¿Dos? Es igual —continuó sin esperar respuesta—, el caso es que esta mañana temprano llegó un camión y bajó un montón de cajas. Y me ha dicho Rita, que le ha contado Fede, que hace un rato llegó un cochazo de esos que salen en

las películas de espías, que casi atropella al hijo de Fina al pasar por la panadería. Pero, claro, es que Fina debería tener más cuidado con ese crío, que un día se va a llevar un disgusto. Se lo digo siempre; el maldito niño está todo el día... —Puso el café frente a ella y frunció el ceño—. ¿Qué estaba diciendo? —preguntó a nadie en particular y mucho menos a ella, que se esforzaba en ignorar los infinitos afluentes de la cháchara inacabable de la mujer—. Ah, sí, lo del nuevo.

No pudo evitar que una sonrisa irónica apareciera en sus labios. «El nuevo». El pobre tipo sería «el nuevo» hasta el día de su muerte, o hasta que algún otro incauto decidiera mudarse al pueblo, lo que quiera que llegara antes. Al menos, pensó casi con alivio, eso le evitaba seguir llevando ese título.

«Ah, lo siento, querido, has caído en la casilla del pozo y ahora estarás ahí hasta que saques un seis, o hasta que otro imbécil caiga en ella. Muchas gracias por participar, incluimos tu número en el sorteo de un jamón... Y todo eso».

—Un mal sitio para vivir —rezongó Chisco desde el otro extremo de la barra—. Muy mal sitio —insistió.

—Para ti todos los sitios son malos, *paspán* —rio Concha—. Eres un viejo gruñón.

—Qué voy a ser viejo —replicó él al instante.

—Pues a mí me parece buena cosa que alguien vaya a vivir ahí —intervino Marcos, el cartero, que acababa de llegar para unirse a la conversación y tomarse su habitual tapa de tortilla antes de seguir con el reparto.

—Tú qué sabrás —masculló Chisco.

La animosidad entre el cartero y el antiguo pescador era legendaria, aunque nadie, quizá ni siquiera ellos mismos, era capaz de recordar de dónde venía.

«Lo más seguro es que hace unos mil años, la familia de uno le quitara dos centímetros de tierra a la del otro, o algo así», se burló ella para sus adentros.

—Yo lo que sé es que... —La voz de Concha se interrumpió de forma tan brusca que incluso ella, que se esforzaba por no formar parte de la conversación, alzó la vista para mirarla. Y parpadeó confusa al encontrarse a la serena mujerona con los ojos abiertos como platos y dos brillantes manchas de un rojo carmesí adornando sus pálidas mejillas—. Madre del amor hermoso —dijo en un murmullo apenas audible—. Pues sí que va a ser buena cosa, sí —añadió en tono malicioso—. Diana, no te pierdas esto —ordenó con apremio.

Enarcó las cejas y se volvió para seguir la dirección de la mirada de Concha. Y se contagió al instante de la extraña enfermedad que había puesto color a sus mejillas y desorbitado sus ojos. Sin embargo, como presumía de ser mucho más mundana que la camarera, mantuvo una titánica lucha con sus hormonas para impedirles que desencajaran también su mandíbula... Sin ningún éxito.

Las muy desgraciadas consiguieron abrirle la boca, hacerle tragar saliva e incluso suspirar. Y todo eso mientras bailoteaban enloquecidas, daban palmas de pura alegría y rendían sacrificio pagano a los dioses de la fertilidad.

—Jo-der —murmuró.

—Yo no lo habría expresado mejor —replicó Concha con un suspiro reverente—. Me he muerto y he resucitado en un anuncio de *Davidoff* —añadió abanicándose con las dos manos, en un gesto más que exagerado.

—Concha, disimula un poquito, anda —ordenó entre dientes, aunque incapaz de seguir su propio consejo.

Y es que después de meses de sequía, sus alteradas y desaprovechadas hormonas no podían por menos que considerar como el dios de la lluvia, bajado de los cielos para complacerla, al tipo que estaba plantado en la puerta mirando a su alrededor con curiosidad mal disimulada.

Sin que su voluntad interviniera para nada en el proceso, sus ojos devoraron al recién llegado desde la raíz de sus espesos cabellos negros hasta la punta de sus desgastadas zapatillas deportivas, pasando por todos y cada uno de los mordisqueables planos de su cuerpo, y deteniéndose con especial avidez en los antebrazos morenos que la arrugada camiseta negra dejó al descubierto después de que él se deshiciera del tres cuartos de cuero. Que por cierto, le sentaba como un guante. O dos, incluso.

Casi había conseguido convencerse de que solo era un tío bueno más, uno de esos que se había jurado evitar por todos los medios después de sus dieciocho bien documentados fracasos sentimentales con tipos de esa clase, cuando él pareció decidir que el bar cumplía todas sus expectativas. Avanzó hasta tomar asiento en la barra, cerca de ella, y esbozó una amplia sonrisa.

Por supuesto, era una de *esas* sonrisas. Una de esas malditas sonrisas torcidas que parecían decir a gritos, «sí, nena, estoy tan de vuelta de todo que ya me he ido otra vez». Una de esas puñeteras sonrisas que la habían metido en más líos de los que era capaz de recordar. Y eso, más que ninguna otra cosa, le dio fuerza suficiente para mandar a sus hormonas a freír coquinas a Burkina Faso y volver a concentrarse en la lectura, pasando por completo del tío bueno y su sonrisa de mil vatios.

—Buenos días —saludó Concha con un tono de voz que con toda seguridad pretendía ser la imitación de una diva de los años veinte, pero que a sus sarcásticos oídos sonó como la de una anciana nonagenaria con un caso terminal de ronquera aguardentosa.

«Ahora es cuando él responde “buenos días” sin más, y la caga, verás», se regodeó.

Nadie podía conocer los absurdos protocolos del pueblo sin haber vivido en él los últimos... ¿doscientos años? Ella misma era incapaz de controlarlos, y eso que aunque se había ido de ahí nada más cumplir los dieciocho, había nacido y se había criado a pocos metros de la casa que ahora mismo ocupaba sobre el bar. Era imposible que ese tipo respondiera bien. Imposible. Sin ninguna duda. Vamos, es que ni...

—Parecen buenos, sí —dijo él con un ligero acento británico—. Vamos a ver

cómo terminan.

Reprimió un gruñido. Para su sorpresa e indignación, no solo había dado la respuesta correcta, sino que lo había hecho en el tono exacto en que debía hacerlo. Concha amplió su ya vergonzosa sonrisa, e incluso le pareció oír un murmullo de aprobación del propio Chisco.

—Si terminan ya será bastante... —sentenció este.

—Malo será —intervino el cartero, a todas luces también encantado con la demostración de protocolo del «nuevo».

—Malo estaba y se murió... —completó el tío bueno la frase, para su irritación.

Los tres parroquianos dibujaron idénticas sonrisas y el ambiente del bar pareció caldearse un par de grados con el calor de la aceptación y el reconocimiento de un igual.

Quiso llorar. O tal vez matar a alguien... Estrangulándolo con su propia simpatía, a ser posible.

—Bueno, ¿y qué vas a tomar? —preguntó Concha con una sonrisa embobada, que no solo daba vergüenza ajena, sino que además la envolvía para regalo y le añadía una tarjeta y un lacito. De color rosa chicle, para más señas.

—Cualquier cosa comestible que tengas me vale —respondió el tipo con aire alegre—. Tengo un hambre de lobo —añadió con un guiño malicioso—. Siempre.

La sonrisa de la camarera se amplió más allá de los límites de lo que ella creía humanamente posible y el color de sus mejillas pasó de un tono rosado a un rojo pasión que habría hecho las delicias del fabricante de carmín más exigente del planeta. Por suerte para su dignidad, se fue canturreando a la cocina, más que feliz de poder alimentar a la novedad del pueblo.

Ella decidió que había llegado el momento de hundir la nariz en el *e-reader* y dedicarse a ignorar todo el asunto, o en breve se encontraría corriendo a buscar a Daniel, el médico del pueblo, para que le inyectara una dosis de insulina que contrarrestara el subidón de azúcar que estaba atacando su organismo desde que ese tipo había entrado en el local y Concha se había convertido en la versión pueblerina de *Hello Kitty*.

Apenas había conseguido desbloquear la pantalla y leer dos líneas, cuando escuchó a Chisco aclararse la garganta. Luego vio por el rabillo del ojo cómo cogía su vaso de ribeiro y caminaba con estudiada parsimonia hasta el taburete que quedaba libre junto al recién llegado.

—Así que... —empezó el viejo en tono indiferente—. Eres *de fuera*, ¿no?

«Ahí va. El tercer grado», pensó ella con malévola satisfacción.

—De bastante fuera, sí —replicó el hombre con evidente diversión, con lo que demostró que no solo dominaba el intercambio de frases hechas e información propio de un pueblo pequeño, sino que además lo disfrutaba.

Chisco se concentró en su vaso durante unos instantes en los que solo se escuchó el tictac del reloj y el sonido rasposo de la espátula de Concha al rozar la plancha para

dar la vuelta a las tostadas.

Era la técnica habitual. El del pueblo calaba para ver si el otro añadía más información, aunque solo fuera para llenar el silencio, pero al parecer ese tío ya había jugado a ese mismo juego en muchas ocasiones y lo dominaba casi con tanta precisión como el anciano. No dijo ni un cuarto de palabra hasta que Concha salió de la cocina con una bandeja repleta de tostadas, apiladas en precario equilibrio, junto a un par de buenos pedazos de mantequilla y tres tarros de mermelada casera de varios sabores. En la otra mano llevaba una tabla con queso y varias tiras gruesas de membrillo.

Sin saber muy bien si estaba más sorprendida que indignada, Diana puso los ojos en blanco con tanta vehemencia que casi llegó a ver los surcos de su lóbulo frontal.

—Aquí tienes —anunció Concha con expresión satisfecha, mientras dejaba todo frente al hombre—. Que aproveche —sonrió.

—Vaaaya... —musitó el joven en tono reverente—. Cásate conmigo. Tengamos una docena de niños —rogó con una fingida expresión de esperanza patética.

La risita tonta de la camarera, y de las dos o tres personas que se aproximaron a la barra con más o menos disimulo para echar un vistazo a la novedad, le devolvieron las ganas de vomitar. O quizá de darse a la bebida. Alzó la vista y comprobó que el reloj, una auténtica antigüedad que anunciaba sin reparos que no había mejor bebida en el mundo que la Mirinda de naranja, señalaba tan solo las once y treinta y ocho.

«Demasiado pronto para un tequila». Suspiró.

—Esa ya está pillada, rapaz —rio Chisco—. Pero esa otra, no —añadió con un tonillo malicioso, señalándola.

—Genial —masculló Diana, mientras fingía concentrar toda su atención en el libro que tenía delante.

Aun así, sintió los ojos de su vecino estudiar su perfil. Y no le hizo ninguna gracia. Y aunque el nudo en su garganta parecía opinar lo contrario, seguro que estaba ahí por la empalagosa actitud de Concha, no porque tuviera el más mínimo interés en que el hombre le dirigiera la palabra.

Por fortuna, la camarera estaba más dispuesta a seguir tonteando con él que a hacer su trabajo, así que carraspeó para llamar su atención y ella se vio libre del peso de la mirada del hombre. Para su alivio, seguro.

—¿Estás de paso...? —Concha dejó colgando la frase en espera de un nombre que la completara.

—Aidan —ofreció él.

—Aidan —repitió la camarera, pronunciando su nombre (mal, por cierto) como si fuera un trozo de chocolate especialmente sabroso que tuviera que ser paladeado con mucha calma—. Yo soy Concha —se presentó con esa risilla tonta que jamás le había escuchado antes, y que aborreció al instante con todas sus fuerzas.

—Concha. —El nombre sonó en sus labios algo así como «Konsha»—. No, me quedaré un tiempo. —Llevó el tenedor cargado de queso y membrillo hasta sus labios

y esperó a tragar para continuar—. No sé todavía cuánto.

—¿Estás en el hotel de los de Caaveiro? —intervino el cartero.

—No. —Una vez más, el tenedor volvió a descender, en esta ocasión para cortar un trozo de tostada, y volvió a su boca. Después, el tal Aidan dejó los cubiertos, se limpió los labios y abandonó la servilleta de papel, demasiado cerca de su *reader* como para que fuera un gesto casual—. Voy a vivir en el... ¿cómo lo llamáis? —Lo pensó un instante, pero a esas alturas ya daba igual. No había un solo parroquiano en el bar que no supiera lo que iba a decir—. Pazo. Eso es, pazo —anunció por fin.

Se oyeron varios «ajá», algún «oh» y un par de «vaya», pero, en vista de la nueva información, las fuerzas vivas del pueblo decidieron replegar sus efectivos y volver en otra ocasión, con más munición para asediar al elemento desconocido, antes de decidir si era hostil o no. Eso la dejó con la vista del elemento desconocido de nuevo clavada en ella.

Después de unos segundos de silencio, en los que ella se negó con obstinación a levantar la mirada de su lectura, el hombre pareció rendirse. Dejó escapar un sonoro suspiro y se inclinó para alcanzar una mochila que había dejado caer a sus pies. Rebuscó en su interior un instante, sacó un libro que abrió sobre la barra y se acodó en ella para poder leer.

Ella sabía muy bien que no había nada más tentador para alguien aficionado a la lectura que tener a otra persona leyendo a escasos centímetros. Que los ojos decidían por su cuenta y riesgo, al margen de los dictados de la mente consciente, desviarse hacia las líneas impresas e intentaban descifrarlas para saber si eran conocidas; si de algún modo se podía atisbar el título o el autor; si, por casualidad, quien estaba leyendo junto a uno iba a levantar el libro y se iba a poder echar un vistazo a la sinopsis.

Era más que curiosidad. Era una compulsión que nacía del lugar donde se ocultan las tardes de lluvia con una novela maravillosa —o a veces infumable— en las manos; donde se guardan los recuerdos de las noches sin dormir, con los ojos irritados por el sueño y el cansancio, y los párpados manteniéndose firmes en su puesto con la siempre incumplida promesa de «solo un capítulo más».

No existe un solo lector en el mundo capaz de evitar echar una ojeada a lo que leen otros junto a él para, quizá, solo quizá, si los dioses son propicios, poder reconocer en el papel impreso a un alma gemela. Y si no lo son, al menos para sonreír con desprecio por el poco nivel de la lectura de su vecino.

Ella, por supuesto, no era una excepción a esa regla universal. Así que, sabiendo que era una batalla perdida de antemano, dejó que sus ojos se apartaran de su propia lectura e intentaran atisbar con disimulo el libro del hombre que estaba junto a ella. Era un libro viejo. Una edición de bolsillo con páginas amarillentas por el uso, leído y releído hasta la saciedad. Eso avivó su curiosidad.

Un libro era una cosa, pero un libro amado, atesorado y mil veces leído decía mucho de quien lo conservaba. Así que fingió frotarse los ojos, se apartó el pelo de la

cara para poder girar la cabeza en la dirección correcta y echó una nueva ojeada. No sirvió de nada. El muy desgraciado había colocado la mano sobre la página que estaba más cerca, y no tenía forma de ver ni una letra sin demostrar lo que estaba haciendo. Maldijo para sus adentros e intentó olvidarse del tema y volver a su historia, pero sus ojos la traicionaron una vez más.

Estaba tan ocupada intentando fingir que no miraba, que respingó cuando... —¿cómo era? Aidan. Un hombre que leía merecía tener un nombre— Aidan cerró el libro de golpe sobre su dedo índice. Sus ojos se abrieron como platos al observar que, tras colocar una servilleta como punto de lectura, se lo tendía.

—¿Qué? —preguntó Diana en tono seco. Mostrarse cabreada era muchísimo mejor que reconocer que había estado intentando cotillear.

—¿No querías verlo? —preguntó Aidan con una sonrisa traviesa—. Yo te muestro lo mío si tú me muestras lo tuyo, pelirroja.

—No soy pelirroja —protestó, ignorando la burda insinuación—. Tengo el pelo teñido de rojo cereza, que no es lo mismo —añadió con un gruñido.

Pero extendió la mano para coger el libro, porque tampoco era cuestión de dejar pasar esa oportunidad.

Miró la portada y frunció el ceño.

—Está en inglés —señaló el imbécil.

Sí, ya había dejado de ser Aidan, e incluso «el tipo», «el nuevo» o hasta «el hombre», para convertirse en «el imbécil». Acababa de comprobarlo de forma fehaciente.

—Vaya, gracias. No lo habría adivinado ni en un millón de años —ironizó Diana, devolviéndole el libro.

—Lo siento. Es que pusiste cara de confusión —se justificó él, con un encogimiento de hombros, sin disminuir ni un ápice su sonrisa.

—No era una cara de confusión. Era una cara de indecisión —puntualizó ella. Cuando él enarcó las cejas en una muda pregunta, ella dejó escapar un resoplido despreciativo—. Intentaba decidir si llevas un ejemplar de *Orgullo y prejuicio* porque te gusta, o es un truco estúpido para ligar.

Aidan «el imbécil» lo consideró un momento.

—Depende —dijo Aidan por fin—. ¿Funciona? —preguntó con una sonrisa esperanzada.

Ella sonrió a su pesar.

—Ni por lo más remoto —replicó Diana, burlona—. Odio a Jane Austen.

—En ese caso, ha sido una broma de mis hermanas —anunció Aidan con una seriedad más falsa que un pecado mortal y varios veniales.

Hastada, resopló y sacudió la cabeza con incredulidad.

—Dime que por lo menos tienes una hermana —pidió en tono de resignación.

—Oh, sí —rio él, mientras guardaba de nuevo el libro en la mochila, demostrándole que, de hecho, solo lo llevaba para intentar ligar con alguna incauta—.

Tengo seis. Todas mayores que yo —explicó—. Soy el pobre benjamín de la familia, necesitado de afecto...

Estaba a punto de responder que, con toda probabilidad, lo último que necesitaba el único varón entre seis hermanas mayores era afecto, cuando Chisco salió de la burbuja de indiferencia en la que se había escondido en los últimos minutos.

—¿Eres un séptimo hijo, rapaz? —preguntó con una extraña nota oscura en su voz.

Aidan ni se inmutó. Si acaso, su sempiterna sonrisa se amplió todavía más.

—Sí, señor —asintió con una expresión que conseguía ser solemne a pesar de esa risa que parecía bailar siempre en sus labios—. Como lo fue mi padre antes que yo —añadió después de una pausa que a ella se le antojó casi teatral.

O quizá lo teatral fue la reacción de Chisco, que inspiró hasta que su pecho escuálido se agitó bajo la gastada camisa, sacudió la cabeza, abrió y cerró los labios para decir algo que nunca llegó a salir de su boca, hizo un millón de pequeños gestos muy impropios de alguien tan inexpresivo como él y terminó mesándose los cabellos con aire preocupado.

—Pues sí que estamos bien... —masculló Chisco.

La única respuesta de Aidan fue una sonora carcajada.

El pazo de los madrileños, más que un nombre que sirviera para indicar la habitual desconfianza de los lugareños hacia todo lo que venía de fuera, parecía un intento desesperado de encontrar una forma de definir una construcción que, de otro modo, no tendría nada de particular y no sería diferente a muchos de los otros pazos que salpicaban toda la geografía gallega, olvidados unos, protegidos de manera casi vergonzante otros, y reconvertidos en casas rurales los más.

Situado en la cima de un monte bajo, el edificio se acurrucaba en el abrazo protector del bosque de *carballos*, vigilaba el pueblo con sus ventanas adinteladas en firme roca, alzaba su mirada sobre el mar bravío con orgullo y nostalgia y se esforzaba por mantener la dignidad de los tiempos pasados a pesar de las cicatrices que el *nordés* y el abandono habían dejado en su sólida fachada.

Sus primeros propietarios habían demostrado una sensatez que el dinero nuevo no solía traer y, lejos de entregarse a los excesos arquitectónicos de sus iguales, habían optado por las tradicionales formas rectas y sobrias de la típica construcción gallega, huyendo de las modas indianas, los elevados torreones que imitaban con más romanticismo que éxito el diseño medieval y las curvas y revueltas tan poco propias del gallego medio, que bastantes círculos y espirales interminables tenía ya en su conversación como para encontrárselas también en sus casas.

Quizás, en el pasado, la extensa superficie que se abría desde el patio porticado hasta el final del camino principal había estado cubierta de intrincados jardines que invitaban al paseo y al reposo, pero tras años de desinterés solo mostraba una espesa alfombra verde, segada sin gracia, que atendía más al sentido práctico que a criterios estéticos.

Órdenes del propio Aidan, que, incluso ahora que contemplaba con ojo crítico el resultado de los esfuerzos de la cuadrilla de reformas, no acababa de ver la necesidad de tener unos jardines en un lugar en el que llovía doscientos días al año y el paseo era cualquier cosa menos una actividad apacible y necesitada de un entorno propicio.

Además, con un magnífico bosque como el que tenía en su propiedad, perder el tiempo moviéndose por una naturaleza sometida y domesticada parecía casi una herejía.

Tuvo que reconocer que el pazo tenía muy buen aspecto tras la reforma. Y si a primera hora de la mañana había llegado hasta ahí, había echado un vistazo al que iba a ser su nuevo hogar, y había decidido de pronto que no podía pasar un segundo más sin tomar un buen desayuno, había sido porque..., bueno, porque tenía hambre.

Nada que ver con que la fachada principal, maquilada con la sombra que proyectaban las ramas de los *carballos*, pareciera un rostro malévolos que le sonreía con expectación, esperando que atravesara los dientes de madera de su pórtico para

poder devorarle hasta el alma. Qué tontería. A esas alturas de su vida, y habiendo visto todo lo que había visto, podía decir sin avergonzarse que era cualquier cosa menos cobarde. Ni de lejos. Qué va. En todo caso, prudente. En ocasiones. Y un poco. Lo justo, nada más.

Pero no era la clase de hombre que se asustaba por una simple casa, y menos por una casa que...

Vale. El puñetero edificio le había dado un miedo del quince, con esas ventanas que parecían ojitos maliciosos y esos puñeteros árboles acunándola con la sombra de sus brazos sarmentosos y...

«Te estás haciendo viejo, O' Cleary», se recriminó.

Sacudió la cabeza para ver si el movimiento empujaba a su condenada imaginación hasta el lugar más profundo de su cráneo, inspiró hondo y se quitó las gafas de sol para echar un vistazo en condiciones al dichoso pazo. Esta vez con los ojos de un hombre que ha devorado tanta comida como para acabar con el hambre en el Tercer Mundo y ya no está de un humor de perros. Sonrió satisfecho al ver solo una casa. Una casa estupenda, además.

Buscó las llaves del coche en el bolsillo delantero de sus vaqueros y abrió el maletero para sacar la bolsa de viaje y el maletín con el portátil. El resto de sus pertenencias debería estar amontonado en algún lugar de la casa, sin orden ni concierto, y si en algo conocía a las empresas de mudanzas, en muchas peores condiciones de como las había entregado. Una posibilidad que, con el estómago lleno y después de la charla con la pelirroja del bar, ya no lo cabreaba tanto como esperaba.

Una pena que el viejo se hubiera metido en el medio y lo hubiera obligado a salir corriendo antes de que le hiciera más preguntas —preguntas que todavía no le apetecía nada responder—, porque no le habría importado ni un poco seguir tomándole el pelo a la chica un rato más.

Y quizá hasta habría tonteado un poco más en serio con ella, aunque en realidad no era para nada el tipo de mujer que solía gustarle; demasiado problemática, demasiado lista, demasiado gruñona... Guapa, pero solo de una forma simpática, como si fuera una muñeca linda, con ese pelo absurdo y esa naricita diminuta. Y demasiado pequeña y frágil, casi flaca.

Nada que ver con las rubias esculturales que solía preferir. Mujeres con una cifra más alta en su talla de sujetador que en su coeficiente intelectual. Más cómodas, más fáciles. La clase de mujeres que no daban problemas, que eran suaves y cariñosas, y de las que uno podía separarse sin demasiados traumas con un regalo caro y un par de frases amables.

Mujeres que no tenían nada en común con la chica del bar, que tenía una de esas personalidades que podían cortarse con un cuchillo y una lengua que haría palidecer de envidia a un puercoespín. Las mujeres tenían que ser todo curvas, suavidad y miel, y esa mujer en particular tenía más aristas que un poliedro, más vinagre que una bodega de quinientos años y lo único suave que había en ella parecía ser la funda de

cuero de su *e-reader*.

«Claro, que —se dijo mientras intentaba averiguar cuál de las muchas llaves que le había enviado la empresa de reformas abría la puerta principal— sus gustos literarios son impecables. No solo no le gusta Jane Austen, sino que además lee a A. S. Cleary. Solo por eso debería llevármela a la cama». Se rio en voz baja de su propio chiste y la cerradura premió su buen humor abriéndose con un suave «clic».

El olor a pintura, yeso recién secado y barniz lo saludaron como un comité de bienvenida entregado hasta el delirio nada más abrir la puerta. Era un olor familiar, cómodo, al que estaba adaptado como uno se acostumbra a unas zapatillas viejas y con agujeros encima del lugar donde el dedo gordo siempre se empeña en salir a buscar la libertad. Era, para alguien que se mudaba tanto como él, el inconfundible aroma del hogar.

Siguiendo sus instrucciones, los obreros habían conservado parte de la estructura original, con la cocina ocupando casi la mitad de la planta baja, aunque ahora, en vez del horno de leña y la madera, el acero, el granito y la última tecnología se habían adueñado del lugar en una invasión anacrónica que miraba por encima del hombro a la anticuada fachada, con su sólida piedra y su envejecida madera.

Echó solo un vistazo distraído a la inmensa estancia, porque sus conocimientos de cocina se limitaban a cómo verter el contenido de una lata en un recipiente adecuado y calentarlo en un microondas, así que le importaba muy poco que la vitrocerámica y el horno pudieran programarse y que la nevera se conectara a Internet para reponer las existencias de leche. En su opinión, cualquier electrodoméstico que tuviera más sentido del orden y la organización que él debía ser quemado en la hoguera bajo condena de brujería. Y quizá azotado antes con un látigo de pulso electromagnético.

Salió de esa estancia de ciencia-ficción y entró en el salón esquivando el *tetris* de cajas que los operarios, tal y como esperaba, habían dejado tiradas de cualquier modo. Y sonrió con aprobación. Las habitaciones limpias, diáfanas, con apenas los muebles imprescindibles, le atraían sin remedio. Y ese salón era perfecto, un auténtico canto al minimalismo más acérrimo, tan vacío como relajante, con su butaca y su sofá de diseño, su mesa de líneas sencillas y sobrias y el inmenso televisor de plasma aguardando expectante a que él presionara una tecla del mando para que pudieran disfrutar juntos de un buen partido de fútbol.

Junto al salón principal, la pequeña habitación que iba a hacer las veces de biblioteca y sala de lectura estaba orientada al milímetro para aprovechar la escasísima luz solar, repleta de estanterías del suelo al techo donde —intentar— colocar el contenido de la mayoría de las cajas que se desperdigaban por cada lugar disponible. Libros. Libros y más libros... y más libros.

Si bien no era un hombre que acumulara ropa, o muebles, o recuerdos inútiles como pelícanos hechos con conchas o indescritibles muñecos que sostenían carteles del tipo «Recuerdo de Sri Lanka», nunca había sido capaz de resistirse a comprar un buen libro. Y a leer la mayoría, aunque su pila de pendientes tenía el tamaño de un

país pequeño y, cuando se derrumbaba —algo que ocurría de forma invariable cada dos o tres meses—, hacía vibrar los sismógrafos de medio mundo.

Con un suspiro de resignación se dispuso a empezar a colocar el contenido de las cajas.

Lo que le apetecía de verdad era servirse una cerveza e ir a echar un vistazo a la sala de juegos del piso superior, pero como ni siquiera una nevera tan lista como la suya podía funcionar sin instrucciones, no tenía ni una sola cerveza en casa —ni otra cosa comestible o bebible, ya puestos—, y jugar al *pinball* sin una cerveza haciendo malabarismos sobre el cristal no era ni la mitad de divertido. La visita a la sala de juegos tendría que esperar hasta que estuviera de humor para ir a comprar al pueblo y someterse a un nuevo interrogatorio por parte de los lugareños.

Se inclinó sobre una de las cajas y fue entonces cuando lo sintió. Los dedos helados deslizándose sobre su columna vertebral, convirtiendo la sangre a su paso en un sorbete de fresa; el vello de la nuca erizándose como el de un gato encerrado y cabreado, vivo o no, y esa sensación que apenas se percibía por el rabillo del ojo. Esa sensación atávica, de los tiempos en que el hombre era guerrero y cazador y el instinto consideraba necesario advertirle cuándo no estaba solo.

No se sobresaltó. No se asustó ni sintió deseos de correr. ¿Para qué? Pero su buen humor se fue a tomar una siesta y dejó en su puesto al invitado habitual en esos casos: el tedio más absoluto, que se hizo cargo de la situación obligándolo a suspirar y poner los ojos en blanco antes de incorporarse con lentitud.

Reprimió un gruñido y se dispuso a volverse, con lo que esperaba que fuera una sonrisa amigable.

Al fin y al cabo, estaba a punto de conocer al fantasma de la casa, y este llevaba ahí mucho más tiempo que él.

—Pues yo te digo que es un imbécil.

Diana se ajustó la toalla que le estrangulaba el cuello y se agitó incómoda en el sillón ergonómico de la peluquería de Marta. Eso suponiendo que «ergonómico» significara incómodo, «rompe-espaldas» y feo que te mueres, algo que se permitía dudar muchísimo.

—*Orgullo y prejuicio...* Vamos, no me jod...

—Estate quieta —ordenó su amiga con severidad, mientras sostenía unas tijeras de aspecto amenazador junto a sus rizos—. Si no paras de moverte, te voy a cortar una oreja —amenazó.

Como mil veces antes de esa, y como haría mil veces después, Marta frunció el ceño al contemplar su reflejo en el espejo, rodeado de un espumillón tan rojo y brillante como su pelo. Su amiga adoraba la maldita Navidad.

—¿Seguro que no quieres que te quite ese horrible color rojo? Estarías guapísima con unas mechas caribeñas y...

—¡Que no! —la interrumpió Diana con brusquedad—. Me gusta el rojo —dijo enfurruñada por tener que mantener esa conversación por enésima vez—. Y no voy a dejar que me pongas mechas, y mucho menos de un sitio que no conozco y no voy a conocer en mi vida. Tú límitate a cortar. Y, si eso, me pones un par de extensiones de color naranja.

Marta se estremeció de puro horror.

—Así no vas a encontrar a un buen hombre en tu vida —sentenció la peluquera con gesto hosco—. Los chicos hablan mucho, pero en el fondo lo que les gusta...

—Me la pela —refunfuñó. Su amiga torció el gesto ante su vocabulario, pero ella ya estaba lo bastante acostumbrada a esa reacción ante sus tacos como para preocuparse, así que ni se molestó en pronunciar una disculpa—. Ya tuve un hombre en mi vida y, aparte de para lo obvio, no servía para gran cosa, así que...

—Pero eso es porque no era...

—El hombre adecuado... Blablablá —la imitó Diana. También estaba más que harta de esa conversación—. ¿No iba a venir Laura?

Cuando Marta se ponía en ese plan, necesitaba todos los refuerzos que pudiera reunir y, si bien Laura estaba la mayor parte del tiempo en su propio planeta, donde sin duda hacía muchísima más falta, era lógica y racional hasta la desesperación, lo que hacía el contrapunto perfecto con el exageradísimo romanticismo de su otra amiga.

Lo más romántico que había en Laura eran las tablas de Excel, que utilizaba para todo. Desde el control de gastos hasta la organización de la lista de la compra, pasando por la planificación minuciosa de cada minuto del día.

—Aún son menos cinco —sonrió Marta—. Seguro que está esperando en la esquina para no descuadrar su *planning* diario —añadió con malicia.

Su amiga cortó otro mechón de pelo y un puñado de rizos rojos cayó sobre su regazo. Asustada, los contempló con la misma aprensión con la que miraría una serpiente de cascabel. Su corte se estaba convirtiendo a toda velocidad en una media melena, y mucho se temía que al terminar su trabajo la peluquera aparecería con una plancha para dominar sus rizos, algo que no estaba dispuesta a permitir.

—¿No estás cortando demasiado? —preguntó Diana con un estremecimiento. Marta se limitó a gruñir por toda respuesta y prefirió cambiar de tema—. Bueno, pues eso, lo que decía; que es un imbécil.

—Pero guapo, ¿verdad? —insistió la peluquera con una sonrisa traviesa.

Resopló con aire despectivo.

—Bueno... Si te gusta esa clase de tíos... —Esa clase de tíos morenos, altos, con una sonrisa rompedora y unos ojos del color del mar en tormenta...

—No, a mí no —replicó su amiga con una sonrisa casi nostálgica—. A mí me gustan los hombres aburridos y confiables —suspiró—. Pero a ti sí que te gustan así.

—¿A mí? —se escandalizó ella, pegando un salto en su silla. Marta volvió a suspirar con resignación y la empujó hasta volver a colocarla en su lugar—. ¡A mí qué me van a gustar! A mí...

—A ti te gustan los chicos guapos y malos, Diana —la interrumpió Marta con la resignación de quien ha visto cometer a alguien el mismo error ciento diez millones de veces y espera seguir viéndolo una y otra vez en el futuro—. Y Concha ya me ha llamado para contarme que...

—Cotilla —bufó.

Un insulto absurdo, en realidad. Llamar «cotilla» a alguien del pueblo era más o menos tan ofensivo como llamar frío a un pez, y casi igual de útil. Así que, por supuesto, Marta ni se inmutó.

—... es guapísimo. Y muy simpático. Dice que...

—Que le tiró los tejos como si no hubiera un mañana, sí —gruñó ella—. Fue patético. —La sonrisa de Marta brilló con tal intensidad que su reflejo en el espejo casi apareció difuminado ante sus ojos—. ¿Qué? ¿A qué viene esa sonrisita de gilipollas?

—¡Estás celosa! ¡Sí que te ha gustado! ¡Tenemos que hacer algo! —Aplaudió con entusiasmo. Una actividad que con las tijeras en la mano tenía un cierto aire amenazador—. Justo ayer estaba revisando el libro de la bisabuela y encontré la receta de ese filtro que hicimos cuando estabas tan colgada por... ¿cómo se llamaba? —Se detuvo para recordar.

—Pablo —respondió a regañadientes—. Y teníamos quince años y él era un imbécil, ¿recuerdas? —masculló de mal humor—. Ah, y el maldito filtro sabía como si algo se hubiera muerto dentro. Y olía más o menos igual.

Marta ni la escuchó, claro. Cuando entraba en su «modo Wicca» no escuchaba ni

el sonido de sus propios pensamientos, muchísimo menos el tono del sarcasmo o la negación.

—Ay, Diana, qué divertido. Espera a que venga Laura y...

—¿Que venga Laura y qué? —preguntó la voz ronca y sensual de Laura desde la entrada.

—A Diana le gusta el chico nuevo del pazo de los madrileños —canturreó Marta en una regresión a la infancia de lo más vergonzosa.

—A mí no me gusta nadie —protestó ella a su reflejo, porque nadie más le prestaba atención—. Ni que tuviéramos doce años, puñeta.

—No me extraña —replicó Laura con indiferencia. Dejó caer su maletín en el suelo y su cuerpo escultural sobre el sillón del lavacabezas.

Si no fuera su amiga, estaba segura de que la odiaría con todas sus fuerzas. Además de tener una voz que haría palidecer de envidia a Mata Hari, Laura era, con diferencia, la mujer más guapa que había visto en su vida, pero actuaba como si no le importara lo más mínimo.

Y de hecho, no le importaba lo más mínimo. Tenía la cabeza demasiado llena de datos, números y asociaciones lógicas, como para descender al mundo de los pobres y simples mortales y fijarse en cosas tan nimias como su aspecto. Extendió sus piernas infinitas, se estiró como un gato antes de proseguir y ella imaginó, por enésima vez, cómo decenas de hombres caían al otro lado de la calle, fulminados por el amor y la lujuria.

—Acabo de cruzarme con Rita —explicó Laura—. Y me ha dicho que Concha llamó a Fina y que le dijo que, y cito: «Aidan es un cruce entre George Clooney y Cary Grant, pero con cuadraditos en la tripa».

Marta abrió los ojos como platos y se volvió hacia ella con la velocidad del rayo y la expresión de un depredador preparado para hincar el diente a una presa especialmente sabrosa. Algo que encajaba tan bien con su imagen de Barbie como un televisor de plasma en un castillo medieval.

—¿Es cierto eso? —preguntó con avidez.

—No —masculló Diana. Sus amigas enarcaron las cejas con una expresión a medio camino entre el sarcasmo y la incredulidad—. Bueno, vale. Está rico —reconoció por fin. La incredulidad y el sarcasmo dejaron paso a la satisfacción y la condescendencia—. Pero sigue siendo un imbécil —se apresuró a añadir.

Laura y Marta cruzaron una mirada. Una simple mirada. Pero las conocía lo suficiente como para que su cerebro tradujera la escena, aderezándola con la música que suena en una película de terror justo en el momento en que la protagonista está a punto de abrir la puerta que no debe.

—¡Qué guapo! ¿Quieres ser mi novio? ¡Qué guapo! ¡Dame un beso!

Aidan enarcó las cejas con expresión confusa. Había visto muchos fantasmas en su vida. Almas torturadas que buscaban consuelo y compañía y se pasaban horas y más horas contando sus tragedias (ideales para darse a la bebida); espíritus furiosos que clamaban venganza y la tomaban con los muebles y las tomas de corriente (siempre a la hora del partido de fútbol decisivo de la temporada); criaturas burlonas empeñadas en meter sus calzoncillos de calaveras en el cajón de los tenedores cuando invitaba a mujeres a cenar...

Pero nunca, jamás, había visto un fantasma que quisiera besarlo. Y menos cuando ese fantasma tenía la apariencia de una dulce damita regordeta, de apenas unos once años, vestida con un virginal trajecito blanco de aspecto anticuado, adornado con lazos azules en más sitios de los que parecería posible y que daban a su dueña un extraño aspecto de pastel de bodas.

Aun así, era el fantasma de la casa, y, ya que iba a vivir ahí, tendría que aprender a tratar con él si no quería que la convivencia se convirtiera en un infierno. Los fantasmas no se tomaban a bien tener en sus hogares gente que no les gustaba, así que hizo uso de toda su experiencia y se dispuso a saludar con una frase ingeniosa y amigable, fruto de años de estudio e investigación exhaustiva en el campo de los fenómenos paranormales.

—Eh... —dijo Aidan—. Uh... —añadió cuando la damita se llevó sus manos transparentes a la boca y soltó una risita coqueta—. Esto... Eh... ¿Hola?

—¡Puedes verme! —exclamó el fantasma.

—Eh... Sí...

La niña se abalanzó sobre él y echó los brazos fantasmales sobre su cuello. El escalofrío que lo recorrió, al sentir la energía pura del espíritu rozando su piel, no fue nada comparado con el terror paralizante que se hizo cargo de todos sus procesos mentales cuando la cría intentó besarlo en la mejilla. Aquellos eran unos labios que, incluso en la palidez de la muerte y con la falta de definición propia del ectoplasma, parecían estar manchados de un caramelo especialmente pegajoso.

—¡Dame un beso! —exigió el fantasma.

Nunca había temido a los fantasmas, del mismo modo que la gente normal del siglo XXI no temía a la electricidad que alumbraba sus casas o al gas natural que daba vida a sus cocinas. Cuando algo se convertía en cotidiano, se tendía a olvidar que era potencialmente letal. Pero claro, la gente normal del siglo XXI no solía encontrarse con una cocina que intentara besarlos, o una lámpara que les preguntara si querían ser sus novios.

Así que, por primera vez en su vida, se vio paralizado por el pánico frente a un fantasma. En su descargo podía decir que no era la clase de pánico que le provocaban otro tipo de criaturas; pánico a ser devorado, torturado, convertido en puré, desmembrado con dedicación y cariño, usado como árbol de Navidad o servido como plato principal en el convite de bodas de una pareja de *trolls*.

Era más bien el miedo que sentían los hombres cuando se encontraban delante de una mujer que, sin razón aparente, se ponía a llorar como una histérica. O el que les abordaba cuando se veían ante un reto imposible, como poner la lavadora en el programa de ropa delicada o cambiar un pañal. O el que provocaba una amante liberal y despreocupada que, después de acampar durante meses en su cama, de pronto empezaba a hacer ojitos a los vestidos de novia y las cafeteras *Espresso*.

Podía hacer frente a un fantasma cabreado. A uno furioso y agresivo, incluso. Pero que lo condenaran si era capaz de tratar con una masa de ectoplasma en la preadolescencia, decidida a cubrir su cara de besos pegajosos.

—¡Oye! —gritó Aidan mientras braceaba para librarse de la puñetera cría, a pesar de que sabía que era algo bastante estúpido que hacer con un ente intangible—. ¡Para!

—¡Dame un beso!

—¡Que no, coño! ¡Pórtate bien! —exclamó con su más conseguida voz de ofensa paternal.

El fantasma soltó una risita, dejó su apariencia de niña cursi para convertirse en un minúsculo tornado de energía pura y bailoteó en torno a su cuello como un hada puesta de anfetis, sin dejar de soltar esas carcajadas infantiles, estridentes e irritantes hasta el punto de la urticaria.

Estaba a punto de echar a correr hacia la puerta y reorganizar su estrategia, cuando un par de voces burlonas empezaron a mantener una distendida charla al otro lado de la puerta entreabierta de la biblioteca.

—No sé cómo lo hace. No lleva ni medio día aquí y ya ha ligado —comentó uno de los cabezas de chorlito que tenía por compañeros.

—Lo que no sabía era que le gustaran tan jóvenes —replicó el otro, con su habitual tono de afectación indiferente.

—Vais a ayudarme, ¿o qué? —exclamó.

El fantasma había vuelto a su forma de niña y ahora estaba subida a su espalda, con sus brazos traslúcidos estrangulándolo de puro afecto y sus piernecitas cubiertas con calcetines de ganchillo enroscadas a la altura de su pecho.

—No sé... Es tan mona...

—Y parece tenerle mucho cariño...

—Sí, eso también.

—Además, hace muchísimo que no liga. ¿Cuánto? ¿Seis meses?

—Creo que más.

—¡Muérete, Roi! —gruñó Aidan.

—Me temo que ese deseo llega con unos cuantos años de retraso, O'Cleary —

replicó el aludido sin alterarse.

Ya había renunciado a mantener una cierta pose de dignidad, así que se lanzó tras el sofá que los operarios habían colocado de forma estratégica junto a la ventana para recibir luz natural durante la lectura, e intentó escapar de las atenciones de la niña fantasma.

Un vistazo a la puerta le confirmó lo que ya se había estado temiendo; esa escenita le iba a costar horas de recochineo por parte de los dos imbéciles que lo miraban sin inmutarse y sin mostrar la más mínima intención de intervenir. Les lanzó una mirada furiosa —un poco desvirtuada por la mueca de horror que se coló en su cara, sin su permiso, cuando la niña se puso a trepar por el respaldo del sofá— que solo le granjeó una amplísima sonrisa por parte de Niall y una ceja enarcada de Roi.

—Genial —gruñó.

—Vamos, Aidan, es una niña —se burló Niall—. ¿El gran Aidan O’Cleary, el séptimo hijo de un séptimo hijo, aquel que fue profetizado, el elegido que blablablá..., no sabe librarse de una simple niñita?

—Pero ¿tú la has visto, joder? —gritó Aidan, desesperado.

La cría había conseguido subirse a lo alto del respaldo y parecía estar tomando impulso para lanzarse de nuevo a sus brazos. Y todo eso sin dejar de emitir esa risita histérica ni un solo segundo.

Roi compuso un gesto de decepción, sacudió la cabeza y se deslizó en la habitación con su habitual actitud pausada. Una vez dentro de la biblioteca dedicó unos segundos a atusarse los puños de encaje de su camisa de hilo, a sacudir el polvo inexistente de las solapas de su levita de terciopelo y a recolocar la impecable melena negra tras sus orejas. Cuando se dio por satisfecho, se situó junto a la niña y la miró con expresión severa.

—Basta —dijo Roi en un tono poco más alto que un susurro. El fantasma se volvió para mirarlo, vaciló un segundo y empezó a girarse de nuevo hacia él—. He dicho basta. Es suficiente. —En esa ocasión, la niña se quedó quieta al instante y miró a Roi con expresión culpable—. Bájate del sofá. —Ella obedeció con la cabeza baja—. Ahora vete a tu cuarto y vuelve cuando hayas aprendido a comportarte como una persona —ordenó en el mismo tono severo y tranquilo.

La carita regordeta del fantasma se contrajo en una mueca, sus labios gordezuelos temblaron y, pocos segundos después, gruesos lagrimones se derramaban por sus mejillas.

—¡Tonto! —chilló el fantasma dando una patada al suelo, antes de desaparecer en un estallido de luz.

Roi suspiró con afectación, lanzándole una mirada reprobadora mientras él salía de detrás del sofá con expresión agobiada, el corazón bailando *La cabalgata de las valquirias* dentro de su pecho y el pulso rugiendo en sus oídos hasta ensordecerlo.

—Autoridad, O’Cleary. Te falta autoridad —le recriminó Roi.

—Vete a tomar por culo un ratito, Roi, anda —rezongó él.

—Autoridad y educación —replicó su amigo, dejándose caer en el sofá con estudiada elegancia.

—¿Para qué las necesito? —masculló Aidan de mal humor, maldiciéndose por no haber parado a comprar unas cervezas antes de volver al pazo. Si alguna vez había necesitado una cerveza con urgencia, tenía que ser en ese preciso instante—. Tú tienes educación por todos nosotros.

—Cierto —sonrió Niall mientras se dejaba caer de un salto en el sillón, donde se quedó despatarrado cuan largo era ante la mirada crítica de su elegante compañero—. Roi es el educado y tú eres el histérico.

—¿Y te importaría, mi queridísimo amigo, decirme qué papel interpretas tú en este absurdo vodevil? —inquirió Roi.

—Yo soy el guapo, por supuesto —contestó Niall, risueño.

Los miró y sacudió la cabeza con desesperación. Había llegado el momento de ir al pueblo y conseguir esas cervezas. Y quizá algo un poco más fuerte; alcohol etílico, tal vez. Beber era la mejor solución que se le ocurría, teniendo en cuenta que esos eran los tipos con los que, según se suponía, tenía que «salvar al mundo».

El pobre mundo no sabía la que se le venía encima...

Diana sabía que le hacían trampas. No tenía pruebas, pero lo sabía con la misma certeza que sabía que la materia estaba formada por átomos o que la Tierra era redonda.

Cuando se jugaban cualquier cosa, ella perdía de manera inevitable. Siempre. Así que, o era la persona con peor suerte de todo el universo conocido y parte del ignoto, o sus dos... llamémoslas «amigas» se confabulaban siempre en su contra para hacerle perder.

Y ese era el motivo por el que ahora mismo estaba camino del colmado para ir a buscar unas cuantas chucherías para pasar una noche de viernes entre chicas, en lugar de quedarse sentada tan tranquila en casa de Marta, admirando su nuevo corte de pelo, disfrutando de unos chupitos y eligiendo qué película iban a destrozar entre la inacabable colección de chorradas románticas que la peluquera guardaba en una inmensa estantería junto al televisor.

En realidad, no le importaba demasiado salir. Después de horas sentada en un sillón de peluquería, sufriendo más y más a medida que los mechones de pelo se iban amontonando a sus pies, y tras aguantar el calor de las lámparas y el maldito secador de pelo, el aire fresco de la noche, todavía bisoña, era un verdadero placer.

Cuando la puerta se abrió con un tintineo de campanillas, pensó no por primera vez que «colmado» era la palabra precisa para describir la tiendita de Encarna. En un espacio de apenas veinte metros cuadrados parecía estar acumulada toda la mercancía de un centro comercial de dimensiones elefantiásicas, dando al pequeño entorno la apariencia de, bueno, justo de eso; estar colmado hasta los topes.

Las estanterías se apiñaban en una maraña cuántica en la que varios objetos parecían utilizar el mismo espacio a la vez, apareciendo ante los ojos del cliente solo si los necesitaba. Solo Encarna conseguía moverse en ese universo de elevada entropía sin despeinarse y encontraba cualquier mercancía que le solicitaras en segundos, quizás a través de un portal interdimensional situado en algún lugar tras su diminuto mostrador.

Ese era el único modo de explicar por qué una persona normal podía pasar doce veces por delante de la misma estantería y no ver lo que estaba buscando, pero cuando llegaba Encarna ese objeto resultaba estar delante de sus mismísimas narices.

Ella ya había renunciado mucho tiempo atrás a buscar nada. Se acercaba al mostrador, soportaba la cháchara de la dueña un rato, disfrutando del modo en que trataba de esquivar al proverbial elefante blanco de su conversación mutua —que les recordaba con su silencio burlón que había sido la hija de Encarna la que le había robado el novio—, y pedía lo que le hacía falta después de las cortesías de rigor.

Ese día no fue una excepción, por supuesto. Y además la tendera parecía tener

novedades que comentar, a juzgar por el modo en que se iluminó su rostro al ver entrar a una víctima propicia.

—Buenas noches, Encarna —saludó, acodándose en el mostrador.

—No tan buenas, *ruliña*, no tan buenas —respondió Encarna con un suspiro sobreactuado.

—¿Y luego? —inquirió Diana, resignándose a pasar un buen rato escuchando un montón de cosas que, con seguridad, ni eran tan trágicas como aparentaban ni le interesaban demasiado.

Encarna tenía una personalidad que en el mejor de los casos solo podía clasificarse de melodramática, y los meandros de su conversación eran todavía peores de lo ya habitual en cualquier habitante del pueblo.

—Estaba preparando unas cuantas cosas para Manolo... —La tendera dejó la frase en el aire, esperando a que la respuesta correcta la completara para así poder decidir el ritmo de la charla.

—Vaya... —Diana compuso la expresión contrita que sabía que se esperaba de ella, aunque en el interior de su cráneo solo podía ver un pelotón de neuronas vestidas de animadora y agitando unos pompones al aire mientras chillaban entusiasmadas: «¡Esta me la sé, esta me la sé!»—. Mal, entonces, ¿no? —«¡Ja! ¿Ves? Me la sabía».

—Peor que mal —replicó Encarna con un suspiro, todavía más trágico que el primero. Apartó la bolsa que estaba llenando con misteriosos paquetitos envueltos en papel encerado y se inclinó sobre el mostrador adoptando un aire confidencial—. La familia está pensando en llevarla a Coruña, al hospital... Ya sabes... *al hospital*...

Hizo una pausa significativa, sin duda para que ella entendiera a qué clase de hospital se refería. Cuando se apartó unos centímetros para mirarla con una muda pregunta escrita en su rostro, Encarna asintió de forma breve y conspiradora y ambas volvieron a inclinarse sobre el mostrador en un *ballet* coordinado a la perfección.

—Sí, nena, sí, lo que oyes... —murmuró Encarna.

Sin dudar ni un segundo, hizo lo que se esperaba de ella. Sacudió la cabeza apesadumbrada, se apartó un poco y abrió los ojos de par en par en una perfecta representación del asombro y el horror, aunque en realidad lo que quería era abandonar esa charla y largarse de ahí con sus compras para poder olvidar que, incluso en un pueblo tan supuestamente idílico como era el suyo, también había historias dolorosas, de vidas rotas y desesperación.

—¡No me digas! —exclamó Diana. Encarna asintió con pesar, sin llegar a disimular la satisfacción que la reacción de su público le había provocado. Nada como un buen rumor al que hincar el diente—. Pero ¿tan mal está?

—Muy mal —dijo la tendera en tono seco. Se incorporó y volvió a su tarea con las bolsas—. Depresión posparto —bufó en tono despectivo—. Yo qué sé. He parido cuatro hijos y nunca...

—Bueno —la interrumpió Diana. Para empezar porque no le apetecía escuchar hablar de los hijos de Encarna, en especial *de su hija*. Y para seguir, porque la mujer

de Manolo le caía bien y no le gustaba lo más mínimo que las mujeres del pueblo pensaran que lo que tenía era pocas ganas de trabajar en lugar de una depresión clínica como un piano—. La depresión posparto existe. Y es muy jodida...

—Será... —respondió Encarna, encogiéndose de hombros.

Que se esperara esa respuesta no hizo que le molestara menos. Ese «será», pronunciado con el tono de «porque tú lo digas», la sacaría de sus casillas hasta el mismísimo día del Juicio Final, y escucharlo día sí y día también no iba a conseguir que se acostumbrara a él.

—No, a ver... —empezó la tendera tras una inspiración de aire que casi le reventó los pulmones. Un fútil intento de serenarse y volver su lengua maldita al interior de la boca—. Esto no es como lo de Piluca, la del molino, y su «estoy fatal de lo mío». La depresión posparto...

—Es una enfermedad. Y puede ser muy grave —dijo una voz a sus espaldas.

Aunque no hubiera reconocido el acento y la voz, habría sabido sin problemas quién había pronunciado la frase solo por la cara sonriente y la súbita explosión de capilares en las mejillas de Encarna, tan similar a la de Concha, que tuvo ganas de darse de cabezazos contra la pared.

«Venga ya. Ella también no», gimoteó Diana para sus adentros.

—¿En serio? —preguntó la tendera con un parpadeo—. Vaya, no lo sabía —murmuró, contrita.

—En serio —asintió Aidan, colocando sobre el mostrador dos *packs* de veinticuatro latas de cerveza, dos botellas de *whisky* y una cantidad de comida precocinada tal que sus arterias se encogieron, aterrorizadas, por el simple hecho de imaginarse todo el colesterol que estaba ahí acumulado—. Una de mis hermanas la tuvo. Lo suyo no fue muy grave, pero hay casos en que la madre no puede ni ver al bebé. Se convence de que no es suyo o que se lo han cambiado, o... —susurró apenado.

Y si Diana no hubiera estado mirándolo con tanta atención, se habría perdido la extraña expresión que cruzó su cara apenas un segundo, un brevísimo instante en el que pareció casi... ¿inquieto? ¿Expectante? Pero cuando él esbozó una amplia sonrisa, su libido se desperezó. Le echó un vistazo y, tras echar a patadas cualquier rastro de pensamiento coherente que pretendiera interponerse, sacó unas palomitas y se dedicó a contemplar el espectáculo sin preocuparse más del tema.

—... justo lo que le pasa a ella —estaba diciendo Encarna. Bajó la voz hasta convertirla en un murmullo confidencial hacia Aidan, que se inclinó hasta que su oreja quedó tan cerca de los labios de la tendera que ella pensó que la muy idiota empezaría a hiperventilar de un momento a otro. Sus propios estrógenos estaban ya en ello solo con imaginárselo tan cerca—. Al parecer, cree que el bebé no es su bebé —informó en tono angustiado—. Dice que se lo robaron de la cuna y pusieron otra cosa en su lugar. —Se apartó con brusquedad y sacudió la cabeza apesadumbrada—. ¡Otra cosa, dice! Pobre mujer —suspiró.

—Vaya... —se lamentó Aidan. Y una vez más, esa extraña expresión volvió a cruzar su rostro.

Pero, una vez más, ella se despistó cuando se volvió en su dirección.

—Hola, pelirroja —saludó él.

—Diana —masculló entre dientes—. Me llamo Diana.

—Sí, ya lo sé, pelirroja —replicó Aidan.

Por mucho que quisiera llamarlo «el imbécil», sus hormonas se oponían con decisión a cualquier insulto contra su persona. Decidió que lo más práctico era ignorarlo. A él y, de paso, a sus malditas e hiperactivas hormonas.

—Encarna, ¿me das...? —Diana lo pensó un instante—. Cuatro tabletas de chocolate negro, dos bolsas de gominolas, una caja de Donuts y... —Tamborileó con los dedos en el mostrador intentando recordar qué diablos le habían dicho que comprara. Hasta ahora se había limitado a improvisar, porque en el mismísimo instante en que Aidan había aparecido tras ella, toda la breve lista de la compra se había borrado de su mente. De hecho, en ese momento, en su cerebro solo había un coro de jadeos de lo más humillante. Optó por ir a lo seguro— una botella de Absolute.

—¿Otra noche de chicas? —cotilleó Encarna—. ¿Cómo la de Samaín en la playa? ¿Alcohol y maldiciones contra los hombres?

Dejó escapar un gruñido que bien podía ser un asentimiento como no serlo, y rezó para que la tendera cobrara a su indeseado —bueno, vale, quitémosle la partícula privativa— acompañante antes de ir a preparar su pedido.

No lo hizo, claro. El karma tenía un particular sentido del humor. Encarna también.

—Así que... —dijo Aidan con una sonrisa burlona—, lanzando hechizos contra pobres hombres inocentes en la noche de difuntos, ¿eh?

—Hombres... ¿inocentes? —preguntó Diana, enarcando las cejas en un gesto irónico—. ¿Eso no es una contradicción?

—Un oxímoron —la corrigió Aidan de forma distraída, como si su mente ya estuviera en la siguiente frase de la conversación—. Oye... Estaba pensando...

Ella hizo un soberano esfuerzo por no dar un paso atrás empujada por un pánico irracional. No. No, no, no, no. O mucho se equivocaba, o esa miradita falsamente tímida significaba que el tipo estaba a punto de pedirle que le permitiera unirse a ella y sus amigas. O quizá intentara quedar en otro momento, o algo así. Y se conocía lo bastante bien como para saber que, antes de que su sentido común tomara cartas en el asunto, su libido estaría arrojándose a sus pies al grito de «¡Sí! ¡Haz conmigo lo que quieras!». Y se había prometido no meterse en otra de esas nunca más, ni por toda la testosterona de la galaxia.

Por fortuna para su ego y sus promesas a sí misma, en ese mismo instante una voz de hombre resonó desde la puerta, llamó a Aidan y soltó una retahíla incomprensible en una lengua que estaba convencida de no haber escuchado jamás. El hechizo que la

mantenía anclada a los increíbles ojazos del aquel hombre se rompió y se volvió para ver a su rescatador.

De la sartén a las brasas.

No era el hombre más guapo que había visto en su vida, no. Decir eso sería un eufemismo tan descarado como describir a la duquesa de Alba como una belleza clásica. Esta era una criatura inhumana, sobrenatural, perfecta, gloriosa. No había otra forma de describirlo y, aun así, cada adjetivo parecía un insulto a lo que él era en realidad: hermoso de un modo tan apabullante que cualquier mujer con al menos un ovario sano caería de rodillas a sus pies solo por conseguir una de sus sonrisas.

Era un sueño húmedo esculpido en mármol y bronce por el artesano de una corte celestial; era sexo envuelto para regalo, cubierto con chocolate caliente y regado con un licor de treinta años, denso y exótico. Era lujuria, deseo, velas aromáticas, cintas de seda y gemidos entrecortados en la penumbra. Y lo peor de todo, ser tan hermoso no le impedía parecer masculino hasta la médula y conseguir que los mismísimos cimientos de una mujer se tambalearan y cayeran al suelo junto con sus principios, su moral y toda su ropa.

Sus ojos la acariciaron desde la cabeza a los pies con estudiada lentitud, con breves aunque apreciativas paradas en los lugares más interesantes. Y donde quiera que cayera su vista, su piel ardía y sollozaba, suplicando atención.

La estaba mirando. A ella. Como si no hubiera nada más en el mundo. Quiso reprimir un jadeo involuntario, pero su voluntad no estaba para bromas. El jadeo escapó de sus labios y voló libre para caer rendido a los pies de esa tentación divina vestida con embalaje humano.

Era poco más que humillante, lo sabía, y sin embargo estaba a punto de babear. O quizá de abalanzarse sobre él y dejar que su lengua tomara la iniciativa y lo saboreara, centímetro a centímetro, hasta aprenderse todos y cada uno de los caminos de su magnífico cuerpo.

—Vaya —murmuró el dios en tono suave. Se vio sacudida por una oleada de escalofríos al sentir su voz deslizarse sobre ella como la más íntima de las caricias—. No me extraña que te retrasaras —añadió apreciativo en dirección a Aidan—. Yo pasaría una eternidad ahí dentro... —hizo una pausa intencionada, mirándola con unos ojos que eran a un tiempo apetito voraz y promesas oscuras— de la tienda, digo, solo por ver algo así.

Para su vergüenza, sus capilares decidieron que era un momento perfecto para llenarse de sangre y adornar sus mejillas con dos inmensos rosetones. La enfermedad del ridículo se contagiaba con sorprendente facilidad, al parecer. De seguir así, antes de que acabara la semana todas las mujeres del pueblo parecerían cerezas maduras; rosaditas y listas para la recolección.

—Soy Niall —se presentó ese ser de belleza sobrenatural.

Le tendió la mano, felicitándose para sus adentros por haber conseguido que no temblara... demasiado..., y él se la llevó a los labios en un beso que pareció conectar

directamente ese minúsculo pedazo de piel con el lugar de su mente donde estaban los instintos reproductivos. No donde se hallaban sus hormonas, no, esas se habían desmayado hacía más de un minuto. Sobrecarga sensorial de máxima intensidad.

—Corta el rollo, Niall —masculló Aidan. El hombre le dedicó una mirada de inocencia que no consiguió engañarla ni ella, a pesar de lo aturdida que estaba—. Corta, he dicho. Ahora —insistió con severidad.

El dios del sexo suspiró resignado y algo pasó. Algo. Fue un instante, apenas un parpadeo, y aunque seguía siendo muy, pero que muy guapo, ya solo le parecía un tío bueno más. Quizá un poco más atractivo que Aidan, pero ni de lejos nada que justificara el efecto que había causado en ella unos segundos antes.

—Tampoco es para ponerse así, *deartháir* —protestó el rubio de buen humor.

—Ahora mismo lo último que me apetece es considerarte un hermano, Niall —masculló Aidan.

—No somos hermanos en realidad —aclaró el otro en su dirección, sonriente—. Pero nos criamos juntos, así que lo considero como...

—Como el gilipollas a quien tomar por el pito de un sereno, sí —lo frenó Aidan, aunque en su tono había una nota afable.

Ella frunció el ceño y abrió la boca sin saber muy bien qué iba a decir todavía, solo con la intención de apartar la confusión y romper el silencio..., cuando tuvo el segundo sobresalto de la noche.

—¡O’Cleary! ¿Cuánto tiempo hace falta para comprar *whisky* y cerveza, hombre? —exclamó alguien desde la entrada—. Le dije a Camp...

Y, una vez más, Diana se encontró mirando a otro tío bueno que cerraba la boca y se quedaba observándola con una gran sonrisa.

«Hoy es tu día de suerte, nena. Navidad a las puertas», se felicitó.

—O’Cleary, ¿dónde están tus modales? —inquirió el recién legado en tono suave, sin apartar su vista de ella ni por un breve segundo.

—¿Y por qué no se lo preguntas a Niall? —protestó Aidan—. Tampoco es que él se haya lanzado a presentártela... —añadió, enfurruñado.

—Porque los dos sabemos muy bien que considero a ese... —gesticuló en dirección al rubio con una mano, como si pretendiera encontrar en el aire la palabra oportuna para describirlo. «¿Chulazo? ¿Criatura mítica? ¿Quesito?», aportó ella en silencio—, ese *ser* —decidió por fin— un caso perdido. Tú, sin embargo, a veces muestras ciertas aptitudes que parecen indicar que un día dejarás de comportarte como si te hubieras criado en una pocilga.

Aidan dejó escapar un sonoro suspiro.

—Pelirroja, este es Roi —dijo Aidan en tono aburrido y monocorde—. Roi, ella es la pelirroja.

—Diana —masculló, mostrándole los dientes—. Me llamo Di-a-na. Y. No. Soy. Pelirroja. —La mueca que le dedicó se convirtió, sin su autorización, en la más deslumbrante de sus sonrisas cuando se volvió por fin hacia el tal Roi. Él se inclinó

en una breve y florida reverencia y llevó la mano que ella le tendía hacia los labios, sin llegar a rozarla siquiera—. Encantada —dijo con una risita que no quiso reconocer como salida de su boca.

—El placer es todo mío, querida —saludó Roi con un tono afectado que encajaba de un modo extraño, único, con su ropa de estrella del *rock* de los años ochenta.

Cualquier otro hombre vestido con camisa de hilo con chorreras, levita de terciopelo color vino, pantalones de cuero y botas de motorista se vería ridículo. Él era demoledor, con todo ese aire de libertino encantador, su sonrisa de chico malo apenas redimido y la indefinible aura de peligro que parecía rodearlo. ¿Acaso había una convención de tíos cachondos en el pueblo y nadie había tenido el detalle de informarla, o qué?

—Más quisieras —se burló Niall.

—Un bello nombre para una hermosa mujer —la alabó Roi, ignorando la pulla.

Diana quiso decir algo brillante y mundano en respuesta, o quizá tan solo reírse con una de esas carcajadas roncadas, sensuales y profundas que tanto envidiaba a Laura. Lo que salió de su boca, sin embargo, fue un poquito menos glamuroso.

—Uh... —dijo.

La estrella del *rock* sonrió con amabilidad, como si cosas como esas le pasaran todos los días —y lo más probable era que, visto lo visto, así fuera—, y miró las cajas que Aidan había dejado sobre la mesa.

—¿Le habéis preguntado a la dama si quiere compartir nuestras bebidas, o también tengo que enseñaros eso? —preguntó Roi.

—Eh, no, yo... O sea, es decir... —balbuceó Diana, alarmada.

—Es insoportable, pero, oye, a veces tiene sus ideas —comentó Niall alegremente.

—No te diría yo que no —apreció Aidan.

—No, a ver... Yo... Digo... Es que...

—Oh, discúlpame, querida —intervino Roi de inmediato—. Debí imaginar que una mujer como tú tenía un hombre afortunado esperándola en casa...

«Como si fuera a picar en eso —ironizó ella para sus adentros—. Vaya forma más tonta de intentar averiguar si tengo novio. Pues vas listo, chaval».

—No, no, ningún hombre, qué va —se encontró diciendo para su propia y humillante sorpresa—. Mis amigas, Laura y Marta... Ellas, es decir, nosotras, bueno...

—Magnífico —aplaudió Roi—. Tres damas, tres... —Se detuvo y lanzó una mirada crítica a los otros dos—. Un caballero —se corrigió— y dos... Dos más.

Ella abrió la boca para expresar una rotunda negativa.

—Claro, genial —dijo.

Y una vez más, el universo encontraba su lugar y su propósito —joder a Aidan O’Cleary— y se encontraba tras sus dos amigos, resoplando por la carga de los *packs* de cerveza, el *whisky* y la comida, mientras ellos tonteaban con la pelirroja, llevando cada uno una minúscula bolsa con las compras de ella y mostrándose muy satisfechos consigo mismos.

Los puñeteros caballeros andantes.

Y una mierda.

Si la chica pudiera ver a Roi, y hablaba de verlo *de verdad*, o ignorar el aspecto de Niall, que, Aidan tuvo que reconocer a regañadientes, era bastante atractivo incluso con sus truquitos, a lo mejor empezaba a replantearse esa sonrisa embobada que colgaba de sus labios como una burla sangrienta.

Claro que a lo mejor salía corriendo hasta llegar a las Antípodas...

Con un gruñido incómodo, recolocó el peso de las cajas que se balanceaban inestables sobre sus brazos y decidió hacer un nuevo intento para que sus colegas dejaran de comportarse como..., bueno, como se comportaban siempre que había un buen culo delante. Y la pelirroja tenía un culo que podía hacer caer a un hombr... Vale, dejémoslo en «ejemplar del sexo masculino» de rodillas a sus pies, eso era un hecho.

—Oye, ¿os importa echarme una mano con esto? —se quejó, deteniéndose en mitad de la calle apenas iluminada.

Los tres se volvieron a mirarlo. La pelirroja con cierta culpabilidad. Los otros dos con sendas expresiones de burla dignas de un par de puñetazos y, quizá, una o dos puñaladas.

—Vamos, Aidan —sonrió Niall con ese tonillo, entre sarcástico y burlón que él detestaba a un nivel casi celular—, solo son dos cajitas. ¿No puedes con dos miserables cajitas?

—Cajitas, mi culo —gruñó.

—Creo que en correcto castellano deberías decir: «Cajitas, mis cojones», O’Cleary —aportó Roi, aleccionador—. Es como tu desagradable costumbre de llamar a todo «sangriento» en lugar de, por ejemplo, «maldito». Son expresiones directamente traducidas del ingl...

—Vale —interrumpió Aidan—. Pues bésame los malditos cojones, Roi.

Roi ni pestañeó. Lo miró con esa actitud condescendiente tan suya y enarcó una perfecta ceja negra en su dirección, en una expresión de sarcasmo terminal.

—El culo —intervino la chica, con la risa bailando en sus labios.

—¿Cómo dices, pelirroja? —preguntó Aidan.

—Digo que ahí sí se dice «el culo». Bésame el culo —explicó burlona.

Sintió cómo una sonrisa lobuna se abría paso a través de la mueca furiosa que era consciente de haber estado mostrando hasta entonces. Ni se molestó en detenerla.

—Tú diles a esos dos que me quiten estas cajas de encima y estaré encantado de complacerte, cariño —ronroneó.

La chica abrió los ojos de par en par, enrojeció hasta que su cara alcanzó el mismo color que su absurdo pelo, resopló indignada y se volvió para seguir caminando a grandes zancadas hacia donde quisiera que se dirigieran. Niall y Roi le ofrecieron sendas sonrisas que goteaban puro recochineo y se apresuraron a seguirla.

Inspiró con fuerza, recolocó las cajas una vez más y siguió tras ellos, maldiciendo en todos los idiomas que conocía e incluso en alguno que fue inventando por el camino.

No era justo. No lo era en absoluto. Él la había visto primero, ¿no? Y eso, desde luego... Tiró tan fuerte de las riendas que controlaban el curso de sus pensamientos, que hasta sus pies se frenaron en seco.

Un momento.

¿Verla primero?

«¿En qué demonios estás pensando, O’Cleary?».

Cuando un hombre decía que había visto primero a una mujer, invocaba el pacto entre caballeros que exigía que ninguno de sus amigos tratara de meterse en sus bragas antes de que ese hombre lo hubiera intentado. Y conseguido. Varias veces. Y él no tenía ni la más mínima intención de poner a la pelirroja en horizontal, ¿verdad?

¿Verdad?

«Bueno...», vaciló. Si tenía que ser sincero, con esos pantalones vaqueros tan ceñidos que parecían una segunda piel sobre ese culo fantástico y ese nuevo corte de pelo, la chica tenía un «vuelta y vuelta», para qué negarlo. Y como el mismo Roi había señalado, con esa capacidad suya de hacer de lo evidente un insulto sangriento, hacía casi seis meses que no sudaba con una mujer bajo las sábanas, lo que batía muy de lejos su personal marca de abstinencia. Y él no le era indiferente, eso podía verlo. Quizá...

Volvió a tirar de las riendas de su monólogo interno, para frenar de paso a su libido, y echó a andar de nuevo entre resoplidos. Acostarse con la chica podía parecer una idea estupenda, pero sería una complicación. Una maldita, sangrienta complicación. «Así que, cerremos las puertas, pongamos la testosterona a remojo en hielo, y centrémonos en la realidad, muchas gracias». Era lo más sensato, y se preciaba de ser un tío sensato.

Pero nadie le iba a impedir admirar *ese* culo siempre que tuviera ocasión, eso desde luego.

El culo en cuestión giró a la derecha y se adentró en un estrecho caminito cubierto de grava, hasta llegar a la puerta de una casa a la que solo le faltaban gorrioncillos canturreando en las ventanas para transportarlo de un salto al mundo Disney. Era algo más que cursi. De hecho, la palabra «cursi» pasaba por delante de esa casa y dejaba

que el adjetivo «empalagosa» tomara su lugar con alegría demente, aunque lo más seguro era que su propietaria la definiera con una expresión encantadora, tipo «casita de muñecas» o algo similar.

La pelirroja tocó el timbre y casi al instante una rubia pequeña y dulce, vestida a juego con la casa de la que sin duda era dueña, abrió la puerta. Y apenas un segundo después, al posar su mirada sobre Niall, abrió también los ojos. Y la boca. De par en par.

Él se aclaró la garganta con un carraspeo de advertencia, y el futuro flamante propietario de una nariz rota se volvió en su dirección, con una expresión tan maliciosa pintada en su cara que en algún país seguro que podrían detenerlo solo por enseñarla sin licencia.

Por un momento pareció dispuesto a hacer uno de sus maravillosos comentarios simpáticos, pero entonces una morena espectacular apareció en la entrada con una sonrisa muy *sexy* y un cuerpo de esos por los que los hombres podían matar, invadir naciones vecinas y hasta ponerse un anillo de oro en el dedo.

Sabiendo la que se acercaba, reprimió un gemido de desesperación mientras Roi buscaba su mirada con un gesto de hastío, que decía más o menos: «Allá vamos otra vez». Él asintió, suspiró y se resignó a que la morena cayera también bajo el hechizo de Niall. Pero, para su asombro, la chica sonrió a Roi, agitó los dedos en dirección a él y saludó al otro con una simple y breve inclinación de cabeza, antes de volver a entrar en la casa sin mirar atrás.

La cara de Niall fue impagable. En unas décimas de segundo pasó de la estupefacción a la irritación y de esta a la confusión más absoluta, para terminar cayendo en algo peligrosamente cercano a la rabia.

—Oh, mierda —murmuró.

Niall de buen humor era, en el mejor de los casos, un grano en el culo. Pero Niall de mal humor... Bueno, había apenas un par de cosas peores que Niall de mal humor. Se llamaban «pandemias» y «armas de destrucción masiva».

Inquieto, buscó de nuevo la mirada de Roi. Este asintió con un gesto seco, antes de volverse hacia las mujeres con sus modales más dieciochescos y arrastrarlas con cumplidos y lisonjas al interior de la casa, a salvo de la tempestad que él confiaba poder detener.

Diana miró hacia la puerta por enésima vez en los cinco últimos minutos. No se trataba de que tuviera el menor interés en que Aidan la atravesara, por supuesto, era simple curiosidad. Nada más. Solo eso. Al fin y al cabo los dos hombres llevaban una eternidad en la entrada, hablando de quién sabía qué, y eso despertaría la curiosidad de cualquiera. ¿No?

Reprimió un suspiro preguntándose, no por primera vez en esa noche, cómo había pasado de «no quiero tener absolutamente nada que ver con un tío así» a encontrarse precisamente con tres tíos *así* compartiendo su noche de chicas. Recordaba con total claridad haber abierto la boca para pronunciar un «no» del tamaño de un armario ropero. Lo recordaba a la perfección, pero después su lengua se había puesto en movimiento por su cuenta y riesgo, todavía no sabía cómo.

Y ahí estaba, sentada en el saloncito de Marta, abrazando un cojín de raso color melocotón y mirando hacia la puerta cada veintisiete segundos exactos, mientras un caballero del siglo xv, calzado con botas de motorista y sentado con exquisita elegancia en un sillón demasiado pequeño y femenino para alguien como él, tonteaba con gracia con sus amigas.

Miró hacia la puerta una vez más y al volverse se encontró con los ojos de Roi clavados en ella, estudiándola con una sonrisa conocedora apenas perceptible bailando en su rostro de chico malo. Alzó la barbilla en un gesto de interrogación y orgullo, y la sonrisa se amplió en lo que casi era una mueca burlona antes de dirigirse de nuevo hacia —¡cómo no!— Laura. Y, para su sorpresa, su amiga se limitaba a reírle las gracias en lugar de saltar con una frase hiriente, mucho más propia de ella.

Se sirvió un chupito del *licor café* casero de Marta y se recostó de nuevo en el sofá. Se planteaba si debería salir con cualquier excusa para ver qué estaban haciendo los otros dos, cuando entraron por fin en el salón y su cerebro procesó varios detalles curiosos en un lapso de tiempo muy breve.

Para empezar, Roi cruzó una veloz mirada inquisitiva con Aidan. Este respondió con una brevísima negativa antes de volver a colocarse en la cara su estudiada sonrisita traviesa, mientras un relámpago de irritación cruzaba por los ojos del otro. Niall, ajeno a ese intercambio, observó a Laura con una mezcla de curiosidad y enfado infantil y fue a sentarse a su lado de un modo que a ella le recordó el de un soldado dispuesto a asaltar una trinchera enemiga.

Aidan, cómo no, la empujó un poco para hacerse sitio en el sofá que ella casi ocupaba por entero, cerca del sillón donde se acomodaba Roi, relajado y altivo, como un elegante gato persa.

—¿No prefieres estar en otro sitio? —gruñó.

La sonrisa traviesa del impresentable mutó hasta convertirse en una mueca que era una insinuación en sí misma.

—Pues, ahora que lo dices, se me ocurren un par de ellos, pelirroja —inquirió lanzándole una descarada mirada al escote.

—A mí también —murmuró Niall en dirección a Laura.

El tren de sus pensamientos descarriló sin remedio; los pasajeros gritaron aterrorizados, el maquinista gimoteó de pavor y la maquinaria explotó en un millón de brillantes estrellas que dejaron su cuerpo convertido en gelatina. En una masa llorosa y palpitante de deseo y necesidad.

¿Cómo pudo pensar que ese hombre, ese dios, era tan solo un poco más atractivo que su amigo? Cómo, en el nombre de todos los infiernos, cuando su cuerpo temblaba y ardía. Cómo, cuando hasta la última de sus células suplicaba ser poseída y satisfecha. Cuando lo único que ansiaba era lanzarse a sus pies y rendirle tributo en el más perverso altar de lujuria que fuera capaz de recrear.

—Niall —rugieron a un tiempo Aidan y Roi.

«Callaos —lloriqueó para sus adentros—. Callaos, dejadme escucharlo, dejadme adorarlo».

—¿Qué me dices, *a'ghrá?* ¿Me acompañas al Paraíso, o prefieres que yo te haga alcanzarlo primero?

Su voz, miel y bálsamo, nacía del lugar donde se esconden los más oscuros deseos; donde solo hay pasión e inconsciencia, y las reglas del decoro no son ni vagas sombras de un concepto olvidado. Seguía el ritmo primitivo de la danza más antigua y se enredaba en sus entrañas, convirtiéndolas en un grito del hambre más pura.

Quiso matar a Laura cuando se inclinó hacia su dios y su cara quedó a un centímetro de sus labios, con un beso colgando entre ellos como una promesa. La sonrisa de Niall iluminó su mundo.

—Dime —susurró su amiga—, ¿esa frase estúpida te funciona con alguna mujer, o es que crees que yo soy idiota? Y, ya que estamos, ¿qué diablos significa eso que me has llamado?

Por un instante la sonrisa permaneció en la cara del hombre, inmensa y estática, como si la realidad hubiera tardado en alcanzarla unos segundos más de lo que tardó en llegar a sus ojos furiosos.

Ella parpadeó, reprimió un escalofrío y salió de la nube en la que había estado revolcándose, mientras su cuerpo suspiraba con alivio y le devolvía el control a su cerebro.

«Pero qué demonios...».

No tuvo tiempo para pensar qué había pasado en los últimos tres segundos, porque las carcajadas de Roi estallaron en la habitación, resonando en las paredes recargadas de decoración romántica y adornos navideños. Junto a ella, el cuerpo de Aidan se estremecía sacudido por una risa que se esforzaba sin mucho éxito en controlar. Niall, sin embargo, parecía un poco más que furioso.

—*A'ghrá* —contestó de mal humor, exagerando esa pronunciación de quién sabía dónde—. Pues más o menos lo mismo que *a'chuisle*.

—Es un término cariñoso —intervino Aidan, sonriente, al ver que Niall parecía dispuesto a seguir molestando a la chica con su falta de aclaraciones—. Puedes traducirlo por «amor, cariño, querida...», algo así.

—Qué bonito —ironizó Diana.

—Esto es genial. Genial —aplaudió Roi entre carcajadas—. No me había reído tanto desde... —Lo consideró un instante sin dejar de reírse—. No me había reído tanto *nunca*.

—Roi, basta —ordenó Aidan con una severidad bastante atemperada por la sonrisa, que se empeñaba en elevar las comisuras de sus labios—. Basta —repitió más serio al ver que, lejos de obedecerle, el otro se reía con más fuerza—. Y tú —añadió dirigiéndose a Niall—, ya lo hemos hablado; compórtate como una persona por una vez.

—Yo no soy... —empezó a protestar Niall con gesto de enfado infantil.

—*Oíche Samhna, sídhe* —pareció amenazar Aidan.

Los dos hombres sostuvieron un pulso de miradas eterno. Al fin, Niall se relajó y esbozó una sonrisa indiferente.

—*Póg mo thóin, fiordhraoi* —replicó burlón.

Él no le devolvió la sonrisa, algo que resultaba casi inquietante en un hombre que parecía sonreír por cualquier cosa.

No averiguaría hasta pasado algún tiempo que con ese intercambio de frases Aidan se había limitado a recordarle la noche de Samaín, y el rubio le había sugerido que besara sus ilustres posaderas. Sin embargo, en ese instante, la vocecita malvada de su mente, esa que siempre parecía empeñada en poner en palabras todas las inseguridades que no creía tener, le susurró que lo más probable era que los tres hombres estuvieran interesados en Laura y hubieran iniciado uno de esos estúpidos rituales masculinos de «a ver quién la tiene más larga».

Vale, pues no le importaba lo más mínimo. Al fin y al cabo, ella ya no quería que estuvieran ahí, así que... Y si Aidan quería tirarse a Laura, pues que le aprovechara, vamos, porque...

—No es muy educado hablar en un idioma que solo conocéis vosotros dos —intervino Laura, interrumpiendo el preocupante hilo de su pensamiento y consiguiendo de paso que odiara más que nunca su voz de pecado mortal.

—Yo no esperaré buena educación de ellos, querida —replicó Roi—. Tendrías más éxito enseñando a un cerdo a comer con cubiertos de plata.

—¿Tienen que ser de plata? —inquirió Laura con sarcasmo.

—Por supuesto —asintió el hombre—. Es un requisito tan indispensable para un buen cubierto como la seda lo es para una buena sábana.

Para su sorpresa, su amiga no le soltó alguna fresca de las suyas o, peor aún, una detallada explicación de por qué la plata no hacía mejor a un cubierto, sin olvidarse

de citar su peso atómico o el número de valencias que... lo que fuera. Jamás escuchaba a Laura cuando se ponía en ese plan. Oírla sí. ¿Escucharla? Ni en broma. Pero no, no fue eso lo que hizo. Miró al hombre, lo estudió un segundo y dejó escapar esa puñetera risa que haría enrojecer de envidia a la mismísima Mae West.

—Pues me temo que no tenemos cubiertos de plata. Pero puedes acompañarme a la cocina, a ver si encontramos algo que te sirva, y así me ayudas a traer unas bandejas —anunció al tiempo que se ponía en pie. Roi la imitó al instante, levantándose con un gesto deliciosamente felino.

—Lo que la dama desee —dijo con una elegante inclinación de cabeza a modo de reverencia—. Y después, si me lo permites, puedo comprobar si tus sábanas son de seda o, al menos, adecuadas para esa piel tan delicada.

—No vas a tener tanta suerte —rio Laura antes de desaparecer tras la puerta, con Roi pisándole los talones.

No se habría sentido más estupefacta si le hubieran dicho que los extraterrestres habían invadido la Tierra y se habían hecho con el control mundial de la producción de chocolate. Algo que no desestimaba por completo: los *aliens* habían aterrizado, secuestrado a su amiga y dejado en su lugar una vaina irreconocible, con su aspecto y su voz, pero la personalidad de otro ser distinto. Y después se habían ido a fabricar chocolate. O más valía, porque lo necesitaba con urgencia y estaba dispuesta a terminar con todo el que encontrara.

¿Laura coqueteando? El fin de los tiempos se acercaba a pasos agigantados.

Preocupada, miró a los otros dos. Al parecer, el primer juego del partido lo había ganado Roi, y, si algo sabía de los hombres, sus contrincantes no estarían de muy buen humor. Sin embargo, Niall parecía más pensativo que molesto y Aidan aparentaba haberse olvidado ya de todo el asunto, al tiempo que estudiaba la botella de *licor café* con el ceño fruncido.

—Ni lo intentes —resopló ella—. Te matará si no has desarrollado inmunidad exponiéndote a él durante toda tu vida.

—Pelirroja, soy irlandés —replicó Aidan con esa mil veces maldita sonrisa pícara—. Nacemos inmunes al alcohol —alardeó.

—A este no —intervino Marta con su vocecita más tímida—. Lo hago yo, y lo hago muy fuerte.

Aidan se sirvió un chupito y alzó el vaso en dirección a Marta.

—*Sláinte* —brindó, exhortando a la salud—. Siempre he dicho que no hay nada más *sexy* que una mujer que sabe destilar alcohol. —Marta enrojeció de placer y lo miró sonriente mientras él se llevaba el chupito a los labios y lo apuraba de un trago.

Dos segundos más tarde estaba inclinado sobre sí mismo y tosiendo hasta reventar los pulmones.

—¿Pero qué cojones...? —gimoteó.

Marta, tan educada como de costumbre, se limitó a disimular una risita tras la palma de la mano, pero ella dejó escapar una sonora carcajada y se regodeó

palmoteando la espalda del hombre con auténtica saña.

—Te lo advertí, machote —se burló.

Aidan ni tan siquiera pudo responder. Siguió tosiendo y quejándose, hasta que Marta se apiadó de él y le tendió un trozo de chocolate, que agradeció con gesto agobiado y lágrimas en los ojos.

Niall pareció entonces despertar de su letargo. Se estiró como un gato, dibujó una sonrisa perezosa y miró a Aidan con divertido desprecio para, a continuación, servirse un chupito y apurarlo, también de un solo trago. Ella enarcó las cejas y esperó.

Y no pasó nada.

El rubio dejó el chupito sobre la mesa y volvió a recostarse en el sofá con aire desenfadado.

—Muy bueno —aprobó, dirigiéndose a Marta—. Un poco suave, pero muy bueno.

Tuvo que hacer un monumental esfuerzo por reprimir un gemido al ver cómo su amiga miraba al hombre con auténtica y genuina adoración. Sin embargo, no se molestó en sujetar el que brotó de sus labios cuando Aidan, cargado hasta las cejas de orgullo masculino herido, se abalanzó sobre la botella de licor.

La consciencia de Aidan llegó de puntillas, cargada con dos maletas, repletas hasta los topes, de lo que parecía un dolor de cabeza de proporciones épicas y un grupo de revolucionarios dispuestos a tomar al asalto el palacio de invierno de su estómago.

«Pero ¿qué diablos pasó anoche?», gimoteó con su voz mental más suave, para no causar más bajas entre sus perjudicadas neuronas.

Era una pregunta estúpida, y cientos de resacas debían haberlo convencido ya de ello. Pero la parte de su mente que había crecido hasta convertirse en una imitación más o menos decente de un adulto responsable solía encontrar bastante perturbador tener una laguna en la que cabría Nesy y toda su maldita descendencia, si se terciaba. Así que no podía resistirse a recoger los datos que encontraba dispersos y desordenados por cada lugar disponible de su cerebro e intentar colocarlos formando un todo coherente.

Fue ese adulto sensato, escondido entre sus neuronas, el que le advirtió que quizá, tal vez, quisiera extender el brazo hacia la derecha. Un poco más. Vamos, solo un poquito más. Un poco más... Justo ahí.

Su mano cayó sobre una piel suave y templada por el sueño y él se maldijo en silencio por su estupidez. ¿Cómo podía haber sido tan imbécil? ¿No se había convencido ya de que llevarse a la pelirroja a la cama era una muy, muy mala idea? Maldito sangriento brebaje...

La yema de sus dedos acarició de forma distraída esa piel de terciopelo. Su libido apartó a empujones a la voz de su conciencia y le susurró de forma muy convincente que, total, ya la había fastidiado. El número de veces en que la fastidiaba no podía influir en el resultado final. Y además, debía de ser un crimen contra la humanidad cepillarse a una mujer como la pelirroja y no recordarlo. Quizá podía empezar a lamentarse por su estupidez *después* de saber a ciencia cierta lo estúpido que había sido, ¿no?

Demasiado resacoso para discutir consigo mismo, dejó que su libido llevara su mano hacia abajo, buscando las redondeadas caderas de la pelirroja como punto de referencia para perderse entre sus piernas.

—Sigue bajando, O'Cleary, y pronto tendrás un enorme problema entre manos. Y conste que hablo de forma literal —masculló una voz que conocía muy bien a pesar de su ronquera.

Apartó la mano como si se hubiera quemado y se incorporó de un salto hasta sentarse en la cama. Su resaca se vengó golpeando su cerebro contra las paredes de su cráneo y enviando una oleada de náuseas con sabor a bilis hasta su garganta.

—¿Roi? ¿Qué dem...? —exclamó—. ¿Qué haces en la cama? ¡Conmigo! Y estás... —Echó un vistazo superficial al cuerpo que se estiraba junto a él—. Haz el

favor de taparte, joder —gimió—. Esto ya es bastante humillante.

—Tranquilo —replicó su amigo en un intento nada satisfactorio de imitar su habitual tono afectado. Se echó la sábana sobre las caderas y lo miró burlón—. Estoy razonablemente seguro de que no necesito exigirte que hagas de mí un hombre honrado.

No supo si reír por el arranque de humor o llorar porque se sentía como si estuviera a las puertas de la muerte.

—Mejor —replicó—. Tratándose de ti haría falta una invocación a todos los dioses y, aun así, no podría garantizar el resultado. —Ocultó la cabeza entre las manos y presionó con fuerza en un fútil intento de contener al grupo de caníbales que intentaba perforarle el cráneo al son de los tambores de guerra. Miró a su alrededor y un horror en rosa lo saludó con alegría demente—. ¿Dónde cojones estamos? —lloriqueó.

Roi se incorporó con un movimiento felino y lo miró burlón.

—En una de las habitaciones de invitados de Marta —explicó apartándose la desordenada melena de los ojos. Ver al atildado Roi tan desarreglado era solo un obstáculo más a su cordura, en una mañana que se presentaba ya repletita de ellos—. Ayer no hubo forma humana o divina de arrastrarte hasta el pazo, y, después de la cuarta vez que desentonaste cantando *Molly Malone*, pensé que lo más prudente sería acostarte. —Chasqueó la lengua con aire reprobador—. Mira que te tengo dicho que no entres en esas competiciones con Campanilla... Hace trampas, lo sabes.

—¿Y qué? Además, seguro que tú también bebiste hasta hartarte —gruñó.

—Por supuesto —aceptó Roi—. No podía permitir que las damas pensaran que me quedaba atrás. Además, los dos sabemos que yo nunca tengo resaca. Era un riesgo calculado.

—Calculado, mis cojones —masculló cuando una nueva oleada de náuseas lo recorrió de la cabeza a los pies. Se levantó de un salto y corrió hacia la puertecita que lo miraba desde un extremo del cuarto, rezando por que fuera un baño.

Por fortuna, resultó ser algo similar. Un cuartucho diminuto en el que se apiñaban una ducha, un retrete y un lavabo, sin apenas espacio para moverse entre ellos, decorado con todos los colores pastel del universo conocido y alguno más que ningún hombre sensato se habría atrevido a imaginar.

Su cuerpo se deshizo de todo el alcohol sobrante entre violentas arcadas y después lo dirigió hacia el diminuto cubículo de la ducha. Cuando consiguió encajarse en esa caja de zapatos y el agua fresca le perforó la piel, llevándose gran parte del sueño y un poco del dolor de cabeza, suspiró con alivio e intentó recordar la noche anterior. Había empezado a beber y había hablado con la pelirroja, que también se había sumado a la competición. Y cuando el alcohol le soltó la lengua, la cosa se había puesto interesante, porque...

Abrió los ojos de par en par.

Confirmado.

Terminó de ducharse y se secó con movimientos bruscos y acelerados. Después de encontrar un maltratado tubo de pasta de dientes y usarla con un dedo para espantar el mal aliento, se planteó si debía envolverse la minúscula toalla rosa alrededor de las caderas, pero desechó la idea. Roi ya tenía bastantes motivos para reírse de él esa mañana. Tampoco era cuestión de darle uno más.

Salió de nuevo a la habitación y su amigo empezó a hablar como si la pausa nunca hubiera tenido lugar. Como si fuera lo más normal del mundo hablar con un tío desnudo y resacoso con el que has dormido la noche anterior, que sale de un baño secándose el pelo con una toalla rosa.

—Con independencia de lo que les haya ocurrido a tus cojones, parece ser que tenías razón, O’Cleary —dijo con su habitual aire indiferente—. Son ellas.

—Te lo dije —replicó con un encogimiento de hombros mientras echaba un vistazo a su alrededor, intentando encontrar aunque solo fuera parte de su ropa—. Y se lo dije a Niall, pero ya sabes cómo es. —Fruunció el ceño—. ¿Dónde está, por cierto?

—No te va a gustar —canturreó Roi.

—Hablamos de Niall —contestó con un gruñido—. *Nada* de lo que hace suele gustarme. Pero ¿de qué se trata esta vez? —Roi abrió la boca para contestar, pero lo detuvo alzando una mano frente a él—. No, espera. ¿De verdad quiero saber de qué se trata? Antes de tomarme un café, digo.

—No —reconoció Roi, desperezándose. Se levantó de la cama y empezó a recoger del suelo una pieza tras otra de su ropa. Él solo había encontrado la camiseta, sus zapatillas deportivas y un calcetín—. Pero *tienes* que saberlo —añadió con un encogimiento de hombros. Con toda su ropa ya amontonada con pulcritud sobre el colchón, lo miró con expresión traviesa—. Se ha marchado temprano con Marta. Se han ido a dar un paseo por la playa —explicó en un tono en el que podían leerse con claridad las comillas.

La camiseta que estaba intentando ponerse se quedó colgando a medio camino, en espera de que su propietario procesara la nueva información.

—¿Y tú les has dejado ir? —exclamó furioso—. ¿Te has vuelto loco?

Roi se lo tomó con calma, como de costumbre. Cogió los pantalones de cuero del pulcro montón en que habían terminado, los examinó con gesto crítico, los sacudió y se los subió con una parsimonia encaminada sin duda a hacerle perder la paciencia. Aidan, decidido a no entrar en su juego de provocación, apretó los puños a modo de válvula de escape de su furia. De paso, así los tendría preparados si decidía estamparlos en la cara de su... ¿amigo?

Cuando su paciencia estaba tambaleándose en el borde del precipicio de su mala leche y a punto de experimentar lo que era la caída libre, Roi terminó de abrocharse los pantalones, los sacudió de nuevo para limpiar la inexistente suciedad sobre ellos y lo miró con aire reprobador.

—Te trajimos aquí a eso de las siete y media, cuando ya estaba a punto de

amanecer —explicó en tono aburrido—. Conseguí meterme en la cama a las ocho y pico, después de soportar un par de pegajosas muestras de amistad... Por cierto, yo también te aprecio, O' Cleary.

—Roi... —suspiró.

Roi chasqueó la lengua.

—Siempre tan innecesariamente impaciente... —protestó—. ¿Por dónde iba? —Vaciló con un fingido gesto de confusión. Esperó mientras su escasa paciencia se ponía el arnés del paracaídas y miraba el abismo de su mal genio con expresión expectante—. Ah, sí —exclamó Roi por fin, con un gesto elegante de su mano—. Me quedé dormido al momento, como sin duda imaginarás —añadió con intención.

Su impaciencia dio un paso atrás. Por supuesto, admitió para sus adentros. Y tenía que reconocer que bastante había aguantado ya. Se preguntó de pasada qué hora sería en ese momento, pero se resignó a esperar a que Roi le informara cuando hubiera llegado a ese punto de su narración.

—Vale, tienes razón —dijo a modo de disculpa—. Supongo que todavía era temprano cuando... —añadió con la esperanza de que Roi captara su sutil insinuación de acelerar el ritmo de su relato.

—Temprano hasta la indecencia —puntualizó Roi—. Y antes de que lo preguntes —añadió levantando un dedo para frenar el torrente de palabras que él estaba a punto de derramar por sus labios—, sí, intenté despertarte, pero habría sido más fácil mover toda la casa hasta la playa. —Sacudió la cabeza con aire crítico—. Nunca has sabido beber, O' Cleary.

Frunció el ceño, ultrajado. Decirle a un irlandés que no sabía beber pasaba bastante de largo de lo que cualquiera consideraría como un insulto amistoso. Y Roi lo sabía a la perfección.

—Sé beber —se indignó—. Pero ni siquiera yo puedo seguir el ritmo de Niall —se justificó con un gruñido.

—Lo que no sé si hace de ti un buen bebedor, pero desde luego sí te convierte en un buen idiota —replicó Roi. Lo fulminó con la mirada, pero el otro ni se inmutó. Siguió vistiéndose con parsimonia. Cuando terminó de ajustarse la levita, se atusó los puños de hilo de la camisa y lo miró enarcando una ceja—. De cualquier modo, no podía salir más allá de la puerta ni pude despertarte, así que volví a dormirme hasta que tú... —Agitó la mano frente a él con gesto incómodo—. Bueno, ya sabes.

—Sí, ya sé —rezongó, intentando obviar el tema—. En resumen, es demasiado tarde para el control de daños. —Roi se encogió de hombros de nuevo en un gesto que parecía decir «es lo que hay». Él suspiró con más resignación que esperanza—. Vale, pues necesito un café —decidió.

Sin pensar en lo que hacía, echó a andar hacia la puerta. Se detuvo cuando su amigo se interpuso en su camino, bloqueándole el paso, y lo miró con un gesto que solo podía clasificarse de inexpresivo.

—No sé tú, O' Cleary —dijo—, pero, si yo estuviera en tu lugar, preferiría

enfrentarme al desastre con los pantalones puestos.

—Mierda —renegó.

Miró a su alrededor. Estaba claro que tenía que ponerse la maldita ropa, pero, ¿dónde demonios estaba la maldita ropa? Se volvió hacia un lado, luego hacia otro y reprimió el impulso de agacharse y buscar bajo la cama antes de volverse hacia su amigo, que lo miraba con una sonrisa irónica y los brazos cruzados sobre el pecho, en actitud más burlona que defensiva.

—En el armario, O’Cleary —informó con evidente sorna. Se abalanzó sobre el pequeño mueble lacado en rosa pálido, pero Roi todavía tenía más que añadir. Como siempre—. Por algún motivo que no alcanzo a comprender, esta madrugada encontrabas divertidísimo guardar tu ropa mientras yo intentaba quitártela. —Él localizó sus pantalones y se sentó en la cama para ponérselos, no sin antes enviar a Roi una mirada envenenada, que este ignoró con su habitual afectación—. Quizá habrías preferido que le dejara esa labor a tu *amiga* Diana... —comentó en un tono indiferente, más falso que un Ferrari de cuarenta caballos.

No iba a contestar. Ni en broma. Era una provocación tan evidente que no merecía respuesta, y tanto Roi como él habían pasado hacía mucho la adolescencia como para entrar en ese jueguito estúpido. Así que se esforzó en mantener la boca cerrada, terminar de pelearse con los malditos pantalones, que parecían empeñados en hacer su resaca un poco más difícil, y salir corriendo para ver qué demonios había hecho Niall esa vez. No iba a darle la satisfacción de...

—Supongo que no se habrá ofrecido... —se encontró diciendo.

Maldijo para sus adentros. Su puñetera lengua siempre había tenido ideas propias y más cuando se aliaba con su libido, a la que llevaba intentando controlar sin ningún éxito desde que había puesto los ojos en el culo de la pelirroja, enfundado en esos vaqueros que dejaban lo justo a la imaginación. Y siempre había tenido una imaginación estupenda.

Roi sonrió con la expresión del gato que acababa de cazar al canario, destrozar los cojines de un sofá y se preparaba para dormir su cuarta siesta del día sobre la ropa recién lavada.

—Oh, se ofreció, de hecho. Con vehemencia, diría yo —dijo con aire malicioso. Aidan levantó la cabeza antes de poder procesar que su cuerpo todavía sufría los efectos de una resaca de proporciones apocalípticas, y este se vengó apretando su estómago hasta exprimírle unas náuseas que se aferraron a su garganta y ascendieron hasta su cráneo en forma de un dolor de cabeza terminal. Roi amplió su sonrisa—. Y antes de que permitas que tu mejor cabeza piense por ti, mi querido amigo, déjame aclararte que me pareció prudente ayudar a sus amigas a detenerla, puesto que ella había bebido más que tú, algo que habría jurado imposible hasta ayer mismo. —Compuso una expresión soñadora que consiguió revolverle todavía más las tripas y lo miró sonriente—. Admiro a las mujeres que saben beber. Y más si tienen un cuerpo como ese —comentó con malicia.

Aidan rechinó los dientes y prefirió no plantearse por qué le molestaba tanto que se hubiera fijado en la chica. Al fin y al cabo, ella no le importaba lo más mínimo. Trabajo. Eso es lo que era, trabajo. Se preocupaba por el maldito trabajo. Algo que se le olvidó por un momento cuando la sonrisa de Roi pasó de «pícaro» a definitivamente «depravado».

—Podría perderme en esas curvas durante el resto de la eternidad, y aun así no conseguiría saciar ni un ápice del hambre que me provocan —continuó su amigo. Se pasó la lengua por los dientes en un gesto que, a pesar de lo mucho que lo conocía, consiguió arrancarle un estremecimiento cargado de miedo atávico—. Supongo que no te importará que...

—¡Ni se te ocurra acercarte a ella, joder! —estalló por fin, poniéndose en pie de un salto para encararse a él.

El muy imbécil sonrió con satisfacción.

—Bien —aprobó—. Justo lo que necesitaba saber.

«Mierda».

—Mierda —lloriqueó Diana por enésima vez en los siete últimos minutos—. ¿Seguro?

—Sí —respondió Laura, también por enésima vez.

Observó con frustración cómo, sentada a la mesa de la cocinita de Marta, su amiga tecleaba absorta en su iPhone y parecía ajena a su tragedia hasta el punto de lo insultante. Cuando Laura entraba en su «modo tecnológico» haría falta un maremoto para devolverla a la realidad, y no estaba muy segura de que eso fuera suficiente. Sin embargo, a pesar de saber que sus probabilidades de éxito iban de «escasas» a «nulas», con una cierta deriva hacia «ilusas», estaba demasiado agobiada como para no hacer un nuevo y desesperado intento de implicarla en la conversación.

—¿Pero de verdad él...?

—Sí.

—¿Y en serio yo...?

—Sí.

—Mierda. Mierda, mierda, mierda.

—Ajá... —asintió Laura, distraída.

—¿Te importaría mucho prestarme atención? —estalló indignada.

—Claro —respondió su amiga sin levantar la vista del teléfono—. Te escucho...

Ella dejó escapar un gruñido ultrajado y se volvió hacia la cafetera para prepararse el cuarto... No, el quinto café del día. Lo que, teniendo en cuenta que apenas llevaba diecisiete minutos despierta, no estaba nada mal.

Mientras se estiraba para alcanzar el azúcar, se le ocurrió que, dado su estado de ánimo, ligerísimamente alterado, debería plantearse empezar con algo más suave, pero rechazó la idea al momento. Su resaca no se conformaría con nada menos que un par de litros de cafeína pura y no estaba en condiciones de negarle el capricho. Y eso a pesar de las dos pastillas de vitamina B12 y el número indeterminado de aspirinas engullidas sin agua con las que había intentado aplacar a la madre de todos los dolores de cabeza nada más levantarse.

«No vuelvo a beber en mi vida», gimoteó para sus adentros, y por una vez casi se creyó su propia fase de negación. Y es que despertarse con la noticia de que sus dos amigas habían tenido que arrastrarla fuera de la habitación de invitados porque se había empeñado en acostar —vale, puntualicemos: en *desnudar* y acostar— a un Aidan todavía más borracho que ella, y más que dispuesto a permitirselo, era para renunciar al alcohol para los restos.

Y por si eso fuera poco también, le había contado los episodios más vergonzosos de los últimos meses; desde la ruptura con Marcos hasta su discusión —más bien pelea en el barro— con la hija de Encarna por el susodicho Marcos, hasta terminar en

la vergonzosa noche de Samaín en la playa, cuando después de litros de queimada les había parecido una idea fantástica invocar a los espíritus y maldecir al imbécil de su ex.

Lo peor de todo, pensó mientras echaba una cucharada de azúcar tras otra al café, era que por una vez el mecanismo de protección de su cerebro, que borraba de forma automática todo lo que ocurría durante una borrachera especialmente virulenta, la había traicionado sin remedio y recordaba gran parte de esa conversación. Había parlotado sin cesar, maldiciendo contra los hombres en general y Marcos en particular, y Aidan se había mostrado tan interesado, tan comprensivo mientras llenaba su vaso de licor una y otra vez... Recordaba a la perfección haber pensado que el chico no estaba nada mal y además se mostraba tan atento, tan considerado...

Y hasta recordaba con todo detalle habérselo dicho.

Maldición.

Cerró la tapa del azucarero con un golpe que hizo estremecer a las rositas de té pintadas en la primorosa porcelana y se apoyó en la encimera para llevarse la taza a los labios, con la esperanza de que la cafeína le hiciera olvidar todo el asunto. O al menos se lo hiciera más tolerable. Y casi escupió sobre la mesa cuando el líquido repleto de azúcar hasta el punto de saturación alcanzó sus aterrorizadas papilas gustativas.

—Mierda —se quejó con la que a todas luces iba a convertirse en la palabra comodín del día.

—No es el recibimiento que me habría gustado, pero tendré que resignarme —bromeó la causa de todas sus desdichas desde la puerta de la cocina.

Alzó la vista y consiguió a duras penas reprimir un jadeo de pura admiración. El chico ya estaba bien en circunstancias normales, pero recién duchado, con el pelo húmedo cayéndole sobre los ojos aún adormilados y una sombra de barba incipiente cubriendo su mandíbula, parecía sacado a empujones de un sueño erótico. Sus hormonas se vistieron con monos azules y cascos, se subieron a un andamio y se dedicaron a silbar y a soltar exabruptos procaces.

—Gññ —consiguió saludar.

Mientras obligaba a su cerebro a ponerse en marcha y a dejar de hacer el ridículo, Roi pasó frente a Aidan y tomó asiento junto a Laura. Para su sorpresa, su amiga parpadeó, lo miró y dejó el iPhone sobre la mesa sin dudarle un segundo para saludarlo con una hermosa expresión de bienvenida.

Aidan esbozó una sonrisa torcida y se abalanzó sobre la taza de café que ella todavía sostenía entre las manos.

—¿Me has hecho café, pelirroja? ¡Qué detalle por tu parte! —sonrió, quitándole la taza.

—No, yo... —empezó. Pero el duende malvado que habitaba en algún lugar de su cabeza le indicó con malicia que no era tan mala idea dejarle beber ese líquido infecto y empalagoso hasta la náusea. Y nunca había sido capaz de negarle nada a su yo

maldito—. Claro —dijo tendiéndole el brebaje repugnante, anteriormente conocido como café.

Aidan se llevó la taza a los labios y ella esperó, disimulando la sonrisa perversa que amenazaba con aparecer en sus labios y que se marchitó al instante, cuando él apuró la bebida en dos largos tragos y la miró con expresión satisfecha.

—Delicioso —aprobó él.

—Eh... ¿No te ha parecido, no sé, un poquito demasiado dulce? —no pudo evitar preguntar.

Aidan se inclinó hacia ella con su maldita, maldita sonrisa torcida. La deriva de su pulso se torció también de forma considerable ante su proximidad.

—Pelirroja, ya te dije que tengo serias carencias afectivas —susurró con picardía—. Necesito toda la dulzura que pueda conseguir. —Se inclinó todavía más hacia ella y pasó un brazo tras su espalda. Ella casi entró en pánico al pensar que iba a besarla allí mismo, delante de sus amigos, sin más, sin venir a cuento. Sin... Abrió la boca para protestar y la traidora de su lengua humedeció sus labios en un gesto que él estudió con avidez, ampliando su sonrisa. Se inclinó un milímetro más y otro más, con exasperante lentitud... Y se retiró de golpe—. La taza —dijo con una sonrisa alegre, señalando la taza que acababa de dejar en la encimera tras ella.

Se aferró a los últimos resquicios de dignidad que le quedaban y lo miró con lo que esperaba que fuera una expresión indiferente.

—Claro —dijo en un tono mucho más seco de lo que había calculado.

—¿Pensaste que iba a hacer otra cosa? —preguntó Aidan, al parecer decidido a estropear un día que ya se presentaba nefasto de por sí.

—No —replicó con la misma sequedad—. ¿Qué iba a pensar? —inquirió antes de poder detenerse a considerarlo, solo por la necesidad de seguir hablando y acallar con su propia voz los chillidos de sus descontroladas hormonas.

—Oh, me atrevería a decir que, casi con total seguridad, pensabas lo mismo que él —intervino Roi en ese tono cargado de afectación que, para su propia sorpresa, ella encontraba divertidísimo. Salvo cuando las pullas apuntaban en su dirección, como era el caso—. Y si de algo sirve mi opinión, opino que deberíais buscaros un recinto más privado.

—¡Oye! —protestó.

—No es mala idea —aportó Aidan al mismo tiempo.

La traidora de Laura se limitó a soltar una risita traviesa.

Incapaz de encontrar una réplica ingeniosa para ninguno de los tres, soltó un bufido que pretendía ser amenazador, pero que no impresionó a nadie, y salió de la cocina a zancadas, rumbo a donde quiera que fuera que no estuvieran los demás.

Dos segundos más tarde se encontró en el saloncito, hirviendo de frustración y sintiendo, cómo no, la presencia de Aidan tras ella.

—¿Qué coño haces aquí? —gruñó sin volverse.

Las manos de él se posaron sobre sus hombros y enviaron una corriente eléctrica

a través de su piel, que descendió enloquecida hasta alojarse en algún punto de su vientre más allá del ombligo.

Él alzó una de sus manos, le apartó un mechón de cabello que cubría su oreja y acarició el lóbulo con sus labios.

—Pensé que ibas a buscar ese «recinto más privado», pelirroja —le susurró—. No podía dejarlo pasar...

La intensidad de la corriente subió un buen puñado de vatios y casi arrancó un gemido de su garganta.

—No seas imbécil —rezongó con la voz estrangulada por ese jadeo que se había negado a emitir—. ¿Por qué iba yo a...?

Aidan la hizo volverse hacia él con suavidad. Sus manos le acariciaron los hombros y ascendieron hasta que los pulgares reposaron en su mandíbula, obligándola a alzar la cabeza. Ella no solo no se resistió, sino que cometió el error de mirarlo a los ojos. Y el deseo puro que encontró en ellos hizo que le flaquearan las rodillas. Él solo sonrió.

—Creo que hay algo que nos está impidiendo mantener una conversación civilizada, *a'ghrá* —musitó mientras le acariciaba la mandíbula con dedos suaves—. Así que vamos a quitárnoslo de encima y así podremos hablar con calma, ¿te parece? —Solo pudo tragar saliva por toda respuesta—. Bien —aprobó Aidan—. Entonces voy a besarte —anunció.

Mientras se debatía con muy pocos ánimos entre los dictados de su mente racional. —«¡Apártalo de una patada!»— y los chillidos de su libido —«Sí, sí, sí. ¡Sí!»—, Aidan se demoró un segundo más antes de cumplir con su promesa, quizá para permitirle cambiar de opinión, o tal vez para prolongar esos instantes previos al beso, a menudo tan tentadores como el beso mismo.

Si se trataba de lo primero, era innecesario; por mucho que gritara la voz de su conciencia, no podría haberse alejado ni aunque su vida dependiera de ello. Si era lo segundo, estaba consiguiendo su objetivo; su cuerpo entero vibraba ya de pura anticipación.

Ladeó la cabeza en un gesto casi inconsciente de ánimo y él sonrió apenas antes de apoderarse de sus labios.

Fue un roce suave, apenas una caricia, la insinuación de un beso, pero aun así le arrancó un suspiro irrefrenable y sus manos se movieron por voluntad propia para hacer lo que llevaban deseando desde que se habían visto por primera vez; hundirse entre los mechones de su espeso cabello negro.

Y entonces el mundo a su alrededor dio un salto mortal y se colocó cabeza abajo, cuando, animado por su reacción, él profundizó en el beso. Su lengua jugueteó con sus labios, incitándolos a abrirse para recibirla y la de él salió a su encuentro para enredarse con ella en un pulso voraz.

Él respondió a su fuego con más llamas de su propia cosecha, explorando cada recoveco de su boca, seduciendo y tentando sus labios, su lengua, sus dientes. Sus

manos abandonaron su rostro y descendieron por sus costados hasta alcanzar la curva de sus caderas. La estrechó contra él y gimió mientras su boca abandonaba la de ella para posar un reguero de besos suaves en la línea de su mandíbula. Su lengua lamió la suave piel tras el lóbulo de la oreja y ella, sin más, dejó de pensar mientras se aferraba a él, cediéndole el control.

Se apretó contra su cuerpo, recibiendo a cambio un gruñido aprobador y...

—¿Interrumpo algo, *deartháir*?

Aidan se detuvo, pero no se movió de donde estaba.

—¿Tú qué crees? —masculló con los labios todavía en su cuello.

Parpadeó y la cordura volvió a inundarla con la misma fuerza con la que la había abandonado. Apartó a Aidan de un empujón y se recolocó la ropa con gestos nerviosos. Él se limitó a esbozar su clásica sonrisa pícara y se volvió hacia Niall, que los observaba apoyado en el vano de la puerta con expresión divertida.

—Oh, no, no —exclamó el rubio agitando las manos frente a él—. No paréis por mí, por favor —se burló mientras entraba en la habitación—. Yo solo venía a por unos vasos —dijo. Y para probar su afirmación, se dirigió al aparador y sacó seis copas que fue colgando con calma de sus dedos—. Hemos traído la comida. O la cena. Lo que sea —anunció. Echó a andar hacia la puerta y se volvió hacia ellos al llegar con un definitivo aire de travesura infantil—. Para vosotros también, si no tenéis nada mejor que hacer.

—Vamos ahora —dijo Aidan sin mostrar la más mínima intención de moverse de allí.

Pero ella se apartó, recuperó los escasos restos de su sentido común y se escabulló de la habitación tras Niall, corriendo como un conejo asustado.

Aidan estaba convencido de que una caminata a buen paso, azotado por el aire fresco y húmedo de una noche ya en las puertas de la Navidad, conseguiría al menos bajar la temperatura de su cuerpo. Bien, otra convicción más que añadir a la lista de «lo que creías no es así». Y ya iban ciento setenta y seis con esa, si sus cálculos no fallaban.

Incómodo, irritado y con el pulso latiendo donde, definitivamente, no debería latir, maldijo por enésima vez su falta de contención, su estupidez y su sangrienta costumbre de querer ganar a toda costa. Podía haberse quedado calladito y quieto en la cocina. Podía haberla seguido para disculparse y nada más. Podía haber escapado de la habitación, huyendo sin mirar atrás con el rabo entre las piernas y...

Torció el gesto y maldijo una vez más, en esa ocasión a causa de la elección de palabras de la neurona que estaba dictando su airado discurso mental. Lo último que necesitaba en ese preciso momento eran metáforas que le recordaran el motivo de su incomodidad. ¿Por qué diablos había tenido que besarla? ¿Por qué? «Porque quieres besarla desde que la viste, O’Cleary. ¿Por qué va a ser?», le respondió, divertida, la parte de su cerebro que seguía ocupada en recrearse con las curvas de la pelirroja.

Mala idea. Muy, muy mala idea. Quizá no la primera en la larga lista de malas ideas que había tenido en su vida, pero sin duda muy cerca del *top ten*. Tendría que haberse quedado quieto. Tendría que haberse concentrado en el problema que tenían entre manos y no en... Joder, tendría que haber pensado con la cabeza, y no con la parte de su cuerpo que ahora mismo aullaba de frustración, y así podría haber previsto que probar el sabor de su piel no lo iba a llevar a ningún sitio donde debiera estar.

Lo que había empezado como un juego tonto podría haberse convertido en algo muy distinto si Niall no los hubiera interrumpido, y bastantes problemas tenían ya como para además meter el sexo en la ecuación.

La suerte había querido que encontraran la raíz del problema nada más llegar, pero todavía quedaba mucho por hacer antes de *Imbolc* y debería haberse concentrado en eso y en qué estupidez había hecho Niall esa vez, en lugar de comportarse como un adolescente sobrecargado de hormonas.

Pero no lo había hecho, claro, y ese era el motivo por el que después de pasar un rato con las chicas en la que había sido, con toda probabilidad, la cena más incómoda de los últimos años, se había escapado de sus amigos y se había ido a dar un paseo para retrasar el inevitable enfrentamiento, intentar poner sus pensamientos en orden... Y, con suerte, enfriarse un poco con el aire helado.

Al menos había conseguido perder dos horas.

Un acierto de tres. Estupendo.

Pero, total, el problema seguía esperándolo tras la puerta que ahora mismo

contemplaba sin ningunas ganas de atravesarla. Tomó un profundo aliento para darse ánimos y entró.

Y una explosión de lazos azules y puntillas blancas estalló en el pasillo a escasos centímetros de sus pies.

—Hola —saludó su fantasma, con una sorprendente vocecita tímida.

«Cuidado con lo que deseas».

Estaba intentando encontrar el modo de retrasar la conversación con sus amigos y alguna divinidad burlona le ofrecía en bandeja una terrorífica solución ectoplásmica.

Y ahora le apetecía horrores mantener esa charla en lugar de enfrentarse a la niña del exorcista reencarnada en fantasma. El agravio comparativo era lo que tenía, te ponía las cosas en perspectiva.

—Eh... Sí, eh... —dijo con la seriedad y compostura que siempre usaba ante las apariciones del Más Allá—. Hola..., eh... Mira, tengo prisa y..., eh...

—¿Me das un beso? —pidió con un hilo de voz, mientras miraba el pie enfundado en un zapatito blanco que no dejaba de girar en un gesto tímido.

Parpadeó, confuso. ¿Ese era su fantasma? ¿El mismo fantasma que lo había asaltado el día anterior, gritando y riéndose como un guiñol enloquecido? La niña fantasma lo miró a través de sus pestañas y le dedicó una sonrisita tímida.

—Eh... Yo... Tengo que... —«¿Qué demonios era lo que tenía que hacer? Ah, sí». Señaló el salón—. Mis amigos... Yo...

—¿Me das un beso? —repitió la niña—. Si me das un beso, prometo ser buena y no molestar —negoció sonriente—. Y me iré a la cama ahora mismo.

—Uh... Bueno, yo... No sé... —balbuceó.

—Solo un beso —insistió el fantasma una vez más. Y frunció la boquita roja como una cereza apuntando hacia él.

—Uh...

La puerta del salón se abrió de golpe.

—Joder, Aidan, abrevia, que no tenemos todo el día —maldijo Niall. En dos grandes zancadas atravesó el vestíbulo, levantó a la fantasma en brazos (mientras él apuntaba una rápida nota mental: preguntarle cómo diablos había hecho eso) y le plantó un beso en la mejilla. Después la dejó en el suelo y le dedicó la más encantadora de sus sonrisas—. Y ahora a la cama, señorita —ordenó.

La pequeña lo miró con cara de absoluta adoración.

—¿Me das otro beso?

—No.

—¿Me cuentas un cuento?

—No.

—¿Quieres ser mi novio?

—No.

—¿Puedo besarte yo?

—No.

—¿Quieres que vayamos a cazar ranas?

—No.

—¿No me das un beso?

—Joder, no.

El bufido exasperado de Roi resonó en toda la casa. Sus pasos apresurados cruzaron el recibidor y en un instante estaba frente a la cría, con su actitud más autoritaria.

—Fuera —ordenó en tono severo. La niña lo miró con un puchero que, incluso tan incómodo como se sentía con ella, le encogió el corazón—. No, no me vengas con esas. Vete. Ahora. —Como si no dudara ni por un instante de que el fantasma iba a obedecer, se dio media vuelta y echó a andar de nuevo hacia el salón. Apenas había dado un par de pasos cuando se detuvo en seco y se volvió con gesto perezoso hacia la cría, que todavía lo observaba compungida—. Y eso va también por tu hermana, que quede claro.

—¿Hermana? —exclamó él.

—Vamos, no me jodas... —suspiró Niall.

Roi ni se molestó en mirarlos. La única pista de que los había escuchado fue la ligera elevación en la comisura de sus labios, apenas la sombra de su habitual sonrisa socarrona.

—Comportaos y podremos convivir en paz —continuó dirigiéndose a la cría—. Seguid burlándoos de estos dos idiotas, y llamo al exorcista más cercano —amenazó—. Ahora vete. —El fantasma parpadeó, empezó a trazar un nuevo puchero y se detuvo en seco al ver la expresión de Roi. Sin más, desapareció de su vista en una silenciosa explosión de luz.

Demasiado aturdido como para plantearse siquiera caminar y hablar al mismo tiempo, siguió a Roi hasta el salón, acompañado por las intrincadas maldiciones gaélicas de Niall; un auténtico artista en el campo de los juramentos imaginativos. Si destinara solo una ínfima parte de la creatividad que utilizaba para eso a asuntos más importantes, habría encontrado ya la manera de acabar con el hambre en el Tercer Mundo o con la guerra en la Franja de Gaza. O algo más complicado, incluso, como un abrefácil que lo fuera de verdad...

Con la cabeza dándole vueltas, se dejó caer en el sofá de dos plazas que no tardó en hundirse junto a él bajo el peso de Niall. Roi, por supuesto, eligió el mejor asiento; el confortable sillón de lectura junto a la ventana. Se acomodó con elegancia, recolocó la pechera de su camisa y los miró con expresión burlona y despectiva.

—¿Gemelas? —pudo preguntar él, por fin, en un susurro agobiado.

—Sí, por supuesto. Una encantadora pareja de gemelas fantasmales —asintió Roi. Clavó sus ojos de ámbar líquido en él y chasqueó la lengua con reprobación—. No sé cómo te las arreglas, O’Cleary, para hacernos caer en un cliché tras otro. Lamentable, si quieres mi opinión —criticó en tono afectado.

—Pues sí —intervino Niall, sin duda ya aburrido de imaginar imposibilidades

anatómicas para sus maldiciones—. Pero si no puedes evitarlo, la próxima vez que aparezcan gemelas, que sean mayores de edad, Aidan, hazme el favor —sugirió con picardía.

—Rubias y voluptuosas como una Venus de Botticelli, a ser posible —apuntó Roi.

—O pelirrojas y pequeñas —lo corrigió Niall con intención.

—No es pelirroja —replicó él, distraído, todavía dando vueltas a la idea de que su fantasma era en realidad dos fantasmas, a cual más aterrador.

Cuando se dio cuenta de cómo no solo había mordido el evidente anzuelo, sino que además se lo había tragado enterito con hilo y flotador, plagió para sus adentros uno de los juramentos favoritos de Niall y alzó la vista para encontrarse con sendas sonrisas burlonas.

—¿Quién no es pelirroja, O’Cleary? —inquirió Roi, con un tono inocente que viniendo de él casi atentaba contra el equilibrio del universo—. ¿Sabes tú a quién se está refiriendo, amigo mío? —añadió, dirigiéndose a Niall.

Este se encogió de hombros, se hundió todavía más en el sofá y cruzó los brazos tras la nuca, en una postura relajada con la que se ganó una mirada crítica de Roi.

—Bueno... No sé, tío —fingió vacilar Niall—. Ya sabes que a Aidan las pelirrojas le ponen un huevo. Podría ser cualquiera... —comentó pensativo.

—Ja, ja, ja —gruñó—. Qué graciosos, de verdad. Me parto.

La mirada de Roi pasó del oro al acero en una fracción de segundo.

—En realidad, no tiene maldita la gracia, *fiordhraoi* —escupió con la agresividad de un puñal.

Junto a él, Niall se tensó de forma casi imperceptible, aunque su postura seguiría pareciéndole distendida a cualquier observador casual. Pero lo conocía bastante mejor que todo eso y sabía muy bien que la elección de palabras de Roi lo había puesto tan a la defensiva como a él mismo. Que Niall usara la palabra que designaba su auténtico oficio para referirse a él era habitual, que lo hiciera Roi era un claro intento de recordarle quién y qué era y lo poco que le gustaba cómo estaba manejando la situación.

«Vale —suspiró para sus adentros—. Allá vamos». Había llegado el momento de dejar las bromas y tirarse de cabeza a la discusión. Y él siempre había sido un firme partidario de que la mejor defensa era un buen ataque, así que se dispuso a vender a Niall sin ningún reparo.

—Mirad —empezó conciliador—. Sé que no estáis de acuerdo con...

—«No estar de acuerdo» es el eufemismo más descarado que he tenido la desgracia de escuchar en toda mi larga vida, O’Cleary —lo interrumpió Roi en tono seco—. Corres el riesgo de manejar todo este asunto con la ubicación de tus pensamientos intercambiada y el riego sanguíneo fuera de lugar.

—¿Y eso qué...?

—Que estás pensando con la polla, chaval —tradujo Niall sin sonreír.

—¡Yo no estoy...! —empezó indignado. No supo cómo continuar sin meterse en una mentira tan obvia que resultaría vergonzosa, así que se forzó a retomar su plan inicial. Inspiró hondo para serenarse y obligó a su cabeza a utilizar el orden característico de una frase coherente; sujeto, verbo y predicado. Y a atenerse a la estrategia dictada por el manual del buen metepatas—. Cometí un error, cierto. —«Acepta parte de la acusación y así será más fácil librarte del resto»—. Pero sabéis que yo siempre intento hacer lo que creo que es mejor para todos. —«Recuérdales que eres un tío sensato y todos tus aciertos pasados»—. Lo que pasó... Bueno, no va a volver a pasar, tranquilos. —«Miente como un bellaco si es necesario»—. Pero lo que me gustaría saber de verdad es qué has estado haciendo tú, Niall. —«Y finalmente, desplaza la culpabilidad hacia el objetivo más fácil».

—¿Yo? —fingió sorprenderse este—. Menos que tú, desde luego —concluyó, cruzándose de brazos, sonriente.

La estrategia funcionó a la perfección. Casi pudo sentir cómo el peso de las acusaciones de Roi liberaba sus hombros para ir a caer en los más indiferentes de Niall.

—¿Y se supone que debemos creérselo? —inquirió Roi con sarcasmo—. Porque debo reconocer que si existe la más mínima probabilidad de comportarse como un imbécil, tú *siempre* lo harás más y mejor que Aidan.

—Yo siempre lo he hecho más y mejor que cualquiera de vosotros, *a'chara* —sonrió Niall irónico—. Cuestión de genética, supongo. Las mujeres me adoran.

El subconsciente de Aidan captó algo al volverse hacia Niall. Perdido en el surrealismo de la cháchara de su colega —otro de los consejos del manual del buen metepatas que sabía cómo reconocer, pero no cómo inutilizar—, estaba dispuesto a dejarlo pasar, pero el instinto le gritó que era importante, que retrocediera y lo mirara, que ahí había algo. Frunció el ceño y lo vio. Y su mal genio creció hasta el punto en que habría podido medirlo con la escala Richter.

—¿Dónde está tu amuleto, *sídhe*? —preguntó en tono letal, señalando el cuello de su amigo.

Niall se encogió de hombros.

—Se lo di a Marta —replicó con esa altivez indiferente que solo usaba para disfrazar sus peores locuras.

—Que tú... ¿Qué? —se espantó Aidan.

—¿Te has vuelto loco? —lo apoyó Roi.

—Solo hice lo que tenía que hacer —gruñó Niall—. Así al menos una de ellas...

—Cállate —ordenó Roi, pasándose las manos por la cara en un gesto de desesperación—. Por la Diosa, cállate. Como si no fuera bastante con el Romeo enamorado, ahora tengo que bregar también con el bebé psicótico. Es genial. Sencillamente genial —se desesperó.

—¿Me has llamado «bebé psicótico»? —preguntó Niall con engañosa suavidad.

—No es, ni de lejos, lo peor que pienso de ti en este momento, Campanilla.

—Vuelve a llamarme Campanilla y esta noche cenas con una pajita, Batman —amenazó.

—Dado que mi dieta es en esencia líquida, no me molestaría demasiado —replicó Roi sin alterarse—. Pero será divertido ver cómo lo intentas... Campanilla.

A pesar de que no tenía la cabeza en su sitio, y que ya bastantes vueltas daba a sus propios problemas como para encima preocuparse de la eterna rivalidad entre sus dos amigos, años de práctica hicieron que sus músculos se pusieran en movimiento sin que tuviera siquiera que pensarlo. Apenas había llegado a interpretar la discusión y ya estaba interponiéndose entre ellos, con los brazos extendidos para separarlos y el rostro disfrazado con su mejor expresión autoritaria.

—¡Basta los dos! —ordenó Aidan. No sirvió para que dejaran de mirarse como si estuvieran al borde del asesinato, pero al menos frenó la inminente pelea—. Todos estamos un poco alterados... —Roi enarcó las cejas en un gesto irónico—. Vale, mucho —concedió—, pero así no vamos a conseguir nada. Volved a sentaros. —Los dos permanecieron donde estaban, con la amenaza pendiendo entre ellos como una espada afilada—. ¡Que os sentéis, joder!

Roi esperó lo justo para dejar claro su punto y volvió a acomodarse en la butaca como si nada hubiera pasado. Niall, mucho más irritante, hizo una reverencia profunda y burlona hacia él.

—*‘Se sin mo leisgeul, fiordhraoi* —declamó, llevándose la mano al corazón en una fingida actitud contrita.

—No quiero tus putas disculpas, Niall —gruñó Aidan—. Lo que quiero es una explicación.

—Son ellas, tú mismo lo dijiste —contestó Niall dejándose caer en el sofá—. ¿Qué más explicación necesitas?

—¿Qué más exp...? —balbuceó Aidan atónito—. ¡Hablamos de tu amuleto, joder! ¿Recuerdas lo que hace tu amuleto, puto chalado? —exclamó.

—Por supuesto —respondió el puto chalado sin inmutarse—. Es mi amuleto. Yo lo forjé. ¿Cómo no voy a saber lo que hace?

—Pero ¿por qué? —gimió Roi.

—Esa chica es demasiado inocente —dijo Niall en ese tono ligero que Aidan estaba empezando a detestar con todas sus fuerzas—. Necesita algo de protección.

—Protección, ya —gruñó Roi—. ¿A quién crees que engañas? —Hizo ademán de levantarse de nuevo, pero algo en el agobio de su mirada debió de detenerlo, porque volvió a reclinarse sobre el respaldo antes de dirigirse de nuevo a Niall—. Tú no haces esas cosas porque quieras protegerla, las haces porque no soportas la curiosidad. Ves algo tan puro e inocente como esa chica y te preguntas cómo sería abrirle los ojos. Y te importa muy poco lo que le pueda ocurrir en el proceso. —Su voz era baja y pensativa, y mientras hablaba su mirada había descendido hacia sus manos, esquivando a Niall como si no pudiera soportar siquiera poner sus ojos en él—. Entiendo que es tu naturaleza, pero discúlpame si te digo que tu naturaleza... —

alzó la vista y clavó sus ojos encendidos de rabia en él— me toca mucho los cojones.

—¿Hablamos de naturalezas, *a'chara*? —sugirió Niall con un tonillo inocente que anunciaba tormenta.

—No me llames «amigo». Ahora mismo no me siento como tu amigo —se exaltó Roi.

—Está bien. Roi, entonces —replicó, usando su nombre con el tono de un insulto—. Pero no me has contestado. ¿De verdad quieres hablar de nuestra naturaleza? ¿Es eso lo que quieres?

—No, no quiere eso —se apresuró Aidan a intervenir—. Basta, por favor —suplicó al ver que sus dos amigos seguían taladrándose con la mirada—. No nos peleemos. Cada uno es como es. Todos tenemos lo nuestro.

—Cierto —concedió Niall al cabo de un momento. Sonrió hacia Roi—. Lo siento, *a'chara*.

—No, discúlpame tú —aceptó Roi—. Perdí los nervios.

El mal humor de cualquiera de los dos no era un regalo de los dioses, se mirara como se mirara, pero desaparecía de forma tan súbita como aparecía. Y Aidan sabía que en el fondo, muy, muy en el fondo, bajo todas esas pullas y malas intenciones, ambos se apreciaban con sinceridad.

—Muy bien —sonrió Aidan—. Y ahora que ya nos hemos calmado y somos todos amigos y personas adultas..., ¿se puede saber qué cojones has hecho? —preguntó a gritos, gesticulando como un poseso. Los dos payasos que tenía por amigos estallaron en carcajadas y se unió a ellas sin pensarlo—. Vale —dijo por fin secándose las lágrimas—. Miremos todo esto por el lado bueno. Puede que no haya sido tan mala idea —aceptó a regañadientes.

—No lo es —replicó Niall—. Quizá Roi tiene razón, pero fuera cual fuera mi intención, el amuleto le servirá. Es el eslabón más débil, creo yo —concluyó con un encogimiento de hombros.

—La verdad es que, salvo quizá Laura, ninguna de ellas parece demasiado fuerte —susurró Roi—. Y eso nos devuelve a ti, mi querido amigo —añadió mirando a Aidan con intención.

—Lo de Laura es cierto —aceptó Aidan, dispuesto a aprovechar cualquier oportunidad para salirse por la tangente—. Me pregunto por qué no pudiste dejarla tonta, como haces con todas —comentó pensativo en dirección a Niall.

—¡Sí! —saltó este al momento—. ¿Os habéis fijado? No entiendo...

Se sentó junto a él con expresión satisfecha, preparándose para escuchar una larga diatriba de su amigo, macerada en su invencible ego y aderezada con detalles sobre sus muchísimas conquistas. Para cuando terminara, estarían todos tan hartos que ya nadie se acordaría de él y la pelirroja.

El manual del perfecto metepatas era una auténtica maravilla si se sabía usar bien.

Había metido la pata hasta el fondo. Diana sabía que había metido la pata hasta el fondo.

Y lo peor era que también sabía que, si pudiera hacer retroceder el tiempo, no actuaría de otro modo. Habían pasado más de veinticuatro horas y todavía tenía el recuerdo de los besos de Aidan grabado a fuego en la piel. Cada vez que pensaba en ello —y pensaba muy a menudo, para qué negarlo—, los labios le hormigueaban de pura insatisfacción, ansiosos por probar un poco más de lo que él le había dado.

Se había pasado casi toda la noche, y una muy buena parte del día, con el cerebro funcionando en automático mientras revivía las sensaciones de ese beso una y otra y otra y otra vez. Y aunque sabía que había sido un error, su cuerpo se negaba a aceptarlo y se moría por repetirlo. Y tal vez por algo más que repetirlo. Tal vez por ir un poco más allá. Solo un poco. Por pura curiosidad...

«Ya, solo un poco. Justo —se recriminó— como si hubieras pensado en pararte».

No, no lo había pensado ni de lejos. En el mismo momento en que sus labios habían entrado en contacto, cualquier rastro de pensamiento coherente que hubiera esperado albergar se había esfumado sin remedio. Y con razón. Ese tío tenía una boca que debería estar prohibida por unas cuantas Leyes Orgánicas. Su manera de besar era un delito en sí misma, y uno de los graves, además. Solo de imaginarse esa boca en lugares más interesantes de su anatomía, la temperatura de su cuerpo ascendía hasta el punto en que cualquier médico sensato le habría recetado un antipirético.

Maldijo para sus adentros y pagó su mal humor con una rama que había tenido la insolencia de cruzarse en su camino, apartándola con la brusquedad de una bofetada. La rama se vengó retrocediendo de nuevo hacia ella y golpeándola en plena cara.

—*Merda!* —maldijo—. *Pola do carallo!*

—No sé lo que acabas de decir, *a'chuisle*, pero, por si acaso, tú más —se burló la voz que había estado poblando sus sueños todo el maldito día.

Se volvió con la velocidad del rayo y ahí estaba él, tan delicioso como un helado cubierto de virutas de chocolate y bañado en caramelo, con una botella de cerveza en la mano y un ordenador portátil sobre las rodillas, aprovechando el abrigo de un *carballo* centenario.

Y pensar que había salido a pasear por esa zona del bosque porque por ahí nunca pasaba nadie...

La parte de su mente que llevaba todo el día ocupada en recrear el beso a cámara lenta le hizo ver las infinitas posibilidades de la frase «por ahí nunca pasaba nadie». Intentó ignorarla con todas sus fuerzas, sin demasiado éxito.

—Solo le gruñía a la rama —explicó con desgana.

Él esbozó su habitual sonrisa cargada de sorna, antes de palmear el suelo.

—¿Quieres sentarte? —ofreció.

Por un momento se recreó con la idea de salir corriendo como alma que lleva el diablo para huir de esa tentación en vaqueros y chaqueta de cuero, pero hasta ella sabía que era algo ridículo. Y además, reconoció a regañadientes, quería quedarse.

—Bueno —dijo con el que esperaba que fuera su tono más mundano e indiferente.

Él sonrió, se incorporó un poco y estiró la manta sobre la que se había sentado para hacerle sitio.

Maldijo para sus adentros. Demasiado cerca. Había planeado sentarse frente a él, pero ahora no tenía más opción que acomodarse pegada a su cuerpo. Si eso era una metáfora simpática de su éxito esquivando la atracción que sentía por él, no tenía ninguna gracia. Con un suspiro se dejó caer a su lado y echó un vistazo distraído a la pantalla del ordenador.

—¿Estabas trabajando? —preguntó, por iniciar una conversación poco comprometida.

Aidan rio entre dientes.

—Si le preguntaras a Roi te diría que esto es cualquier cosa menos un trabajo, pero sí —sonrió—. Trabajaba un rato.

—¿Te estoy interrumpiendo? —preguntó aferrándose al clavo ardiendo que él acababa de hundir entre ellos—. Porque puedo... —Hizo ademán de levantarse, pero la mano de Aidan cayó sobre su brazo con suavidad.

—No, quédate, por favor —pidió. Sus hormonas la obligaron a sentarse de nuevo, antes incluso de que su cerebro fuera capaz de enviar la orden correcta a sus músculos—. Llevo aquí dos horas y no consigo concentrarme —explicó en tono agobiado, al tiempo que se frotaba los ojos—. Mi editor va a matarme...

—¿Editor? —inquirió interesada, inclinándose hacia la pantalla—. ¿Escribes?

—Cuando estoy inspirado, sí —replicó él con evidente ironía—. Pero llevo un par de días un poco... distraído —añadió con intención, mientras clavaba la mirada en sus labios.

Como si se hubiera convertido en un espejo, ella también miró hacia la boca de Aidan sin poder reprimirse y, por un segundo, el beso colgó entre los dos, provocador, hasta que ella parpadeó y rompió el hechizo.

—Eh... Sí... Vale. ¿Y qué escribes? —preguntó, tratando de volver a la conversación segura—. ¿Novela?

—Hablas inglés, ¿no?

Volvió a parpadear, confundida por lo que pensaba que era un cambio brusco en la conversación.

—Pues... sí, bastante bien. ¿Por?

—¿Quieres echar un vistazo? —ofreció Aidan, girando la pantalla hacia ella.

—¡Claro! —contestó muerta de curiosidad.

¿Qué podía escribir un tío como él? ¿Novela negra? ¿Algo de espías, con muchos

tiros, coches rápidos y mujeres más rápidas todavía? Sus ojos devoraron línea tras línea con avidez y no tardó en darse cuenta de que se trataba de una novela de terror. Genial, el terror era uno de sus géneros favoritos.

Apenas treinta segundos más tarde, le había quitado el ordenador del regazo y lo había puesto sobre sus propias rodillas, concentrada en la lectura. Tenía una prosa fantástica; directa y efectiva, pero muy visual. Con apenas un par de pinceladas conseguía llevarse al lector a su terreno y sumergirlo en un ambiente agobiante y terrorífico, que era capaz de describir con precisión casi quirúrgica. Era bueno. *Muy* bueno. De hecho, no recordaba haber leído nada que le gustara tanto desde...

Los engranajes de su cerebro encajaron con un sonoro «clanc». Abrió los ojos de par en par y lo miró estupefacta.

—¡No puede ser! —exclamó.

—¿Qué pasa? ¿Tan malo es? —sonrió él.

—No, no, es buenísimo —dijo de forma atropellada—. No es eso, no es... ¡Tú! ¡Tú eres A. S. Cleary! ¡No me lo puedo creer! —palmoteó entusiasmada—. Eres tú, ¿verdad? —Aidan no contestó, pero no hacía ninguna falta. La expresión de su cara lo decía todo—. Reconocería esa prosa en cualquier sitio —explicó triunfal—. Me encantan tus novelas.

—Gracias —replicó él con una sonrisa desganada—, pero te agradecería que no...

—¡Es increíble! —Sabía que se estaba comportando como una fan idiota, pero no podía detenerse. Era A. S. Cleary, por los dioses. Había leído todas sus novelas y se había pasado noches enteras buscando información sobre el autor, pero... La enloquecida danza de admiración de su cerebro se frenó de golpe. Y entendió a qué venía la cara de Aidan—. Oh, lo siento. Es verdad, tú nunca promocionas tus novelas, ni dejas que te saquen fotos... —Dejó la frase en el aire, esperando una explicación al misterio de uno de sus escritores favoritos.

Aidan suspiró resignado.

—Me gusta escribir —explicó con un encogimiento de hombros—, pero no me gusta la fama —añadió en tono de disculpa.

—Pues tu editor debe de tener un mosqueo del quince —soltó sin pensar—. Tus libros ya son buenísimos, pero con una foto tuya en la contraportada se venderían como rosqui... —Su voz se fue apagando a medida que adquiría conciencia de lo que iba a decir. Aidan soltó una carcajada repleta de complacencia masculina—. Eh... yo... quiero decir...

—Tranquila, pelirroja —rio. Le quitó el ordenador de las rodillas, pulsó un par de teclas para guardar el documento, lo cerró y lo dejó en el suelo junto a él—. Ya sé que piensas que soy muy mono, me lo dijiste la otra noche —explicó burlón. Ella sintió cómo la sangre abandonaba sus mejillas y, tras pensárselo un segundo, volvía a llenar sus capilares de golpe, enrojeciéndola hasta la raíz del cabello—. Yo habría preferido algo más... No sé... Algo tipo «intensamente masculino» o incluso

«extraordinariamente sexy», pero supongo que «mono» tampoco está tan mal.

—Estaba borracha —se defendió de mal humor.

—Me partes el corazón, *a'chuisle* —gimoteó Aidan, llevándose las manos al corazón en un gesto sobreactuado. Ella sonrió a su pesar—. Por si te hace sentir mejor, yo creo que tú estás para comerte. —Dejó escapar una risa suave al ver que resoplaba indignada y continuó—. No me burlo de ti, *a'ghrá* —susurró. La tomó por la barbilla y la obligó a mirarlo—. ¿Necesito demostrártelo?

Como siempre que él se acercaba a menos de diez centímetros, su mente colgó el cartel de «cerrado por vacaciones» y cedió el control a los instintos primarios.

Él se inclinó hasta que sus labios estuvieron a tan poca distancia que apenas cabría un papel de fumar entre ellos. Su aliento la rozaba en una caricia tan íntima como un beso, el cuerpo de él cerca del suyo irradiaba calor, o tal vez era su cuerpo el que estaba a punto de demostrar que los humanos sí podían entrar en combustión espontánea. Él esbozó lo que apenas era la idea de una sonrisa, como si supiera a la perfección lo que estaba sintiendo en ese momento, y una de sus manos se alzó para apartar un mechón rojizo de su frente.

—Cena conmigo —susurró—. Hoy.

Sus labios la rozaron al hablar y el encefalograma plano que dibujaba en ese mismo instante su cerebro se llenó de exclamaciones y corazoncitos, para volver a caer en picado hacia una línea recta.

—¿Cenar? —suspiró sin tener la menor idea de lo que significaba esa palabra.

—Sí, cenar. —Los labios de Aidan se desplazaron hacia la comisura de su boca, donde dejó un beso tan suave que bien podía haberlo imaginado—. Es esa comida que toma la gente civilizada por las noches, ¿recuerdas? —bromeó.

Una señal de alarma se encendió en algún punto lejano de la inmensa sombra palpitante de lujuria en la que se había convertido su mente consciente. La ignoró todo lo que pudo, demasiado concentrada en el provocador aliento de Aidan descendiendo hacia su cuello, pero el instinto de conservación que la había mantenido alejada de tipos como él desde el batacazo con Marcos hizo sonar la alarma de autodestrucción, tocó la campana de aviso de maremoto y mandó a los cuerpos de paz a apartarla de sus labios.

—No, yo... —retrocedió alarmada, apartándose de Aidan como si la hubiera pinchado—. No es buena idea —jadeó.

Aidan suspiró frustrado, pero se repuso casi al instante y volvió a colgar esa sonrisa traviesa de su cara.

—¿Por qué no? —preguntó en tono ligero.

—Porque no —balbuceó—. Porque... A ver... —Había un argumento racional para negarse en alguna parte, estaba segura de ello, pero en ese momento era incapaz de recordarlo. Solo sabía que el instinto le decía a gritos que tenía que apartarse porque... porque... Sí, eso era—. Mira, ahora mismo no estoy buscando una...

—¿Cena? —la interrumpió Aidan. Ella le envió una mirada de reprobación que lo

único que consiguió de él fue una risa suave y conocedora que le puso los pelos de punta—. Yo tampoco ando buscando nada ahora mismo, pelirroja —replicó alegremente. Se apartó de ella y volvió a apoyar la espalda contra el tronco del árbol—. Pero me gustas —añadió él en el mismo tono conversacional que usaría para informarla de que iba a empezar a llover—. A estas alturas me parece una tontería negarlo —sonrió y la miró con intensidad—. Y me apetece cenar contigo y, si surge...

—No —exclamó. No le apetecía lo más mínimo avivar el fuego de su ya exaltada libido con lo que quiera que él fuera a decir a continuación—. Mala idea.

—¿Por qué? —insistió él—. Somos adultos, estamos libres y nos sentimos atraídos uno por el otro... —Chasqueó la lengua con aire crítico, como si no encontrara ningún fallo en su argumentación—. Y no es como si te estuviera pidiendo en matrimonio, o algo así. —Fingió espantarse mientras se llevaba las manos al pecho con un gesto de horror tan histriónico que ella no pudo por menos que reírse. Él le devolvió la sonrisa y suavizó el tono—. Solo una cena, pelirroja. Tú, yo, quizá unas velas y un poco de música, y comida precocinada calentada en el microondas.

Ella soltó una carcajada al imaginarse una mesa vestida de forma exquisita, con dos latas de callos colocadas en el centro de una bandeja de plata.

—Tú sí que sabes cómo convencer a una chica —rio.

—¿Eso es un sí? —se animó Aidan.

—No —replicó sin pensarlo. Aidan miró al cielo y dejó escapar un bufido de desesperación. Ella rio de nuevo—. Es que, a ver, reconozco...

Se frenó en seco. ¿Qué iba a decir? «¿Reconozco que estoy deseando arrancarme la ropa y saltarte encima? ¿Reconozco que me vuelves loca solo con mirarme así?». Bastante estaba perdiendo ya la dignidad cada vez que la tocaba, tampoco iba a poner su orgullo en las manos de ese tío para que se lo estrujara y lo exprimiera hasta no dejar ni una sola gota.

Aidan la miró, comprensivo.

—Lo entiendo, *a'ghrá* —musitó—. Ese imbécil de tu ex te dejó muy tocada. —Ella negó con la cabeza en un vano intento de defender su orgullo—. Está bien —aceptó Aidan—. A todos nos joden alguna vez. Literal y metafóricamente —añadió con malicia. Le devolvió apenas la sombra de una sonrisa y él endureció un poco su tono—. Pero no irás a dejar que te esté jodiendo toda tu vida, ¿no? Así ganará él, pelirroja. —Una vez más se inclinó hacia ella, regalándole el calor de su cuerpo—. Seguirás negándote cosas por él. Será como si no lo hubieras dejado... —Le apartó el pelo de la mejilla y depositó allí un beso cargado de afecto—. ¿Es eso lo que quieres, *a'ghrá*? —murmuró contra su piel.

Parecía una argumentación tan lógica, tan llena de sentido... Y, sin embargo, las alarmas seguían sonando, advirtiéndola. Pero ¿por qué? Solo era una cena, nada más. Y el chico le gustaba. ¿Qué había de malo en todo eso?

«Que terminaríais en la cama, estúpida», le recordó su sentido común.

«Bueno, ¿y qué?», se indignó su libido.

«¿Cómo que “y qué”? ¡Pues que te colgarías de él y al final te dejaría tirada, como todos!».

«Y si no te lo tiras va a pasar lo mismo, pero encima no te lo habrás tirado», replicó su libido, con una lógica surrealista impecable.

«Esta todo lo arregla follando», protestó la voz de la razón.

«Follar es sanísimo».

—Basta —ordenó a sus voces mentales—. ¡No vamos a follar!

—¿Y si lo discutimos cenando? —sugirió Aidan.

Gimió, se apartó de él y escondió la cara entre las manos.

—Lo he dicho en voz alta, ¿verdad? —lloriqueó.

—Pues sí —rio—. Pero como soy un tío optimista, lo dejaré pasar.

Era tan tentador decir que sí... Suspiró y abrió la boca para contestar, todavía sin saber muy bien cuál iba a ser su respuesta, pero antes de que las palabras llegaran a escapársele, su móvil tomó cartas en el asunto interpretando sin piedad los acordes de *The Big Bang Theory*.

—Es el tono de Laura —explicó mientras se levantaba a toda prisa—. Tengo que contestar.

—Claro —aceptó él—. ¿A las nueve en mi casa? —preguntó sonriente.

—Yo... —dudó. El teléfono dejó de sonar, pero volvió a insistir otra vez al momento. Raro, muy raro, Laura jamás insistía—. Tengo que contestar, de verdad...

—Muy bien, contéstame. Di «sí» —insistió.

«Me voy a arrepentir de esto».

—Vale, a las nueve en tu casa —dijo antes de descolgar, llevarse el móvil a la oreja y salir corriendo de allí lo más lejos que pudieran llevarla sus pies, antes de que se diera cuenta de lo que acababa de hacer.

—¿Has invitado a Diana a cenar? ¿Aquí? ¿Esta noche?

Aidan esquivó a Niall y siguió rebuscando entre las cajas, intentando localizar las malditas velas. Estaba seguro de que había guardado unas cuantas en algún sitio y ya que la cena iba a ser justo lo que había prometido —un par de latas calentadas al microondas—, qué menos que vestir una mesa en condiciones. Si algo sabía de mujeres era eso; les gustaban las cosas bonitas y bien presentadas.

—Sí. Sí... Y sí —respondió distraído.

Niall sonrió de oreja a oreja.

—Espera a que se entere Roi —aplaudió—. Es más, ¿puedo decírselo yo? —preguntó con la misma actitud de un niño que intenta convencer a su madre para que le deje tomarse otro pedazo de tarta—. ¿Puedo? ¿Puedo? Por favor, déjame que se lo diga yo —rogó con esa absurda actitud infantilizada—. ¿Puedo?

—No, no puedes —rezongó Aidan, mirando a su alrededor para decidir qué montón de cajas iba a atacar en esa ocasión.

—Tío, le quitas toda la diversión a la vida, en serio —protestó Niall.

—Ya te diviertes bastante —replicó. Apartó una caja de libros y abrió otra, rotulada con la misteriosa leyenda «SSFG». Un montón de velas de todos los tamaños, formas y colores lo saludaron con alegría. En el fondo de la caja encontró también un par de manteles cursis; varias servilletas a juego; algo que en otra vida debió de ser un centro de mesa, pero que en ese momento parecía un mapache putrefacto, y unas cuantas varillas de incienso con sus correspondientes incensarios—. Claro —sonrió—, *stupid stuff for girls*. —«Objetos estúpidos para chicas», tradujo para sí mismo. Cargó la caja y la dejó encima de la mesa antes de ponerse a rebuscar entre los CD—. Además, no sé a qué viene tanta historia. Solo estoy invitando a cenar a una de las chicas que tenemos que tener vigiladas. No es como si pensara liarme con ella, o algo.

Por el rabillo del ojo vio cómo su amigo se asomaba a la caja y echaba un vistazo.

—No hay condones —comentó Niall en tono superficial.

—Los he dejado en el cajón de mi mesilla —contestó Aidan en automático.

Cuando su mente consciente procesó lo que su lengua acaba de soltar sin más, no necesitó volverse para saber que en la cara de Niall flotaba una inmensa sonrisa triunfal. Cerró los ojos en un gesto de desesperación.

«Mierda».

Se volvió hacia él y, en efecto, ahí estaba esa enorme sonrisa de gato Cheshire. Por un momento disfrutó imaginándose con todo detalle cómo se la borraba de un puñetazo, pero cuando llegó al punto en que Niall se lo devolvía, la cosa dejó de tener tanta gracia.

—Vale —sonrió el gato Cheshire—. ¿Puedo contar al menos eso a Roi?

—No —gruñó, mirándolo a través de sus ojos entrecerrados, en lo que esperaba que fuera un gesto intimidatorio.

Niall no se intimidó, claro. Niall *nunca* se intimidaba.

—Tú eres consciente de que se lo voy a contar de todos modos, ¿verdad? —preguntó alegremente.

—¿Y tú eres consciente de que puedo partirte la boca? —amenazó.

—No, no puedes —replicó Niall sin inmutarse.

—Vale, no puedo —reconoció Aidan a regañadientes—. Pero me voy a divertir mucho intentándolo.

—No más de lo que podría divertirme yo impidiéndotelo. —La sonrisa de Niall se amplió antes de desaparecer por completo. Aidan reprimió un gemido, esa seriedad tan poco común en él no podía traer nada bueno. Su amigo cruzó los brazos sobre el pecho, se apoyó en la mesa y lo miró con una expresión que pocas veces le había visto. Y no le gustó ni un poco—. Escucha, *deartháir*... —vaciló—. Sabes que yo no soy como Roi —continuó su amigo—, a mí no me parece mal que te diviertas un poco con la chica ni nada de eso... Ya conoces mi teoría; el que no folla, jode, y tú ya eres bastante tocapelotas cuando estás relajado.

—Gracias —refunfuñó, encantado de la vida con lo que le parecía una actitud algo más que condescendiente.

—Pero hay algo que no me gusta nada en todo esto —concluyó Niall, sombrío.

Aidan le sostuvo la mirada sin pestañear. Por mucho que tuviera una actitud de bocazas despreocupado, su colega no tenía un pelo de tonto. Bajo esa fachada de burlas, pullas venenosas y engreimiento adolescente, latía un cerebro tan afilado como una espada milenaria y casi igual de letal. Si decía en ese tono que había algo que no le gustaba, la única opción era tomárselo muy en serio, así que miró con expresión nostálgica los CD que había estado revisando y se acercó a él.

—Te escucho —suspiró.

Niall sacudió la cabeza en un gesto a medio camino entre la negativa y la confusión.

—No hay nada que contar. Ojalá lo hubiera. —Soltó una maldición apagada, tan típica y poco imaginativa, que Aidan no pudo por menos que asustarse—. Solo es una sensación, un mal presentimiento... Como si... Como si un círculo estuviera a punto de cerrarse. No sé, yo... —Se encogió de hombros en un gesto de disculpa—. Si pudiera decirte algo más, yo...

—No, no... —lo frenó—. Está bien —admitió—. Hace mucho que aprendí a fiarme de esos malos presentimientos tuyos —suspiró. Agobiado, se pasó las manos por la cara como si quisiera borrar el recuerdo de esa expresión sombría, tan poco típica de su amigo—. Vale, vamos a ver —decidió por fin—. Mañana entraremos en el solsticio de invierno... Quizá podría... —Su móvil, canturreando *Do you think I'm sexy?*, lo interrumpió antes de que pudiera decir algo que no le apetecía nada exponer.

Lo sacó del bolsillo de los vaqueros y la pantallita táctil le informó, burlona, de que lo llamaba una tal «Foama». Después de pensárselo unos cuantos segundos, cayó en la cuenta y tomó una rápida nota mental para no apuntar teléfonos durante una borrachera épica—. Hola, pelirroja —saludó con prevención. Si había cambiado de idea...

—¿Aidan? —preguntó la vocecita nerviosa de Diana al otro lado de la línea—. Mira, no voy a poder ir esta noche. Yo... Lo siento, pero... No puedo, ¿vale?

Por un momento su orgullo masculino herido estuvo a punto de dirigir su dedo hacia la tecla de colgar sin permitir que su cerebro se detuviera a analizar el tono de la chica, pero su cerebro siempre había tendido hacia la testarudez, así que le informó con mucha educación de que la angustia de esa voz era demasiado evidente como para tratarse nada más que de cancelar una cita por miedos de última hora.

—Pelirroja, ¿pasa algo? —inquirió apresurado—. ¿Estás bien? —El silencio se prolongó unos segundos, en los que llegó a pensar que se había cortado la comunicación—. ¿A'chuisse? —insistió.

Al otro lado de la línea se escuchó un larguísimo suspiro.

—No, yo... —Un nuevo suspiro—. La mujer de Manolo ha muerto —explicó con voz temblorosa—. Ella... —vaciló—. Es igual... Hemos ido a su casa, para ver si podíamos hacer algo, porque claro, Manolo... —gimió—. Me estoy dispersando, ¿verdad? Lo que quería decir es que... A ver... Llegamos allí y él estaba intentando calmar al bebé, y... Porque el bebé estaba llorando y... Nosotras...

—Tranquila, ¿vale? —la interrumpió con suavidad. Se puso en pie y Niall se enderezó al instante, mirándolo con una muda pregunta escrita en su rostro preocupado. Le hizo una seña para que esperara—. Cálmate e intenta decirme qué ha pasado, ¿de acuerdo?

—Es Marta, no sé qué le pasa —explicó nerviosa—. Fue a coger al bebé y... —Escuchó una voz apagada al otro lado de la línea y esperó impaciente—. Oye, tengo que irme. Me llaman, yo...

—Espera —ordenó—. ¿Dónde estás? —preguntó antes de que ella pudiera colgar.

—En casa de Manolo, donde la botica, pero tengo que irme, Aidan, de verdad, yo... Ya te llamaré, ¿vale? —dijo a toda prisa.

—Escucha, no te muevas de ahí.

—Pero...

—Vamos para allá. Esperadnos ahí —ordenó con tono autoritario—. Ni se os ocurra marcharos sin nosotros, ¿de acuerdo?

—Bueno, vale, pero... —balbuceó.

—Diez minutos —exclamó antes de colgar.

Miró a Niall y este se limitó a asentir.

—Ya ha anochecido —dijo—. Yo avisaré a Roi. Tú ve a buscar el coche.

La noche se había llenado de misericordia, lamentos apenas susurrados, pena y horror. La presencia de la muerte flotaba en el aire nocturno, enredándose con la humedad y la escarcha; congelaba los huesos, helaba el alma y se aferraba a las cuerdas vocales, convirtiendo cualquier voz en un murmullo de respeto y angustia.

Todo el pueblo de Manciñeiras se había convocado ante las puertas del boticario para ofrecer su ayuda, sus condolencias o tan solo su apoyo silencioso. Era en esos momentos, en los que la tragedia se cebaba con alguno de ellos, cuando el pueblo mostraba su verdadero rostro; Manciñeiras era una gran familia, dispuesta a arropar a cualquiera que lo necesitara. En unos días quizá habría murmuraciones, historias deformadas al pasar de boca en boca, comentarios maliciosos... Quizá algún cotilleo más interesante que veraz, pero hoy el pueblo cerraba filas sobre quien estaba sufriendo, y hacía suya su desgracia.

Cualquier otro día, Diana estaría entre ellos, repartiendo abrazos, ayudando a las mujeres a preparar café y bocadillos o haciendo cualquier otra cosa que, al menos, pareciera útil y la hiciera sentirse como tal, pero en ese momento tenía su propio pedazo de drama entre manos y no lo estaba manejando precisamente bien.

—Es horrible, es horrible, es horrible, es horrible, es... —Sentada en el bordillo de la acera, Marta se sujetaba la cabeza con las manos, agarrotadas como garfios, mientras repetía una y otra vez las mismas frases. Alzó la vista y se aferró a sus brazos—. Tenía razón, Diana. Tenía razón, tenía razón... Es horrible, es... —Rompió a llorar de nuevo y se abrazó a sí misma, acunándose con violencia.

Ella, impotente, solo pudo acariciarle el pelo y mirar con preocupación a Laura.

—Necesita un calmante —decidió.

Su amiga chasqueó la lengua en un gesto crítico.

—Es evidente, pero ¿de dónde quieres que los saquemos? ¿Se lo pedimos al boticario? —ironizó Laura—. Ah, no, espera. No podemos...

—No es buen momento para ponerse sarcástica, Laura —gruñó Diana.

—Tienes razón —reconoció esta al instante—. Tienes razón, lo siento —repitió, paseándose frente a ella, aupada en sus altísimos tacones de aguja—. Es solo que... —vaciló—. No sé qué hacer... —concluyó agobiada.

Por supuesto, suspiró. Para Laura no saber qué hacer era incluso más grave que lo que quiera que le estuviera pasando a Marta, y, por mucho que lo intentara, ella no podía ayudar. Con ninguna de las dos cosas. Lo único que se le había ocurrido había sido llamar a Aidan y cancelar la cita. Y prefería no pensar por qué se había preocupado de eso entre todas las cosas que tenía encima, aunque una parte muy pequeña, pero muy traidora, de su mente no dejaba de estudiarlo desde todos los ángulos posibles.

Como si hubiera hecho una invocación al pensarlo, la silenciosa calle se animó con el estridente ruido de un potente motor y, poco después, un auténtico cochazo se detenía junto a ellas con un chirrido de neumáticos.

«¡Un Maserati! ¡El *Quat roporte* de cuatrocientos treinta caballos, nada menos!», anunció entusiasmada la chica *Top Gear* que habitaba en algún lugar de su interior. La Diana racional la acalló con un siseo mental, aunque aparcó el dato para estudiarlo más adelante.

Del coche se bajaron los tres hombres, con pasos apresurados, y Aidan se dirigió sin dudarle hacia ella, mientras Roi se acuclillaba frente a Marta. Niall, sin embargo, se quedó rezagado junto al capó, con una expresión severa y concentrada, fuera de lugar en un rostro como el suyo, que parecía diseñado para mostrarse siempre burlón.

—¿Estás bien? —preguntó Aidan, asiéndola por los hombros.

Ella observó confundida cómo la miraba, preocupado de la cabeza a los pies, como si intentara encontrar alguna herida o asegurarse de que estaba entera.

—Sí, yo... —tartamudeó por la estupefacción y el alivio—. Es Marta la que... Yo... No sé qué le pasa, Aidan. Lleva así desde que... Es que no sabemos qué hacer y...

—Cálmate —susurró—. Ya estamos aquí, ¿vale? —La atrajo hacia sí y la abrazó con suavidad—. Respira hondo y cuéntame lo que ha pasado —pidió.

Se esforzó en poner en orden sus pensamientos, pero lo único que tenía claro en ese instante era lo bien que se sentía, arropada por sus brazos. Y en el miedo que eso le daba. O más bien, en el miedo que le daba que no le diera ningún miedo. Es decir...

Por fortuna, Laura, tan práctica como de costumbre, la sacó de su bucle mental.

—Vinimos cuando nos dijeron que Nenita se había... bueno... —vaciló.

—¿Se había...? —La animó a seguir él—. ¿Muerto? —apuntó sin delicadeza, al ver que su amiga no respondía.

—Suicidado —susurró ella, notando cómo Aidan se envaraba bajo sus manos. Poco después, la estrechó con más fuerza, como si quisiera protegerla de sus propias palabras.

—Entiendo —rumió entre dientes—. ¿Y Marta está así por eso?

—No. Está así desde que cogió al bebé en brazos —resumió Laura—. Lo miró y empezó a chillar. Sin más —explicó, confusa—. Dice todo el tiempo que es horrible, que...

—Que tenía razón —apuntó Diana—. No sé a quién se refería...

—Supongo que a Nenita —aventuró Laura—. Era lo que ella decía —añadió con un susurro cargado de lástima.

Aidan suspiró profundamente y cruzó una veloz mirada con Niall. Este se limitó a asentir con gesto hosco, para volverse después a mirar la casa como si estuviera en llamas. Otra curiosidad más que analizar más adelante. Al final, iba a necesitar todas las vacaciones para resolver sus apuntes mentales.

—¿Roi? —preguntó Aidan.

—Es un ataque de pánico. Y de los graves. Está hiperventilando —respondió este sin apartar los ojos de Marta, con una de sus manos en la frente de su amiga y otra tomándole el pulso. Ella seguía lloriqueando, balanceándose y balbuceando incoherencias, ajena a toda la atención que estaba despertando.

—¿Puedes hacer algo? —quiso saber Aidan.

Roi se encogió de hombros.

—Puedo ponerle un calmante —dijo. Alzó la vista y echó una rápida mirada a Niall antes de volverse hacia Aidan—. Pero tendría que llevarla a casa.

—¿Eres médico? —inquirió Laura.

—Sí —respondió con una parquedad muy poco propia de él. Se puso en pie y se encaró a Aidan, sin apartar una mano tranquilizadora del hombro de Marta—. Tú dirás, O' Cleary.

Aidan solo lo pensó un segundo.

—Llévate a las tres a casa y ponle ese calmante —decidió—. Nosotros —añadió echando un rápido vistazo a su otro amigo, para incluirlo en la conversación— nos quedaremos y presentaremos nuestras condolencias.

—¿No vas a venir? —preguntó Diana, maldiciéndose por el tono patético de su voz.

Él le rozó la mejilla con los dedos en una caricia apenas insinuada.

—Iremos en cuanto acabemos aquí, *a'chuisle* —prometió—. Ahora id con Roi, para que pueda poner la medicación a Marta.

—Pero no tienes que... —Se frenó en seco y reconstruyó la frase para que encajara mejor con su orgullo—. No tenéis que quedaros. —«Mucho mejor»—. Ya está aquí todo el pueblo y...

El índice de Aidan se posó sobre sus labios, acallando el discurso que se apelotonaba en su lengua, ansioso por presentar batalla.

—Marta necesita ayuda, *a'ghrá*. —Niall apareció tras él con un brillo de impaciencia en sus ojos, sorprendentemente serios—. Un momento —pidió Aidan sin volverse, en un tono seco y cortante que dulcificó al volver a dirigirse a ella—. Tiene que salir de aquí, o no se calmará. Y Roi es un buen médico, te lo prometo.

Diana lo consideró solo un instante, el tiempo necesario para acallar a la niña caprichosa que gimoteaba en su interior y que le decía a gritos que se sentía mucho mejor abrazada a él y que no quería dejarlo marchar. Tenía razón, por supuesto. Fuera lo que fuese lo que le había pasado a Marta, estar cerca de esa casa no iba a ayudar a calmarla. Lo que quiera que Roi fuera a ponerle, seguro que sí. Suspiró, alzó la vista para encontrarse con los ojos de Aidan y dijo lo único que podía decir.

—¿Puedo conducir?

Él soltó una carcajada cargada de sorpresa y diversión, le tendió las llaves y le dio un apresurado beso en los labios. Después convirtió su rostro en la más perfecta máscara de la inexpresividad, antes de volverse hacia Niall y, sin una palabra más, los

dos hombres echaron a andar hacia la casa. Apenas tuvo tiempo de considerar que más que ir a presentar sus respetos al viudo los dos parecían a punto de entrar en una batalla épica contra trescientos mil persas, antes de que Roi le hiciera señas para que se pusiera al volante.

Había gente que se relajaba con confusas doctrinas orientales, como el yoga, o el taichi; había gente que se daba un baño caliente, que leía un buen libro con una taza de chocolate en las manos; gente que salía de copas con unos amigos, o a tomar café en algún lugar agradable. A ella le relajaba el movimiento, así que prefería salir a correr o nadar un rato. Incluso a montar a caballo, si se presentaba la ocasión. Pero, sobre todo, lo que conseguía apartarla de un tirón de todos sus problemas eran los coches rápidos.

Su padre había sido un gran aficionado a los *rallies* y le había importado muy poco no tener un hijo varón; su chica sabía más de coches que cualquier otro chaval que hubiera conocido, o incluso que pudiera haber criado. Así que cuando se puso al volante de esa máquina increíble, sobre la que había leído todo lo que se había publicado y algo más, empezó conduciendo despacio, mirando de tarde en tarde cómo se encontraba Marta, sostenida por Roi en el asiento de atrás.

Pero cuando ya llevaba unos cuantos metros recorridos por las mal iluminadas *corredoiras* que llevaban al pazo, su mente empezó a actuar en automático y hundió el pie en el acelerador, sin pensar en nada más que en la siguiente curva o el próximo obstáculo. El coche respondía con una precisión milimétrica a cada giro de volante, a cada cambio de marcha o cada pequeño toque de los pedales, mientras volaba por los estrechos caminos de tierra. Concentrada en la conducción, apartó de su cabeza todo lo demás, al menos hasta que se detuvo frente a la mismísima puerta con un controlado derrape y un satisfactorio chirrido de ruedas. Sacó la llave del contacto, suspiró satisfecha y miró a sus pasajeros. Laura, sentada junto a ella, puso los ojos en blanco y se bajó sin más. Roi rio entre dientes.

—Conduces como una verdadera psicópata, querida —comentó mientras ayudaba a Laura a sacar a Marta del coche—. Lo que, supongo, te convierte en una magnífica pareja para el otro psicópata de la conducción. Serás la única que pueda ir con él sin conseguir un buen puñado de canas.

—¿Hablas de Aidan? —preguntó.

—¿Hay muchos más hombres con los que te interese formar una magnífica pareja en este momento, querida? —replicó él con evidente sarcasmo, antes de salir del coche sin molestarse en esperar una respuesta.

Resopló indignada. Tenía la sospecha de que iba a ser una noche muy, muy larga.

Y, de hecho, sus sospechas se quedaron algo más que cortas. La noche se había puesto ya el traje de la madrugada cuando se decidió a bajar a la cocina y buscar algo que pudiera calmar el hambre de lobo que ni los nervios ni la preocupación eran ya capaces de aplacar.

Entró en lo que sin duda era la cocina, pero que se parecía mucho más al puente

de mando del *Enterprise*, y empezó a abrir puertas y más puertas, cada vez más desesperada. Vacía, vacía, vacía...

Gimió.

—Nada comestible y yo con un hambre que me comería un caballo vivo —protestó a las paredes.

—Creo que se nos han acabado los caballos vivos, pero quizá pueda conseguirte unos raviolis de carne, si me los pides con educación —bromeó Roi.

—Dame. De. Comer —gruñó, demasiado hambrienta como para seguirle el juego.

—¿Y la palabra mágica, querida?

—Castrado.

Él enarcó las cejas con expresión divertida y se dirigió con parsimonia hacia un estante oculto bajo la isleta central.

—Ante tan terrible amenaza, supongo que deberé darte esto sin más dilación... —comentó, agitando frente a él una bolsa plástica de comida precocinada con la foto de unos tentadores raviolis que la llamaban como un canto de sirena. Hizo ademán de abalanzarse sobre ellos, pero él los apartó de su camino con un gesto elegante—. Permíteme —pidió.

Con ademanes precisos y meticulosos, consiguió un plato, sirvió la pasta y la puso en el microondas antes de volverse a mirarla.

Ahora que la comida ya era una realidad en potencia, se sintió más preparada para mantener una conversación civilizada. Tomó asiento en uno de los taburetes que rodeaban la isleta y devolvió la mirada a Roi.

—¿Y Laura? —preguntó.

Él suspiró y se sentó frente a ella, con una elegancia natural que no podría imitar ni aunque se tragara la colección completa de *Vogue* invierno.

—He conseguido convencerla para que se eche un rato —explicó—. Con todo lo que le he dado, Marta no va a despertarse hasta bien entrada la tarde, así que de nada sirve quedarse velándola.

Y, por supuesto, a Laura le había parecido perfectamente lógico y perfectamente razonable y se había metido en la cama sin dudarlo. Ojalá ella fuera tan sensata y pudiera descansar un rato. Pero no lo era, de modo que estaba en la cocina, a las tantas de la madrugada esperando por unos raviolis precocinados que seguro que estarían asquerosos, dando vueltas a todo lo que había pasado en un día demasiado largo para tener solo veinticuatro horas.

«Bien, las preocupaciones mejor de una en una», decidió. Y como Roi no tenía ningún motivo para saber por qué Nenita se había puesto una soga de cáñamo como fular, y preguntarle por Aidan sin más ni más le parecía demasiado fuerte incluso a ella, optó por el tema más seguro.

—¿Qué le ha pasado? A Marta, digo —aclaró de forma innecesaria.

El microondas avisó de que había terminado su trabajo con un «clinc» que

pareció una forma cutre de destacar el punto final de su comentario. Roi se levantó para recoger el plato, que colocó frente a ella antes de volver a sentarse.

—Ha tenido un ataque de pánico —respondió en tono neutro—. Pueden ser muy angustiados. Y más si son tan fuertes como este —aclaró, adoptando una actitud más aleccionadora que amigable—. Ya lo has visto. —Se encogió de hombros—. He tenido que duplicar la dosis para que se quedara dormida.

—Pero ¿por qué? —insistió Diana—. Quiero decir, no la conoces, pero Marta es... No sé, nunca la he visto estresada o nerviosa o... —Sacudió la cabeza con incredulidad—. No sé, yo...

Roi se inclinó hacia ella y le sujetó la mano temblorosa que agarraba el tenedor.

—Diana —la llamó en tono tranquilizador—. Tranquila, solo es una respuesta al estrés y no se va a morir por esto —explicó—. En cuanto al motivo... Bueno, Laura me ha dicho que cuidaba al niño cuando su padre no podía con todo, así que imagino que tendría contacto con la madre y los suicidios son... desagradables, por decirlo con suavidad. —Le apretó la mano en un gesto de ánimo y se retiró, encogiéndose de hombros una vez más—. Mañana estará mejor, no te preocupes.

—Vale —aceptó, más que nada porque no podía concebir que Marta no se levantara como nueva.

Se llevó una cucharada de pasta a la boca y frunció el ceño, asqueada, cuando sus papilas gustativas gimieron aterrorizadas ante el sabor a conservantes, colorantes, antioxidantes y a saber cuántas cosas más terminadas en «-antes» que llevaba esa porquería.

—Puag —bufó.

Roi esbozó una sonrisa torcida.

—Lo siento —se disculpó—, pero me temo que la cocina no se encuentra entre mis muchas habilidades. —Su sonrisa pasó a ser claramente maliciosa—. Y, por si te lo estás preguntando, entre las de Aidan tampoco.

—No me lo estaba preguntando —masculló, mientras apartaba el plato lo más lejos posible de ella. Por si mordía, o algo. O le subía el colesterol solo por estar cerca.

—Mentirosa —sonrió él.

—No era una mentira —gruñó, mirándolo a través de sus ojos entrecerrados en lo que esperaba que fuera un gesto intimidante.

—Está bien, te creo —replicó Roi al tiempo que alzaba las manos ante él para pedir calma—. ¿Por qué ibas a preguntar algo tan banal como si sabe cocinar, cuando hay tantas cosas interesantes que yo podría contarte? —añadió con un pícaro aleteo de cejas.

—No quiero saber nada —se obstinó Diana.

«Salvo, quizá, por qué no ha vuelto todavía...», añadió para sus adentros, esquivando la mirada del hombre. En teoría, solo iban a presentar sus respetos al viudo, pero de eso hacía... Miró el reloj en un gesto casi inconsciente y abrió los ojos

de par en par. ¿Las seis de la mañana? ¿Quién diablos le había robado todas las horas que faltaban desde las ocho?

Roi la miró, comprensivo.

—Se habrán entretenido —los justificó—. Pero supongo que ya no tardarán.

Se encogió de hombros con su mejor actitud indiferente.

—No me importa —replicó en tono ligero.

—Bien —aprobo él—. Entonces quizá quieras seguir el ejemplo de Laura y acostarte un rato.

—Eh... —«¿Acostarme? ¿Sin saber por qué Aidan no ha vuelto todavía? Ni loca»—. No tengo sueño, yo...

—Claro —sonrió Roi.

—No, en serio, no tengo sueño.

—Te creo —aceptó, a todas luces reprimiendo una carcajada—. Pero, al menos, podrías echarte en el sofá un rato. —Ella negó con la cabeza—. Te despertaré si vuelven —ofreció con un tonillo malicioso de lo más irritante.

—No. Tengo. Sueño.

Él dejó escapar un suspiro teatral.

—Siempre le han gustado las mujeres con carácter —murmuró poniendo los ojos en blanco—. Con *demasiado* carácter. —Inclinó la cabeza hacia un lado y pareció considerar una idea simpática—. Aunque él diría que le gustan fáciles, cariñosas y complacientes, pero no le hagas caso, querida. Aidan nunca ha sabido lo que quiere.

Inspiró hondo.

—Mira, no sé por qué crees que me interesa todo eso, pero...

Roi la frenó alzando una mano frente a su cara.

—Shhh —siseó. Inclinó la cabeza como si estuviera escuchando y se puso en pie—. Vamos. Ya vuelven —ordenó mientras echaba ya a andar hacia la puerta.

Diana saltó del taburete y lo siguió, correteando por el recibidor.

—¿Cómo lo...?

Él ignoró su pregunta y se dirigió a grandes zancadas a abrir la puerta principal. Para su sorpresa, Aidan caminaba hacia ellos por el sendero de grava, con la cabeza gacha y los hombros hundidos, en una actitud agotada o, tal vez, derrotista. Cuando llegó a las escaleras, levantó la vista hacia ellos y ella reprimió un jadeo. A la tenue luz de la bombilla del porche, su rostro aparecía pálido como el de un fantasma, con evidentes signos de fatiga adornando unos ojos que parecían contener toda la furia del mundo clavada en las pupilas.

—¿Niall? —inquirió Roi.

—En el bosque —contestó Aidan en tono seco—. ¿Marta? —devolvió la pregunta.

—Durmiendo tranquila —repuso su amigo—. Laura también. ¿Necesitas algo? —Aidan no contestó. Se limitó a mirar hacia ella, que no sabía muy bien si abrazarlo, echar a correr o preguntar histérica qué había pasado. Y como no tenía ni idea de qué

hacer, se limitó a quedarse clavada en el sitio, sosteniendo su mirada—. Muy bien — siguió Roi, como si hubiera encontrado respuesta a su pregunta—. En ese caso, me voy a dormir. Hablaremos mañana. —Una vez más, Aidan no contestó. Y una vez más, a Roi no pareció sorprenderle—. Buenas noches, querida —se despidió en un sorprendente tono burlón, antes de perderse escaleras arriba.

Se acercó a Aidan con la misma prevención con la que se aproximaría a una culebra venenosa.

—¿Aidan? —susurró. Él no contestó. Siguió mirándola fijamente, con las manos cerradas en puños a sus costados, los hombros hundidos por el peso de quién sabía qué preocupaciones y la expresión inescrutable—. Aidan —repitió. Se aproximó más a él, despacio, y con la misma cautela le tomó la cara entre las manos—. ¿Qué pasa? ¿Puedo hacer algo? ¿Qué...?

Aidan no la dejó continuar. Alzó las manos e imitó su gesto, sujetando su rostro. Bajó la vista hacia sus labios y, sin decir palabra, se apoderó de ellos con un beso brusco y hambriento.

No quería pensar.

No *podía* pensar.

En lo único en lo que Aidan necesitaba concentrarse en ese momento era en las curvas de Diana, apretadas contra él, devolviéndole el beso con una pasión que ni esperaba ni se había atrevido a imaginar, pero que agradecía con cada célula de su cuerpo. Impaciente, la empujó hacia el interior de la casa sin dejar de saborear el refugio de sus labios ni por un instante y cerró la puerta de una patada.

Una oleada de deseo imparable apartaba a empujones cualquier otro pensamiento que su mente tuviera la intención de albergar y dirigía sus acciones con la precisión de quien ya se ha entregado a esa locura una y mil veces y sabe muy bien qué esperar de ella. Abrió los ojos y estudió el pasillo que conducía a las escaleras. «Demasiado lejos», decidió, y guio sus pasos hacia la habitación más cercana, con ella todavía colgada de su cuello, dejándose llevar por sus besos con la misma urgencia que lo poseía a él.

Maldijo para sus adentros cuando se encontró en la cocina.

«Muy bien, O’Cleary. Dos salones con sofás y vas a dar a la puta cocina —se burló de sí mismo—. Muy novelesco de tu parte. Tu editor estaría encantado con esta escena».

Pero en ese momento ella gimió contra sus labios y su espíritu crítico se retiró al fondo de su mente para contemplar a gusto el espectáculo que estaban a punto de ofrecerle. Bajó las manos que todavía sostenían el rostro de la chica como un preciado tesoro y recorrió su cuerpo con avidez, para terminar en el preciso lugar donde habían querido estar desde el primer momento que la había visto con esos vaqueros ceñidos; sobre las curvas de su fantástico culo.

Y tenerlo bajo sus dedos era tan increíble como no había podido dejar de imaginar desde entonces. Se aferró a la parte inferior de sus nalgas y la aupó hasta subirla a la encimera. Un plato que alguien había dejado ahí protestó indignado por la falta de delicadeza, pero con las piernas de Diana enroscadas alrededor de su cintura lo último que le preocupaba en ese instante era quedar bien con la vajilla.

Ansioso de sentir piel contra piel, permitió que sus manos abandonaran las caderas de Diana y ascendieran hasta encontrar el borde de su jersey para perderse en su interior. Acarició su cintura desnuda, jugó con el relieve de sus costillas y dejó escapar un gruñido de puro deseo animal al alcanzar por fin sus pechos.

—Aidan —susurró ella.

Animado por la pasión que destilaba su voz, tiró del jersey con gestos entorpecidos por el ansia y dejó al descubierto una magnífica tentación enmarcada en encaje azul. Se apartó un instante para contemplarla y se deshizo también de su

propia camiseta, que cayó al suelo formando un charco negro a sus pies.

—Aidan —volvió a susurrar la chica cuando los labios de él se dedicaron a saborear la curva de sus pechos. Se abrió paso a través del encaje y mordisqueó la piel suave y tensa, acercándose al endurecido pezón que clamaba por su atención—. ¡Aidan!

La voz se abrió paso entre las brumas de la pasión y le informó con prevención de que esto último no había sido precisamente un gemido de deseo. Confuso, alzó los ojos y la encontró mirándolo con más curiosidad que furia, gracias a la diosa por ello.

—¿Diana? ¿Qué...? ¿Qué pasa? —balbuceó, intentando arrancar sus procesos mentales del pozo de lujuria en el que estaban nadando con inconsciente alegría—. ¿Te he hecho daño? Yo...

Ella torció el gesto en una mueca sarcástica.

—Claro que no —replicó. Tiró del jersey hacia abajo, privándole de la fantástica vista, y dejó caer las muñecas sobre sus hombros, mirándolo a los ojos—. Pero ¿a qué viene todo esto? —preguntó.

Parpadeó sin comprender. No le resultaba fácil procesar preguntas cuando toda la sangre de su cuerpo había abandonado su cabeza y corría enloquecida hacia latitudes más cálidas.

—Yo... Bueno... —«¿Charla poscoital antes del coito? ¿Nos hemos vuelto todos locos, o qué?», gimoteó su entrepierna—. No sé qué...

Ella alisó la lana de su jersey, sin percatarse de cómo ese gesto estiraba la prenda sobre sus curvas, y lo miró con gesto crítico.

—Bueno... —Se encogió de hombros—. Te pasas toda la noche fuera, apareces como si acabaras de venir de la guerra y te lanzas sobre mí sin decir ni una palabra. —Vaciló y se mordisqueó el labio inferior en un gesto dubitativo que atrajo la mirada de sus ojos hambrientos como un reclamo—. No es que me queje... Pero no sé si esto... Quiero decir... Yo todavía no sé si... —Inspiró hondo como si pretendiera darse ánimos—. Hace unas horas ni siquiera sabía si quería cenar contigo, y ahora estamos aquí y tú... —Señaló su torso desnudo, en un amplio gesto que pretendía abarcar mucho más de lo que sus palabras insinuaban, y lo miró como esperando una respuesta.

Él volvió a parpadear.

—Lo siento, *a'ghrá*, pero no he escuchado nada después de «No es que me queje». —Ella resopló indignada y él convirtió su sonrisa en un gesto pensativo de probada eficacia en mil batallas amorosas—. Yo... —Empezó sin saber muy bien lo que iba a decir a continuación. La falta de riego sanguíneo no estaba favoreciendo a su causa. «Eres escritor, O'Cleary. Lo tuyo son las palabras, así que úsalas o te vas solito a tu habitación con un palmo de narices. Y de lo que no son narices también», le reprochó su libido—. Te deseo —concluyó por fin—. Y he tenido una noche muy difícil... Así que cuando te he visto... —Sacudió la cabeza—. Estabas tan guapa que... Lo siento, solo pude pensar en... Bueno, es evidente —añadió con una sonrisa

pícara.

—Aidan, te conozco desde hace solo tres días —argumentó ella con esa lógica enloquecida que solían usar las mujeres en asuntos de cama—. Y...

—Y me deseas desde hace tres días, *a'ghrá* —la interrumpió.

—Presumido.

—Es la verdad —replicó él con un encogimiento de hombros—. Y yo también te deseo. Tanto que duele —suspiró, arriesgándose a posar las manos sobre los muslos que todavía rodeaban su cuerpo—. Podemos esperar tres semanas, o tres meses, pero eso no va a cambiar nada. Y la vida es muy corta, *a'chuisle*. Créeme, lo sé —añadió, mientras hacía uso de toda su concentración para sellar la bóveda mental en la que había encerrado los recuerdos que atraían esas palabras.

Ella lo pensó durante una eternidad. Bien, quizá solo fueran unos segundos, pero sin lugar a dudas le pareció una eternidad.

—Así no —murmuró—. Aquí no.

—Está bien —aceptó él, apartándose.

Unas veces se ganaba y otras se perdía. Y cuando una mujer decía «no», no había mucho más que hacer, más que retirarse con toda la dignidad posible y darse una ducha. Fría, a ser posible.

Ella lo rodeó con sus piernas, atrayéndolo de nuevo hacia sí. La miró sorprendido, intentando prestar oídos a la voz que daba alas a su esperanza, no fuera a ser que terminara empotrado en el suelo de su lujuria.

—¿No tienes una cama, O'Cleary? —preguntó, traviesa—. Es que se me va a helar el culo sobre esta encimera de acero.

Diana no había terminado de pronunciar la frase y él ya la estaba cargando escaleras arriba, con los labios pegados a los suyos en uno de esos besos enloquecedores que le robaban el aliento y el sentido común.

«Te has vuelto loca por completo, Diana», protestó la voz de su conciencia.

Quizá. Quizá no. Había sido una noche larga y difícil y no era tan tonta como para no comprender la psicología del sexo y la muerte. Después de haber visto cómo una vida podía romperse en un instante, los humanos necesitaban celebrar su propia existencia, y nada mejor para eso que la alegoría vital que suponía una relación sexual.

Pero más allá de psicologías baratas, más allá de la lógica y de las justificaciones, el mejor argumento había sido su propio deseo hacia él. Porque Aidan tenía toda la razón; lo había deseado desde el primer momento en que lo había visto y el tiempo no iba a cambiar eso. Más aún, el tiempo solo iba a conseguir que sus sentimientos se vieran implicados y así todo sería más duro si, después de sudar juntos bajo las sábanas, él se levantaba y la miraba como a una extraña. O peor todavía, como a un gran error.

Así que, por una vez, no iba a pensar ni a preocuparse por nada que no fuera procurar a su cuerpo lo que le estaba pidiendo a gritos.

Aidan recorrió el pasillo a zancadas, abrió la puerta de una patada y la dejó caer en una cama de proporciones épicas, mientras se arrancaba los zapatos con dos pisotones y sendas patadas, sin apartar los ojos de ella. Cuando llevó las manos a los botones de sus vaqueros, ella sonrió, se deshizo de los últimos restos de pudor que intentaban a duras penas hacerse oír por encima de los gritos de sus enloquecidas hormonas y se quitó el jersey y los vaqueros con ademanes rápidos e impacientes.

Los pantalones de Aidan se deslizaron por sus estrechas caderas y cayeron al suelo. Era evidente que no tenía los mismos problemas de timidez que ella, porque se quedó de pie junto a la cama, tan desnudo como había venido al mundo, mirándola de la cabeza a los pies como si fuera un festín después de meses de dieta estricta.

—Preciosa —susurró con un jadeo reverente.

Lejos de mostrarse intimidada o avergonzada por su admiración, se sintió florecer de puro poder femenino. Se estiró sobre el colchón como una gata satisfecha y tendió los brazos en una invitación que él aceptó sin dudarle ni un segundo.

Si ya sabía que sus labios eran capaces de hacer magia, sus dedos eran el Paraíso. Acariciaban, exploraban y jugueteaban con una lentitud que su propio deseo encontró desquiciante. Se agitó bajo su cuerpo mientras recorría con manos ávidas los músculos de su espalda y él respondió con una de esas risas masculinas cargadas de autocomplacencia antes de acariciar sus muslos, esquivando una y otra vez el lugar

donde su piel ansiaba ser tocada.

—Aidan —lo apremió.

—¿Qué quieres, *a'chuisle*? —preguntó en un jadeo, acariciando con los labios la piel que el encaje de su sujetador dejaba al descubierto.

—Aidan —gimió de nuevo cuando sus dedos casi alcanzaron el lugar preciso.

Él se apoyó sobre un codo y soltó el enganche delantero de su sujetador, con una habilidad que solo podía nacer de una práctica que se obstinó en no considerar. Su lengua trazó un lento camino hasta alcanzar el fruncido pezón y rodearlo en una caricia húmeda antes de mordisquearlo con suavidad. Su otra mano seguía jugando en la cara interior de sus muslos, en una tortura tan deliciosa como desesperante.

—Dime qué quieres —susurró, apartándose para dedicar al otro pecho la misma atención que había recibido su gemelo.

—A ti —jadeó ella—. Dentro de mí.

Él volvió a regalarle su risa maliciosa.

—Demasiado pronto, *a'ghrá* —musitó. Por fin, sus dedos se deslizaron bajo su ropa interior para alcanzar el punto preciso entre sus piernas, que clamaba y suspiraba por recibir atención, y lo acarició brevemente antes de detenerse—. Tan suave —gimió—. Tan húmeda.

—Por favor —suplicó, con la razón perdida a millones de kilómetros de esa cama—. Por favor, Aidan, por favor —lloriqueó.

Los dedos de él volvieron a ponerse en movimiento y ella dejó de pensar, convirtiéndose en solo un cuerpo; una máquina perfecta dirigida a dar y recibir placer. Los labios de Aidan abandonaron su pecho, dejando un reguero de besos sobre su vientre. Apresó las cintas de su tanga y lo deslizó por las piernas, sin dejar de besar cada centímetro de piel que encontraba en el camino. La pequeña prenda fue a ocupar su lugar junto al resto de la ropa desechada y él ascendió de nuevo hasta hundir la cabeza entre sus muslos.

Ella arqueó las caderas, desesperada por alcanzar una meta que cada vez se presentaba más próxima, pero él la retuvo anclada al colchón mientras su lengua obraba magia pura dibujando círculos sobre su clítoris y sus dedos traviesos enloquecían su interior.

—Déjate ir, *a'chuisle* —ordenó con la voz enronquecida—. Déjate ir para mí.

Y ella se aferró a sus hombros y estalló en mil fragmentos de placer, estremeciéndose en un orgasmo que dejó su cuerpo tembloroso y satisfecho y su cerebro convertido en una gelatina vacilante incapaz de ningún pensamiento coherente.

Él reptó sobre ella y llevó la mano entre sus cuerpos para guiarse en su interior. Pero una parte de sí misma, la que todavía se aferraba a los escasos restos de cordura que le quedaban, hizo sonar la voz de alarma.

—Espera —dijo entre jadeos. Aidan la miró con los ojos nublados por un deseo que ella reconoció tan violento como el suyo—. Protección —consiguió decir.

Él dejó escapar una rápida maldición y se estiró hacia la mesilla de noche, de donde sacó un puñado de las familiares bolsitas plásticas. Un *gran* puñado.

—Optimista, ¿eh? —consiguió bromear.

Aidan le dirigió una rápida sonrisa mientras se colocaba el preservativo con una velocidad digna de entrar en el *Libro Guinness de los Récords*.

—Siempre —sonrió, tendiéndose sobre ella, que enroscó las piernas alrededor de su cintura y los brazos en torno a su cuello. La sonrisa de Aidan mutó hasta convertirse en una mueca de placer cuando se deslizó en su interior. Por un instante se quedó quieto, con los dientes apretados y los ojos fijos en los suyos, como si intentara reunir fuerzas o disfrutar de la espera. Impaciente, se movió bajo él, alentándolo. Él rechinó los dientes—. No voy a poder ser delicado, *a'chuisle* —masculló en son de disculpa—. No esta vez —gimió, retirándose solo un centímetro para volver a hundirse con más fuerza en su interior—. Te deseo demasiado —confesó con lo que, de tratarse de otro, habría tomado por vergüenza.

—No lo seas —jadeó—. No voy a romperme —adujo, alzando las caderas para atraerlo más hacia sí.

Como había prometido, no fue delicado. No fue tierno, ni dulce, ni cariñoso. Se movió en su interior con desesperación, con la furia de un hombre que lucha contra un temporal, con anhelo insoportable y pasión descontrolada. Y ella respondió con la misma rabia, con la misma ansia, tomando todo lo que él podía darle y aún más, hasta que el orgasmo volvió a alcanzarla en una ola tras otra de placer casi insoportable.

Gritó su nombre y clavó los dientes en sus hombros para ahogar contra su piel un gemido tan intenso como los calambres que recorrían su cuerpo, que nacían en su vientre y se estrellaban contra su consciencia como un maremoto desbocado. Aidan la estrechó con fuerza contra él y dejó escapar un gruñido estrangulado al alcanzar su propia liberación, antes de derrumbarse sobre ella como una marioneta a la que hubieran cortado los hilos.

Cuando recordaron por fin cómo era eso de respirar, él se alzó sobre sus codos, liberándola del placentero peso de su cuerpo.

—¿Estás bien? —preguntó con una media sonrisa adormilada.

—Mejor que bien —suspiró. Apartó un mechón de cabello húmedo de sudor de la frente de Aidan y dibujó lo que esperaba que fuera una sonrisa despreocupada en su rostro, intentando ignorar la calidez que se extendía por su pecho, despertando sentimientos que creía haber conseguido enterrar—. ¿Y tú?

—Ahora mismo, no —contestó con una seriedad tal que ella y sus temores se quedaron paralizados al instante—. Pero lo estaré, supongo. —Salió de su interior y la apartó con suavidad para sentarse en la cama, dándole la espalda.

—¿Por...? ¿Por qué? —se atrevió a preguntar, después de batirse en duelo contra el avestruz de su interior, que se empeñaba en esconder la cabeza para no escuchar nada desagradable que él tuviera que decir.

—¿Por qué? —repitió Aidan con una voz dulce que esperaba que no fuera

compasión—. ¿Tú qué crees, pelirroja? —Hizo un rápido nudo con el preservativo desechado y se volvió para sonreírle mientras acariciaba entre sus dedos un mechón de cabello rojo con lo que parecía una expresión burlona.

—No... No sé... —balbuceó. Respiró hondo y se dispuso a recoger los pedazos de su maltratada dignidad—. Es igual —dijo en tono ligero—. Voy a darme una ducha y después ya...

Hizo ademán de incorporarse, pero la mano de Aidan sobre su hombro la mantuvo en su lugar.

—Quieta ahí —ordenó—. No pensarás que he acabado contigo, ¿verdad?

«Eso es justo lo que pensaba, pero creo que no en el sentido en el que lo estás diciendo», se animó.

—Bueno, yo... —vaciló, temerosa de estar malinterpretándole—. No sé, quiero decir... Nosotros ya... Bueno...

Él chasqueó la lengua en un fingido gesto de reprobación.

—Debería ofenderme —protestó—. ¿En serio piensas que eso ha sido todo? —Ella se encogió de hombros—. Hieres mi orgullo masculino, mujer —fingió indignarse.

Ella sonrió, apartando de un empujón los últimos resquicios del miedo y permitiendo que la mujer deseada y deseable que dormitaba en algún lugar de su interior tomara el control.

—¿En serio? —coqueteó—. ¿Y qué vas a hacer para remediarlo?

Él esbozó esa sonrisa torcida que siempre le hacía temblar las piernas y la atrajo hacia sí.

—¿Qué voy a hacer? —La colocó en su regazo y la estrechó entre sus brazos. Rio cuando él hundió la cabeza en su pecho, cubriéndolo de sonoros besos juguetones—. Para empezar, pelirroja —replicó, alzando la cabeza con expresión pícaro—, te voy a llevar al baño y vamos a darnos una ducha. Y después vamos a hacer esto como debe hacerse —sonrió con malicia—. Len-ta-men-te —ronroneó—. Un par de veces, al menos. Y luego ya veremos cómo seguir...

Aidan estaba convencido de que su cerebro era una máquina compleja, pero con un grave síndrome de trastorno por déficit de atención. Por mucho que necesitara volver de forma recurrente a un tema, bastaba con distraerlo con algo más interesante para que su cabeza dejara plantado lo que fuera que se trajera entre manos y centrara toda su atención en el nuevo entretenimiento.

Y él sabía muy bien que no había mejor entretenimiento que el sexo. Los duendes de la mente perdían demasiado tiempo segregando endorfinas, serotonina y cualquier otra droga dura que proporcionara calma y bienestar como para preocuparse de los asuntos mundanos. Cuando alguien practicaba el ritual de exorcismo que suponía el glorioso y sudoroso deporte horizontal, asuntos como las hipotecas, los malvados jefes, la crisis o la guerra en Oriente Medio pasaban a un segundo plano a toda velocidad y lo único que aparecía en el horizonte eran la magia de la piel, los gemidos y el sudor.

Cuando había llegado a casa y había visto a la pelirroja, los mecanismos de protección de su cordura habían actuado en automático y se habían lanzado hacia ella olvidándose por el camino de todas las reglas del cortejo, del coqueteo y hasta del póquer. Lo único en lo que le habían permitido pensar fue en arrancarle la ropa y hundirse en ella, hasta llegar al punto en el que estaba ahora; el agotamiento más absoluto. Con el cuerpo entumecido y el cerebro hecho pulpa, lo que había pasado antes de llegar al pazo ya no parecía tan importante.

Oh, volvería a serlo, de eso no tenía ninguna duda, pero en ese instante no era más que una diminuta nube de tormenta en la lejanía de un cielo gloriosamente azul.

Abrió los ojos y sonrió al encontrarse una mancha roja acurrucada sobre su pecho, que respiraba de forma pausada. Por algún motivo que prefería no considerar, ese pelo absurdo acariciando su cuerpo le había parecido la cosa más excitante que había visto en los últimos... ¿cien años?

Y, aun agotado como estaba, el automático de su imaginación le instaba a repetirlo otra vez, mostrándole tentadoras imágenes de los rizos de Diana extendidos sobre su vientre. Se revolvió incómodo al sentir el súbito interés de su entropierna en todo el asunto y ella protestó entre sus brazos con un gruñido casi infantil.

—Duerme, *a'chuisle* —susurró acariciándole la espalda. Ella ronroneó como un gatito mimoso y se acurrucó de nuevo contra él.

Sonrió al sentirla tan pequeña y frágil entre sus brazos. Cualquiera diría que podría romperse si se la apretaba con demasiada fuerza y, sin embargo, había demostrado ser una auténtica gata salvaje durante toda la noche, más que capaz no solo de tomar todo lo que él quisiera darle, sino también de exigir más y más hasta llevarlo al límite de la razón.

Y del agotamiento.

¿Quién lo iba a decir? Su ex debía de ser un perfecto imbécil para dejar escapar tanta pasión, o un perfecto negado para no conseguir llevarla a ese punto de desenfreno.

Su orgullo masculino prefería decantarse por esa segunda opción sin pensárselo ni un segundo, y el hambre desbocada que ella había mostrado, tan pareja a la suya, que había conseguido arrebatarse el sentido, argumentaba a su favor, al igual que lo hacía el placentero escozor de los arañazos de su espalda.

Se llevó la mano a un hombro y palpó lo que se podría presentar también como prueba A de la defensa. El ardor de la piel rota bajo sus dedos le indicó que quizá alguno de esos rasguños podría dejarle alguna que otra pequeña cicatriz.

Sonrió.

Y su sonrisa se apagó cuando un pensamiento peregrino cruzó su mente a toda velocidad.

Algo sobre las cicatrices que podía dejarle en el corazón.

«¿Corazón?».

Volvió a removerse en la cama y la chica gruñó incómoda, intentando alejarse de su abrazo. La dejó ir, demasiado confuso con la nueva información como para procesar nada más, y todo su cuerpo gimió en protesta.

Y no era tan tonto, ni se conocía tan poco a sí mismo, como para pensar que era una simple reacción al frío en la piel. Solo por comprobarlo, se acurrucó contra la espalda de la chica y, para su desgracia, se sintió como si hubiera vuelto al hogar.

Reprimió un gemido.

«Estás bien jodido, O' Cleary», maldijo para sus adentros.

Diana se despertó con el placentero calor de Aidan a su espalda, y sus labios se curvaron en una sonrisa satisfecha sin que su mente consciente tuviera nada que decir en el asunto. Estaba relajada, tenía entumecidas hasta las uñas y casi con total seguridad no podría sentarse como mandaban los cánones hasta pasados un par de días al menos, pero en ese momento le importaba un infierno.

Quizá al día siguiente, o con suerte al otro, él le daría motivos para odiar cada minuto de esa noche, pero tenía muy claro que no iba a pensar en eso hasta que ocurriera.

«Basta de pensar», se ordenó. Si lo hubiera considerado, no habría acabado en la cama con él y se habría perdido una de las sesiones de sexo más alucinantes de toda su vida.

—Hola, pelirroja —susurró una voz contra su oído.

—Hola —ronroneó, girándose en la cama para encararlo—. ¿Estás vivo? —bromeó.

—No —replicó Aidan, besándole la frente en un gesto que ella encontró extrañamente tierno—. Pero no me importa. ¿Y tú?

—Debo de estarlo —rio—, porque tengo un hambre de lobo y creo que los muertos no comen —explicó mientras hundía la nariz entre los músculos de su pecho para aspirar su aroma.

—Te sorprenderías. Pero yo también estoy hambriento —confesó—. Voy a ver si encuentro algo comestible —anunció, apartándose por fin de ella, que se esforzó por reprimir la incómoda sensación de vacío que la poseyó al perder la calidez de su cuerpo—. No te muevas de ahí —ordenó él, sonriente.

Entró en el baño y volvió a salir poco después, con una toalla enroscada de forma precaria alrededor de sus caderas.

—Creo que me daré una ducha —ronroneó ella mientras se desperezaba sobre el colchón.

—Ni se te ocurra —protestó Aidan. Se inclinó hacia la cama y le dio un fugaz beso en los labios—. Tengo planes para esa ducha —anunció con picardía.

—Creo que me gusta cómo funciona tu mente, O’Cleary —sonrió.

—Y yo creo que no querías decir «mente», *a’chuisle* —se burló. La mirada de él recorrió su cuerpo con estudiada lentitud y el deseo volvió a asaltarla como una descarga. Aidan suspiró—. Es mejor que vaya a por la comida ahora mismo, o voy a volver a esa cama y... —Se inclinó hacia ella de nuevo, pero lo apartó de un empujón.

—Aliméntame. Ahora —ordenó entre risas.

—No tienes corazón —protestó él, pero se levantó y salió correteando por la

puerta en dirección a la cocina.

«Un culo increíble», sonrió ella mientras admiraba el culo en cuestión y los músculos de su espalda. Se dejó caer sobre las almohadas con un suspiro satisfecho, acallando con decisión las voces inquietas de sus peores miedos, que parecían haberse despertado en cuanto Aidan había salido por la puerta. Ya tendría tiempo de considerar todas las implicaciones de lo que había hecho más tarde. Mucho más tarde. Ahora solo quería disfrutar del momento y...

De pronto, se sintió mareada. Sacudió la cabeza para librarse de la sensación, pero solo consiguió empeorarlo. La recorrió una oleada de frío que le puso la carne de gallina, a pesar de que era muy consciente de que la temperatura dentro de la casa era algo más que cálida. Se incorporó sobre sus brazos e inspiró hondo, pero el mareo persistía, empeoraba. Se le nubló la vista y...

Frío. Todo era frío. El helor la rodeaba, la acariciaba. La seducía y se metía bajo su piel sin piedad, congelando sus nervios, aferrándose a sus poros. Ascendía por sus venas hasta escarcharle el cerebro e impedirle pensar en nada que no fuera esa sensación de cuchillos afilados rasgándole los tejidos y la voluntad.

Quiso abrazarse, pero su cuerpo no respondió, o tal vez no tenía ya cuerpo. Tal vez el frío se lo había robado, lo había convertido en nieve y dolor. En un sueño de hielo y muerte. El frío lo era todo y ella era el frío en una rueda infinita de infinito sufrimiento.

Quiso respirar y sus pulmones se anegaron de agua helada; quiso llorar y la sal de sus lágrimas se dejó seducir por el salitre del mar; quiso nadar, vivir, sentir más allá del dolor, convertirse en dolor, en sal y en mar.

Quiso morir.

Flotó durante eones en la nada, la mente convertida en astillas de hielo, el cuerpo aullando de dolor y terror, incapaz de resignarse; incapaz de no luchar.

Y de pronto, tras una eternidad de tormento, la paz.

El calor volvió como una bendición, como maná celestial que arropó hasta su alma. Desapareció el agua, el miedo, el dolor. Desapareció el mundo que quizá nunca había existido.

En su lugar, solo estaba Él.

No podía verlo, pero podía sentirlo. No podía oírlo, pero aun así escuchaba su voz calmándola, curándola, serenándola sin palabras. No podía existir, pero lo era todo.

Y ella lo amó. Lo amó como se ama el aire para respirar, como se ama el sustento, como se ama el agua después de caminar a ciegas por el desierto con el cuerpo llagado y la voluntad sedienta.

Pero, cuando su cuerpo se fragmentaba ya de pura adoración, su mundo volvió a desaparecer, se rompió en mil pedazos y se construyó de nuevo en dolor. Un dolor infinitamente peor a cualquiera que hubiera conocido. El dolor de la pérdida y el

abandono. El dolor de Su ausencia.

Solo entonces, Él habló.

—Puedes acabar con esto, *a'chuisle* —dijo con la voz del mar, la voz del tiempo, la voz de todas las voces, de la misma vida—. Quédate conmigo y no volverás a sufrir. Yo cuidaré de ti, *a'ghrá*. Entrégate a mí.

Su cuerpo martirizado bramó «Sí». Extendió los brazos en un vano intento de abarcar todo lo que Él era, todo lo que Él ofrecía. Algo en su interior se retorció y retrocedió, pero no podía escucharlo.

Él se mostró, hermoso, magnífico y deslumbrante. Tan bello como la vida, tan sabio como la eternidad. Sonrió y abrió sus brazos también para acogerla.

—¡Diana!

Parpadeó y se detuvo. ¿Diana? Ese nombre sonaba como un recuerdo, como algo lejano, algo que no era ella, que nunca había sido ella. ¿O sí?

Él la apremió.

—No escuches —ordenó—. Ven a mí.

—¡Diana! ¡Míralo!

¿Mirarlo? Eso era algo que podía obedecer. Alzó la vista y por un instante no pudo ver sino confusión. Una imagen en sombras o el sueño de una sombra.

—No esperaré siempre, mujer —gruñó la sombra, y su furia la golpeó con la fuerza de mil maremotos.

—Diana. No escuches. Recuerda, Diana. Recuerdate.

Diana... Sí... Ella era Diana. Pero ¿qué importaba eso? ¿Qué importaba cuando Él la llamaba? Pero esa voz desconocida insistía e insistía. Se infiltraba donde antes solo había estado Él. Tocaba sus recuerdos, tejía algo de sí misma que no sabía que había perdido, hurgaba en los recovecos de su existencia. La sacudía y la empujaba a mirar con algo más que los ojos que ya no recordaba tener.

Y entonces, al fin, miró hacia Él.

Sus chillidos de terror se ahogaron con la vuelta del mar y el dolor, pero la voz en su interior la empujó a nadar y a volar. A huir.

Tras ella, Él maldijo a gritos.

En brazos de Niall, Diana abrió los ojos con un gesto de terror que poblaría los sueños de Aidan durante mucho tiempo. El aire que él no era consciente de haber estado reteniendo escapó de sus labios en un larguísimo suspiro de alivio, mientras ella se retorció para escapar del abrazo de su amigo. Niall la dejó ir y ella se inclinó y vomitó agua, tosiendo como si su cuerpo fuera a partirse en dos.

Estaba empapada. La ropa húmeda de la cama se aferraba a su cuerpo y el pelo, oscurecido por el agua hasta el punto de parecer más negro que rojo, se pegaba a sus pálidas mejillas y coqueteaba con los labios que todavía conservaban algo de ese matiz purpúreo que casi le había parado el corazón minutos antes.

Cuando había vuelto de la cocina y la había visto así, retorciéndose entre las sábanas, tiritando y sufriendo, de nada le había servido saber a ciencia cierta lo que le ocurría. El entrenamiento de toda una vida, todos sus conocimientos, toda su experiencia habían desaparecido acuciados por el instinto mucho más intenso de proteger. Solo había podido dejar caer la bandeja que llevaba entre las manos y abalanzarse sobre la cama, abrazándola mientras gritaba su nombre. Por fortuna, Roi era más que capaz de mantener la cabeza fría aunque el mundo se derrumbara a su alrededor, y eso la había salvado.

Si su amigo no hubiera escuchado sus gritos, si no se hubiera hecho cargo de la situación con su habitual estoicismo, si no hubiera buscado a Niall, si... Cada «si» se amontonaba como una pesada losa sobre su conciencia, asfixiándolo, impidiéndole pensar.

—Ya está, Aidan —susurró Niall, interrumpiendo el negro curso de sus pensamientos—. Llegamos a tiempo. No lo pienses más.

—Estuvo muy cerca —replicó, acariciando los cabellos húmedos de la chica, que parecía haber caído en una semiinconsciencia provocada por el agotamiento.

—Muy cerca sigue siendo otro lugar —sentenció Niall.

—Me quedé quieto... —empezó angustiado—. Solo pude pensar en... —Sacudió la cabeza con incredulidad—. No sé qué pensé... No hice nada. No...

—Ahora no tienes tiempo de pensar en eso, *fiordhraoi* —lo frenó Niall con tono seco—. Es mejor que decidas qué vas a hacer con lo que tienes entre manos. Y que lo decidas rápido, porque tarde o temprano tendremos que decírselo. Y más bien temprano, viendo cómo están las cosas.

Tenía razón, por supuesto. Ya la había fastidiado una vez y no podía volver a quedarse paralizado esperando que las cosas se solucionaran solas. «Control de daños», le había dicho a Roi días antes, y eso era justo lo que tenía que hacer en ese momento.

—Te has implicado demasiado, O’Cleary —gruñó este desde la puerta—. Y no

voy a decir que no fuera eso en concreto lo que me había estado temiendo.

—No me he «implicado demasiado» —protestó, en una penosa imitación del tono engolado de su amigo. Este se limitó a enarcar una ceja y enviar una mirada especulativa en dirección a la toalla que envolvía sus caderas y a la mucho más evidente desnudez de ella—. Esto no es...

—¿Lo que parece? —sugirió Roi, demasiado serio para parecer burlón.

—Bueno, sí es lo que parece, obviamente —gruñó—. Pero no significa que esté demasiado implicado.

—¿Ah, no?

—¡Basta, joder! —estalló Niall—. Me importa una mierda si está implicado, si no lo está o si se las tira a las tres. Juntas o por separado —enumeró en un bramido apresurado—. Esa no es la cuestión. —Se volvió hacia Aidan y su expresión se llenó de agobio—. La cuestión es que tenemos que hablar. Entre nosotros y con ellas. —Aidan negó con la cabeza, no tanto para llevarle la contraria como para intentar alejar de su mente la inevitable charla. Niall lo sujetó por un hombro, obligándolo a alzar la vista—. ¿Sabes lo que me ha costado hacerla volver? —preguntó en un murmullo—. Es fuerte. Mucho más fuerte de lo que imaginábamos. Y su fuerza crecerá todavía más antes de que llegue *Imbolc*.

—Está bien —suspiró—. En cuanto se despierten, hablaremos con ellas —decidió. Miró hacia la pelirroja. Se había quedado dormida, pero parecía un sueño inquieto e incómodo, como si lo que había visto se hubiera quedado aferrado a sus sueños. Y lo que le quedaba por ver todavía...—. Verás qué gracia... —masculló para sí, apartándose el cabello de la frente en un gesto de agobio.

—Creo que esta es una de esas situaciones en que cada segundo cuenta, O’Cleary —masculló Roi.

Lo fulminó con la mirada.

—No pienso despertar a Diana después de lo que ha pasado y soltarle toda la historia sin más. Necesita descansar —explicó Aidan en un gruñido al ver que la expresión de Roi seguía siendo, cuando menos, crítica—. Todos necesitamos descansar —añadió en un gesto que abarcaba la habitación y que pretendía incluir también a toda la casa—. Tú necesitas descansar —lo acusó—. Entre otras cosas...

Los labios de Roi se fruncieron en una finísima línea que destacó como una herida en su rostro cansado.

—No me hace falta ni lo uno ni lo otro —replicó este con gesto orgulloso.

Por una vez, los dioses decidieron ser benevolentes y alinear los planetas, porque Niall se acercó a Roi y posó una mano sobre su hombro en un gesto de compañerismo.

—Nadie dice eso, *a’chara* —dijo con una amabilidad que solo usaba en ocasiones tan puntuales que Aidan sería capaz de recordar todas y cada una de ellas si se lo propusiera. Y sin demasiado esfuerzo—. Pero ya tenemos bastantes problemas entre manos como para añadir los que pueda traernos tu cabezonería.

—¿Como los que nos ha traído *tu* cabezonería, Niall? —se obstinó Roi—. ¿Como los que nos ha traído tu puto amuleto? —preguntó, en un tono falsamente suave que era fácilmente reconocible como más peligroso que un grito de furia.

Niall se envaró al instante, perdiendo toda la actitud conciliadora que pudiera haber albergado.

—Mi amuleto... —empezó.

—Basta —los interrumpió Aidan entre dientes, intentando no alzar la voz para no despertar a la chica que respiraba con esfuerzo entre sus brazos—. El amuleto no ha traído nada y lo sabes —refunfuñó—. Ella...

—¿No ha traído nada? —se indignó Roi—. ¿Sabes lo que me ha costado calmar a la otra chica, O'Cleary? Lleva encima una dosis de tranquilizantes que dormiría a un caballo, y veremos si no necesita otro tanto por la mañana.

—Pero no estábamos seguros de lo del bebé y ahora ya lo sabemos —medió de nuevo Niall en tono práctico—. Y ya está solucionado —añadió, incómodo.

—Y eso lo resuelve todo, ¿no? —ironizó Roi.

Niall atravesó la habitación en dos zancadas y se plantó frente a Roi con los puños apretados, el rostro lívido de furia y la promesa de una pelea de proporciones épicas pintada en los ojos. Él dejó a la pelirroja sobre la almohada y se levantó al momento, interponiéndose entre ellos.

—No hables en ese tono, Roi. No sabes lo que ha sido —dijo Niall en un tono que destilaba puro veneno—. No sabes lo que hemos tenido que hacer, no sabes... ¡No tienes ni idea, joder! —estalló.

Por un momento pareció que Roi no iba a poder controlar su mal genio e iba a saltar sobre Niall, llevándose a él, y lo más probable que unos cuantos de los muebles, por delante. Pero poco a poco su expresión se fue suavizando, su cuerpo se relajó y bajó la vista.

—Lo siento, Niall —murmuró, contrito—. Y siento lo que habéis tenido que pasar —añadió en dirección a ambos. Suspiró—. Supongo que tienes razón, Aidan. Me he dejado llevar por el mal genio —reconoció—. Pero te agradecería que no hablaras con ellas hasta...

—Estaremos todos, no te preocupes —aceptó Aidan—. Todos nos sentimos nerviosos, por decirlo con suavidad —añadió, porque tenía la necesidad de decir algo más que los excusara a todos.

—Pues no entiendo tus nervios, chaval —bromeó Niall—. Deberías mostrarte suavcito como la seda después de esta noche —se carcajeó.

En el rostro de su otro amigo apareció la sombra de su habitual sonrisa burlona.

—Y, por una vez, y sin que sirva de precedente, me temo que voy a tener que darle la razón, O'Cleary —apostilló. Aidan les mostró los dientes en un gesto amenazador muy poco efectivo—. Para la próxima ocasión, recuerda que hay gente en esta casa con muy buen oído —aclaró, enarcando una de sus cejas en un gesto de burla impecable.

—Por no hablar de las fantasmas... —apuntó el otro payaso, con expresión de reproche—. A saber lo que han podido escuchar esas pobres criaturitas.

—¿Pobres criaturitas? —se espantó Aidan—. ¿Las gemelas del infierno?

—Yo las encuentro muy monas —replicó Niall.

—Y son jóvenes e inocentes —suspiró Roi—. Ahora tendremos que explicarles lo de las abejitas y las flores.

—O lo de la cigüeña y el repollo —comentó Niall, echando a andar hacia la puerta.

Roi lo siguió pisándole los talones.

—Siempre he encontrado esa explicación muy extraña, la verdad —dijo en tono distraído.

—No veo por qué —se escuchó a Niall ya desde el pasillo—. Yo tengo un par de amigos que nacieron así...

—Lo que, sin duda, explica muchas cosas —repuso Roi. Llegó a la puerta, se volvió y miró hacia Aidan—. ¿Estás bien? —preguntó con amabilidad.

—Lo estaré —contestó Aidan con lo que esperaba que fuera una sonrisa tranquilizadora—. Lo estaré —repitió cuando su amigo hubo cerrado ya la puerta.

Con un suspiro, volvió a la cama junto a Diana y la estrechó contra su cuerpo para intentar proporcionarle todo el calor que la criatura le había robado. La alzó en brazos, la dejó con cuidado sobre la alfombra y la secó como pudo con la toalla que cubría sus caderas.

Cuando estuvo satisfecho, se puso en pie y arrancó la funda mojada de la almohada y la dejó bajo su cabeza, tapándola a continuación con el arrugado edredón que habían tirado al suelo en algún momento de la noche. Se deshizo de las sábanas mojadas lo más rápido que pudo, y, después de un buen rato intentando localizar entre los cajones una muda limpia, vistió de nuevo la cama, tras comprobar que el agua no había calado el colchón. Volvió a poner a la chica en ella y esperó a que dejara de removerse, inquieta, para acomodarse a su lado.

Pensó que no podría dormir, que todos los acontecimientos de un día eterno caerían sobre él para atormentarlo en cuanto cerrara los ojos, pero el cansancio lo venció en cuanto su cabeza se posó sobre la almohada y el sueño echó las cortinas sobre su consciencia, retirándose de puntillas para hacer su trabajo.

No sabía si habían pasado dos horas o dos minutos cuando algo lo desperezó apenas. Algo que su cerebro, todavía retozando en los brazos del sueño, interpretó como el cuerpo de Diana arrastrándose sobre el suyo.

—Ahora no, *a'ghrá* —protestó sin abrir los ojos—. Estoy demasiado cansado —balbuceó.

Pero algo seguía arrastrándose sobre sus piernas y pensó que quizá, solo quizá, podría hacer un esfuerzo, abrir los ojos y ver cómo esa mujer increíble se aprovechaba de su cuerpo, todavía adormecido, en lo que con toda probabilidad sería uno de los mejores despertares de su vida. Pero los condenados párpados pesaban

tanto... Y tampoco necesitaba ver. Con sentir le bastaría, al menos por un rato. Ella reptó por sus piernas, llegó a sus pies y...

—¡Ay! ¡Qué coño...! —chilló cuando unos dientes afilados se aferraron a su dedo gordo. Abrió los ojos de par en par y se incorporó de golpe, justo a tiempo de ver cómo una de las gemelas infernales salía volando de la cama impulsada por el empujón de su pie dolorido. La gemela B, sentada a los pies de la cama, dejó escapar una risita traviesa. Echó un rápido vistazo y se serenó un poco, solo un poco, al ver que la pelirroja seguía durmiendo junto a él, ajena a la invasión monocigótica—. ¿Qué estáis haciendo aquí? —gruñó.

—No me gusta —protestó la gemela A—. Es muy fea.

—¿Y por qué está durmiendo contigo? —preguntó la gemela B—. No estáis casados —dijo con la lógica implacable de los críos pequeños.

Él tuvo la decencia de sonrojarse. Abrió la boca para dar una de esas explicaciones estúpidas que siempre tienen a mano los adultos cuando los niños los meten en un compromiso, pero, antes de que las palabras llegaran a salir de sus labios, la gemela A se le adelantó.

—No hace falta que estén casados, estúpida —chilló—. Carlitos dice...

—No insultes a tu herm...

—Carlitos dice, Carlitos hace —canturreó la otra—. A Margarita le gusta...

—¡No lo digas! —protestó la que debía de ser Margarita, saltando sobre su hermana en una explosión de ectoplasma cabreado.

—No os pele...

—LegustaCarlitos... LegustaCarlitos... Legusta...

—Te voy a...

—¡Basta! ¿Queréis que llame a Roi? —amenazó a la desesperada.

Las dos fantasmas se quedaron paralizadas en el acto, para volverse a mirarlo con los ojos abiertos de par en par en una expresión de pánico. Molesto, se preguntó no por primera vez por qué cojones su amigo imponía siempre muchísimo más respeto que él.

Margarita fue la primera en abandonar su cara de susto y poner en su lugar un gesto de antipatía. Frunció la diminuta boquita en un mohín rebelde, entrecerró los ojos y por fin le sacó una lengua teñida de un preocupante azul pastel. Ese ectoplasma comía demasiados caramelos.

—¡Pues ya no quiero ser tu novia! —chilló—. Vámonos, Violeta —ordenó a su hermana antes de desaparecer en una histriónica explosión de luz y color.

Violeta y Margarita. Genial. A su pobre madre debían de gustarle mucho las flores. Si él hubiera tenido que ponerles nombre a esas dos, habría elegido un *Leitmotiv* que encajara mejor con su personalidad: Tormenta y Tempestad, tal vez. O quizá Glock y Beretta. Incluso puede que Gonorrea y Clamidia...

Violeta desapareció tras su hermana, pero su alivio duró el tiempo justo que tardó en percatarse de que la fantasma solo se había transportado en un parpadeo junto al

extremo de la cama, sobre la que dormía Diana. Muy quieta, la miraba con expresión concentrada.

Tuvo que luchar contra el impulso de apartarla de ella, llevado por un instinto de protección que prefería no detenerse a analizar. Primero, porque habría sido inútil; era una masa intangible de energía, por los dioses. Y segundo, porque la cría se limitaba a mirar con lo que casi parecía una carita comprensiva y dulce.

Esperó sin quitarle la vista de encima, hasta que la fantasma alzó la mirada con una sombra de puro terror reflejada en sus enormes ojos azules.

—El hombre malo la quiere —dijo en un susurro—. No puedes dejar que se la lleve —añadió amedrentada.

Su corazón se puso a bailar dentro de su pecho. Hizo ademán de levantarse para aproximarse a la niña, pero recordó que estaba desnudo y volvió a recostarse sobre el cabezal.

—¿Quién? —preguntó con suavidad—. ¿Quién la quiere, Violeta?

—Ya lo sabes —replicó la cría con gesto de reproche. Se estremeció y la luz brillante que rodeaba su aura fantasmal titiló junto a ella—. Es malo y me da mucho miedo —lloriqueó.

—Ven aquí —pidió. La fantasma se teletransportó junto a él, y por una vez pareció una niña pequeña, asustada e indefensa, en lugar de la hija favorita de Satán—. No dejaré que te haga daño, *a'ghrá*, te lo prometo. ¿Me crees? —Ella hizo un puchero, bajó la cabeza y asintió débilmente—. Bien. Pero tienes que decirme qué has visto. —La fantasma negó con la cabeza con mucha más vehemencia de la que había usado para asentir segundos antes. Él suspiró y reclamó la presencia de su escasísima paciencia—. *A'ghrá*, es importante —la instó.

—No lo veo, solo lo oigo —respondió después de una eternidad, en un hilo de voz.

—¿Y qué dice? —insistió, intentando no demostrar su inquietud.

—La llama —anunció en un murmullo teatral—. Quiere que vaya con él.

Saberlo de antemano no le evitó un estremecimiento que lo alcanzó hasta la médula de los huesos. Si hubiera estado de pie le habrían fallado las piernas. Por fortuna, seguía sentado en la cama y su orgullo fue capaz de mantenerse intacto. Derrumbarse frente a una aparición espectral que aparentaba poco más de una decena de años no podía considerarse, de ninguna manera, como un acto demasiado heroico. Y, desde luego, no ayudaría lo más mínimo a tranquilizar a la susodicha aparición.

—¿Sabes quién es, *a'ghrá*? —preguntó con su mejor cara de póquer—. ¿Sabes qué es? —La niña negó con la cabeza una y otra vez. Él insistió—. ¿No lo sabes?

—¡No! —chilló Violeta antes de desaparecer, sin más.

—Genial —murmuró, frotándose la frente, justo en el lugar en que un dolor de cabeza de proporciones apocalípticas amenazaba con mostrarse en todo su esplendor—. Esto es genial —repitió agobiado.

Miró a la chica, que seguía junto a él en los brazos de un sueño intranquilo, y la

cubrió con el edredón antes de levantarse para ir a la ducha. Cada músculo de su cuerpo gimió en protesta, instándolo a volver al calor de esa cama y del cuerpo de la mujer que dormía en ella. Por un instante se recreó con esa idea y casi se convenció de que solo era un hombre normal, levantándose junto a una mujer normal, en un mundo confiable y comprensible, en el que todo era exactamente lo que parecía ser.

Pero la realidad no tardó en apuñalar el sueño, recordándole que tenía que dejarse de ilusiones y prepararse para enfrentar la que iba a ser una noche larguísima. Con un suspiro, se resignó a obedecer los dictados de su sentido común; la gente solía decir que soñar no costaba nada, pero, a veces, dejarse llevar por los sueños podía salir demasiado caro.

Y la vida de las chicas era un precio que no podía permitirse pagar.

La asfixia arrancó a Diana de las garras de una pesadilla que no llegó a tocar su mente consciente. Se encontró acurrucada bajo las mantas, incapaz de abrir los ojos, pero jadeando en busca de aire y preguntándose dónde diablos estaba el tren que la había atropellado. Le dolía hasta el carné de identidad. ¿Qué demonios le había pasado? Se sentía como si hubiera participado en un decatión del infierno. Y no como si hubiera ganado, para ser precisos.

Sacudió la cabeza, demasiado confusa para pensar, para recordar o incluso para saber dónde estaba. Lo único que le venía a la mente era una sensación de frío infinito. Y de estar ahogándose. Recordaba el aire huyendo de sus pulmones mientras el agua ocupaba su lugar; recordaba cómo la vida se le escapaba y ni siquiera podía pensar en luchar para aferrarse a ella. Y había algo..., algo más..., algo... Frunció el ceño intentando concentrarse, pero era como perseguir humo; cuando creía tenerlo, se le escapaba entre los dedos. ¿Un hombre? ¿Era eso? ¿Había un hombre que la llamaba?

Un hombre... Un hombre... Aidan... ¿Dónde estaba Aidan? Con los ojos todavía cerrados, se volvió en la cama y extendió los brazos buscando el calor de su cuerpo, pero solo tocó las sábanas frías, tan frías como...

Los recuerdos cayeron sobre ella como una manada de fieras salvajes dispuestas a desgarrarle la carne y machacarle los huesos. El miedo la obligó a abrir los ojos y se incorporó en la cama como una marioneta cargada hasta las cejas de cafeína.

Una oleada de puro pánico le prestó a su corazón las alas de un colibrí y a sus pulmones la fuerza de un gigante, obligándola a hiperventilar. Masticaba, más que respiraba, un aire que se le antojaba denso y cargado de hiel, mientras su cerebro se esforzaba en impulsar adrenalina en su torrente sanguíneo, despertando en sus músculos el instinto del ataque y la huida.

No había sido un sueño. No sabía cómo podía estar tan segura, pero no había sido un sueño. Cada célula de su cuerpo se lo decía a gritos, y, aunque sus ojos solo veían la habitación vacía, su mente reproducía las escenas de lo que había vivido en un caleidoscopio de imágenes confusas y aterradoras.

Chilló.

Chilló con toda la fuerza de sus pulmones, con todo el terror que le atenazaba hasta la misma vida.

Chilló hasta que sus cuerdas vocales se rindieron y agotó el aire... Y después de eso todavía chilló un poco más.

La puerta se abrió, golpeó contra la pared y Aidan cruzó a través de ella como una exhalación, mirando a su alrededor como un depredador dispuesto al ataque, preparado para saltar sobre cualquiera que se atreviera a herirla. Tras él, Niall entró

en la habitación con la misma actitud asesina, pero ya no podía fijarse en él. Lo único que le pedía el cuerpo era esconderse en el refugio de esos brazos que tanto la habían cuidado y alejarse de una realidad demasiado espeluznante para enfrentarla en solitario. Extendió las manos ciegamente hacia él y Aidan respondió al instante, envolviéndola en un abrazo protector.

—Aquí no hay nada —escuchó decir a Niall en tono neutro, mientras Aidan le acariciaba el pelo y le susurraba incoherencias al oído—. ¿Está bien? —preguntó con más suavidad.

—No —replicó Aidan, seco—. Déjanos —ordenó.

—Estaré abajo por si me necesitáis —aceptó su amigo. Poco después, la puerta dejó escuchar un *clic* apagado al volver a cerrarse.

—Está bien, *a'chuisle*, está bien —murmuró él—. Estoy aquí, ya pasó.

Quiso aceptar el consuelo y responder de forma racional y adulta, pero cuando consiguió encontrar su voz, la niña aterrada que se había hecho con el control de su mente habló por ella.

—¡Era real, Aidan! ¡Era real! —gimoteó—. No estoy loca, no me digas que estoy loca, era real.

—Ya lo sé, *a'chuisle*, ya lo sé —susurró—. Tienes que calmarte, estoy aquí, todo va a ir bien.

—Me odiaba, Aidan, me quería, quería... No sé... Era real —explicó incoherente—. Y yo tenía frío y quería... Yo quería escapar, quería ir con él y... hacía tanto frío y dolía y...

—Ya lo sé. Lo sé —repitió, tranquilizador.

Poco a poco, las palabras se fueron colando de puntillas en su aterrorizada conciencia. Muy despacio, su cerebro fue encajándolas, otorgándoles un significado que, por fin, logró llegar hasta ella.

—¿Lo sabes? —preguntó en un hilo de voz, alzando la vista para enfrentar su mirada.

Él cerró los ojos en un gesto de agobio y suspiró. Se apartó de ella despacio, como si a él mismo le costara separarse de su cuerpo, y le tendió una mano.

—Ven —pidió. Ella tomó esa mano en un gesto casi automático, pero no se movió—. Ven —repitió tirando de ella con suavidad—. Vas a darte una ducha y a comer algo, y después hablaremos.

—No quiero ducharme ni comer —se indignó ella, mientras se esforzaba por convertir todo su miedo en ira—. Quiero que me digas...

—Te lo diré —la interrumpió él—. Pero confía en mí; prefieres enfrentarte a esto con el estómago lleno y después de una buena ducha.

—No, yo... —empezó a protestar.

—Hazme caso, *a'chuisle* —rogó. Ella negó con la cabeza—. De todas formas, no voy a contarte nada hasta que comas y te duches —se empeñó—, así que elige si prefieres ir tú sola al baño, o prefieres que te lleve yo. —Esbozó su habitual sonrisa

pícaro—. Yo preferiría llevarte, pero...

Ella resopló y se levantó de la cama de un salto, maldiciendo contra los hombres en general y Aidan en particular. El mal genio se las estaba apañando bastante bien para mantener a raya el pánico que todavía se acurrucaba en algún lugar de su interior, amenazando con escabullirse de un momento a otro y convertirla en un ovillo balbuceante en el fondo de la bañera, pero no sabía durante cuánto tiempo iba a ser así. Y teniendo en cuenta que en realidad se moría por darse esa ducha y templar un poco su cuerpo, absurdamente helado, casi era mejor obedecer antes de que las fuerzas la abandonaran.

Caminó con toda la dignidad de la que era capaz, teniendo en cuenta que estaba desnuda, con las piernas temblorosas por unas agujetas que más bien parecían navajadas mientras juraría que podía sentir los ojos de Aidan recorriendo su cuerpo sin ningún recato.

—Preciosa vista —comentó él para probar su intuición más allá de toda duda.

—*Vai rañala!* —gruñó, cerrando la puerta de malos modos tras de sí.

Quizá él no hablara gallego, pero estaba convencida de que, dado su tono, no le costaría traducir su exabrupto como un exaltado «vete al carajo».

Pero todo el valor y la rabia que había podido reunir escaparon por el desagüe en cuanto se encontró en ese cuarto aséptico, de puro blanco, sin más compañía que su reflejo en el espejo y las imágenes terroríficas que su mente se esforzaba en reprimir. Se estremeció y dejó escapar un sollozo incontrolable, abrazándose a sí misma como si así pudiera evitar que su cuerpo se rompiera en mil pedazos de intenso pavor.

—Maldita sea, pelirroja —gruñó Aidan, entrando a toda prisa en el baño. Ella lo miró y rompió a llorar, arrojándose en sus brazos. Después de un segundo de confusión, él la abrazó con fuerza—. No pasa nada, *a'chuisle*. Me quedaré contigo, ¿de acuerdo? —Ella asintió, incapaz de decir nada debido a las lágrimas que estrangulaban su garganta—. Ven, vamos a la ducha —dijo con el mismo tono suave que un padre emplearía para serenar a un niño asustado.

No se resistió cuando él la llevó hasta la bañera, acurrucada contra su pecho, ni cuando abrió los grifos y buscó la temperatura idónea. Ni siquiera cuando la instó a ponerse bajo la ducha. Pero cuando el chorro de agua cayó sobre su cara, arrastrando a la superficie los recuerdos que se esforzaba por ahogar, gritó y se debatió, intentando escapar de quién sabía qué.

No tenía ni idea de quién era, ni dónde estaba, ni qué pretendía hacer. Lo único que tenía claro era que tenía que escapar, que tenía que esconderse y huir lejos del agua, lejos de Él, lejos de...

Unos brazos la sujetaron con fuerza y se debatió y luchó cuanto pudo por escapar, pero, por mucho que peleó, no la dejaron ir. Y, de pronto, escuchó una voz. No era la voz de Aidan y al mismo tiempo lo era más que nunca, en el sentido más puro. Como si su voz hubiera traspasado las barreras de la realidad y hablara a su misma esencia y desde su misma esencia.

—*Cuir stad air* —ordenó. Y aunque no sabía lo que había dicho, su cuerpo entendió las palabras y dejó de temblar—. *Thig h-ugamsa* —dijo a continuación. Y se arrojó en sus brazos, incapaz de desobedecer.

Serenada a un nivel que no alcanzaba ni a empezar a entender, permitió que él la acunara, la enjabonara y la aclarara como a un bebé, para después sacarla en brazos de la bañera y envolverla en una enorme y confortable toalla. Asistió a la escena en la que él la secaba de la cabeza a los pies, la ayudaba a ponerse la ropa y la cargaba una vez más en brazos hasta el dormitorio como una invitada a su propia vida.

Con el cerebro en automático y la mente consciente de vacaciones, se dio cuenta de que él se quitaba toda la ropa que se había mojado al ducharla —algo que en otro momento le habría hecho reír—, se paseaba desnudo por el cuarto hasta llegar al aparador y sacar otra muda y una camiseta —algo que le habría hecho jadear—, volvía a vestirse —lo que le habría hecho suspirar de nostalgia— y se encaraba de nuevo a ella, que esperaba con actitud paciente en la cama —y que, en otra circunstancia, ni en broma habría estado quieta—. No entendía por qué se sentía así, pero tampoco le importaba. El miedo solo era ya una incómoda espina clavada en su garganta, y todo lo que la rodeaba parecía lejano, envuelto en sombras, incomprensible.

Alguien golpeó la puerta con un rápido toque y él masculló una maldición antes de dirigirse a abrirla.

Ni siquiera miró quién había llamado. Solo quería quedarse quieta en esa cama mirando a Aidan, o seguirlo donde quiera que fuera, porque de algún modo sabía que era él quien la calmaba. Él quien espantaba los recuerdos que en ese instante parecían solo la sombra de una pesadilla incómoda.

—Ha llamado Laura —explicaba Niall desde la puerta—. Viene de camino. Y no creo que Marta tarde mucho en despertarse. Deberíais ir bajando —sugirió.

—Vamos ahora mismo —asintió Aidan.

—¿Cómo está? —quiso saber Niall, enarcando una ceja—. ¿Qué has hecho, *deartháir*?

—No había forma de calmarla —se defendió Aidan—. Así que usé la Voz para decirle que detuviera su inquietud.

—¿Solo eso? —insistió el otro con aire irónico.

—Bueno —reconoció Aidan después de unos segundos—, supuse que estaría más calmada si la hacía acercarse a mí.

Ella se removió inquieta, alterada por las emociones que emanaban de él, que por algún motivo podía sentir y entender mejor que las suyas propias, que parecían haber desaparecido.

—Ah, qué bien —replicó Niall—. Ahí, aprovechando la oportunidad...

—Vale, tienes razón —suspiró Aidan, acuclillándose junto a ella—. *Thoir sin air ais* —le ordenó con suavidad, con esa voz que era más que una voz, que vibraba en su interior y le hablaba a cada molécula de su cuerpo. Y sin saber cómo, entendió que

la instaba a recordar.

La autoconsciencia, y con ella los recuerdos, volvió como una riada que ahogaba su cordura y amenazaba con derruir todas y cada una de las confortables creencias sobre las que había construido su pequeño universo. Jadeó en busca de aire y miró a Aidan, con lo que sabía que era una muda súplica, rogándole en silencio que volviera a serenarla.

—*Leis* —resonó otra de esas no-voces; la voz de la pura esencia de Niall. Y se serenó sin dudarle. Los recuerdos estaban ahí. El miedo ya no—. ¿No habría sido más fácil así, diciéndole sin más que se esté quieta? —preguntó con evidente sarcasmo.

—¿Qué me habéis hecho? —preguntó Diana con una calma que a duras penas reconoció como suya, pero que no podía evitar. No se habría creído las expresiones inocentes que le devolvieron los dos hombres ni aunque su vida dependiera de ello, pero, por mucho que lo intentara, era incapaz de invocar ni un solo gramo de ira para obligarles a hablar. Aun así, decidió intentarlo—. Quiero saber qué está pasando —dijo con serenidad.

—Yo me voy —anunció Niall con un canturreo risueño.

—Cobarde —insultó Aidan a la puerta cerrada. Se volvió hacia ella y esbozó una sonrisa que solo podía clasificarse de inexpresiva—. Viene, te ordena quedarte tranquila y huye. Eh... Bueno, ¿quieres bajar y...?

—Quiero que me digas qué está pasando —repitió ella en tono seco—. Sé que me habéis hecho algo. —Agitó los brazos frente a sí en un ademán que solo expresaba confusión—. Para calmarme y eso. Y también que lo que... —vaciló, sin tener muy claro cómo referirse a lo que le había pasado—. Lo que viví no fue un sueño —simplificó. Se apartó el cabello mojado de la frente en un gesto impaciente—. Sé que era real de algún modo. Y que tú...

Aidan se acuclilló frente a ella y puso las manos sobre sus muslos en un gesto extrañamente íntimo.

—Después, Diana —susurró.

Hasta donde recordaba, era la primera vez que la llamaba por su propio nombre, lo que, teniendo en cuenta todo lo que habían hecho unas horas antes, era, cuando menos, raro. Y resultaba incluso un poco inquietante.

—Espera a que estemos todos y te lo contaré, te lo prometo.

En otro momento se habría enfadado, habría chillado, maldecido, protestado... Pero con su recién adquirida madurez artificial, lo único que consiguió fue razonar que, de hecho, él parecía dispuesto a explicárselo todo, y que esperar un poco más no iba a marcar una diferencia. Así que suspiró, asintió y lo miró a los ojos dispuesta a enfrentar su segundo problema.

—Me muero de hambre —confesó.

«Y aquí estamos, todos juntos en amor y compañía, como si fuera una fiestecita informal», suspiró Aidan para sus adentros.

Hasta que uno se fijaba en los detalles, claro. Los restos de la comida que Laura había traído, en uno de esos alardes de racionalidad que parecían tan naturales en ella como respirar, se apiñaban sobre la mesa en una interesante metáfora del estado de ánimo de cada comensal; desde los platos impecables y organizados, como los de Laura y Roi, hasta los que se habían convertido en un revoltijo que ya no parecía comida, como los de Marta y el suyo, pasando por los que habían sido limpiados y engullidos a la velocidad del rayo, como era el caso de los de Diana y Niall.

Nunca había conocido a nadie con tanto apetito como Niall, pero, al parecer, esa cosita flaca y pelirroja que le había parecido tan ligera y frágil al sostenerla entre sus brazos, comía como una convención de camioneros hambrientos. Al menos cuando estaba nerviosa.

—Bueno. —Diana dejó caer la servilleta sobre su plato vacío y lo miró con algo bastante próximo a la irritación—. Ya me he duchado, hemos comido y ya estamos todos —enumeró en tono seco—. ¿Vas a contarnos ya qué coño está pasando?

Aidan no pudo por menos que admirar su entereza. Si bien había tenido que usar la Voz para serenarla, ahora que su mandato ya no la sostenía parecía haber llegado a un acuerdo con su propio terror y lo mantenía a raya, oculto bajo una capa de mal humor e impaciencia que, de una forma absurda y perturbadora, él encontraba de lo más provocativa. La pobre Marta, sin embargo, no había articulado palabra en toda la cena y se estremecía de tarde en tarde, como si los recuerdos de la noche pasada activaran algún interruptor oculto en su mente que transmitía una vibración a sus músculos para recordarles que, quizá, deberían estar preparados para salir corriendo en cualquier momento. Laura, ajena a todo el drama, se limitaba a apoyarla en silencio. Rozaba su mano, acariciaba sus hombros o le dedicaba una serena sonrisa de ánimo, que la chica parecía agradecer desde lo más profundo de su corazón, pero que no aparentaba servir para gran cosa.

—Vale —respondió Aidan por fin a la mujer furiosa que no le quitaba ojo de encima—. Vamos a sentarnos en los sofás, que estaremos más cómodos, y...

—Yo ya estoy bastante cómoda —se obstinó ella.

«Mujeres sin carácter», suspiró. Precisamente por cosas como esa era por lo que le gustaban las mujeres sin carácter. Chicas fáciles, comprensivas, que aceptaban cualquier excusa sin planteársela, que...

Su tren mental perdió fuerza, desaceleró y se detuvo con un chillido de metal contra metal. ¿Por qué diablos una parte de su cerebro no dejaba de repetir «aburrido», mientras el resto se lanzaba a describir en detalle las características que

hacían de una chica la candidata perfecta para pasar una temporada con él, bajo las sábanas a ser posible? ¿Por qué, de pronto, adjetivos como «testaruda», «sarcástica» o «complicada» ya no le parecían algo que esquivar?

Miró a la mujer que reunía todas y cada una de esas características a flor de piel y que se esforzaba por mostrarlas en ese mismo instante con una expresión que podría matar, acuchillar y hasta torturar con algo tan avieso como cosquillas en la planta de los pies, y se obligó a centrarse en el problema que tenía entre las manos en lugar del que tenía entre las piernas.

Ignorando el último comentario, se puso en pie y se dirigió al sofá. Sus amigos lo imitaron al momento. Laura se encogió de hombros y ayudó a una temblorosa Marta a hacer lo propio. Solo la pelirroja se quedó sentada donde estaba, fulminándolo con la mirada hasta que resopló, empujó la silla de malos modos y se levantó para dejarse caer en el sofá donde se habían sentado sus amigas, la una acurrucada en los brazos serenos y protectores de la otra.

«Genial. Ahora esto parece un tribunal», gimoteó Aidan al ver la clara disposición en dos bandos que él mismo había forzado. Chicos contra chicas, como en el colegio.

—Estoy esperando, O’Cleary —masculló la pelirroja, cruzándose de brazos en un gesto obstinado.

Por muchas veces que hubiera tenido esa conversación y por mucho que la hubiera preparado para esa ocasión en particular, nunca estaría listo para ella. Inspiró hondo para serenarse y obligó a los pensamientos que corrían enloquecidos por su mente a ponerse en un cierto orden.

—Vale, a ver... —Suspiró—. Para empezar, tanto lo que te ha pasado como lo que Marta ha visto es real —disparó a bocajarro.

Marta abrió los ojos de par en par y se incorporó como impulsada por un muelle, temblando con una violencia que podría llegar a quebrarle algún hueso. Diana, sin embargo, alzó la mirada hacia al techo y suspiró con lo que casi parecía alivio.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Laura con más curiosidad que inquietud.

—¿Real? —intervino al mismo tiempo la vocecita angustiada de Marta—. No puede ser real. No pued... ¡Vosotros no lo visteis! No lo visteis... No puede, no puede... —Su voz se elevaba y aceleraba al mismo tiempo, en una coordinación perfecta con el ritmo de la más pura ansiedad—. ¡Era horrible! ¡No era un bebé! ¡Era...!

—Lo haces tú o lo hago yo, *fiordhraoi* —dijo Niall con indiferencia.

Aidan suspiró y asintió.

—*Leis* —ordenó con su Voz.

La chica frenó en seco su chorro verbal, parpadeó y volvió a recostarse contra Laura como si el último minuto no hubiera existido.

—Si hubierais empleado ese truquito ayer mismo, me habría ahorrado una fortuna en ansiolíticos —comentó Roi con su habitual aire de despreocupación.

—¿Qué truquito? —saltó, cómo no, su pesadilla roja—. ¿Qué le habéis hecho? —Lo pensó un instante y volvió a la carga con renovadas energías—. ¿Qué me habéis hecho *a mí*?

—Gracias, Roi —masculló Aidan.

—Un placer, O’Cleary —replicó sin inmutarse.

—Ha usado con vosotras su Voz de druida. Le ha ordenado a Marta que esté tranquila —informó Niall con el mismo tono ligero que cualquier otro habría utilizado para comentar que les había ofrecido una aspirina.

Diana se volvió hacia Niall a la velocidad del rayo y él reprimió una sonrisa maligna al ver cómo el objetivo de su ira se desplazaba de un modo muy evidente desde su persona a la de su amigo. Para su propia sorpresa, no se sintió ni un poquito culpable por ello.

—Su voz de ¿qué? —preguntó ella, con una mezcla de ira e incredulidad muy conseguida.

—Su Voz de druida —repitió Niall, despacio, como si se estuviera dirigiendo a un niño con problemas de aprendizaje.

Por desgracia para él, Diana captó al vuelo la burla.

—Eso ya lo he escuchado, imbécil —replicó—. Solo me preguntaba qué gracia tiene intentar vacilarnos cuando...

—No te estaba vacilando —la interrumpió él, antes de poder detenerse a considerar que eso atraería la atención de la chica de nuevo hacia su persona—. Es parte de lo que quería contaros, pero...

—¿Eres un druida? —preguntó Laura en tono burlón—. ¿Como el tío Gerardo, el *do muíño*? ¿Reparas huesos y vendes remedios contra la alopecia y esas cosas?

—Eso no es un druida —replicó, sin saber muy bien si sentirse enojado o divertido por la comparación—. Ese tío Gerardo es, en el mejor de los casos, lo que tú llamarías un *menciñeiro*. En el peor, lo que cualquiera llamaría un estafador.

—¿Y entonces? —insistió Laura.

—Eso, Aidan —terció Diana, con una mezcla muy curiosa de sarcasmo e indignación—. ¿Y entonces?

—Ya lo has oído. Soy un druida —suspiró con resignación—. Un *fiordhraoi* —aclaró distraído, mientras se preguntaba en qué momento la breve conversación se le había escapado por completo de las manos.

—Eso es lo que él te llama —murmuró Marta—. *Fiordhraoi* —repitió a trompicones.

—Es lo que soy —aceptó en tono amable—. Un druida ajeno al Consejo.

—Entre otras cosas —canturreó Niall.

—Cierra la puta boca, Niall —se indignó. Mantener esa conversación ya era de por sí complicado, pero la incontinencia verbal de Niall y el sarcasmo de Roi, unidos a la incredulidad, el miedo y la burla de las chicas, no iban a facilitarla.

—A ver si lo he entendido —interrumpió Laura con una sonrisita incrédula—.

Eres un druida... ¿cómo Panorámix? —rio.

Malditos fueran los tiempos modernos. ¿En qué momento la gente había perdido la fe o, peor aún, la había traspasado de las manos de los dioses a las de Hollywood y la *Marvel Comics*?

—No —gruñó Aidan con resignación—. No como Panorámix —apostilló sin poder evitar la irritación que se deslizó en su voz sin que su mente consciente tuviera tiempo de tomar cartas en el asunto.

Necesitaba volver a encauzar toda la conversación antes de que acabaran como en el camarote de los hermanos Marx o en un psiquiátrico. Para su sorpresa, la ayuda vino del lugar más inesperado: Diana. Había permanecido en silencio durante el intercambio «humorístico», pero ahora parecía tan dispuesta como él a volver el tema a su lugar original.

—Laura, *cala dunha vez!* —ordenó Diana con severidad. Su amiga la miró como si, de pronto, le hubiera salido un tercer ojo en el centro de la frente, pero ella se limitó a ignorar la expresión atónita de su amiga y siguió como si esta nunca la hubiera mostrado—. No tienes ni idea de lo que me ha pasado o de lo que quiera que le haya pasado a Marta, pero te aseguro que no tiene ninguna gracia. Y no sé ella, pero yo no me voy a mover de aquí sin que alguien me dé una explicación. La que sea. —Suspiró y se hundió en el sofá—. Y te aseguro que a estas alturas estoy dispuesta a creerme casi cualquier cosa, de verdad. Mi nivel de incredulidad está bajo tierra en este instante —concluyó en un susurro agobiado, agitando la cabeza en un movimiento que insufló vida a sus rizos rojizos, obligándolos a agitarse como las serpientes de la Medusa, demasiado atractiva para ser real.

—Yo no haría afirmaciones de ese tipo tan a la ligera, querida —comentó Roi—. Te garantizo que tu nivel de incredulidad puede salir volando hasta el infinito y más allá en cualquier momento.

Aidan reprimió un gemido. Que Niall lo boicoteara entraba dentro de lo habitual. Que las chicas se mostraran escépticas era hasta lógico. Pero que incluso Roi se empeñara en tomárselo de ese modo, empezaba a rozar el insulto. Y aunque sabía que su amigo se cubría de esa pose de afectada indiferencia e ironía en estado puro para disimular su inquietud, habría agradecido un poquito más de cooperación por una vez.

—Vale. —Diana se incorporó en el sofá, apoyó los codos sobre las rodillas y lo miró—. Aceptemos que eres lo que dices que eres. Un... —Agitó una mano intentando aferrar la palabra que, al parecer, se negaba a prenderse a su lengua.

—Druida —ofreció Aidan a regañadientes.

—Druida —repitió Diana como si acabara de tragarse algo amargo hasta la náusea—. ¿Qué demonios se supone que significa eso?

Ese fue su turno para resoplar. Se recostó contra el respaldo y se apartó el pelo de la frente como si al ponerlo en orden consiguiera al mismo tiempo reorganizar sus ideas.

—Es complicado —dijo para ganar tiempo.

—Vale, no lo dudo; es complicado. Eso lo tengo clarísimo —gruñó ella—. Pero por algún sitio vas a tener que empezar, O’Cleary —añadió, apuntándolo con un dedo que parecía cargado y peligroso.

—Ya lo sé —gruñó—. Y si todos me dierais un minuto, solo un jodido minuto, a lo mejor podría empezar por el principio y acabaríamos antes del fin de los tiempos —protestó.

Había intentado mantener un tono sereno y digno, pero, como había sospechado, su lengua tenía otros planes. Había demasiadas partes de su anatomía con ideas propias, algo que, quizá, en algún momento, debería detenerse a considerar.

—Vale, pues empieza por el principio, o empieza por donde te dé la gana, pero empieza de una vez —se exaltó Diana.

—¡Vale! —replicó airado. Otra vez su lengua tomaba la iniciativa.

O pulsaba los correctores precisos para recuperar el control, o pronto acabarían a gritos... O arrancándose la ropa, porque, por algún motivo que no era el momento idóneo para considerar, el sur de su cuerpo encontraba el enfado de la chica de lo más estimulante. Y contarle lo que era un druida en realidad, le llevaría mucho más tiempo del que disponían. ¿Qué iba a decirle? ¿Somos aquellos que caminan entre dos mundos? ¿Los que sirven de puente entre los dioses y los hombres? ¿Quiénes tienen los dones de la sabiduría, la fuerza y la videncia? Como si fuera a entenderlo...

—¡Bien!

Hizo uso de todo su autocontrol para relajarse y volver a llevar la conversación al plano civilizado del que nunca debió salir. Inspiró profundamente, se tomó un par de segundos para que los ánimos se serenaran y, cuando creyó que ya tenía la atención de su público, se forzó a hablar en tono suave y lo más aséptico posible.

—La noche de *Samhain*, las tres fuisteis a la playa, preparasteis una queimada y pronunciasteis un conjuro de venganza contra el ex de Diana —recitó sin emoción, aunque un duende maligno que hasta entonces había permanecido escondido en el fondo de su mente se dedicó a patear el culo al susodicho ex—. Por increíble que pueda pareceros, ese conjuro... digamos que «funcionó», de algún modo —intentó explicar.

—¿Me estás diciendo que Marcos va a tener ladillas, alopecia y halitosis? Suenan aterrador —comentó Laura, enarcando una ceja, depilada a la perfección.

Sintió deseos de estrangularla. Claro que siempre sentía deseos de estrangular a cualquiera que pudiera enarcar una sola ceja, así que quizá no era un sentimiento muy racional.

—¿Ladillas, alopecia y halitosis? —repitió el otro ocupante de la habitación capaz de imitar ese gesto odioso. E imitándolo, de hecho—. Creativo, pero un poco infantil, si queréis mi opinión —comentó Roi, limpiándose una inexistente mota de polvo de sus pantalones de cuero.

—Roi, por favor —suplicó Aidan.

—Continua, O’Cleary, te lo ruego —dijo Roi a modo de disculpa—. Me muero por ver cómo el gran escritor desenreda el lío argumental en el que acaba de meterse de cabeza.

—Te odio, ¿lo sabes? —preguntó Aidan sin poder reprimirse.

Roi se limitó a encogerse de hombros con el gesto indiferente de quien sabe que la amistad que lo une al ofendido es demasiado firme como para tambalearse por algo tan insignificante. Buscó desesperado el hilo de la conversación y lo encontró enredado entre la incredulidad que Laura le había escupido segundos antes. Decidió que lo más práctico era ignorar esa hebra dispersa y seguir por el camino principal.

—Como decía, ese conjuro «funcionó» de algún modo, pero no como esperabais.

—Y eso, ¿qué puñetas tiene que ver con lo que me...? —interrumpió Diana.

—Espera, ya llegaré a eso —la frenó. Suspiró. En teoría, estaba llegando a la parte más difícil—. Tenéis que... —Extendió los brazos frente a sí intentando dar más fuerza a su petición—, abrir un poco vuestra mente. Dar un salto de fe, por así decirlo. Así que como, digamos, premisa para seguir la conversación, suponed que la magia existe, que es real y que tiene un papel importante en este mundo.

—Y en el otro —puntualizó Niall, saltándose doce párrafos en el bien organizado discurso que tenía perfectamente preparado en su pizarra mental.

—Ya llegaré a eso —masculló agresivo.

—Vale, vale. ¡Qué mal carácter! —se defendió el *sídhe*—. Solo intentaba ayudar —se quejó con una sonrisita malvada que refutaba su afirmación con más claridad que si lo hubiera dicho en voz alta.

Le sostuvo la mirada un par de segundos, dando gracias a un par de dioses por el silencio atónito que se había posado sobre las chicas, y una vez más intentó volver a pillar el ritmo de su relato.

—La magia es... —Buscó una de las muchas metáforas que había utilizado a lo largo de los años, intentando decidir cuál serviría mejor en esa ocasión. Al posar sus ojos en la escéptica Laura y su mundo de comfortable cálculo científico, se decidió—. La magia es como cualquier otra fuerza del universo. Como las leyes de Newton, por ejemplo. Ya sabéis, «Toda acción provoca...», eh... —Se detuvo para pensarlo un segundo. Sus conocimientos de la mecánica clásica no daban para muchos alardes.

—Una reacción igual y en sentido contrario —concluyó Laura por él, en tono aleccionador.

—Eso... —aceptó. Esa metáfora era mucho más sencilla cuando la gente no entendía muy bien las leyes del movimiento, pero ya había empezado y no le quedaba más remedio que seguir y ver adónde lo llevaba la conversación—. Pues con la magia sucede algo similar. Está sujeta a unas normas; a unas leyes tan rígidas como puede comprender la mismísima Gravedad. Y cuando se utiliza, produce una reacción que debe ser compensada con otra opuesta, o habrá consecuencias indeseadas.

—Esto es absurdo —protestó Laura—. Magia, conjuros... ¿Dónde está la cámara oculta? —preguntó burlona, pero mirando a derecha e izquierda como si en realidad

esperara encontrar esa cámara.

—Déjalo acabar —pidió Marta con un hilo de voz.

—Sí, déjalo que se explique —la apoyó Diana.

—¿Os habéis vuelto locas? ¿En serio queréis que sigamos escuchando esta sarta de...? —boqueó Laura, seguramente porque era incapaz de encontrar una palabra lo bastante hiriente para definir todo el asunto—. ¿Tonterías? —concluyó de forma bastante decepcionante.

—Yo quiero oírlo —asintió Marta—. Sigue, Aidan, por favor —rogó.

Le dedicó una sonrisa de agradecimiento.

—Gracias, Marta —dijo. Esperó una vez más a que se serenaran los ánimos y continuó—. Vosotras hicisteis ese conjuro, pero no lo sellasteis, no devolvisteis lo que habíais tomado —intentó explicar, sin demasiado éxito, a juzgar por las caras de incompreensión de las chicas, y de la mirada abiertamente despreciativa de Laura—. En otro momento quizá no hubiera pasado nada, pero en *Samhain*... —Sacudió la cabeza con pesar.

—*Samhain* —repitió Diana—. Eso es la Noche de Difuntos, ¿no? —Se volvió hacia sus amigas—. ¿Era Noche de Difuntos cuando bajamos a la playa? —preguntó con el ceño fruncido, en un gesto de concentración.

—Sí —asintió Laura—. ¿No te acuerdas?

—Qué me voy a acordar —se lamentó la pelirroja—. Entre la resaca y que llevaba días zombi por culpa de... —Le lanzó a Aidan una rápida y subrepticia mirada que él captó al vuelo. Y que le hizo rechinar los dientes por, una vez más, una de esas cosas que prefería no pararse a pensar. Como la palabra con ce, que siempre había pensado que era algo que les pasaba a otros. Tipos débiles que ni siquiera confiaban lo bastante en sí mismos como para, encima, confiar en la mujer que tenían junto a ellos—. De que tenía la cabeza en otras historias —concluyó, usando la táctica de la cobra de manera impecable.

—Sea como sea —intervino Aidan antes de que los comentarios sobre el dichoso ex llegaran más lejos—, *Samhain* es una fecha muy especial. Es el momento en que la barrera que separa este mundo del mundo oculto es más tenue y la magia corre libre, esperando la oportunidad para manifestarse...

—Mi abuela decía algo así —se animó Marta—. Decía que la Noche de Difuntos era mágica y que los espíritus de los muertos caminaban por el mundo y...

—Tu abuela murió senil, Marta —la interrumpió Laura en tono aséptico.

—Pero... ¡Qué mala eres! —lloriqueó Marta. Diana la acogió entre sus brazos y envió a su amiga una mirada indignada que esta recibió con una expresión de «pero ¿qué he hecho?» que debía de usar con bastante frecuencia, a juzgar por el modo en que los ojos de la pelirroja se pusieron en blanco al recibirla.

—Tu abuela tenía parte de razón. —Aidan sonrió, intentando consolarla—. Los ancianos saben muchas cosas que no deberían haberse olvidado...

—Gracias —murmuró Marta con un brillo de agradecimiento en los ojos tan

auténtico que casi consiguió partirle el corazón.

—No tienes por qué dárselas, querida, es la verdad —intervino Roi—. Tu abuela no tendría por casualidad una llave o algo de hierro clavado en la puerta, ¿verdad?

—¡Sí! —exclamó la chica—. Decía que espantaba a las meigas —explicó entusiasmada.

La expresión de Niall pasó de cortés a casi indignada en un segundo y Aidan tuvo que reprimir una carcajada.

—Bueno, está claro que no lo saben todo —masculló Niall.

—A las hadas, querida —la corrigió Roi, disimulando su sonrisa tras su mano, colocada con elegancia frente a su boca—. Lo que espanta el hierro es a las hadas.

—¿A las hadas? —se sorprendió Marta—. ¿Quién iba a querer espantar a las hadas?

—Pues así, sin pensarlo mucho... ¿Yo? —sugirió Roi, provocando una carcajada de él y una sonrisa casi complacida de Niall.

—Pero si son cositas pequeñas y monas y... —La voz de Marta se fue apagando a medida que las carcajadas inundaban la habitación.

—Querida, esas son las hadas de los dibujos animados —explicó Roi cuando consiguió calmarse—. Las auténticas son un poco más insoportables.

—¿Auténticas? —saltó Diana—. ¿Estáis intentando decirme que existen las hadas? —exclamó—. ¡Venga ya!

—Claro que existen —replicó Roi en tono hastiado—. Y, créeme, querida, no te gustaría conocer a una de ellas —añadió.

Diana no sabía si echarse a reír, a llorar, o esconderse en la cueva más profunda que pudiera encontrar, hasta que la realidad dejara de ser una locura y todos los cimientos de lo que siempre había considerado un mundo más o menos bien estructurado dejaran de caer a su alrededor con cada frase que salía de los labios de Aidan.

Seguía sin saber lo que le había ocurrido, pero empezaba a sospechar que la magia a la que él acababa de hacer referencia tenía mucho que ver en el asunto y no era algo fácil de asumir.

Cierto que vivía en Galicia, tierra de meigas, y llevaba toda su existencia asistiendo a pequeños ritos cotidianos, como llevar un ajo macho en el bolso para evitar el mal de ojo o lavarse la cara con hierbas frescas la mañana de San Juan. Pero en realidad no se creía todas esas cosas y no conocía a nadie que se las creyera de verdad.

Para los gallegos esas supersticiones eran más una forma de mantenerse unidos a las tradiciones y a la tierra que un modo de librarse de *meigallos* o atraer la buena suerte. El típico *Eu non creo nas meigas, mais habelas, hainas* para un gallego solía ser una forma de ironía más que una declaración de sus creencias. Y los ritos se seguían porque... Bueno, porque no costaba nada seguirlos. Un gallego nunca arreglará lo que no está roto.

Pero ahora esos hombres le estaban hablando con absoluta seriedad de la magia y las hadas, como si fueran algo más que cuentos de viejas o historias para asustar a los niños. Y lo peor era, los dioses la ayudaran, que se creía cada maldita palabra.

Después de ese sueño que no había sido un sueño y de la voz de Aidan, que la había calmado a un nivel casi subatómico, ¿cómo podía dudar de lo que le estaban contando? Aunque se dejara la cordura por el camino, *tenía* que creérselo. Y su propia credulidad la preocupaba todavía más que el hecho de que la magia existiera en realidad.

Echó una ojeada a Marta y vio también la aceptación en su rostro, algo que no la sorprendió demasiado; la peluquera siempre había sido un poco *new age*, demasiado para sus gustos sencillos, y todos los cuentos de su abuela, a la que adoraba, la fascinaban sin remedio. Laura, sin embargo, seguía mirando a su alrededor con hastío, como si sus amigas se hubieran confabulado con esos tres tíos para gastarles una broma de proporciones descomunales y de un momento a otro fueran a aparecer los cámaras y una presentadora hasta las cejas de *bótox* preguntándole hasta qué punto se lo había creído todo.

—Hadas... —estaba diciendo ahora mismo su escéptica amiga—. Genial. ¿Y qué más? —preguntó a Aidan—. ¿Invasores de *Raticulín*?

—Por favor —rogó Aidan—. ¿Podemos dejar esto para la ronda de ruegos y

preguntas? —inquirió, hundiendo la cabeza entre las manos en un gesto de desesperación—. Así no vamos a terminar nunca —gimoteó.

—Sigue, Aidan, por favor —rogó Marta con su vocecita más suave—. Yo quiero oír lo que tienes que decir —añadió, mirando a su amiga con lo que en cualquiera habría sido una mueca triste, pero que en ella era la demostración más exagerada de furia que podía invocar.

—Yo también —la apoyó—. Pero primero quiero saber qué demonios pasó ayer.

No había ni terminado de pronunciar la frase cuando se dio cuenta de su error al construirla. Conteniendo un gemido de desesperación y autocrítica, se volvió hacia Niall y se encontró, nada más y nada menos, que lo que había estado esperando: una inmensa sonrisa pícaro.

—Me avergüenzo de ti, *deartháir* —dijo burlón—. Puedo aceptar que no hayas conseguido hacerlo memorable, pero de ahí a que no lo recuerde... ¡Ninguna de las veces!

—¿Diana? —preguntaron sus amigas al unísono.

—Voy a matarte —suspiró Aidan hastiado.

—Al chico le falta un poco de práctica últimamente, no lo presiones —se mofó Roi.

—¡Basta! —exclamó ella. Su voz se alzó por encima de la cacofonía de burlas y preguntas que inundaban el aire, cargada de una autoridad que ni siquiera sabía que poseía—. ¡Dejadlo ya! —añadió de forma innecesaria.

Todos habían cerrado la boca y la miraban expectantes, como si aguardaran instrucciones para poder continuar. Quiso aceptar el silencio como una prueba de buena voluntad, pero su mal humor había metido la directa y se encaminaba a toda máquina a un discurso airado y crítico, azuzada por el miedo que había estado conteniendo toda la maldita noche. Se puso en pie y se encaró a Niall.

—¡Tú! —gruñó Diana, apuntándolo con un dedo amenazador. Él enarcó las cejas con incredulidad—. Déjate de bromitas, ¿quieres? Quizá todo esto te parezca muy gracioso, pero yo estoy al borde de un puto ataque de nervios y...

—Pelirroja... —la llamó Aidan con suavidad.

—¡No! —exclamó poniéndolo a él en el punto de mira de su radar—. ¡No me digas que me calme! —gruñó—. Llevo toda la maldita noche esperando una explicación y ya estoy más que harta. Quiero. Saber. Qué. Coño. Me. Ha. Pasado —exigió, remarcando cada palabra—. ¡Y quiero saberlo ya!

—Está bien, está bien —aceptó él, alzando las dos manos ante sí—. Pero siéntate, por favor. —Lo miró enfurecida, sin sentir el más mínimo deseo de obedecer. Él dulcificó su mirada—. Por favor, *a'ghrá* —insistió—. Por favor... —repitió una vez más al ver que ella no hacía caso—. Te lo explicaré todo.

Le sostuvo la mirada unos segundos, cansada de sentir miedo, cansada de no comprender. Cansada incluso de estar cansada. Asintió con un gesto brusco y volvió a sentarse, ignorando las miradas curiosas de sus amigas.

—Habla —gruñó cuando terminó de acomodarse.

Él suspiró y se apartó el pelo de la frente en un gesto que ella empezaba a considerar como típicamente suyo cuando era incapaz de serenarse. Miró al techo y volvió de nuevo la vista hacia ella.

—Fuiste atraída al otro lado del Velo de las Sombras —dijo Aidan de forma críptica.

—¿Y eso qué coño significa? —preguntó Diana con el cabreo todavía hormigueándole a flor de piel y hostigando a su lengua para que no perdiera ni la más pequeña oportunidad de zaherir y pinchar.

—¿Es que no tienes la más mínima paciencia, mujer? —se indignó Aidan—. Me mandas callar, pero tú no tienes ni idea de cuándo cerrar la boca.

Su tono fue tan agresivo e irritado que todos sus temores acerca de su incipiente relación con él, hasta entonces enterrados bajo otros miedos peores, se desperzaron un instante y le dieron una palmadita en el hombro, advirtiéndola de que quizá, y solo quizá, la estaba tomando con la persona equivocada.

—Perdón —murmuró mortificada—. Sigue, por favor —pidió esquivando su mirada para posarla en sus manos, entrelazadas sobre su vientre.

Escuchó la profunda inspiración de Aidan antes de que continuara hablando en un tono muy distinto al amable y suave que había empleado hasta el momento.

—Existen dos mundos —dijo—, separados por un fino Velo mágico que solo unos pocos pueden traspasar. A este lado está la realidad que conocéis y al otro... —Se detuvo.

Alzó la vista y se encontró con su mirada, a medio camino entre la irritación y la duda.

—¿Al otro? —preguntó ella.

Él se encogió de hombros en un gesto que más pareció inseguro que indiferente.

—Al otro está el pueblo feérico —explicó sin mostrar ninguna expresión en su rostro—. Las criaturas mágicas, todo aquello en lo que no crees —concluyó con expresión irónica.

Intentó decir algo. Cualquier cosa. Quizá, «estás como una cabra» o «vamos, no me fastidies», pero no fue capaz. Una vez más, se dio cuenta de que su nivel de incredulidad había descendido hasta cotas nunca antes alcanzadas por el ser humano, o al menos por el ser humano que estaba convencida de ser, y para su propia y vergonzosa sorpresa se encontró creyendo cada maldita palabra.

Aidan debió de ver algo en su expresión que le advirtió de su inmenso salto de fe, porque esbozó una débil sonrisa y continuó.

—A veces, el Velo se... —gesticuló frente a sí mismo intentando atrapar las palabras que su cabeza no parecía tener a bien ofrecerle— se rompe, a falta de una palabra mejor. Se rasga. Aparecen grietas, sobre todo en fechas como *Samhain*. Y a través de esas grietas, criaturas que nunca deberían abandonar el Otro Lado aparecen aquí, en vuestra realidad. Y vuestro pequeño conjuro causó una de esas rupturas, me

temo.

No se le escapó el uso de la palabra «vuestra», pero decidió aparcarse el dato para más adelante, cuando pudiera enfrentarse a él, mientras consideraba todas las implicaciones de lo que les acababa de revelar.

—¿Y una de esas criaturas es lo que vi en mi...? —Rio sin humor—. Iba a decir «sueño», pero no fue un sueño, ¿verdad?

—No, no lo fue —reconoció Aidan, apesadumbrado.

—Y qué... Quién... —intentó preguntar Diana, notando cómo la angustia que había conseguido enterrar volvía a ella con más fuerza. Si no hubiera estado sentada, las piernas le habrían fallado como si estuvieran hechas de gominola.

—No lo sabemos —contestó Niall en un tono sumiso y preocupado, muy poco propio de él.

—No lo sabéis... —repitió Diana, intentando a duras penas controlar el pánico.

—No lo sabemos *aún* —puntualizó Aidan.

Ese «aún» sonó tranquilizador, así que se relajó un poco. Tan poco que ni el electrocardiograma más potente de la tierra podría haberlo detectado. Pero al menos sirvió para que no se cayera al suelo y se hiciera un ovillo llamando a su mamá. Eso habría sido, cuando menos, humillante.

—Aún —repitió como si saboreara la única palabra amable que había escuchado en toda la noche.

—Y ahí es donde, me temo, entráis vosotras, querida —intervino Roi.

«Genial, fantástico, maravilloso. Cojonudo».

Aidan tendría que haberlo sabido, claro. Tendría que haber imaginado que, después de haber pasado por escenas como esta decenas de veces, nada iba a cambiar en la actitud de sus amigos. Que iban a comportarse como ellos mismos, lo que ya de por sí era bastante malo.

Pero, teniendo en cuenta lo que había pasado con Diana, había albergado la absurda esperanza de que quizá, por una maldita vez, decidieran ser un poco menos ellos y un poco más seres adultos.

«Sí, claro. ¿Y qué más?». Maldijo para sus adentros al ver las expresiones de las chicas. Desde la aterrorizada Diana, pasando por la inocente y curiosa Marta, todavía serenada por su Voz, hasta terminar en Laura, que parecía a punto de llamar a la policía, peor aún, a los loqueros.

Había pensado hacer todo esto poco a poco, explicándoles las cosas con calma, apartando su incredulidad con cuidado. Y después, mucho después, cuando ya estuvieran preparadas, ir sembrando en sus cabezas la idea de que *tenían* que ayudarlos.

Pero claro, Roi había estrangulado esa posibilidad con una simple, maldita, sangrienta frase. Y sin despeinarse, el tío. Y ahora le tocaba a Aidan recoger la oportunidad perdida, insuflarle oxígeno y volver a encauzar todo el asunto antes de que las chicas echaran a correr y no pararan hasta llegar al otro extremo de la Tierra... Superando la velocidad de la luz, a ser posible.

—¿Nosotras? —balbuceó Diana—. ¿Cómo vamos a saber nosotras nada de eso? ¡Si hasta hace diez minutos estaba convencida de que no existía la magia! —protestó con más miedo que indignación.

—Tranquilízate, *a'ghrá* —rogó Aidan—. Déjame que te explique...

—¡Llevas una hora explicándote! —chilló.

Aidan ya se había dado cuenta de que su modo de controlar el pánico pasaba por invocar un cabreo de mil demonios, e intentó no dejarse llevar él mismo por su mal humor, que tampoco era un regalo de los dioses. Sin demasiado éxito.

—¡Quiero saber qué me ha pasado! ¡Quiero saber qué le ha pasado a Marta! ¡Quiero...!

—¡Y yo quiero que te calles y me dejes hablar, joder! —exclamó, poniéndose en pie de un salto, perdida la batalla contra su mal carácter.

—¡No me da la gana! —bramó ella—. ¡No es a ti a quien casi se lo come un... un... lo que fuera! —Se levantó también y recorrió la escasa distancia que los separaba para encararlo con los puños apretados a los costados, ardiendo de rabia.

—¡Te aseguro que a mí han estado a punto de comerme muchos «lo que fuera»,

pelirroja! —replicó la parte de él que nunca había sido capaz de retenerse ante una buena pelea.

—¡No soy pelirroja!

—¡Vale!

—¡Bien!

—Niños, niños, ya basta —intervino Roi, con más afectación de la que ya era habitual en él—. Sed buenos y dejad de pelear, o papá os va a mandar a la cama.

—Eso es lo que ellos quisieran —canturreó su otro amigo.

—Probablemente —aceptó el primero.

«Y lo peor es que tienen razón, O’Cleary. Eres un idiota», se recriminó.

Incluso cabreado como estaba, tenía que reconocer que el punto álgido de una conversación que iba a poner el mundo de las chicas cabeza abajo no era el momento más oportuno para ponerse a discutir a gritos.

Y menos todavía, el momento oportuno para ponerse cachondo con la discusión...

Indignado consigo mismo, dio una rápida colleja mental a su libido e intentó por decimoctava vez en esa noche retomar la conversación en el punto en que la había dejado. Inspiró profundamente para serenarse y dejó aparcado en el fondo de su mente el dato de que ella estaba irresistible cuando se enfadaba, para poder estudiarlo con más calma cuando hubiera terminado con el maldito trabajo.

—Cierto —suspiró—. Vamos a serenarnos, ¿de acuerdo?

La pelirroja lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Y vas a explicarte de una puñetera vez? —preguntó en un gruñido ronco.

Hizo todo lo que estuvo en su mano para no etiquetar ese gruñido como «sensual», y fracasó de forma miserable. Después de unos segundos de confusión erótica, asintió.

—Si me dejas... —dijo antes de poder poner freno a su maldita lengua.

Ella lo fulminó con la mirada, resopló y volvió a su asiento, con una actitud de reina ofendida de lo más lograda. Suspiró y se sentó él también, preguntándose si conseguiría acabar la noche sin matarla. O sin llevársela a su habitación, arrancarle toda la ropa y hundirse en ella una y otra vez hasta que ambos acabaran rendidos, sudorosos y satisfechos.

Y no necesariamente en ese orden.

—A ver... —comenzó, alejando a patadas las imágenes eróticas que su cerebro se empeñaba en mostrarle con todo detalle—. Lo que os ha pasado tiene mucho que ver con lo que intentaba contaros... —Empezó con una mirada aviesa a los dos payasos de sus amigos. Un intento desesperado de mantenerlos calladitos que, al menos por el momento, pareció funcionar—. Lo de Marta es lo más fácil —suspiró.

La chica abrió los ojos de par en par y se enderezó en su asiento, concediéndole toda su atención.

—¿Sí? —preguntó ella con un tono que era, a partes iguales, miedo y expectación

—. ¿Sabes lo que... —vaciló— lo que he visto? —se decidió por fin, mordiéndose el labio inferior en un gesto dubitativo.

—Sí —asintió Aidan. Con un esfuerzo que solo podía clasificarse de mitológico, apartó los recuerdos de la primera parte de esa noche al lugar donde debían estar: la cámara más profunda de su cerebro, la que estaba rotulada con la leyenda «no tocar»—. Nenita no estaba loca en absoluto, como no lo estás tú —suspiró—. Su hijo le fue robado al nacer por una de esas criaturas que nunca deberían haber atravesado el Velo —explicó Aidan ante la mirada atónita de la chica—. En su lugar, esa criatura puso a su propio hijo. Y eso fue lo que tú viste.

—Pero... —Marta parpadeó, confusa—. ¡Pero he cuidado de ese niño mil veces! —protestó—. Y nunca lo había visto así. ¡Era un bebé! —explicó atropellando sus propias palabras—. ¡Un bebé normal! ¡Un...!

—Era un bebé normal cuando nació —suspiró Aidan—. Pero ya no lo era cuando tú lo cuidabas. Como te he dicho, un *fae* lo cambió por su propio hijo.

—¿Y qué pasó con el bebé? —preguntó Marta, tan bajito que tuvo que hacer un enorme esfuerzo por escucharla—. Con el de verdad —aclaró llorosa.

—Está bien y ha vuelto donde debe estar —respondió Aidan con brusquedad. Si de algo no tenía intención esa noche era de explicar cómo había vuelto el niño junto a su padre.

Pero no iba a ser tan fácil, claro.

—¿Por eso os quedasteis anoche? ¿Para... —Diana vaciló, al parecer dividida entre su incredulidad y la necesidad de saberlo todo—, devolver al niño?

—Sí —dijo Aidan sin más, confiando en que lo cortante de su tono segara el resto de la conversación de raíz.

—Pero... —insistió la tímida amiga de la pelirroja—, si se lo cambiaron al nacer, ¿cómo es que no me di cuenta hasta ayer? Porque...

—¡Niall! —ordenó Aidan en tono seco. Si algo tenía claro era que no iba a aceptar la parte de culpa que no le correspondía a él.

El aludido se encogió de hombros con indiferencia.

—Esa vez fue distinto porque llevabas mi amuleto —explicó de forma concisa.

Marta se llevó la mano al cuello y palpó el amuleto con los ojos desorbitados de un cervatillo atrapado por el embrujo de las luces de un vehículo en la oscuridad.

—El... amuleto —repitió Marta de forma maquinal.

—Explícaselo —ordenó Aidan al ver que su colega ya parecía haber perdido todo el interés en el asunto.

Niall resopló como si la petición fuera excesiva y fuera a suponerle un enorme esfuerzo.

—El amuleto permite al mortal que lo lleve ver a los *sídhe* de la oscuridad en su forma verdadera —explicó aburrido.

—Se acabó. No soporto más todo esto —protestó Laura, poniéndose en pie.

Maldijo en voz baja. Por supuesto, Murphy, tan implacable con sus leyes como de

costumbre. Ahora que casi había conseguido llegar a la raíz del asunto, la chica decidía dejar su ofendido mutismo y estropearlo todo. Genial.

—Por favor, Laura... —rogó Aidan.

—No —gruñó, encarándose a él—. No voy a permitir que sigáis con esto. Marta tuvo un ataque de nervios —dijo en tono práctico—. Un simple, normal y vulgar...

—¡No me digas lo que vi! —se indignó Marta, saltando en su asiento. Diana le echó las manos a los hombros como si quisiera evitar que se abalanzara sobre su amiga—. ¡Sé lo que vi! ¡No estoy loca!

La mirada de Laura se suavizó.

—Por supuesto que no estás loca, cariño —dijo con dulzura—. Solo confundida y nerviosa. Es mejor que...

—Calla —ordenó Roi con severidad—. Por favor, calla de una vez. Tu ceguera es irritante.

Se levantó de su asiento y se detuvo delante de la chica, que lo miró estupefacta. Lo más probable era que no estuviera muy acostumbrada a que le plantaran cara de ese modo. Y todavía no había visto nada, teniendo en cuenta lo irritado que estaba Roi.

Claro que a cualquier observador casual, como podía serlo Laura, le parecería que estaba manteniendo una conversación serena y apacible, pero Niall y Aidan lo conocían bastante mejor que todo eso, como demostró el que este se tensara en su asiento, preparado para lo que fuera que Roi tuviera en mente.

—Pero qué... —empezó Laura.

Por un instante, se planteó detener a su amigo, pero él también estaba hasta las mismísimas narices de las interrupciones de la chica, y quizá ya iba siendo hora de que alguien le mostrara lo «bonita» que era la realidad.

—Crees que lo sabes todo, ¿verdad? —preguntó Roi con suavidad. La chica apenas tuvo tiempo de abrir la boca antes de que él continuara. Su voz goteaba veneno puro en cada sílaba para sus bien entrenados oídos—. Crees que la vida es solo lo que ves, o lo que puedes demostrar en un laboratorio. Crees que eres muy lista, que nadie está a tu altura, pero, discúlpame, querida, si te digo que te estás comportando como una perfecta idiota.

Laura alzó la mano y le cruzó la cara con un soberano bofetón que resonó en toda la casa.

—¡A mí no me hables en ese tono, imbécil! —escupió. Fue hasta el sofá, recogió su bolso y miró a sus aterrorizadas amigas—. Yo me voy —dijo sin más—. ¿Venís? —Sus amigas se miraron, la miraron y por fin negaron con la cabeza, casi con miedo. Ella resopló con aire despectivo—. Perfecto —dijo—. Os llamo mañana —añadió antes de salir por la puerta, bamboleando sus curvas perfectas.

Roi se la quedó mirando hasta que se escuchó un sonoro portazo en la entrada. Después se frotó la mandíbula, volvió a adoptar su habitual pose de indiferencia y se dejó caer en su asiento con expresión soñadora.

—Creo que estoy enamorado —suspiró.

Estuvo a punto de soltar la carcajada, pero una rápida mirada a las dos chicas le indicó que quizá no se tomarían muy bien la muestra de humor después todo.

—Estupendo —ironizó Diana.

—Nunca la había visto así —murmuró Marta.

—Ni yo. Parece que tenéis un don para sacarla de sus casillas. Y tiene mérito.

—Roi es un experto en extraer *lo mejor* de la gente —sonrió Niall con intención—. Pero no te preocupes, no muerde ni nada —añadió con una sonrisa malvada. Él quiso matarlo y no por primera vez en esa noche. Y muchísimo menos por primera vez en su vida—. No, a menos que tú quieras, claro. Aunque imagino que el *fiordhraoi* ya le habrá advertido que mantenga sus colmillos lejos de ti —dijo burlón—. ¿No es así, *a'chara*?

—Por supuesto —confirmó Roi—. Siempre ha sido posesivo hasta el insulto, si quieres mi opinión.

—Eso es inseguridad —meditó Niall.

—Absolutamente —aprobó el otro impresentable que tenía las narices de llamarse «su amigo».

—¿Queréis dejarlo ya? —gruñó—. Las necesitamos a las tres, Roi, joder —dijo señalando a las chicas—. Y tú acabas de conseguir que una se largue como alma que lleva el diablo.

—No era mi intención —replicó el aludido, pareciendo contrito—. Pero esa... mujer —dijo tras una pausa, como si no hubiera encontrado un adjetivo lo bastante malo para definirla— me sacó de mis casillas. Bastante me he controlado ya, O'Cleary, lo sabes —añadió con irritación—. Podía haber sido muchísimo peor.

—Lo importante —intervino Aidan antes de que las chicas pudieran detenerse a rebobinar y analizar la forma en que Roi había hablado— es que ahora sabéis que existen otras criaturas más allá de este mundo —dijo con apresuramiento—. Y una de esas criaturas, una muy poderosa, está intentando atravesar el Velo. —Miró a Diana, que le devolvió la mirada con angustia, como si supiera con toda exactitud lo que iba a decir a continuación—. Por eso intentó atraerte, *a'chuisle*. Os necesita para pasar y nosotros os necesitamos para deshacer lo que habéis hecho. El Velo debe cerrarse y no podemos hacerlo sin vuestra ayuda.

—Sin la ayuda de todas vosotras —apuntó Niall.

Por una vez y sin que sirviera de precedente, Aidan tuvo que darle la razón. Lo cierto era que estaba deseando librarse de Laura y de sus comentarios incrédulos y sarcásticos, pero no era menos cierto que las necesitaban a todas juntas. Si una fallaba, nada funcionaría.

—Tiene razón —aceptó Aidan dirigiéndose a las chicas—. Os necesitamos a las tres —dijo con resignación y súplica a partes iguales—. Si pudierais hablar con ella...

Las chicas se miraron entre ellas y se volvieron de nuevo hacia él con lo que casi

parecía una expresión de disculpa.

—Laura es muy cabezota... —suspiró Diana.

—Y no soporta la mala educación —añadió Marta con un hilillo de voz, mirando de reojo a Roi.

—Y es la mujer menos... —Diana agitó las manos como si revolviera en su diccionario mental—. No sé... Es...

—Práctica —apuntó Marta.

Su amiga la miró y movió la cabeza en un gesto afirmativo.

—Sí, eso —confirmó Diana volviéndose hacia Aidan—. Práctica —repitió—. Si no puede verlo, tocarlo o ponerlo en una hoja de Excel... —Sacudió la cabeza con expresión de derrota.

Por supuesto. No podía ser tan fácil, claro. Aidan sabía de sobra que los dioses tenían un sentido del humor muy particular, y, ya que habían encontrado su objetivo nada más llegar al pueblo, seguro que les parecía divertidísimo que una de ellas acabara poniéndoles una denuncia por acoso, o algo parecido.

—Está bien —aceptó Aidan—. Ya veremos cómo podemos hacer para convencerla —comentó distraído, mientras una parte de su cabeza ya empezaba a buscar atajos para solucionar el problema.

—Sí, vale —dijo Diana—. Pero ¿convencerla de qué?

La miró confundido y ella gesticuló como si quisiera borrar esas palabras de la pizarra mental y reconstruir la frase como mandaban los cánones.

—Quiero decir, aparte de convencerla de que todo esto no es una locura, lo que ya va a ser bastante difícil, la verdad, ¿qué se supone que tenemos que hacer? Porque yo no tengo ni la más remota idea de qué va todo esto. O sea...

—En primer lugar, necesitamos averiguar qué o quién es el que te ha atacado —la interrumpió Aidan. Se encogió de hombros y continuó—. Sobre eso supongo que no hay mucho que podáis hacer.

—Salvo quizá servirnos de guías —apuntó Roi.

Buena idea. Por una vez, había sido una buena idea y no una zancadilla en toda regla. Si las chicas consentían en guiarlos por el pueblo y sus alrededores; contarles las típicas historias de viejas que nadie creía, pero que todos ellos sabían que ocultaban gran parte de la verdad escondida bajo capas y más capas de exageraciones, superstición y «licencias poéticas»; llevarlos a lugares en los que hubieran pasado cosas extrañas... Si aceptaban eso, podrían tenerlas controladas y vigiladas sin necesidad de explicarles el peligro real que corrían al ser el objetivo de una criatura que pretendía atravesar el Velo.

Y mantenerlas a salvo era una parte fundamental de su trabajo, por no añadir que no le importaría nada tener una excusa para pasar algún tiempo en compañía de una de ellas en concreto.

—Cierto —sonrió Aidan—. Eso sería de gran ayuda.

—¿Guías? —inquirió Marta—. ¿Del pueblo?

—Del pueblo, de sus alrededores, de los típicos lugares contra los que advierten las leyendas y los rumores... —explicó Aidan con un encogimiento de hombros, intentando restarle importancia.

—En eso tú puedes servir de mucho —comentó Diana mirando hacia Marta. Esta afirmó varias veces con la cabeza, con algo casi parecido al entusiasmo—. Su bisabuela... Bueno... —Se interrumpió como si fuera incapaz de pronunciar lo que venía a continuación y mantuvo la mirada fija en Marta, instándola a terminar la frase.

—Bueno, la abuela decía que la «bisa» había sido una meiga —explicó Marta con la típica sonrisita de disculpa que pone alguien cuando espera que los demás no lo tomen en serio. Sin embargo, a Aidan ni se le pasó por la cabeza no creerla. Si había habido meigas o brujas en su familia, eso explicaría muchas más cosas—. Y desde pequeña me contaba todas las historias que la «bisa» le había contado a ella. Oh, y todavía conservo el libro en el que apuntaba sus conjuros y sus recetas. Y sus diarios. Puedo traerlos, si queréis.

—¿Diarios? —se interesó. Los diarios de una meiga podían ser una mina de oro para encontrar información. Si se sabía cómo descifrarlos, por supuesto—. Eso estaría muy bien, Marta. Me encantaría echarles un vistazo.

—Vale, pues los busco y te los traigo —sonrió con entusiasmo—. Y también puedo contaros un montón de historias. Nadie conoce las leyendas del bosque y del pueblo como yo. —Su rostro se iluminó al hablar de un tema que a todas luces la apasionaba y con el que nunca tenía oportunidad de explayarse—. De hecho, hay una muy curiosa acerca de esta casa. Veréis, en los tiempos en los que... —empezó a contar, atropellando las palabras.

—Marta —la detuvo Aidan con suavidad—. Quiero escuchar esa historia, de verdad —sonrió—. Pero es tarde y quiero terminar con esto para que todos podamos descansar un rato —explicó con su sonrisa más encantadora.

—Claro, perdona —se retractó ella al instante—. Es que me pongo a hablar de esas cosas y...

—Te aseguro que vas a tener muchísimas oportunidades de tratar el tema, querida —sonrió Roi—. Hasta hartarte, añadiría.

—No lo creo, me encanta —lo contradijo ella con una risita nerviosa, como si acabara de darse cuenta de que, en ese preciso instante, era el centro de atención—. Pero termina, por favor —pidió en dirección a Aidan, bajando la mirada hacia sus manos tras regresar a su habitual actitud tímida.

—No hay mucho más que contar por ahora —dijo Aidan, con toda la intención de restar importancia a la digresión de la chica—. Cuando hayamos investigado y sepamos a ciencia cierta con lo que estamos tratando, prepararemos un ritual para restaurar el Velo. —Se detuvo un instante para pensar cómo iba a decir lo que venía a continuación.

Asegurarse la colaboración de la chicas era la parte más importante y, habiendo

llegado tan lejos, no era plan de tirarlo todo abajo por apresurarse, o dar más o menos información de la que necesitaban, o...

—Y ahí es donde entráis vosotras. Vuestro conjuro abrió el Velo y esa misma magia tiene que cerrarlo —concluyó Niall por él.

«O dejar que Niall pierda la paciencia y lo diga sin más», gimió para sus adentros.

Flotaba. A falta de una palabra mejor para definirlo, Diana estaba convencida de que flotaba. No sentía su cuerpo, ni sus pies sobre el suelo ni el aire gélido de la noche de diciembre. Su mundo se había tambaleado de tal modo que ya no era capaz ni de percibir la realidad que la rodeaba. Se sentía envuelta en una niebla de confusión y pánico; como si incluso las células de su cuerpo se hubieran ido a dar un paseo y hubieran vuelto convertidas en algo distinto.

Era como pasear por el río cuando la neblina se enrosca en los tobillos, cada sombra difusa era una amenaza y los árboles eran borrones indefinidos que gemían con la brisa, solo que en esta ocasión lo que se enroscaba a su cuerpo era puro pánico. Las sombras eran reales y los gemidos eran sus propias voces interiores chillándole que se escondiera bajo la escasa protección de las mantas y no volviera a salir hasta que el mundo volviera a ser un lugar seguro.

Ya no le parecía real la hierba, ni el cielo nocturno ni el vapor de su aliento. Miraba a su alrededor como quien mira una película de autor o un cuadro surrealista. Como si ella misma fuera algo que no existía, que no era real.

Temía caer al suelo, deshacerse en mil pedazos de puro pavor y desaparecer.

En su cabeza daban vueltas los datos que Aidan había ido desgranando a lo largo de la noche, a cada cual más increíble. A cada cual más terrorífico. Sí, los seres de pesadilla eran reales; sí, cada pequeñísima superstición que había seguido a lo largo de su vida tenía una repercusión, aunque no necesariamente la que esperaba; sí, estaban en peligro; sí, tenían que ayudarlos a acabar con todo eso, a entrar en esa realidad de pesadilla... Y por sus propias vidas no había más opción.

El tiovivo en el que se había convertido su cerebro giraba en torno a palabras desconocidas y a otras familiares que ahora cobraban un nuevo significado: *Samhain*, druidas, trasnos, dioses, magia... Realidad y ficción.

Necesitaba sentarse y aclarar todos esos datos, etiquetarlos, ordenarlos y escupirlos en forma de mil preguntas que quería hacer, que necesitaba hacer. Pero en ese momento, sentada en el confortable interior del coche de Aidan y ya a las puertas de su casa, después de dejar a una temblorosa Marta en su propio hogar, escoltada por Niall, solo una pregunta destacaba sobre las demás con absoluta claridad. Solo una duda que había esquivado durante toda la larguísima noche y que necesitaba quitarse de encima o la iba a asfixiar hasta acabar con ella.

—¿Estás bien, *a'chuisse*? —preguntó Aidan con suavidad tras retirar la llave del contacto y apagar el tranquilizador rugido del motor de su coche. Una risa histérica burbujeó en su interior y ascendió por su garganta para derramarse desde sus labios como un graznido ronco. Él la miró comprensivo—. Lo siento —murmuró—. Ha sido una pregunta estúpida —añadió a modo de disculpa.

Ella se forzó a serenarse.

—No, no te preocupes —suspiró—. Estaré bien dentro de unos diez o doce años —añadió con una risa carente de humor.

Él le sonrió y le apartó un mechón de cabello de la cara, acariciándole con suavidad la mejilla.

—Sé que es mucho para digerir, *a'ghrá* —musitó con dulzura—. Ojalá pudiera ser de otro modo. Ojalá pudiera hacerlo más fácil —se lamentó.

Sus dedos, suaves como alas de mariposa, acariciaban su pelo y su rostro, incitándola a dejarse llevar por ese contacto, a olvidar lo que tenía en mente. Se esforzó por no rendirse y poner las cartas sobre la mesa de una vez.

—Aidan... —empezó en un susurro que él malinterpretó, probablemente a propósito.

Se inclinó sobre ella y rozó sus labios en un beso dulce, uno de esos besos tan suyos, que eran más una insinuación que un contacto real, que siempre la dejaban hambrienta, expectante, pidiendo más.

—Dime, *a'chuisse* —murmuró contra su piel.

—Aidan —repitió ella, más para recordarse el motivo de sus dudas que para animarlo a seguir. O eso quería creer al menos—. Lo que me ha pasado... ¿va a volver a ocurrir? —Los labios exploradores de él se detuvieron un instante, un brevísimo segundo, lo suficiente para que ninguno de ellos pudiera negar que había escuchado la pregunta. Y continuaron el camino hacia su cuello en una caricia que ya se había convertido en tan familiar que casi costaba resistirse a ella. Casi, pero no—. Aidan, por favor, necesito saberlo —rogó.

Él inspiró y se apartó con el ceño fruncido. Volvió a recostarse sobre el respaldo de su asiento y miró el techo del coche como si en él estuviera escrita la respuesta a su pregunta, o el guión de lo que debía decirle.

Diana esperó.

Aidan cerró los ojos, expulsó el aire en un resoplido incómodo y miró al frente, esquivándola.

—No necesitas saberlo, *a'ghrá* —dijo en tono monocorde—. Solo *quieres* saberlo. Yo puedo protegerte, eso es lo único que *necesitas* saber.

—Es lo mismo —protestó.

—No, no lo es.

—Aidan...

Él resopló de nuevo y dejó caer las manos con fuerza sobre el volante. Pareció debatirse consigo mismo durante un rato que a ella se le antojó larguísimo y, por fin, asintió. Un breve y seco movimiento de cabeza; como si sus propios argumentos lo hubieran convencido más que los de ella.

—De acuerdo —aceptó—. Pero no aquí. ¿Puedo subir? —preguntó, señalando las escaleras que caracoleaban hasta su casa con un movimiento de cabeza.

Diana lo pensó solo un segundo. Si subía con él, corría el riesgo de caer rendida

en sus brazos, empujada por la necesidad de sentirse a salvo, de celebrar su vida. Si no le dejaba entrar, quizá nunca encontraría el valor para hacerle de nuevo esa pregunta.

—Claro —asintió por fin. Rebuscó en su bolso, sacó las llaves y abrió la portezuela del copiloto con lo que esperaba que fuera su gesto más decidido—. ¿Vamos? —preguntó al ver que él se quedaba clavado donde estaba.

—Sí —respondió a regañadientes—. Claro.

Salieron del coche sin decir palabra y subieron los once empinados escalones que llevaban a su pisito sobre el bar. Abrió la puerta con dedos temblorosos, encendió la luz y se juró a sí misma no prestar ni un solo pensamiento al evidente desorden. Dejó caer el bolso sobre el sofá, se deshizo de los zapatos de una patada y se volvió hacia él, todavía plantado junto a la puerta que acababa de cerrar en una actitud que decía bien a las claras que daría cualquier cosa por evitarse lo que vendría a continuación.

—¿Quieres tomar algo? —ofreció Diana por la pura fuerza de la costumbre. Viviendo sobre el bar y teniéndolo siempre a mano para poder conseguir comida o bebida, su nevera era un canto al más puro minimalismo. Pero quizá podría encontrar algo de leche y café o, con mucha suerte, una cerveza.

—No, gracias —respondió, distante.

—¿Nos sentamos? —preguntó por llenar el silencio de algún modo. Él tardó un momento en contestar, como si, perdido en algún lugar dentro de su mente, hubiera tardado unos segundos en procesar el significado de una frase tan simple. Asintió y la siguió hasta el sofá. Diana esperó hasta que él se rindió y tomó asiento y, entonces, eligió el lugar más alejado de la tentación que él suponía—. Bueno... —vaciló—. Dime...

—*A'chuisle* —empezó él, dubitativo—. No tienes de qué preocuparte, de verdad —dijo acelerándose—. Puedo protegerte. Yo...

—Aidan —lo frenó—. Esta noche me has vuelto el mundo cabeza abajo, lo sabes, ¿verdad? —explicó, atropellando las palabras—. Me has dicho que tengo que ayudarte a... —Sacudió la cabeza—. A todavía no entiendo muy bien qué. Y me has dicho que esa criatura quiere atraerme para sus propios fines —concluyó en un arrebato de valor—. Necesito saber si va a volver a pasar, necesito saber si puedo hacer algo para defenderme. —Al ver que él seguía dudando, insistió—. Por favor... —rogó.

—Está bien —aceptó Aidan después de una larguísima pausa. Miró al techo (al parecer su inspiración siempre se encontraba en algún punto sobre su cabeza) y suspiró—. Es difícil de explicar, así que ten paciencia, ¿de acuerdo?

—Lo intentaré —susurró sin comprometerse.

Aidan dejó escapar una risa amarga.

—Lo intentarás, claro —repitió como si disfrutara de un chiste privado. Suspiró y apoyó los codos en las rodillas, enlazando las manos en el hueco entre sus piernas—. No sé cuánto sabes de las creencias célticas...

—De poco a nada —suspiró, preparándose para una charla inacabable con cientos de afluentes.

—De poco a nada, genial —murmuró con evidente agobio—. Bien, vale. Ya te he dicho antes que hay momentos, como *Samhain*, en que la magia es más poderosa; la realidad más... frágil, por decirlo de alguna manera. —La miró para asegurarse de que lo seguía hasta ese punto. Ella movió la cabeza en un gesto afirmativo, instándolo a continuar mientras sentía que los contornos de su mundo volvían a difuminarse en una neblina de leyendas y confusión—. Hay más: *Imbolc*, *Lughnadas* y *Beltaine*. Y cada uno de los solsticios y equinoccios.

—Solsticios... —murmuró—. Espera un momento... Ayer fue el solsticio de invierno, ¿no?

—Exacto —aceptó Aidan—. Lo que te persigue aprovechó ese momento para atacarte, para debilitarte —suspiró—. Para atraerte. Y lo habría conseguido si... —Cerró los ojos como si intentara no ver esa escena. Tomó un profundo aliento y volvió a ser el Aidan de siempre, sereno y controlado—. No importa. El caso es que algo así no debería volver a ocurrir, porque esa criatura no es lo bastante fuerte fuera de esas fechas. No todavía.

El terror volvió a enroscarse en sus entrañas como una tenaza.

—¿No debería? —se espantó—. ¿Así que no estás seguro? —preguntó a punto de echarse a llorar, a temblar, o...

—Estoy razonablemente seguro —intentó serenarla—. No es lo bastante fuerte, ya te lo he dicho.

—Has dicho «no, todavía» —gimoteó—. Eso quiere decir que lo será. ¿Es eso lo que intentas decirme, Aidan?

—Eh, no. Intento decirte que tenemos que detenerlo antes de que se vuelva más poderoso —respondió él, esquivando su mirada—. Por eso necesitamos vuestra ayuda, *a'chuisle*. Y por eso vosotras necesitáis la nuestra. Por eso tenemos que entender quién y qué es esa criatura, para poder combatirla y que no vuelvas a pasar por lo que has pasado —explicó, tomándole el rostro entre las manos en un gesto afectuoso.

Estupendo. Más información incomprensible para procesar. Como si no tuviera bastante con la charla que ya habían mantenido. Necesitaba pararse y clasificar todo esto. Necesitaba entender lo que Aidan le estaba diciendo, comprender de verdad, más allá de las charlas y las palabras de ánimo, en qué demonios se estaba metiendo.

Y no podía hacerlo con él mirándola de ese modo.

—Es mejor que te marches —decidió.

—*A'chuisle*, vamos... —negoció él—. Después de todo lo que te hemos contado esta noche no vas a...

—Exacto —lo frenó de nuevo—. Después de todo lo que me has contado esta noche... —Sacudió la cabeza intentando alejar esos recuerdos. Intentando olvidar las últimas veinticuatro horas—. Necesito pensar —susurró.

—No voy a dejarte sola —se obstinó, mirándola con gesto severo—. No puedo hasta que no esté seguro de que estás bien. No me pidas eso —rogó. Se levantó y caminó hacia ella.

Antes de que pudiera llegar a su lado y convencerla con la magia de sus manos y sus besos, se puso en pie de un salto y correteó lejos de él.

—Muy bien —dijo, apoyando la espalda contra la puerta que llevaba a su dormitorio—. Quédate —aceptó. Tanteó tras de sí buscando el pomo—. Te traeré unas mantas. El sofá es muy cómodo y...

Aidan dio dos pasos más en su dirección. ¿Dónde estaba el maldito pomo?

—No pienso dormir en el sofá —dijo sin ninguna entonación.

Si se hubiera ofendido, si hubiera suplicado, habría sabido cómo reaccionar. Pero no estaba preparada para ese tono neutro, sin expresión, como si él se limitara a exponer un hecho y ella solo estuviera retrasando lo inevitable.

Intentó indignarse.

—Pues duerme en el coche, si quieres —trató de decir con un resoplido sarcástico. Lo que escapó de sus labios, sin embargo, apenas fue un jadeo.

Y él seguía recortando la distancia entre ambos.

—No voy a dejar que me apartes —anunció Aidan con el mismo tono sereno e inexpresivo—. Así no. —Llegó hasta ella y puso una mano a cada lado de su cabeza, sobre la puerta, rodeándola y sometiéndola con su presencia—. No por esto. No por lo que está pasando —murmuró mientras la miraba con intensidad—. Eso no tiene nada que ver con nosotros.

«Yo tampoco quiero apartarte. Y no quiero que me apartes tú», quiso decirle. Pensar en alejarse de él le provocaba una incómoda punzada a la altura de la quinta costilla, y eso la aterrorizaba muchísimo más de lo que la tranquilizaba. Si en tan poco tiempo ya empezaba a sentir los primeros síntomas de algo que se había jurado no repetir, ¿qué pasaría en unos días? ¿En unas semanas? ¿Qué pasaría cuando él la viera como...? Como la niña asustada que lloriqueaba en su interior. Como la niña asustada que acababa de descubrir que el fantasma que vivía en su armario era real y no la sombra proyectada por un chaquetón mal colgado.

—Déjame —pidió, espoleada por ese pánico.

—No —replicó Aidan sin más.

Antes de que pudiera darse cuenta de lo que estaba haciendo, él había abierto el maldito pomo, había pasado un brazo bajo sus rodillas y otro sobre sus hombros, y la llevaba en brazos hasta la cama. La depositó ahí con delicadeza y miró a su alrededor.

—No voy a acostarme contigo —gruñó indignada, sentándose en la cama.

Él la miró sonriendo por primera vez desde que habían llegado a su casa.

—¿Y qué te hace pensar que yo quiero acostarme contigo, pelirroja? —preguntó burlón.

—¿No quieres? —cuestionó en automático, más sorprendida que molesta.

Su sonrisa se amplió.

—Podría hacer un esfuerzo —dijo con una falsa expresión de cansancio.

—¡No te molestes por mí! —exclamó furiosa. Hizo ademán de levantarse, pero Aidan llegó hasta ella y la obligó a tumbarse de nuevo. Le sujetó los brazos a los lados del cuerpo y dejó caer parte del peso de su tronco sobre ella, inmovilizándola—. Suéltame —ordenó, con la rabia a flor de piel.

Él soltó una carcajada.

—Mira que tienes mal genio —rio. La miró con dulzura y suavizó su tono—. No vamos a hacer nada más que dormir, pelirroja —explicó con dulzura—. Ha sido un día complicado para todos. Solo quiero dormir aquí contigo, nada más.

Luchó contra la sensación de calor que se extendía desde su pecho hasta su vientre. Contra el hechizo de ese par de increíbles ojos azules que estudiaban su cara como si quisieran aprenderse cada uno de sus rasgos.

—¿Nada más? —preguntó por fin. Había esperado pronunciar la frase en tono desconfiado, pero incluso en sus oídos sonó más como decepción que como crítica.

Él volvió a reírse.

—Primero dormir. Después, ya veremos —respondió con un guiño pícaro—. Pero para eso necesito que me digas dónde está tu camisón.

Tardó unos segundos en responder. Sus hormonas habían atrapado al vuelo la frase «ya veremos» y canturreaban excitadas por cada parte de su cerebro. Al ver que él seguía mirándola como si esperara una respuesta, parpadeó e intentó rebobinar la conversación.

—¿Mi camisón? —balbuceó, confusa.

—Tu camisón, tu pijama... Lo que quiera que uses para dormir —enumeró impaciente—. Pelirroja, presumo de tener un buen autocontrol, pero tardaría dos segundos en mandarlo al carajo si me tumbo en esta cama contigo desnuda a mi lado —explicó con un brillo malicioso en los ojos.

—¿Dos segundos? —inquirió su libido con coquetería antes de que ella tuviera tiempo de imponerse.

—Menos aún —susurró él.

Se inclinó sobre ella y le regaló uno de esos fantásticos besos suyos, que le desconectó el cerebro por un momento. Este hombre sí que sabía besar. Podría escribir un ensayo, publicar un tratado sobre el tema y hasta dar clases magistrales. Muchos hombres besaban como si solo fuera un trámite que cumplir antes de llegar a la auténtica diversión. Él no. Él besaba con una paciencia infinita, disfrutando del beso, saboreando cada instante como si todo el tiempo del mundo fuera suyo para conocer y cartografiar cada recodo de su boca. Claro que eso podía ser porque había tenido muchas ocasiones para practicar, ¿no?

Esa frase probablemente la habría llevado a la realidad en caída libre, de no ser porque él se apartó en ese instante y la miró con algo muy parecido al agobio.

—¿Qué pasa? —preguntó inquieta.

—Es mejor que me digas dónde está tu camisón, *a'ghrá*, porque me he prometido

ser bueno y esto no me lo está poniendo fácil —dijo en un murmullo enronquecido por el deseo. Se levantó y miró a su alrededor, de nuevo con fingida desesperación.

Soltó una risita.

—En el primer cajón de la cómoda hay un par de camisetas —dijo. Y entonces el duende travieso de su interior decidió acabar la frase por ella—. Acércame una, si quieres, aunque yo siempre duermo desnuda, la verdad.

Aidan, que ya había echado a andar hacia la cómoda, se volvió hacia ella a la velocidad del rayo.

—Juegas con fuego, mujer —advirtió con un gruñido teatral.

—La camiseta, O’Cleary —rio ella.

Aidan se despertó cuando una luz de la intensidad de una estrella supernova fue a caer con saña sobre sus ojos, atravesó la cortina de sus párpados y se clavó con absoluta precisión en su cerebro, perforando el hueso del cráneo hasta llegar al centro de proceso de datos. Masculló un par de maldiciones que incluso Niall encontraría aceptables e hizo un primer y desesperado intento de volver a la realidad.

Fracasó.

La luz era irritante, pero el calor de las mantas y del cuerpo de la pelirroja sobre el suyo ayudaban a mantenerlo en un agradable sopor que no incitaba en absoluto a desperezarse. Y menos si tenía en cuenta la infernal noche que había pasado por culpa de su estúpida decisión de dejarle un poco de tiempo para que pensara en todo lo que le había ocurrido.

En su momento, le había parecido una idea muy madura, muy sensata, de la que casi se había sentido orgulloso, pero, cuando se había metido en la cama con ella, había empezado a lamentarla al instante. Diana se había acurrucado contra él, había apoyado la cabeza sobre su pecho y había entrelazado una pierna sobre las suyas para, acto seguido, rendirse a un agotamiento más que disculpable, sobre todo si se tenía en cuenta todo lo que había tenido que enfrentar esa noche.

A él le había costado un universo, varios mundos y un par de estrellas muy, muy lejanas conciliar el sueño, mientras en su cabeza se debatía esa recién encontrada parte sensata que le decía que lo que ella necesitaba era apoyo y algo a lo que aferrarse para sentir que el mundo todavía era un lugar estable en el que se podía vivir. Pero la otra parte de él, la que hasta ese momento siempre había ganado la partida y le pedía a gritos que se dejara de *moñeces*, le arrancara esa camiseta horrorosa, diecisiete tallas más grande de lo que debería llevar, y le hiciera el am...

Sus ojos se abrieron de par en par, por decisión propia, en un intento desesperado de frenar su discurso mental.

La luz hirió sus pupilas, que chillaron aterrorizadas y cerraron las cortinas de sus párpados a toda prisa para tratar de detener la injustificada agresión solar. Unos segundos después, y tras varios parpadeos que desperezaron sus lagrimales, sus ojos consiguieron su objetivo; se abrieron en una mueca de terror bastante acorde con el resto de su expresión y con el latido desacompañado de su corazón.

«¿Qué ibas a decir, O’Cleary?».

Había estado a punto de usar *La Expresión*.

Niall se habría reído a carcajadas de él solo por haber pensado siquiera en pronunciarla.

Demonios, hasta él mismo se habría reído si le hubieran dicho, veinticuatro horas antes, que *eso* iba a formar parte de sus pensamientos.

En ese momento no le hacía ni la más puñetera gracia.

Su vida era, en el mejor de los casos, poco convencional. En el peor, caótica, confusa y muy peligrosa. Y en esa vida las mujeres siempre habían tenido un papel de catarsis y pura diversión. Algo importante pero intermitente. Cuando algo semejante a un sentimiento amenazaba con aparecer en su relación con ellas, él desaparecía en dirección contraria en menos tiempo del que se tardaba en decir «ha sido divertido, cariño, te echaré de menos».

Oh, adoraba a las mujeres, sin duda. Adoraba su forma de moverse, el sabor de su piel, su olor, su tacto. Adoraba sus risas, sus voces, su forma de pensar, incluso cuando eran insoportablemente irracionales, complicadas y cercanas a la neurosis. Adoraba sus cuerpos; debajo del suyo, encima del suyo, delante del suyo o en cualquier otra postura imaginable que pudiera complacerlos a ambos. Adoraba el sexo. Lo que no era una gran cosa para decir, claro. ¿Qué ejemplar del género masculino joven y sano no adoraba el sexo? Pero él lo adoraba *de verdad*. Como el exorcismo definitivo, como el modo más grato y seguro de volver a colocar el mundo sobre su eje.

Disfrutaba hasta la médula dando y recibiendo placer, gozando del cuerpo de sus compañeras y regodeándose cuando ellas gozaban del suyo. Sin tonterías, sin complicaciones, sin sentimientos de por medio que siempre lo complicaban todo.

Él se acostaba con sus chicas. A veces follaban, o echaban un polvo, o pasaban un buen rato. Sudaban juntos, se divertían, deshacían la cama y hundían los muelles de los sofás y los colchones.

Pero nunca, nunca, jamás de los jamases, hacían el... *Eso*.

Por la Diosa, si hasta la expresión era fea de narices.

Y ahora había estado a punto de pensarlo, como un adolescente estúpido colgado de su primera chica.

«¿En qué cojones estabas pensando, chaval?».

Solo el saber que *la palabra* había estado ahí, en algún lugar de su mente campando a sus anchas, le provocaba un miedo primario, atávico, incontenible.

Uno empezaba a pensar en el sexo con una chica metiendo *esa* palabra de por medio y las cosas se complicaban hasta un nivel que ni siquiera se atrevía a mirar de reojo. Cuando *la palabra* se colaba en una relación, las mujeres dejaban de ser algo divertido e intercambiable, para convertirse en... bueno, en diferentes. Y cuando un tipo empezaba a pensar *de verdad* que una mujer era distinta a otra, estaba perdido sin remedio. Dejaba de lado la diversión y caía de lleno en un mundo repleto de responsabilidades, de reglas confusas que cambiaban según el ánimo de la mujer en cuestión, de dolores de cabeza, de conversaciones sobre el futuro e insinuaciones veladas acerca de la siguiente generación.

No había sitio en una vida como la suya para esas cosas. Ni lo quería, ni le interesaba ni maldita la falta que le hacía.

De pronto, el agradable calor del cuerpo de Diana se convirtió en sofocante; el

ligero peso de su cuerpo sobre el suyo, en una losa de doce toneladas, y la caricia de su aliento sobre su pecho, en un estropajo de acero.

Así que hizo lo único que podía hacer: levantarse y salir de la cama lo más rápido posible. Pero con cuidado de no despertarla, claro, porque si se despertaba tendría que enfrentarse a ella y a todas las expectativas que pudiera estar concibiendo y que él no estaba dispuesto a alentar. Quedaba muchísimo trabajo por hacer antes de *Imbolc* y no podía perder el tiempo con tonterías sentimentales que, al fin y al cabo, nunca habían ido con él.

«Solo es una mujer, O’Cleary. Una mujer guapa, como tantas —se dijo para serenarse—. Y tú estabas medio dormido, tampoco es para tanto. No dramatices».

Cierto. No iba a dramatizar a esas alturas por un lapsus sin consecuencias, ¿verdad? Por suerte no lo había dicho en voz alta, porque sabía muy bien que las mujeres tenían la condenada manía de analizar cada pequeño matiz y cada maldita palabra de una conversación, el tono en el que se habían pronunciado y las pausas entre ellas. Una mujer podía escribir una tesis doctoral con una frase tan simple como «¿te apetece cenar esta noche?», y más si sus amigas la ayudaban a diseccionarla. Así que, más que agobiado por su resbalón, debía agradecer que se hubiera mantenido en el interior de su cráneo y no se le hubiera escapado delante de ella.

Y seguro que solo había aparecido en su cabeza porque se había sentido muy protector con la chica después de todo lo que le había pasado. Nada más. Al fin y al cabo eso era parte de lo que hacía, ¿no? Proteger a la gente y todas esas tonterías. Eso tenía que ser, instinto de protección. Nada más y nada menos. Eso y que la chica estaba rica, claro, y un cerebro no procesaba igual con la mitad de la sangre habitual.

Satisfecho con su análisis, echó una última ojeada a la cama antes de darse una buena ducha que le despejara la mente. Ella seguía durmiendo, abrazada a la almohada como antes había estado abrazada a él, con los labios entreabiertos, el pelo desordenado alrededor de su cara de muñeca y las mantas a la altura de sus fantásticas caderas.

Decidió que, por precaución, la ducha iba a ser mejor fría.

El sonido del agua de la ducha arrancó a Diana de las garras de un sueño inquieto, en el que las pesadillas revoloteaban intentando encontrar un lugar en el que posarse para torturarla. Se removió incómoda, sin abrir los ojos todavía, y su cerebro se lanzó a darle el oportuno informe de situación, haciendo especial hincapié en un par de asuntos que merecían su inmediata atención.

Primero: su columna vertebral se había tomado unas vacaciones indefinidas y en su lugar había dejado una ficha de Tetris. Esperaba regresar antes del verano, pero, si no era así, su baja podía considerarse definitiva.

Segundo: su brazo derecho seguía dormido y al parecer no tenía la más mínima intención de despertarse en los próximos minutos.

Tercero: el adicto en su interior pedía a gritos una taza de café y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para conseguirla.

Cuarto: necesitaba usar el baño con urgencia.

Abrió los ojos y maldijo en voz alta a su adicto interior y a las necesidades de su cuerpo. Y como Aidan debía de estar en la ducha y ni de broma iba a entrar mientras él la estuviera utilizando, decidió levantarse e ir a la cocina a preparar el café, porque el sonido del agua estaba empeorando de forma insoportable el problema señalado en el punto cuarto de su recuento de bajas mental.

Más que bajarse, se arrastró fuera de la cama, con varios interesantes crujidos y gruñidos acompañando el rechinar de los muelles de su colchón. Correteó descalza hasta la cocina y preparó una cafetera con una rapidez que solo podía venir de la mano de la larga, larguísima experiencia de una auténtica adicta a la cafeína.

Mientras el mejor, más moderno y más completo electrodoméstico que tenía en toda la casa hacía su trabajo con una eficiencia que nunca dejaría de sorprenderla y entusiasmarla, su mente vagó sin ataduras por los recuerdos de la noche anterior mientras rezaba para poder observarlos con frialdad clínica y no con el torbellino de emociones que la estaba acosando desde que los chicos, y Aidan en concreto, habían llegado al pueblo.

Se apoyó contra la encimera de la diminuta cocinita americana y cruzó los brazos sobre el pecho, con uno de sus tobillos sobre el otro.

«Vamos a ver, ¿por dónde empezar a masticar todo esto?».

Difícil decisión. Tenía demasiada información dándole vueltas en la cabeza, y la organización y el método nunca se habían contado entre sus virtudes. Aun así, se esforzó por encontrar el principio del hilo mental, que sujetaba con puntadas más bien precarias los recuerdos de la charla, para poder seguir desde ahí.

La magia era real y todos los seres mitológicos de los que había oído hablar a lo largo de su vida, e incluso alguno del que no tenía noticias, tenían muchas

posibilidades de existir. No quería creérselo, pero había tenido suficientes pruebas como para abrir los ojos y aceptarlo. No lo entendía, pero tampoco entendía cómo diablos funcionaba el microondas y eso no le impedía usarlo, ¿verdad?

Bien, primer paso completado. Partiendo de esa hipótesis de trabajo todo debería ser mucho más fácil.

La cafetera terminó en ese momento de servir una taza de humeante y cremoso *capuccino*. Decidió premiarse por su salto de fe y echó en el glorioso brebaje tres cucharadas de azúcar bien repletas antes de llevárselo a los labios con un suspiro satisfecho. El primer sorbo alejó los últimos rastros del sueño, acarició sus papilas gustativas y descendió hasta su estómago vacío como maná caído del cielo. ¿Cómo no creer en la magia cuando había pociones tan fantásticas como esa? Un puñado de granos tostados y molidos, un poco de agua hirviendo, leche caliente y *voilà*, magia en estado puro concentrada en una taza.

Más animada que dos minutos antes, se obligó a centrarse en la parte más incómoda; el hecho de que una de esas criaturas la estuviera buscando precisamente a ella y a sus amigas para quién sabía qué extraño ritual, que podía terminar con el mundo tal y como lo conocían hecho un trapo para limpiar el polvo. Y de paso con ellas, lo que de un modo egoísta le preocupaba muchísimo más.

Aidan le había dicho que no debía preocuparse, que podían protegerla; que podían detenerlo y que fuera de las fechas señaladas ese ser no era lo bastante fuerte como para dañarla de verdad.

Y confiaba en él, porque, si no lo hiciera, no podría seguir adelante. Porque con su mundo alterado hasta la más profunda de las raíces que lo alimentaban y lo mantenían en pie, necesitaba seguir creyendo en algo. Al menos, aunque solo fuera en eso, en que iba a salir viva de todo aquello. Y si para hacerlo tenía que creer en Aidan y sus amigos ciegamente, pues lo haría, porque no había mucho más que pudiera hacer.

Acabó el *capuccino* de un trago y dejó la taza en el lavavajillas en un gesto automático, que muy rara vez incluía el acordarse de poner a funcionar el electrodoméstico en cuestión hasta que ya no tenía ni una maldita pieza de loza para usar.

Aidan...

Pensar en él atrajo una sonrisa inconsciente a sus labios y un aleteo de lo más cursi a su estómago.

Todavía no acababa de creerse que, en apenas unos días, el tipo hubiera sido capaz de derrumbar todas las defensas que con tanta meticulosidad había construido en los últimos tiempos y que se hubiera colado bajo su piel —y bajo sus bragas— casi sin esfuerzo.

Pero no iba a quejarse, ¿verdad? No, ni de broma. No solo porque había pasado una noche de sexo alucinante con un tío que parecía salido de la portada de una novela romántica —y que se defendía en el asunto como uno de sus protagonistas,

algo que hasta ese momento había juzgado como una más que generosa «licencia poética»—, sino porque todo parecía indicar que entre ellos estaba surgiendo algo más que ese sexo que cortaba el aliento, lo aliñaba y lo servía en la vajilla de lujo de la abuela. La noche anterior había sido tan considerado, tan dulce, sin abandonar sin embargo ese toque pícaro que siempre le calentaba las entrañas...

Y es que un tío que solo quiere acostarse contigo no se acuesta contigo solo para dormir, ¿verdad?

Nah, ni en broma.

Escuchó por fin cómo se abría la puerta del baño y, poco después, la tentación en persona entraba en el salón en una magnífica exhibición de músculos, piel morena y sexualidad animal. Sus hormonas jadearon, aplaudieron y alguna incluso llegó a desmayarse al echar un rápido vistazo a la escueta toalla que rodeaba sus caderas. Bendijo el día en que había comprado esas toallas en el mercadillo por cuatro perras, contradiciendo todos los días anteriores en los que las había maldecido porque tenían el tamaño de un pañuelo no demasiado grande.

El deseo se aferró a su vientre y descendió en picado como una garra que...

Un momento. ¿Deseo? Sí, vale, también. Pero antes...

—Buenos días hay café en la cafetera —balbuceó, apartándolo para poder entrar en el baño que acababa de dejar libre.

Después de solucionar el acuciante problema señalado en el punto cuatro del parte de bajas matutino, dedicó unos cuantos minutos a darse una rapidísima ducha, que habría hecho las delicias de los ahorradores compulsivos de agua, arregló un poco el desastre en el que se había convertido su pelo y alejó el mal aliento con un par de toneladas de pasta de dientes con sabor a menta.

Contempló su reflejo en el espejo, se dio por satisfecha y perdió unos segundos más intentando decidir si salir desnuda era una insinuación demasiado obvia o si salir vestida podría hacer desistir a Aidan de algún plan interesante.

Al final optó por volver a ponerse la camiseta que, aunque no era la prenda más favorecedora de su armario, ofrecía el balance justo entre la pornografía y la mojigatería. Se puso en la cara su mejor sonrisa y salió hacia el salón, donde la esperaba la primera decepción de la mañana.

Aidan estaba sirviéndose un café de espaldas a ella, vestido de la cabeza a los pies.

Mierda.

La segunda decepción vino de la mano de la sonrisa distraída que le dirigió al volverse. No era una de esas sonrisas que un hombre dedica a la mujer a la que tiene pensado arrancarle la ropa en los próximos minutos. Era más cortés que cálida, más indiferente que invitadora.

«Bueno, calma», se ordenó. La charla de la mañana siguiente siempre era un camino de espinas incómodas y, si bien en teoría esa charla deberían haberla mantenido el día anterior, todo el terrorífico asunto de su ataque y la cena y

sobremesa posteriores, destinadas a acabar con su cordura, lo habían retrasado todo.

No iba a permitir que su manía de verlo todo desde el lado negativo le arruinara el absurdo buen humor con el que se había despertado, a pesar de todo lo que sabía que se le venía encima, y que todavía no alcanzaba a comprender en toda su surrealista magnitud. No iba a dejar que todas sus habituales paranoias le arruinaran lo que quiera que estuviera surgiendo entre ellos. No esta vez.

Así que recompuso la sonrisa que había empezado a marchitarse en su cara y se acercó a él.

—Buenos días —saludó con lo que esperaba que fuera la dosis justa de coquetería y tono de mujer de mundo.

—Buenos días, pelirroja —respondió él con esa misma odiosa sonrisa cauta. Sacó el café de la cafetera y le dio un largo trago. «Sin azúcar», observó Diana—. ¿Ya has desayunado?

—Sí. Bueno, no —se corrigió—. Quiero decir... —Inspiró para serenar los nervios que esa expresión indiferente le estaba provocando a la altura del estómago y se encogió de hombros—. Nunca desayuno, pero ya tomé un café y eso. —Él asintió sin hacer ningún comentario y, durante un incómodo instante, se quedaron ahí, sin más, mirándose el uno al otro como perfectos extraños.

El móvil acabó con el momento embarazoso, canturreando *When a man loves a woman*; el tono de Marta.

Siguió el sonido de la familiar musiquita, interpretada con una afinación que podría clasificarse sin reparos como «novedosa», hasta dar con su bolso, enterrado en el sofá bajo una montaña de cojines. Después de rebuscar por unos instantes en las profundidades del agujero interdimensional que era su mochila, localizó el aparato y pulsó el dibujito del teléfono verde sin girarse para mirar a Aidan.

—¿Sí? Dime —«Dime. Dime lo que sea, pero no me obligues a mirarlo. Ahora no».

—¿Cómo estás? —preguntó Marta.

—Bien, bien —mintió en un tono apresurado, que sabía que su amiga captaría sin problemas, tal y como demostró el pequeño silencio que se hizo al otro lado de la línea.

—¿Está ahí Aidan? —preguntó Marta, maliciosa—. ¿Interrumpo?

—Sí. Y no —añadió en un gruñido.

—Vaya —se resignó su amiga—. Bueno, pues casi mejor. —La oyó inspirar a través del auricular—. Me ha llamado Laura.

—¿En serio? —exclamó sin poder reprimirse.

Vio por el rabillo del ojo cómo Aidan, probablemente acicateado por su tono entre sorprendido y enojado, rodeaba la barra que separaba la cocina del salón y se aproximaba a ella. Intentó no envararse al sentir su ya familiar presencia a la espalda. Y fracasó de forma miserable cuando él posó la mano sobre su hombro y la hizo volverse hacia él, enarcando las cejas en una muda pregunta. Ella alzó la mano, en un

gesto que lo mismo podía querer decir «no tiene importancia» que «luego, luego», y él se apartó al instante. Sintió un escalofrío, como una especie de mal presentimiento que aparcó para poder concentrarse en la voz de su amiga que, ajena a su debate interior, seguía parlotando sin cesar.

—... dije que daba igual. Ella es así, ¿no? No es como si a estas alturas... —Se detuvo, como si acabara de darse cuenta de que no intervenía para nada en la conversación—. ¿Me estás escuchando? —preguntó Marta con tono suspicaz.

—Claro —mintió Diana una vez más, con total descaro—. Y no, no vamos a enfadarnos porque sea ella misma a estas alturas —confirmó, esperando que fuera la respuesta correcta.

—Pues lo que yo decía —apostilló Marta, satisfecha—. El caso es que el funeral es dentro de media hora y he quedado ahí con ella, así podemos hablar. —Dudó un segundo—. Pero si tienes otros planes...

—No, para nada —respondió su análisis subliminal de la conducta de Aidan por ella—. Nos vemos ahí, claro.

—Vale —aprobó—. Pero no te entretengas, ¿eh? —añadió con picardía.

—Va a ser que no —murmuró antes de colgar. Se volvió hacia Aidan, que esperaba a pocos pasos de la puerta como si no pudiera esperar para atravesarla—. Era Marta —informó—. El funeral de Nenita es dentro de media hora. Hemos quedado ahí, con Laura.

—Estupendo, yo te llevo. —Terminó su café de un sorbo, volvió a acercarse a la cocina para dejarlo sobre la encimera y al pasar junto a ella se inclinó para darle un fugaz beso en la mejilla, que más que placer le causó un agudo dolor en la caja torácica—. Vístete mientras bajo y hago un par de llamadas, ¿vale? Te espero junto al coche —anunció antes de salir.

El golpe de la puerta al cerrarse dio el contrapunto perfecto al crujido de su corazón al encogersele en el pecho hasta alcanzar el tamaño de una nuez.

«Idiota. Imbécil. Estúpido».

El *Quat roporte* de Aidan devoraba los kilómetros con el habitual y tranquilizador rugido de su potente motor, alejándolo del pueblo por la única carretera medianamente decente que había conseguido encontrar en los alrededores.

«Gilipollas», se maldijo, aumentando el tono de sus recriminaciones mentales.

Cambió los pies sobre los pedales, metió una marcha más y el coche se lanzó a toda pastilla por la carretera desierta.

Después de dejar a la chica con sus amigas y escaparse a toda prisa, alegando que tenía varias cosas que hacer y que los funerales le daban muy mal rollo, se había subido al Maserati y había sentido la imperiosa necesidad de quemar un poco de adrenalina conduciendo a toda velocidad por cualquier carretera cercana. Conducir siempre lo relajaba. Mantener estable y controlado ese motor, que se debatía por acelerar y revolverse como un animal salvaje, ocupaba su mente y espantaba sus demonios con casi tanta efectividad como una buena noche de sex...

«Mierda».

No, ni en broma. No iba a pensar en el sexo porque hacerlo lo llevaría a pensar en la pelirroja. Y pensar en ella, y en su cara decepcionada, molesta y triste a partes iguales cuando la había dejado plantada en el funeral, era justo lo que había intentado evitar al subirse al coche.

«Saliste corriendo como un cobarde, O’Cleary».

Embrague. Cambio de marchas. Acelerador. Frenar, embragar, reducir, derrapar, acelerar.

«¿Desde cuándo te escapas de una mujer?».

Embragar. Cambiar de marcha. Acelerar. Acelerar *más*.

«Le dijiste: “Nos vemos, pelirroja”. “Nos vemos”, O’Cleary, por la Diosa».

Frenar.

Con un volantazo furioso detuvo el coche en el arcén y golpeó el volante en un fútil intento de acallar sus voces mentales.

¡Sí, vale! Se había portado como un capullo, lo reconocía. Pero ya estaba. Ya no había forma de volver atrás. Y maldecirse una y otra vez por ello no solo no le iba a servir de nada, sino que le estaba apartando la mente de todos los asuntos en los que en realidad tenía que concentrarse. Y como, al parecer, conducir no estaba ayudándolo a liberar la cabeza, como solía suceder, decidió que lo más práctico era ponerse manos a la obra con el trabajo antes de que le diera por hacer algo tan estúpido como comprar unas flores o unos bombones y plantarse delante de la puerta de Diana reconociendo que era un perfecto idiota. Se recostó sobre el respaldo y pulsó el botón del manos libres en el volante.

—Llamar Niall —ordenó con brusquedad.

—¿Ha dicho llamar Nuria? —inquirió muy educado el sangriento aparato de las narices.

—No.

—¿Ha dicho llamar Nadja? —ofreció a cambio la voz metálica.

—No —se impacientó.

—¿Ha dicho llamar Mary. Janice. London. McCarthy? —sugirió el teléfono en lo que parecía un intento desesperado por complacer.

—¡Joder, no! —exclamó él cuando se sobrepuso a la sorpresa.

—Lo siento —se disculpó el manos libres sin inmutarse—. No le he entendido. Por favor. Diga un nombre o un comando —ordenó con lo que a él se le antojó una impaciencia insultante.

—Llamar Niall —repitió despacio, con la pronunciación más clara que pudo conseguir.

—¿Ha dicho llamar Diana?

Agarró furioso el móvil, desconectó el altavoz y rebuscó en la agenda, maldiciendo contra la tecnología, las voces pregrabadas, los ingenieros informáticos en general y los que se empeñaban en recordarle el motivo de su mal humor en particular. Encontró el número de Niall y pulsó la opción de llamada.

Su amigo respondió casi antes de que llegara a sonar el primer tono completo.

—¿Estás en el funeral? —preguntó sin molestarse en saludar.

—No —respondió Aidan con un suspiro. Su amigo odiaba los móviles, los ordenadores, los reproductores de DVD y en general cualquier cosa que llevara un chip. Sus conversaciones telefónicas siempre eran breves, irritadas y directas al grano.

—Pues ven a casa —sugirió Niall. En fin, más bien ordenó.

—Vale. Pero, oye, antes voy a pasar por...

El «tut-tut» que anunciaba que la línea había sido desconectada interrumpió su explicación.

Molesto con la actitud de Niall —a pesar de que ya se la esperaba—, consigo mismo —algo que no le pasaba muy a menudo— y con el universo en general, puso de nuevo en marcha el coche, hizo un rápido giro en U y se dirigió derecho al pueblo, donde tuvo que esperar a que terminara el funeral para poder comprar unas cuantas cosas con las que improvisar unos bocadillos y más cerveza. Después de valorar por un segundo el tamaño de sus compras y el espacio de su maletero, añadió mucha más cerveza. Y, por fin, muchísima más cerveza. Satisfecho con los niveles alcohólicos de su compra, y esquivando con decisión el estante en el que se apiñaban discretamente los condones, cargó todos los bultos en el coche y miró el reloj.

Genial, había conseguido perder casi dos horas. Niall estaría subiéndose por las paredes y preparado para discutir, lo que le venía de maravilla. Ya que no había conseguido poner a raya su mal humor conduciendo como un salvaje, tendría que

conformarse con una buena pelea a gritos. El día mejoraba por momentos.

Volvió a entrar en el coche y condujo hacia el pazo lo más rápido que le permitían los estrechos caminitos de tierra, ansioso por deshacerse por fin de parte de esa rabia absurda que llevaba corroyéndole las entrañas desde el mismo momento en que se había levantado.

Derrapó por la entrada principal y se sorprendió al no encontrar a Niall esperándolo con los brazos en jarras y protestando hasta por el precio del pan. Se encogió de hombros mentalmente. Lo más probable era que el muy imbécil sospechara que había pasado por el pueblo a comprar y se hubiera quedado dentro para no ayudarlo a descargar las cajas. Pues mejor. Así tendrían algo más por lo que discutir.

Abrió el maletero, sacó uno de los *packs* de cerveza y, después de un par de complicados equilibrios para encontrar la llave y meterla en la cerradura, entró en la casa.

—¡Niall! —llamó a gritos—. ¿Dónde cojones estás?

—En la cocina —respondió este de buen humor.

Ah, bien. Así que no estaba cabreado por el retraso. Ni porque hubiera pasado toda la noche fuera, saltándose la reunión que deberían de haber tenido después de hablar con las chicas. Bueno, pues daba lo mismo. Aidan estaba lo bastante cabreado por los dos. Atravesó el vestíbulo en un par de largas zancadas, entró en la cocina mientras empezaba a pronunciar una maldición bastante creativa... y se detuvo en seco al ver a las dos fantasmas sentadas en la encimera, tan tranquilas y tan felices, llenando el aire con sus risitas infantiles y mirando a Niall como si fuera la reencarnación de algún dios especialmente adorable.

—Pero qué... —tartamudeó, estupefacto.

Su amigo se volvió hacia él, sonriendo de oreja a oreja, pero con un brillo malicioso en los ojos que Aidan conocía demasiado bien.

—Aidan, tienes que ver esto —anunció con aire histriónico—. ¡Estas niñas nos van a hacer ricos!

—Tenemos oro en las orejas —rio una de las gemelas del infierno. Violeta o Margarita, a saber. Cuando ninguna intentaba abalanzarse sobre él era imposible distinguirlas.

Oliéndose por dónde iba todo el asunto, Aidan dejó las cervezas en el suelo y le envió una mirada asesina al *sídhe* que este ignoró por completo.

—Oro, ¿eh? —masculló.

—¿No te lo crees? —preguntó con esa maldita sonrisilla torcida que siempre, sin excepción, significaba que estaba a punto de hacer algo irritante, molesto o definitivamente peligroso—. Mira, mira. —Llevó la mano tras la oreja de una de las gemelas con un gesto teatral y él sintió el familiar tirón en las entrañas que le advertía de que alguien estaba usando magia a su alrededor. Un segundo después, el muy imbécil ponía delante de sus narices una moneda dorada del tamaño de un *donut*—.

¿A que es alucinante? —preguntó enarcando las cejas en un gesto provocador. Tras él, las gemelas aplaudieron entusiasmadas.

—Alucinante, sí —dijo entre dientes—. ¿Podemos hablar un momentito, si no es mucha molestia? —preguntó, intentando reprimir la furia en su voz.

Niall amplió su sonrisa, lo que la hizo todavía más maliciosa, si es que tal cosa era posible, y se volvió hacia las fantasmas.

—Ya lo habéis oído. Se acabó por hoy —dijo, risueño. Las crías gimotearon, revolotearon a su alrededor y protestaron durante lo que pareció una eternidad, hasta que Niall alzó las manos para ordenarles que se detuvieran. Para su sorpresa, las fantasmas dejaron de volar por toda la cocina y se pararon frente a ellos con cara de no haber roto un plato en su vida—. Muy bien —aprobó Niall—. Ahora id a jugar por ahí, ¿de acuerdo?

—¿Nos harás más trucos luego? —preguntó la que debía de ser Violeta, a juzgar por el tono tímido de su voz.

—Si tengo tiempo, sí —aceptó su amigo, subiendo un par de grados en la escala de su cabreo—. Si no, pues mañana, ¿de acuerdo? —Las crías palmotearon entusiasmadas.

—¿Podemos darte un beso? —preguntó la otra, agitándose nerviosa.

—Claro que sí. —Niall se acuclilló frente a las crías y dejó que le llenaran las mejillas de besos pegajosos. Cuando le pareció suficiente, se puso en pie—. Vale, ahora marchaos —ordenó.

Las fantasmas se fueron dejando tras de sí una explosión de luz y de risitas histéricas y él aprovechó para dar rienda suelta a toda la mala leche que llevaba acumulada.

—¿Magia? —gritó, encarándolo—. ¿Te has puesto a hacer magia, así, sin más, para entretener a unas fantasmas? —preguntó estupefacto.

Su amigo se encogió de hombros con indiferencia.

—Me aburría —dijo, como si eso lo explicara todo—. Tú no volvías y Roi lleva siglos acostado. Y ya te he dicho que yo las encuentro muy monas —añadió, sonriente.

Él comenzó a sentir cómo la sombra de un dolor de cabeza que podría pasar a los libros de historia empezaba a llamar con los nudillos en su lóbulo frontal. Se frotó los ojos y se pellizcó el puente de la nariz, valorando si debía intentar partir la cara ya al maldito bebé psicótico, o quizá lo disfrutaría más si lo retrasara un poco.

—A ver si lo he entendido... —empezó, sin molestarse esta vez en reprimir la rabia que inundaba su voz—. Como te aburrías, te has puesto a hacer un montón de conjuros estúpidos para distraer a un par de espectros, arriesgándote a atraer a cualquier criatura medianamente sensible a la magia que haya en... —Fingió considerarlo—. ¿Dos kilómetros a la redonda? —preguntó con voz aguda.

—No ha pasado nada, ¿no? Pues eso —replicó Niall con su lógica surrealista habitual—. Además, ya me conoces; no es buena idea dejarme solo cuando me aburro

—dijo en tono indiferente, esquivándolo para dirigirse al salón.

Él lo siguió echando chispas.

—Pero ¿tú cuántos años tienes? ¿Doce? —se indignó Aidan. Frente a él, su amigo se encogió de hombros y siguió andando sin mirar atrás hasta llegar al salón, donde se dejó caer en la butaca que Roi parecía haber elegido como su favorita. Y si lo conocía, aunque solo fuera un poco, y le constaba que era bastante más que solo un poco, era más que capaz de quedarse ahí hasta que Roi se despertara solo por tener la oportunidad de discutir también con él. De pronto, se sintió demasiado cansado para pelear. Se tiró sobre el sofá cuan largo era y se cubrió la cara con el brazo, resoplando —. Necesito una cerveza —gimió—. O una docena —se corrigió con desesperación.

—Si quieres puedo ir a buscarlas —se ofreció Niall en tono ligero—. Pero los dos sabemos que si empiezas a beber ahora estarás borracho perdido para cuando se levante Roi —comentó con la misma indiferencia—. Y así perderemos *otra* noche —añadió, esta vez mostrando ya su irritación.

—Tenía que quedarme con ella —murmuró hastiado.

En los cinco últimos minutos había perdido todas las ansias por discutir, y en ese momento lo único que le apetecía era que lo dejaran en paz para poder poner en orden sus pensamientos antes de que, como había dado a entender Niall, Roi se levantara muy, muy cabreado.

—Claro que sí —aceptó, conciliador—. Por supuesto, lo entiendo.

Aidan levantó el brazo y lo miró de reojo.

—¿Lo entiendes? —preguntó, suspicaz.

—Por supuesto —asintió, cruzando las manos sobre el vientre—. Cualquiera entendería que prefirieras pasar la noche follando con ese caramelito pelirrojo antes que discutiendo con Roi y conmigo el lío en el que estamos metidos hasta el cuello, *fiordhraoi* —explicó con una alegría muy mal fingida—. Al fin y al cabo, la responsabilidad está sobrevalorada, ¿verdad?

—¿Responsabilidad? —se indignó Aidan, incorporándose de un salto—. ¿Tú me hablas a mí de responsabilidad? ¿Tú?

—No fui yo quien se pasó la noche tirándos...

—¡Yo no me la estaba tirando, joder! —lo interrumpió, fuera de sí.

—Pues peor me lo pones —replicó Niall sin alterarse—. Al final va a ser cierto que te estás implicando demasiado... —Lo pensó un segundo—. Y mira que me jode tener que darle la razón a Roi... —añadió, pensativo.

—No tengo por qué aguantar todo esto —murmuró Aidan. Se puso en pie y lo miró furioso—. Me voy al bosque, a ver si encuentro algo que pueda ayudarnos. Di a Roi que me llame cuando se despierte —añadió, a modo de despedida.

—Déjale una nota, *deartháir* —replicó Niall en tono seco—. Yo voy contigo.

Aidan se dio la vuelta irritado, dispuesto a mandarlo a recolectar calabazas a Burkina Faso, pero, al ver una sombra de preocupación en su rostro bajo la habitual fachada indiferente, tiró del freno de su mal genio.

—Haz lo que te dé la puta gana —murmuró, y echó a andar hacia la puerta, con Niall pisándole los talones.

Asistir a un funeral era justo lo que Diana necesitaba para acabar de rematar una mañana *fabulosa*. De hecho, apenas podía pensar en nada más apropiado, en ningún otro lugar, circunstancia o evento social donde prefiriera estar en ese momento.

Salvo quizá en el corredor de la muerte, o en una cámara de tortura medieval.

Había confiado en que la actitud de Aidan fuera un producto de su imaginación, siempre influenciada por sus peores miedos y siempre dispuesta a dar por saco, pero él la había llevado junto a sus amigas y había tardado veintiocho segundos exactos en disculparse, alegando algún tipo de tarea impostergable, y desaparecer tan rápido que casi no le había dado tiempo a decir ni adiós.

Y como la inseguridad era una perra sin sentimientos, en lugar de cabrearse y pensar que era un imbécil, un inmaduro y que no merecía siquiera un segundo pensamiento de su parte, se había pasado gran parte de la homilía pensando qué diablos podía haber hecho o dicho para espantarlo de ese modo.

Patético.

Con un decidido esfuerzo mental se obligó a alejar la imagen de Aidan de su mente y a concentrarse en los familiares rituales de la misa. No se creía una maldita palabra, pero, al menos, mientras su cabeza se esforzaba en recordar cuándo había que sentarse, cuándo levantarse y cuándo arrodillarse con expresión piadosa, era más capaz de dejar de dar vueltas al caos en que se había convertido su vida en los últimos días.

Levantarse. Sentarse. Levantarse. Arrodillarse, sentarse, levantarse, rezar, arrodillarse.

Ninguno de los muchísimos profesores de aeróbic que había tenido a lo largo de los años la habían hecho esforzarse tanto. Y había tenido un montón de ellos. Para ser precisa, dos al año en los diez últimos años; uno por cada propósito de Año Nuevo, que conservaba desde el quince al treinta de enero, y otro antes de la operación biquini, que solía empezar a finales de mayo y duraba hasta el cuatro o el cinco de junio. Si se hubiera dado cuenta antes de que siendo una mujer creyente y piadosa, de las de misa diaria y confesión semanal, estaría más en forma que una actriz de Hollywood, se habría ahorrado una pasta en matrículas de gimnasio.

Volvió a levantarse con un suspiro y dejó que su vista vagara por la abigarrada multitud que se apiñaba como sardinas en lata en la pequeña capilla. Todo el pueblo, hasta el último de sus doscientos setenta y cuatro —no, ahora setenta y tres— habitantes, se había acercado a la iglesia para dar el último adiós a Nenita.

En otro lugar el cura quizá se habría negado a dar la misa y a enterrar a la suicida en terreno consagrado, pero don José había nacido y se había criado en Mancíneiras, y, a sus casi ochenta años, sabía de sobra que si se hubiera aferrado a las doctrinas de

su Iglesia en ese asunto, el pueblo entero se le habría echado encima como un solo hombre. Así que había mirado para otro lado. Como miraba para otro lado cada vez que bautizaba a un niño de siete kilos que había nacido como sietemesino el mes anterior, o como lo hacía cuando casaba a una pareja sin cursillos ni amonestaciones porque el novio iba a embarcar y había que darse prisa.

O, ya puestos, como había mirado para otro lado cuando ella se había ido a vivir con Marcos y había dejado bien clara su intención de no pasar por la vicaría. Eso no le había impedido aparecer cada tarde, sin falta, por el bar para jugar su partidita de mus y tomarse un orujo de hierbas mientras bromeaba con ella, con el propio Marcos y con cualquiera que se acercara a saludarlo.

Al contrario de lo que ocurría con la Evolución, en Manciñeiras el medio se adaptaba a las especies, en lugar de al contrario. Si la Iglesia quería sobrevivir, tenía que modificar sus rituales y mandamientos para que encajaran en la curiosa mentalidad práctica de sus habitantes, en vez de tratar de cambiarlos.

Un cura que se empeñara en cambiar sus costumbres tardaría menos de un día en salir del pueblo a toda la velocidad a la que pudieran llevarlo sus piernas, remangándose la sotana para poder correr en condiciones, y don José lo sabía a la perfección. Los mandatos de la Santa Madre Iglesia eran una cosa, pero dejar en la estacada al pobre viudo, añadiendo más dolor a su dolor, otra bien distinta. Y un auténtico pastor de almas, que cuidara y amara de verdad a su rebaño, nunca se atrevería a cometer semejante error.

Perdida en sus pensamientos, con el cuerpo recordando en automático cada uno de los gestos que tenía que hacer en cada momento preciso del ritual, apenas fue consciente de que la misa terminaba y la marea humana que se había congregado en la capilla la empujaba al exterior con más o menos impaciencia. Antes de que pudiera darse cuenta, estaba de nuevo en la calle, y, para mejorar un día de por sí ya perfecto, el tiempo había decidido ponerse en consonancia con el ánimo reinante; caían chuzos de punta. Llovían calderos, bidones, depósitos de agua, lagos y hasta océanos de grandes olas y espuma enfurecida.

El agua se precipitaba como una masa densa y pesada, en lugar de como gotas individuales, como si los cielos se hubieran abierto y dejaran caer todo su contenido, de golpe, sobre la abarrotada salida de la iglesia, el pueblo y sus alrededores.

—¡Yupi! —murmuró, haciendo oídos sordos a los habituales comentarios sobre lo buena que era la lluvia para los campos.

—Diana —la llamó Laura, que, perdida en mitad de la multitud con Marta a su lado, abría un paraguas inmenso sobre ellas—. Vamos, ven, que te vas a calar.

Suspiró y se dirigió hacia a sus amigas, planteándose por un momento si no sería buena idea esquivarlas y marcharse sola a su casa a maldecir al karma por lo mucho que la odiaba. Pero no lo hizo, claro. No lo hizo porque eran sus amigas, porque estaban las tres en el mismo barco y porque no había nada que pudiera hacer sola en su apartamento que no pudiera hacer frente a ellas; desde llorar y moquear hasta

enterrarse bajo una manta e ignorar al mundo, pasando por su opción favorita: maldecir y comer cantidades ingentes de helado de chocolate. Y fuera cual fuese su decisión, sus amigas estarían a su lado, apoyándola y ofreciéndole una indignación o una desesperación parejas a la suya.

Así que hizo de tripas corazón —una expresión que siempre había encontrado como muy *gore*, pero que en ese momento le parecía que encajaba como un guante, porque ya había llegado a la conclusión de que inflarse el estómago de chocolate para reparar su corazón era la mejor opción disponible— y se unió a ellas.

Y así, poco más de dos horas después de haber dejado su apartamento, estaba de vuelta en él con una compañía bien distinta y un estado de ánimo radicalmente opuesto.

Dejó a sus amigas instalarse a su gusto y se dirigió sin dudar al congelador, donde siempre tenía un par de litros de helado de chocolate para emergencias. Sacó la tarrina, rebuscó en los cajones hasta dar con las tenazas para servir helado y en las estanterías hasta localizar el sirope de caramelo y una taza, y se puso a servir una ración equivalente a la cantidad mínima recomendada para seis meses.

—¿Helado? ¿A las tres de la tarde? ¿Sin comer? —escuchó preguntar a Laura—. ¡Y con caramelo! —exclamó.

—Si le añades un barquillo, bajo a por una botella de tequila, advierto —comentó Marta, preocupada.

—No me quedan barquillos —gruñó, vertiendo una más que generosa cantidad de sirope de caramelo sobre su montaña de helado.

No necesitó volverse para saber que sus amigas estaban cruzando miradas preocupadas a sus espaldas e intentaban decidir, por señas, cuál sería la estrategia más eficaz que seguir con los pocos datos de los que disponían. Cerró la tarrina de helado, lo guardó en el congelador y dejó el resto de las cosas apiñadas sobre la encimera. Total, sabía, más allá de toda duda, que volvería a levantarse para rellenar el tazón. Solo entonces regresó al salón para dejarse caer despatarrada en el puf, que arrastró frente a sus amigas.

—¿Te pasa algo? —preguntó Laura a bocajarro.

—¿Que si me pasa algo? —preguntó con una carcajada carente de humor—. ¿Aparte de que nuestra vida se ha convertido en un Expediente X, quieres decir? —ironizó. Miró a Laura con los ojos entrecerrados al darse cuenta de que, justo ahí mismo, tenía la salida perfecta para no enfrentarse a lo que le había empeorado el humor antes de estar preparada—. Y, ya que hablamos de eso, ¿qué haces aquí? —espetó—. ¿Ya no crees que estemos de psiquiátrico?

Laura se encogió de hombros sin inmutarse. Por supuesto. El protocolo no escrito de su amistad indicaba con absoluta claridad que estaban obligadas a no tomarse en serio ningún exabrupto que cualquiera de ellas soltara sin más cuando estaba en plena crisis, bajo la asunción de que esa cortesía les sería devuelta cuando la crisis recayera sobre sus propios hombros.

—He decidido que, por el bien de nuestra amistad, lo más eficiente es actuar como si me creyera todas esas chorradas —explicó en tono práctico.

—Chorradas. Genial —masculló Marta.

Laura suspiró y se volvió hacia ella.

—Lo siento, es todo lo que tengo —dijo apesadumbrada—. No puedo creer en la magia, ni en las hadas, ni... —Agitó la mano frente a ella, intentando borrar la pizarra imaginaria en la que había escrito esas palabras tan poco propias de ella—. Y, bueno, no sé lo que habéis visto, pero estoy segura de que tiene una explicación racional. —Se encogió de hombros y bajó la voz—. Pero estoy dispuesta a aceptar la teoría de la magia hasta que sepamos qué ha pasado en realidad.

—No sé si eso me convence, Laura —replicó Marta con aire razonable—. Los chicos nos han dicho que tenemos que ayudarlos, y si tú no crees...

—Vamos, Marta, por favor —la interrumpió ella—. Tampoco creo en Dios y estaba ahí, en la iglesia, haciendo más ejercicio del que he hecho en los últimos dos años y fingiendo estar convencida de que Nenita está en un lugar mejor.

El silencio duró el escasísimo tiempo que Marta y Laura debieron de tardar en recordar que una amiga era una amiga y había que aceptarla con defectos y virtudes. Cruzaron una mirada de entendimiento, Diana volvió a concentrarse en su helado y Marta soltó una risita traviesa.

—Creo que tengo agujetas de tanto arrodillarme y levantarme —dijo la peluquera en un susurro confidencial, y se tapó la boca, asustada de su propia osadía.

—Y yo —sonrió Laura. Su mirada volvió a caer en Diana, que fingió no estar enterándose de nada—. Pero lo que de verdad me gustaría saber es qué clase de agujetas tiene Diana, y exactamente debidas a qué —añadió con malicia.

—¡Sí! —exclamó Marta, uniéndose a la fiesta—. Queremos saberlo todo, Diana. Cuéntanos.

—Y no te dejes los detalles escabrosos, por favor —concretó Laura—. De hecho... —Fingió considerarlo un segundo—. Deja de lado todo lo demás y pasa directamente a los detalles escabrosos. Podremos soportarlo, en serio, somos mujeres de mundo.

Diana se mantuvo en un obstinado silencio. Si las cosas hubieran sido de otro modo, ahora mismo se estaría lanzando a una detallada descripción de su noche con Aidan, disfrutando de las expresiones de encanto y sana envidia de sus amigas. Pero después de esa mañana lo único que le apetecía era olvidar todo el tema y, siguiendo la táctica de Laura, actuar como si nada hubiera ocurrido. Se metió en la boca otra cucharada de placebo en forma de helado hipercalórico y evitó las miradas expectantes de sus amigas.

Por fin, fue Marta quien rompió el silencio.

—Diana, ¿qué pasa? —preguntó preocupada.

—Nada —dijo sin más, porque si añadía una sola frase no estaba segura de si iba a ponerse a llorar, a gritar y a despotricar o a salir corriendo. O todas ellas juntas,

incluso.

—A mí no me parece que pase «nada» —insistió Laura—. Oye, si estás preocupada por lo que... —vaciló—. Por lo que está pasando, estoy segura de que saldremos adelante, Diana, siempre lo hacemos. Quiero decir...

—Claro —la interrumpió Marta—. Y los chicos han dicho que pueden protegernos, ¿verdad? Y nada nos impide buscar información por nuestra cuenta.

—En los libros de tu abuela —sugirió Laura.

—¡Justo! —se animó Marta—. Vamos, Diana —rogó con la desesperación goteando en su voz—. Saldremos de esta, ya lo verás...

—No es eso —masculló Diana por fin. Consiguió a duras penas escaparse del abrazo del puf, se incorporó y dejó la taza en la baja mesa de centro, frente a ella. Apoyó los codos en las rodillas y hundió la cara entre las manos. Sus amigas esperaron con actitud paciente a que se decidiera a hablar, como sabían que haría más tarde o más temprano—. Quiero decir —empezó, alzando la cabeza—, eso me preocupa, claro —explicó en tono apresurado—. No todos los días descubres que tu mundo no es lo que parece y que hay una especie de... —Buscó la palabra entre su aturullado diccionario mental—. ¿Monstruo? —ofreció, incapaz de localizar ningún sinónimo mejor. Sus amigas asintieron, aprobando el término—. Pues eso, una especie de monstruo intentando que lo ayudes a... —Soltó una carcajada amarga—. A dominar el mundo, o lo que sea.

—No es muy común, no —dejó caer Laura para instarla a continuar.

—No —reconoció—. Y sí, me preocupa. Y mucho. Pero no hay nada que pueda hacer sobre eso —concluyó—. Quiero decir...

—Te entiendo —intervino Marta—. Es como cuando un médico te dice que tienes una enfermedad seria; lo único que puedes hacer es mantenerte fuerte y optimista y dejar que los que entienden de ello hagan su trabajo —explicó.

Una comparación muy lógica, teniendo en cuenta que su madre había pasado por una de esas enfermedades hacía ya más de cinco años. Y muy deprimente, si pensabas que, a pesar de su fortaleza, de su optimismo y del impecable trabajo de los médicos, el cáncer se la había llevado en menos de seis meses. Pero como esa era una de las cosas etiquetadas como «no hablar de ello a menos que sea imprescindible», asintió sin más.

—Sí, algo así —concedió—. Supongo que tarde o temprano entenderemos en lo que estamos metidas, pero por ahora no nos queda más remedio que dejarnos llevar —añadió, resignada.

—Entonces, ¿por qué estás comiendo helado como si estuvieran a punto de acabarse las existencias mundiales? —preguntó Laura.

Por toda respuesta se encogió de hombros, recogió su taza de la mesa y se metió en la boca otra enorme cucharada de helado.

—Diana, vamos —la animó Marta—. Si sabes que vas a acabar contándonos todo...

—No hay nada que contar —se obstinó.

Usando uno de los trucos más conocidos y valorados del pueblo, Marta y Laura permanecieron en silencio, esperando a que ella se cansara y añadiera algo más. Pero mientras quedara helado en la nevera no les iba a funcionar. Ya tenía bastante con el martilleo de su conciencia repitiendo una y otra vez «te lo advertí», como para además poner en voz alta todas sus comeduras de tarro y someterlas al análisis detallado de sus amigas.

—Muy bien —dijo Laura por fin—. Pues no hables si no quieres. Ya hablamos Marta y yo, ¿verdad, Marta?

—Claro —sonrió esta al verse envuelta una vez más en el otro juego al que habían jugado mil veces entre ellas. Tras pensarlo un instante, se acomodó para dar comienzo al espectáculo, que consistía, en esencia, en hablar como si ella no estuviera delante hasta conseguir hacerla saltar—. Bueno, pues parece que Diana se ha liado con Aidan, ¿no?

—Pues sí —respondió Laura—. Porque ayer pasaron la noche juntos, ¿no? —Con la nariz metida en el tazón del helado, ella pudo ver por el rabillo del ojo cómo Marta asentía entusiasmada—. ¡Dos noches seguidas nada menos!

—Y él parece muy majo —suspiró la peluquera.

—Bueno... —fingió dudar la otra—. No sé si es majo, pero desde luego es su tipo. Ya sabes —comentó con aire irónico—. Con la típica sonrisita de chico malo y ese cuerpazo.

—Sí, siempre le han gustado los chicos malos. Así le va, claro...

—Pues sí. Pero igual esta vez es distinto, ¿no?

—No tiene por qué no serlo.

Ella miró su tazón vacío de helado, contempló a sus amigas, que, al percibir su atención, le devolvieron la mirada con sendas sonrisas expectantes, y estalló antes de poder recordar que se había prometido a sí misma no decir ni palabra.

—*O carallo vai ser distinto* —rumió.

Las sonrisas desaparecieron para dar lugar a las dos expresiones de conmiseración que ella llevaba intentando evitar desde el principio.

—Oh, Diana —suspiró Marta. Se levantó del sofá y se dejó caer en el suelo, junto a ella, apoyando las manos sobre sus muslos en un gesto de ánimo—. Lo siento —murmuró. Le apartó el pelo de la frente y le quitó el tazón de las manos para dejarlo una vez más encima de la mesa—. ¿No vas a contarnos qué ha pasado?

Todo el peso del torbellino de emociones que había conseguido mantener a raya durante los últimos dos días cayó sobre ella, inundándola como la lluvia seguía anegando las calles al otro lado de la ventana. Le faltó el aire e intentó respirar hondo, pero lo que escapó de sus labios fue un sollozo entrecortado. Su amiga volvió a suspirar y la estrechó entre sus brazos murmurando incoherentes palabras de ánimo.

—Mierda —maldijo Laura poniéndose en pie—. ¿Dónde guarda el alcohol, Marta?

—No, no quiero beber —gimoteó ella—. Todo esto empezó porque nos pusimos a beber como idiotas por culpa de un tío, ¿recordáis?

—Ahí vas a tener razón, mira —admitió Laura.

—Pues algo tendremos que hacer —replicó Marta, impaciente—. Está hecha polvo.

—Se me ocurre una idea... —respondió Laura al cabo de un rato, con la más maliciosa de sus sonrisas.

Diana no supo si devolvérsela o esconderse lo más lejos que pudiera.

«Oh, qué bien. Y ahora se pone a llover. Estupendo», ironizó Aidan para sus adentros.

Y, por supuesto, no iba a caer una simple llovizna, uno de esos *orbillos* débiles que apenas molestaban y casi no te percatabas de que estaban encima de ti hasta que después de un rato estabas calado hasta las cejas. No, qué va. Una lluvia así, de las que limpian el aire y refrescan el día, sería hasta agradable, y no permitieran los dioses que le pasara nada agradable esa mañana. Eso podría como mínimo alterar el equilibrio del universo.

Así que, cómo no, más que llover, jarreaba. El cielo se había encapotado de golpe y un manto negro y gris había cubierto hasta el último resquicio de la escasa luz solar que se filtraba entre las densas ramas de los *carballos*, y enseguida empezó a caer una tromba de agua que en pocos segundos tuvo el suelo convertido en un barrizal intransitable. Y él calzado con zapatillas de loneta... ¡Estupendo!

—Me encanta la lluvia —canturreaba Niall tras él, sin el más pequeño asomo de ironía. Realmente adoraba la lluvia, el muy imbécil. Y más cuando le pillaba en el bosque y podía oler la tierra húmeda y escuchar el sonido de las gotas de agua al golpear las hojas y la hierba, algo que él siempre había considerado un poco tenebroso, pero que para los oídos de Niall era mejor que una sinfonía interpretada por la más reconocida orquesta del mundo.

—Lo sé —replicó Aidan de mal humor, al tiempo que esquivaba un charco del tamaño de una laguna pequeña que había aparecido justo delante de sus pies.

—Tú la odias —comentó su colega, con esa capacidad tan suya de meter el dedo en la llaga, retorcerla y aderezarla con un poquito de sal.

—Sí, también lo sé —respondió sin volverse, concentrado en poner un pie delante del otro sin hundirse en el agua hasta los tobillos. El truco estaba en no levantar la vista del suelo hasta que se daba el paso y después alzarla para esquivar los tojos y las ortigas, que se empeñaban en meter sus espinas en sus mangas, las perneras de sus pantalones, el bajo de su cazadora y cualquier pedazo de piel que tuviera la insolencia de plantárseles delante.

Si hubiera tenido un mínimo de sensatez, habría dado la vuelta, siguiendo el consejo subliminal de esos guardias espinosos, y se habría metido en la casa, acompañado de un buen fuego y un par de botellas de cerveza. O un par de docenas, incluso. Pero como la sensatez no era una opción en ese momento, siguió avanzando un paso tras otro, esquivando charcos y ramas, y maldiciendo contra el maldito clima, los malditos dioses y, por supuesto, las malditas, malditas mujeres. Porque, al fin y al cabo, si no hubiera sido por una maldita mujer en particular, habría dejado ese trabajo para cuando el cielo no amenazara lluvia y ahora mismo estaría bajo techo, más feliz

que una perdiz.

—No es por nada, *deartháir*, pero está arreciando —comentó Niall indiferente—. Y tiene pinta de empeorar todavía más antes de anochecer.

Él se volvió para encararlo.

—¿Tú crees? —preguntó.

Frunció el ceño y alzó la vista hacia el cielo, de una forma de lo más estúpida, ya que solo consiguió empaparse la cara.

—No lo creo —replicó Niall—. Lo sé. Y no es que me importe, no me entiendas mal, pero esto se va a poner feo y tú no eres yo.

—Ya —contestó, dubitativo.

Le fastidiaba mucho tener que dar la vuelta sin haber conseguido absolutamente nada. Si al menos localizara lo que andaba buscando, o se hiciera una idea de por dónde podía esconderse, podría usarlo como excusa para justificar que no solo había salido para deshacerse de su mal humor. Al menos ante sí mismo...

—Si me dices lo que estamos buscando, a lo mejor puedo echarte una mano —ofreció su amigo. Y esta vez sí que había una clara nota de ironía en su voz—. Si es a las chicas, creo que están por el otro lado, en dirección al pueblo —ofreció con fingida cortesía al ver que él no respondía.

—Qué gracioso —masculló Aidan—. De verdad, no sé cómo puedes ser tan simpático.

—Es un talento natural —respondió, sonriente, Niall—. No, en serio, *deartháir*, ¿qué hacemos aquí?

Aidan lo consideró un instante. Lo más lógico sería dar la vuelta y comentar el asunto a cubierto, pero ya que estaban ahí... Al fin y al cabo, cuando Niall estaba de humor y se concentraba, resultaba ser muy útil.

—Vale, a ver... —Se apartó el pelo empapado de la frente y puso en orden sus caóticos esquemas mentales—. Anteayer...

—Ah, no, no, no, no —se quejó el muy payaso de Niall, mientras se tapaba los oídos con un gesto exagerado—. Soy demasiado puro e inocente para escuchar lo que pasó anteayer —exclamó, espantado.

—Hasta donde yo sé, Niall, tú no has sido inocente de nada en tu vida —masculló Aidan, demasiado acostumbrado a esas salidas de tono como para cometer el error de intentar esquivarlas—. Y te conozco muy bien.

Niall fingió considerarlo un segundo.

—Es verdad —admitió por fin. Sin molestarse lo más mínimo por el barro y la lluvia, se dejó caer en el suelo con las piernas cruzadas en plan yoga y lo miró sonriente—. Vale, entonces, cuéntame, ¿está tan buena desnuda como vestida, *deartháir*?

—Niall ... —dijo a modo de advertencia.

—¿No? —preguntó, decepcionado—. Vaya, quién lo iba a decir. Porque la verdad es que con los vaqueros se le intuye un culo fabuloso.

—No quiero hablar del culo de Diana contigo, Niall —gruñó.

—¿Tan mal está?

—No, no está mal, es estupendo —replicó, resignándose a contestar para poner fin al inacabable paréntesis en la conversación—. Pero no es de eso de lo que quería hablarte —añadió a toda velocidad.

—Bueno, vale —respondió Niall alegremente—. Pues si no vamos a hablar de su culo, entonces podrías hablarme de cómo...

—No.

—O de...

—No.

—¿Ni tampoco...?

—Menos todavía.

Niall suspiró de forma exagerada.

—Pero mira que eres aburrido —se lamentó—. Vale, pues venga, háblame de trabajo —concedió con resignación.

—Gracias —masculló Aidan. Encontró el hilo perdido de la conversación y volvió a empezar—. Anteanoche aparecieron las gemelas en mi cuarto y...

—¿Las gemelas? —se espantó Niall—. Pobres criaturitas, qué impresión...

—Diana estaba durmiendo.

—Ah, vale. Me dejas mucho más tranquilo, dónde va a parar —contestó Niall con un gesto de alivio algo más que sobreactuado.

—¿Puedo seguir? —preguntó Aidan, hastiado.

—Claro, ¿quién te lo impide?

—A ver, el caso es que Violeta me dijo que podía oír a... bueno, a lo que ella llamó «el señor malo» —explicó.

Su colega abandonó al instante la pose de gracioso indiferente para adoptar un talante profesional y concentrado. Frunció el ceño.

—Eso es imposible —decidió por fin.

—¿Crees que no lo sé? —replicó Aidan—. Pero también hablaron de un tal... —alzó las manos en el aire para dibujar unas comillas— «Carlitos», que, al parecer, le gusta mucho a Margarita. —Torció la boca en un gesto irónico y dejó la frase en el aire, esperando que su interlocutor la recogiera.

—Comprendo —dijo Niall, pensativo—. Y tú crees que es ese «Carlitos» el que puede escuchar, o, si tenemos suerte, incluso ver, a nuestra escurridiza criatura...

—Exacto —confirmó Aidan, aliviado al ver que su amigo había decidido dejar las bromas.

—Bien. Y supongo que, como estamos en el bosque, tienes una idea aproximada de qué puede ser, ¿no es así? —Aidan asintió, pero no añadió nada más. Lo conocía lo suficiente como para saber que cuando se dejaba de tonterías y ponía su afilada mente a trabajar, solía llegar a conclusiones más que acertadas. Y aunque él tenía su propia teoría, prefería no influenciarlo—. No puede ser un *trasno*, o un *tardo*, porque

cualquiera de ellos pasaría de ellas y no daría información así como así. Además, si tuviéramos a una de esas criaturas dando vueltas por la casa, nos habríamos dado cuenta...

—Eso mismo pensé yo —reconoció Aidan.

—Y tampoco un *leprechaun* —añadió Niall, pensativo.

—No, demasiado adulto para llamarse Carlitos y gustarle a una de las gemelas infernales —refutó Aidan.

—Así que has pensado en algo más benigno y más escurridizo —siguió Niall, como si Aidan no lo hubiera interrumpido. Lo consideró un instante y al fin su cara se iluminó con una maliciosa sonrisa—. No veo el saco por ninguna parte, *fiordhraoi*. Y todavía es de día —concluyó.

Aidan le devolvió la sonrisa.

—Me pregunto por qué no pondrás esa cabeza tuya a funcionar más a menudo, *sídhe* —se burló con expresión divertida y afectuosa—. Cuando lo haces, casi parece que sirves para algo...

—No me gusta humillaros —rio Niall—. Si yo lo resolviera todo, vosotros no serviríais para nada. —Se puso en pie y lo miró expectante—. Y bien, ¿dónde está ese saco?

—No lo he traído —reconoció—. Confiaba en poder atraerlo sin necesidad de asustarlo.

—Podrías —admitió Niall—. Pero no con la que está cayendo.

—Ya —se lamentó Aidan—. No llovía cuando salimos de casa —refutó para justificarse.

—Esto es Galicia, *deartháir* —rio su amigo—. Aquí llueve cuando menos te lo esperas. —Palmeó su hombro y lo empujó con suavidad al camino de regreso—. Anda, vamos a tomarnos unas cervezas antes de que se levante Roi y nos joda la diversión.

—Está bien —aceptó, resignado. Echó a andar con Niall colgado de su hombro y se detuvo un par de pasos después para mirarlo con expresión suspicaz—. Pero no pienso hablarte del culo de Diana. Ni de ninguna otra parte de su anatomía, ya puestos —advirtió.

—Ya veremos lo que me cuentas o no después de un par de cervezas, Aidan —replicó Niall sonriente—. Ya veremos.

—Es la peor idea que hemos tenido nunca —se quejó Diana por enésima vez esa tarde, contemplando con agobio su reflejo en el enorme espejo de pie del dormitorio de Laura, a donde se habían trasladado después de que sus amigas hicieran unos cuantos comentarios nada halagüeños sobre las carencias de su apartamento, de su ropero y de la sección de maquillaje de su baño.

—Tonterías —replicó Laura arreglando el bajo del ceñidísimo vestido negro—. Es una idea estupenda.

—Estate quieta, Diana —protestó Marta mientras revoloteaba a su alrededor y colocaba un rizo aquí y un mechón allá. Dio un par de pasos atrás y admiró su obra con el ceño fruncido—. Bueno, el color sigue siendo horrible, pero no ha quedado mal —decidió.

Laura dejó su trabajo con el vestido y miró su imagen en el espejo.

—Está impresionante —sonrió—. Maquillada, peinada y vestida «de persona» parece otra. Guapísima.

—Ah, que normalmente soy un *crolllo*, ¿no? —se indignó.

—Yo no he dicho eso —repuso Laura con indiferencia, ajustando los hombros del vestido para bajar un poco más el escote—. Pero reconoce que así estás mejor.

Diana se miró al espejo con aprensión. La mujer encaramada a unos tacones de quince centímetros, peinada y maquillada como una estrella de cine y metida a presión en un vestido negro que dejaba lo justo a la imaginación era guapísima, sí. Eso no podía discutirlo ni aunque quisiera. Pero no era ella. Se sentía como si le hubiera robado el cuerpo a otra, y ya había bastantes cosas raras en su vida en los últimos tiempos como para empeorarlo dedicándose al robo de identidad.

—Insisto, es la peor idea que hemos tenido nunca. Y el listón estaba alto, ¿eh? —gimoteó—. Y además, me voy a matar cuando me ponga a caminar con estos tacones.

—No te vas a matar —suspiró Marta, con un hastío más que comprensible teniendo en cuenta que no era la primera vez que decía esa frase en el tiempo que sus amigas llevaban preparándola para un cambio de *look* total—. Cuando teníamos dieciséis años llevabas tacones igual de altos y mucho más finos y bailabas toda la noche con ellos.

—Pero ya se me ha olvidado —lloriqueó. Inspiró todo lo hondo que le permitió el ceñido vestido y tomó una decisión apresurada—. No voy a ir —dijo con convicción, dando la espalda al espejo.

—Por supuesto que vas a ir —gruñó Laura—. Me ha llevado dos horas arrancar el teléfono de Marcos a Encarna y casi otro tanto convencerlo de que estabas dispuesta a mantener una conversación razonable y a devolverle sus CD de Madonna, así que ahora no te vas a rajar.

—Pero es que no quiero cenar con él —se lamentó—. Es más, no quiero ni verlo.

—Pero quieres fastidiar a Aidan, ¿verdad? —intervino Marta. No le quedó más remedio que asentir. Cualquier intento de negarlo habría sido castigado con miradas asesinas e incrédulas, e incluso con algún bufido amenazador—. Pues eso.

—Pero... ¿y si llamáis a los chicos y él no aparece? —preguntó llorosa.

—Aparecerá —respondió Laura con absoluta confianza—. Esos tres parecen siameses —añadió, poniendo los ojos en blanco en un gesto de desesperación—. Y cuando Marta les diga que me ha pasado algo y que quiero hablar con ellos, llegarán los tres juntitos en amor y compañía.

—Vale —aceptó—. Pero ¿y si me ve con Marcos y le importa un pijo? —inquirió Diana, atreviéndose por fin a poner su peor objeción sobre la mesa.

Sus amigas bufaron despectivas.

—¡Venga ya! —replicó Laura, burlona.

—Eso no va a pasar, Diana —la contradijo Marta con infinita paciencia.

—¡Puede pasar! —se empecinó—. Y, si pasa, me va a dar un ataque delante de todo el mundo y quedaré en ridículo y... —Se ahogó con sus propias palabras y una vez más tomó una decisión inapelable—. No voy a ir —concluyó.

—Sí vas a ir —la detuvo una vez más Laura—. Mira, Diana —suspiró—, va a salir bien, no hay fallo. Los celos *siempre* funcionan.

—Eso es un cliché —protestó.

—Y los clichés lo son, precisamente, porque funcionan —apostilló Marta—. Los hombres son así, Diana, ya lo sabes. Puede que no quieran estar contigo, pero no soportan que estés con otro.

—Como el perro del hortelano. Es algo innato al cromosoma Y —apostilló Laura.

—Si Aidan cree que a ti él te importa tan poco como él ha demostrado que le importas tú, se va a pillar un rebote de cuidado —razonó Marta—. No va a poder evitarlo. Como dice Laura, va en los genes.

—¿Y si no? —se atrevió a preguntar Diana, mordiéndose el labio inferior en un gesto indeciso que le ganó un resoplido de la peluquera y un retoque más con la barra de color rojo intenso.

—Pues, si no, sabrás que es un impresentable y podrás mandarlo a freír espárragos —replicó Laura—. Pero eso no va a pasar. Vas a salir, vas a cenar gratis, vas a dar por saco a Marcos mostrándole lo guapísima que estás y Aidan se va a pillar un cabreo del quince —enumeró—. Confía en nosotras.

—Está bien —gimió—. ¿Cuánto falta?

Marta consultó el reloj.

—Son las siete y media —anunció Laura de nuevo—. Has quedado en el bar en media hora —le recordó—. Pero como Marcos tiene que venir desde Coruña, yo le daría al menos un cuarto de hora más. No quieres llegar la primera...

—Desde luego que no —aprobó Marta—. Pero podemos ir yendo hasta tu casa, y así podemos tener controlado el camino principal —sugirió.

—Buena idea —aplaudió Laura antes de que ella tuviera tiempo de abrir la boca. ¿Para qué si, total, en las últimas horas había perdido por completo el control de su vida?—. Y así podremos calcular también cuándo llamar a Aidan.

—No puede ser muy pronto, tiene que parecer que no sabíamos que Diana estaba ahí... —argumentó Marta.

—Le puedes decir que no sabes dónde está. Y, cuando la vean en el bar, diremos que nos la encontramos ahí.

—Perfecto.

No, no era perfecto. Todo era una mala, muy, muy, muy mala idea. Una idea nefasta. De hecho...

—Es la peor...

—... idea que hemos tenido nunca —concluyeron a coro sus amigas por ella.

Y estaba a punto de averiguar lo mala que era en realidad, se lamentó mientras ellas la empujaban hacia la puerta.

Aidan abrió la sexta... No, la séptima... No, la octava cerveza de la tarde y le dio un largo trago antes de enfrentarse de nuevo a la conversación. Algo que se estaba volviendo más y más complicado con cada botellín que caía en sus manos, y más teniendo en cuenta que Roi solo había tenido tiempo de apurar una mísera botella y Niall no se emborrachaba jamás, a menos que quisiera hacerlo.

—Tiene que haber algo más en el bosque —estaba comentando Roi, pensativo—. Diría que cerca del río, si me obligas a aventurar una respuesta.

—Lo investigaremos —aceptó Aidan—. Pero tú deberías concentrarte en los textos antiguos. Quizá haya algo en ellos que se nos ha pasado por alto.

Roi dejó escapar un suspiro cargado de teatralidad.

—O’Cleary, me sé esos textos de memoria —dijo en tono aburrido—. Y te aseguro que no hablan de nada que pueda hacer lo que ese ser hizo con Diana, y mucho menos que tenga la fuerza que dice Niall.

—Ya —aceptó, agobiado.

Conocer la naturaleza del peligro al que se enfrentaban era fundamental para poder diseñar la magia precisa que pudiera cerrar la parte del Velo que ese ser había abierto gracias a las chicas, pero, a pesar de lo mucho que se había arriesgado la criatura al mostrarse ante una de ellas, no sabían más de él que antes de llegar al pueblo.

Ni siquiera sabían si podía repetirlo, a pesar de lo que le hubiera dicho a Diana. Y, si era así, estaban bien jodidos, porque eso significaría que era, con diferencia, el ser más poderoso al que se habían enfrentado jamás.

—Apenas hemos comenzado, O’Cleary —razonó Roi—. Llevamos menos de una semana en el pueblo y ya sabemos mucho más de lo que sabíamos otras veces.

—Claro, tienes razón —reconoció a regañadientes. Y la tenía, claro, pero, por algún motivo que no tenía intención de comentar con ellos, su propia urgencia por resolver todo el asunto era bastante superior a la habitual—. Vale —dijo, fingiendo un ánimo que estaba muy lejos de sentir—, pues mañana deberíamos empezar a investigar por los alrededores.

—El bosque es un buen sitio por donde empezar —sugirió Niall—. Si vamos por la noche, no creo que tardemos mucho en encontrar a... —sonrió— Carlitos —dijo en tono sarcástico.

—Y siempre podemos hablar con Marta y preguntarle acerca de las leyendas de su abuela —apuntó Roi—. Si era meiga, lo más probable es que llevara un diario, un libro con recetas y *conxuros*. Quizá saquemos algo de ahí —comentó pensativo.

—Preferiría dejar a las chicas fuera de esto hasta que sepamos un poco más —intervino Aidan al momento, rezando para que su argumento sonara más razonable a

oídos de sus amigos de lo que había sonado a los suyos.

No fue así, claro.

Los chicos lo miraron con suspicacia y Roi puso los ojos en blanco en un gesto de desesperación.

—Y mira que te advertí que te estabas implicando demasiado... —suspiró.

—Esto no tiene nada que ver con Diana —masculló Aidan. Apuró la cerveza de un trago y se inclinó para coger otra.

—Y las diez cervezas que te has bebido hoy tampoco, ¿no? —inquirió Niall con genuina sorna, señalando su nueva botella.

—Tampoco —negó con rotundidad. El móvil empezó a vibrar en el bolsillo delantero de sus vaqueros y se estiró para sacarlo, arrastrando en el camino un par de hilitos azules empeñados en mantenerlo en su lugar. Miró la pantalla y frunció el ceño al ver un número desconocido y, sobre todo, al darse cuenta de que había esperado que fuera la pelirroja quien llamara. Pulsó la imagen para contestar y se llevó el terminal a la oreja—. O'Cleary —respondió con sequedad. Si se trataba de una operadora de la compañía telefónica intentando colocarle la ultimísima y megafantástica tarifa para su contrato telefónico, iba a empezar a maldecir en todos los idiomas que conocía. Y eran unos cuantos. Pero la voz al otro lado del teléfono saludó y él parpadeó confuso al reconocer el tono tímido de Marta—. ¿Marta?

—Sí, soy yo, oye...

La confusión dejó paso a la histeria.

—¿Estás bien? ¿Está bien Diana? —preguntó él de forma apresurada.

—Sí, sí, tranquilo —respondió la chica al momento. Él dejó escapar el aire con un silbido de alivio—. Bueno, supongo, no tengo ni idea de dónde está, se marchó después del funeral —parloteó—. Pero no es eso lo que tenía que decirte. Verás, es Laura... —dijo por fin.

—¿Laura? —repitió—. ¿Le ha pasado algo a Laura?

—Sí —contestó—. Bueno, no —se contradijo.

Él hizo un decidido esfuerzo por controlar su impaciencia y su mal genio. Al parecer, la chica tenía su propio ritmo y no iba a servir de mucho ponerla nerviosa con gritos desesperados.

—¿Sí o no, Marta? —preguntó con el tono más paciente que pudo invocar.

—No sé —respondió ella para su desesperación—. Me ha llamado y me ha dicho que quiere hablar con vosotros... —explicó dubitativa.

—¿Te ha dicho por qué? —quiso saber, bastante confundido. La noche anterior se había marchado con muy malos modos y todo parecía indicar que tardarían mucho tiempo en convencerla para que, siquiera, los mirara por la calle.

—No —reconoció Marta—. Pero parecía nerviosa y me dijo que era importante —añadió a toda prisa.

¿Le habría pasado algo? Si había sido víctima de un ataque las cosas se iban a poner muy feas, porque eso significaría que lo que fuera que andaban persiguiendo

podía actuar fuera de las fechas mágicas, lo que lo convertía en algo más que un *gran problema*. Y justo el día en el que se había metido diez cervezas entre pecho y espalda y no las tenía todas consigo. Y mucho menos las iba a tener cuando se pusiera por fin de pie para caminar hasta un lugar más lejano que al baño de la planta baja. Estupendo. Los planetas alineándose a su favor, como de costumbre.

Tomó una rápida decisión e inspiró hondo para que su voz sonara serena y tranquilizadora.

—¿Has quedado con ella?

—Sí, ahora, en el bar. —No explicó qué bar, claro. Al fin y al cabo, solo había uno en todo el maldito pueblo.

—Vale, intenta localizar a Diana. Nosotros vamos para ahí —dijo por fin, después de debatirse consigo mismo para intentar excluir a Diana de la ecuación.

—No sé si la localizaré —suspiró ella—. Ya te digo que lleva todo el día en paradero desconocido y no contesta al móvil.

Su corazón se puso a latir descontrolado dentro de su pecho. Si ella estaba ilocalizable incluso para sus amigas, también podía haberle ocurrido algo. Y la simple idea lo estaba volviendo loco de miedo y culpabilidad.

—Tú sigue intentándolo, ¿vale? —insistió antes de colgar sin más.

Se volvió hacia los chicos, que ya se habían puesto en pie al percibir la ansiedad en su tono, y los miró con agobio.

—Era Marta. Laura quiere hablar con nosotros, no sabe si le ha pasado algo.

—No tiene por qué —intentó serenarlo Niall—. A lo mejor solo se siente mal por haber dejado plantadas a...

—Diana lleva desaparecida todo el día, desde que salió del funeral —añadió en tono ominoso.

Roi maldijo entre dientes.

—Conduzco yo —dijo a continuación, de un modo que no admitía discusión. Aun así, él intentó discutirse—. No —frenó a Aidan, autoritario—. Si conduce Niall no llegaremos nunca, y tú te has bebido hasta el agua de los floreros y estás histérico. Si conduces tú, terminaremos empotrados contra un árbol y entonces sí que no podremos ayudar a nadie.

—Si es que alguien necesita ayuda, que todavía no lo sabemos —añadió Niall en un vano intento por serenarlo.

—Puedo conducir perfecta... —Aidan se puso en pie de un salto y las cervezas ascendieron desde su estómago, se colaron en su torrente sanguíneo y acabaron danzando en su cerebro hasta hacerlo girar como un tiovivo. Maldijo en voz baja—. Vale, conduce tú —aceptó a regañadientes—. Pero rápido —ordenó.

—Estaremos ahí en cinco minutos —le prometió Roi.

En realidad, fueron más de ocho minutos y las curvas del camino no ayudaron nada a mantenerle el cerebro sobre su eje, como tampoco ayudaron las ventanillas abiertas de par en par, a pesar de que dejaban entrar el aire helado de la noche.

Cuando su amigo detuvo por fin el vehículo a pocos metros del bar, él estaba al borde de un ataque de nervios y muy cerca de conseguir que las cervezas salieran por donde habían entrado. Y no lo serenó demasiado encontrarse a las chicas en la entrada, abrazándose a sí mismas para protegerse del frío.

Saltó, más que bajó del coche, antes de que Roi hubiera quitado la llave del contacto y se dirigió hacia ellas, conteniéndose por todos los medios para no echar a correr.

—Hola —saludó Marta con su habitual timidez.

—¿Habéis localizado a Diana? —preguntó sin tomarse la molestia de atenerse a las normas más básicas de cortesía.

Las chicas se miraron entre ellas y el pánico que había estado conteniendo a duras penas se enroscó en su garganta, privándole del aire.

—Eh... sí —dijo por fin Laura—. Está bien —se apresuró a confirmar, probablemente porque una expresión de pavor había decidido colgarse de su rostro sin su permiso.

—¿Estáis seguras? —insistió.

—Muy seguras —asintió Marta.

—Bien —suspiró, respirando por fin—. Pues entremos y...

—Eh... no, mejor no —lo frenó Laura, interponiéndose en su camino hacia la puerta—. Mejor vamos a otro lado.

—Pero ¿no habéis quedado aquí con Diana? —se sorprendió él.

—No... Bueno... No hemos... Es decir... —balbuceó Marta.

—Creo que deberías ver esto, *deartháir* —resonó la voz burlona de Niall, interrumpiendo el tartamudeo incómodo de las chicas.

Él se volvió hacia su amigo para encontrárselo mirando a través del cristal situado junto a la puerta principal. De puntillas, atisbaba sobre la cortinilla que ofrecía cierta privacidad a las mesas del interior, con la sonrisa más malvada que le había visto jamás. Y le había visto muchísimas sonrisas malvadas a lo largo de los años. Se dirigió hacia donde estaba e imitó su gesto.

Al principio no vio lo que estaba pintando esa mueca sonriente en la cara del *sídhe*, pero después de unos segundos sus ojos llegaron hasta una mesa situada en uno de los extremos más discretos del local. El pánico que había logrado contener al enterarse de que la chica estaba bien se transformó en un burbujeo de rabia que empezó en su vientre y ascendió a toda velocidad hasta su cabeza, donde estalló en una explosión de rojo intenso que le nubló la vista y lo obligó a cerrar los puños hasta que las uñas horadaron la carne de las palmas.

La mano tranquilizadora de Roi se posó sobre su hombro.

—No hagas ninguna tontería —le advirtió.

—No voy a hacer ninguna tontería —mintió tanto a su amigo como a sí mismo.

—Pues deja de mirar y vámonos a otro lado —dijo en tono razonable.

Era lo más lógico, claro. Lo más sensato, lo más maduro que podía hacer. Tenía

que dar media vuelta, ir con las chicas a otro lado, averiguar qué quería Laura y seguir como si tal cosa. Porque, al fin y al cabo, no tenía ningún motivo para entrar en el local y partir la cara a... a... ¿Quién demonios era ese tipo? Se volvió hacia las chicas.

—¿Quién es ese? —demandó. Ellas se miraron la una a la otra y volvieron a mirarlo a él, dubitativas—. ¿Quién es? —preguntó de nuevo con el tono más amable que pudo conseguir.

—Bueno... —empezó Marta, vacilante—. No lo conoces...

—Es Marcos, su ex —contestó la otra con su habitual aire de indiferencia.

—Marcos, su ex —repitió él con mucha, mucha lentitud, deteniéndose a procesar cada palabra. Y cuando terminó de procesarlas, se dio cuenta de que todas juntas no le gustaban lo más mínimo. Llevaba todo el maldito día desaparecida, preocupando a todo el mundo, y ahí estaba ella. Tan tranquila. *Con su ex*. Inspiró y miró a Laura—. ¿Tú estás bien?

—¿Yo? —se sorprendió ella—. Sí, claro, bien.

—¿Seguro? —insistió.

—Claro, sí —volvió a responder.

—Bien —dijo, antes de girarse en dirección a la puerta.

—¡O' Cleary! —intentó detenerlo Roi—. ¡Aidan! —bramó al ver que continuaba ignorándolo.

Él extendió el brazo para abrir la puerta del bar y se encontró con la mano de Roi sobre la suya, sujetándolo con fuerza.

—¿Qué demonios vas a hacer, hombre? —preguntó este, en tono crítico.

—Suéltame —ordenó él cada vez más furioso.

—Estás borracho —intentó razonar—. Y cabreado, lo entiendo —concedió—. Pero no vas a...

—Te he dicho que me sueltes —repitió en tono letal.

Sostuvieron un duelo de miradas durante lo que pareció una eternidad, pero que no llegó a suponer medio minuto, y al fin Roi dejó caer los hombros y le soltó la mano, sin disminuir ni un ápice su evidente desaprobación.

—Lo que faltaba —le oyó mascullar mientras entraba en el local.

La campanita de la puerta anunció su presencia con un tintineo patético, pero la pelirroja debía de estar tan ensimismada en su conversación que ni tan siquiera alzó la vista, lo que contribuyó muchísimo a mejorar su humor, claro que sí. Todo el mundo preocupadísimo por su desaparición y ella ni siquiera oía una puta campana, tan entretenida como estaba coqueteando con ese tipejo. Dio un par de pasos en dirección a su mesa y se frenó en seco.

Desde el ventanal apenas había podido robar una imagen lejana de ella, y la había reconocido más por ese absurdo color de su pelo que por sus rasgos, pero ahora que apenas los separaban tres metros la veía con toda claridad. Y estaba impresionante. Se había peinado y con toda seguridad se había puesto algún tipo de maquillaje en los

labios, porque se veían más plenos y brillantes, como si acabara de pasar por una larga sesión de besos húmedos y posesivos. ¡Y su ropa! Estaba segurísimo de que el vestido que llevaba puesto era ilegal en al menos una docena de países. Países occidentales y con una larga tradición de legislación liberal, para más inri.

Un sentimiento arrollador, al que llamó rabia porque no tenía un nombre mejor para él, lo inundó como un maremoto, que se hizo cargo de todos y cada uno de sus procesos mentales y lo empujó en dirección a la mesa de la chica, instándolo a enterarse de por qué diablos se había arreglado así para... Para un tipejo al que odió de forma instantánea nada más posar sus ojos en él. El perfecto prototipo del perfecto imbécil. Así que esos eran los tíos que le gustaban... Pues era insultante, joder.

Acicateado por esa emoción sin nombre —y por todas las cervezas que llevaba entre pecho y espalda—, recorrió los escasos metros que lo separaban de la pareja y se plantó junto a su mesa con los brazos cruzados sobre el pecho, en una actitud que tenía mucho más de agresiva que de defensiva.

—Buenas noches, pelirroja —saludó en tono sarcástico—. ¿Te diviertes?

Ella alzó la vista con absoluta indiferencia.

—Ah, hola, Aidan —saludó distraída—. ¿Qué tal?

—¿Qué tal? —preguntó estupefacto—. Llevas desaparecida todo el maldito día, ¿y me preguntas qué tal? ¿Como si tal cosa?

Diana enarcó las cejas en un gesto despectivo que él encontró todavía más irritante, por lo inapropiado.

—¿Me has llamado? Vaya, lo siento, tenía el móvil desconectado —replicó en tono ligero.

—Tenías el móvil desconectado... —repitió furioso—. Con lo que est... —Se frenó y rebobinó su discurso mental. Quizá estuviera cabreado y borracho, pero también tenía largos años de práctica ocultando sus asuntos como para soltarlos sin más—. No puedes estar ilocalizable, Diana, joder. Tenías a todo el mundo preocupadísimo —se indignó.

—¿En serio? —comentó en ese tono melifluo que estaba sacándolo todavía más de sus casillas—. Lo siento, no vi el problema. Estaba con Marcos —explicó señalando al imbécil como si eso lo explicara todo—. No es como si estuviera sola en medio del monte, o algo. Si me pasara cualquier cosa, él...

—¿Qué crees que podría hacer este, Diana? Por favor... —protestó con hastío.

—¡Oye! —intervino indignado el imbécil—. No sé quién eres, pero...

—Cállate —ordenó sin mirarlo—. Tú solo cállate, ¿vale? —Tomó aire y ordenó a su cerebro que dejara de moverse dentro de su cráneo y enfocara con precisión a la mujer que tenía delante, estudiara la situación con madurez y actuara en consecuencia. Pero por algún motivo que se le escapó por completo, lo que salió de su boca no fue un discurso maduro y sereno que explicara por qué no podía estar sola y sin protección—. ¿Es que eres incapaz de comprender nada, mujer?

Los ojos de la chica fulguraron con un rápido relámpago de ira.

—¿Qué tengo que comprender, Aidan? —preguntó Diana en tono venenoso—. ¿Tengo que entender que no puedo quedarme sola? —Él asintió de forma exagerada ante lo que entendía como una respuesta tan evidente que no necesitaba ser expresada—. ¿Y cómo querías que entendiera eso, si esta mañana te largaste tan rápido que no pude ni verte los pies?

—¡Así que es eso! —se indignó, tan furioso que abandonó toda precaución—. ¡Estabas tan cabreada porque yo tuviera cosas que hacer y no me quedara a tu lado sujetándote la manita, que decidiste que lo mejor era hacer algo absurdo e irresponsable! ¡Muy maduro por tu parte!

—¡Oye! —exclamó Diana.

—Tío, estás como una cuba —medió el imbécil, poniéndose en pie—. Es mejor que te vayas, ¿vale? —pidió en tono conciliador mientras apoyaba una mano en su hombro.

—No me toques —masculló Aidan, mirando la mano sobre el hombro de aquel sujeto como si fuera un insecto especialmente repulsivo. El tipo tuvo la poca prudencia de no apartarla y él se limitó a devolverle una mirada despectiva antes de volverse de nuevo hacia ella—. Dile a tu noviete que me quite las manos de encima, pelirroja, o voy a quitárselas yo.

—Vamos, hombre, déjala en paz —volvió a entrometerse el noviete en cuestión—. ¿No ves que la estás cabreando?

—Me importa un huevo que se cabree —explotó. La parte de su mente que todavía no estaba poseída por la furia, o demasiado borracha para concentrarse, percibió en segundo plano que estaban atrayendo la atención de todo el maldito bar, y eso era lo último que necesitaba, dadas las circunstancias. Haciendo un esfuerzo sobrehumano por serenarse, miró a Diana de nuevo y se obligó a ignorar al tipo y su irritante mano posada sobre su hombro—. Recoge tus cosas. Nos vamos a discutir esto a otro sitio —ordenó en lo que a él le sonó como un tono perfectamente razonable, aunque, a juzgar por la furia que atravesó la cara de la pelirroja, no debía de haberlo sido en absoluto.

—¡No voy a ir a ninguna parte contigo! —replicó enfurecida.

—Ya lo creo que sí —murmuró él, perdiendo la paciencia por completo.

Estiró la mano para agarrarla del brazo y sacarla de ahí a rastras si era necesario, y se encontró con el imbécil del ex plantado delante. Sus manos se cerraron en puños a sus costados, preparadas para deshacerse del problema por la vía más rápida posible.

—Te ha dicho que no va a ir contigo, chaval —dijo el muy idiota con la actitud de un auténtico gallito de corral.

Fuera de sí, tomó impulso para empujarlo y apartarlo de su camino. Y entonces fue cuando todo el alcohol que había ingerido a lo largo de la tarde decidió que había llegado el momento de demostrar que seguía por ahí, paseándose por su torrente sanguíneo, y optó por alterar su sentido del equilibrio.

La situación empeoró cuando el ex —más valía que solo fuera eso— de Diana vio venir su patético empujón de lejos y dio un simple paso para esquivarlo. Llevado por la inercia, Aidan trastabilló, cayó sobre la mesa y se deslizó hasta el suelo arrastrando el mantel en su caída. Los restos de la cena, entre los que había algo muy frío y muy pegajoso, llovieron sobre él en una muy mala imitación del maná divino.

—¡Aidan! —chilló Diana—. ¿Estás bien? —preguntó, arrodillándose junto a él.

Las manos de la pelirroja volaron sobre su cabeza y apartaron los restos de comida de su cara. Por algún motivo que, con toda seguridad, tenía mucho que ver con su orgullo masculino seriamente perjudicado, eso terminó por cabrearlo sin remedio.

—¡Quítame las manos de encima, joder! —ordenó, apartándola.

Ella se echó hacia atrás como si la hubiera abofeteado, pero él ya se había adentrado lo suficiente en el camino de la rabia como para poder dar marcha atrás. Intentó incorporarse y volvió a resbalar al colocar la mano sobre lo que, a un nivel casi subliminal, identificó como restos de mayonesa.

Dejó escapar una larguísima maldición y volvió a intentarlo. Y a conseguirlo, gracias a dos pares de manos que lo alzaron en volandas hasta ponerlo en pie. Al parecer, sus amigos habían decidido unirse por fin a la fiesta. Se libró de sus brazos con una sacudida y recuperó los pedazos dispersos de su dignidad perdida. O al menos, los pocos que pudo encontrar entre los restos de ensaladilla rusa.

—Venga, O'Cleary, vamos a que te dé el aire —suspiró Roi.

—No, yo...

—Hazle caso, *deartháir* —pidió Niall en tono amable—. Aquí ya no tienes nada que hacer —añadió mientras cruzaba una mirada con Diana que casi parecía divertida.

—Venga, Aidan —insistió Roi sin atreverse a ponerle una mano encima. Lo conocía lo bastante bien como para saber que no soportaba que lo tocaran cuando estaba tan cabreado como en ese momento—. Vamos a llevarte a casa...

—Ya me voy yo solo —gruñó con el poquísimo orgullo que le quedaba, y tan borracho y tan asquerosamente regado de comida como estaba. Y sabiendo, además, que iba a dejar vía libre a Diana y su ex para...—. A tomar por culo —masculló, serpenteando hacia la puerta.

«¿Cómo era? Ah, sí. La peor idea que habían tenido nunca», pensó Diana.

Si es que lo sabía. Lo había sabido desde el mismísimo momento en que había visto la sonrisita malvada en el rostro de Laura. Y nada de lo que había pasado a continuación la había convencido de que estaba equivocada.

—Ve con él —escuchó decir a Niall. Alzó la vista pensando, con cierta esperanza, que se refería a ella, y se encontró a cambio a los dos amigos de Aidan, mirándose uno a otro con preocupación—. Con la curda que lleva encima es capaz de tirarse a dormir en medio del bosque, y ya sería lo que nos faltara —aclaró para terminar de preocuparla más de lo que ya estaba.

—Ya voy yo —decidió Diana mientras se ponía en pie.

—Creo que ya has hecho bastante por hoy, nena —replicó Niall, más divertido que furioso. Se volvió hacia Roi—. Ve, anda. Yo os alcanzaré en un momento.

Roi se limitó a asentir y, sin decir ni palabra, dio media vuelta y fue tras Aidan, que continuaba intentando salir del bar siguiendo una ruta serpenteante que solo él podía ver.

—Diana, yo..., eh... Casi que me voy, ¿vale? —aprovechó para decir Marcos.

—Claro —suspiró Diana—. Siento todo esto, yo... —balbuceó sin saber siquiera por dónde empezar a explicarle todo el lío.

Marcos dibujó una sonrisa conocedora que, en otras circunstancias, ella quizá habría encontrado de lo más irritante.

—No importa —sonrió Marcos—. Pero la próxima vez que quieras usarme para darle celos a algún tío, preferiría que me avisaras, ¿eh? —comentó alegremente.

Miró de reojo a Niall, intentando contener la expresión aterrorizada que amenazaba con aparecer en su rostro.

—No, no, no ha sido eso, yo... —le contradijo, atropellando las palabras.

—Ya, ya, claro —replicó Marcos. Se inclinó sobre ella y le dio un rápido beso en la mejilla—. Nos vemos, calabacita —se despidió.

Se quedó plantada junto al desastre que la caída de Aidan había desperdigado por el suelo, demasiado aturdida, nerviosa y agobiada como para hacer nada más que permanecer de pie y arriesgarse a liarla todavía más. Frente a ella, Niall siguió con la mirada la salida de su ex. Cuando este hubo cerrado la puerta, Niall se volvió hacia ella con expresión irónica.

—¿Calabacita? —preguntó burlón.

—Corta el rollo —masculló irritada. Lo último que necesitaba en ese momento era soportar el humor hiriente de Niall. Lo primero era quitarse ese vestido estúpido, lavarse la cara y echarse a dormir hasta que llegara la primavera.

—Eh, tranquila —se defendió él—. Que yo estoy de tu parte. Humillar a Aidan es

uno de mis pasatiempos favoritos —añadió con una inmensa sonrisa.

Gimió y se hundió un poco más en el pozo de lo que prometía ser una depresión digna de, al menos, cuatro litros de helado. Con caramelo. Y muchos barquillos.

—Lo he humillado, ¿verdad? —gimoteó.

—Absolutamente —confirmó Niall, entusiasmado.

—Voy a buscarlo —anunció decidida, disponiéndose a seguirlo.

Él la detuvo casi antes de que pudiera dar el primer paso.

—Ni se te ocurra —dijo con ese mismo tono de diversión tan inapropiado—. Lo estropearías todo, cariño. —Chasqueó la lengua en un gesto de reprobación—. Seguro que le pedirías mil disculpas, lloriquearías un poco, él te perdonaría, echaríais un polvo de reconciliación... —enumeró con hastío—. Y mañana por la mañana él volvería a acojonarse y estarías como al principio —concluyó, encogiéndose de hombros.

—Tiene razón —dijo Laura apareciendo tras él—. Y mira que me fastidia darle la razón, pero la tiene.

—Gracias, creo —replicó el chico con una sonrisa irónica—. El caso, calabacita... —Ella hizo una mueca de dolor al escuchar el mote y él interrumpió su discurso para dejar escapar una risita traviesa—. El caso, como decía, es que, ya que has llegado hasta aquí, no te queda más remedio que jugar hasta el final.

—Y una vez más, tiene razón, por sorprendente que parezca —apuntó Laura. Marta le dio un codazo y la miró con expresión crítica—. ¿Qué? —replicó—. Es la verdad... —añadió, con esa cara de confusión que siempre mostraba cuando alguien la obligaba a enfrentarse a su absoluta falta de inteligencia emocional.

—Sí, pero no tienes por qué ser tan desagradable —la riñó Marta—. Está intentando ayudar —explicó.

—¡Qué va a estar intentando ayudar! —protestó Laura—. Lo que pasa es que ha visto una oportunidad para fastidiar a Aidan y no quiere que Diana se la estropee —argumentó.

—Y ahora la que tiene la razón es ella —concedió él en tono indiferente—. Pero ¿qué más te da? —preguntó, dirigiéndose a Diana—. El caso es que no pienso decirle que todo esto estaba preparado y que a ti —añadió en tono acusador mirando a Laura— no te ha pasado nada.

—No sé —dudó Diana—. Creo que lo mejor sería...

—No te volverá a hablar —canturreó Niall. Diana lo miró espantada—. Reconoce que se la habéis liado gordísima —rio—. Mira, déjame a mí, ¿vale? Vete a casa, date un baño y hártate de helado de chocolate. Y mañana hablamos.

—¿Cómo sabes que iba a hacer eso? —se sorprendió Diana.

—¿No es lo que hacéis todas? —replicó Niall con un guiño pícaro, antes de salir por la puerta.

—Anda, vámonos a tu casa, que aquí ya hemos dado bastante la nota —suspiró Laura, arrastrándola hasta la puerta.

Una hora después estaba sentada en el mismo puf en el que había empezado todo aquel follón, devorando helado directamente de la tarrina y maldiciendo al universo en general y a las ideas de sus amigas en particular. Amigas a las que había echado de bastantes malos modos antes de meterse en la bañera, y a las que tendría que pedir disculpas al día siguiente, porque era muy consciente de que se había pasado tres pueblos y un par de agrupaciones comarcales cuando, llevada por el miedo y el agobio, se había puesto a gritarles lo absurdo de sus planes y lo mal que terminaba todo siempre que se dejaba llevar por ellas.

Y lo peor era que a medida que iba transcurriendo la cena con Marcos se había ido convenciendo poco a poco de que el plan podía funcionar. Su ex la había mirado con auténtica admiración y ella se había sentido sexy, estupenda y divertida, y por primera vez desde que habían roto había podido mantener una conversación con él sin tener ganas de matarlo, de matarse o de romper cualquier cosa que tuviera la mala fortuna de interponerse en su camino. Así que al final había deseado que apareciera Aidan y la viera así. Si Marcos, a quien le importaba tres pimientos por mucho que hubiera alabado su nueva imagen, se había mostrado tan encantado con ella, Aidan se iba a caer de culo. Y a lo mejor empezaba a plantearse lo que se estaba perdiendo.

Pero no había contado con que él apareciera borracho como una cuba, cabreado y preocupado y que hubiera terminado todo el asunto empotrado en el suelo y enterrado entre los restos de su comida al intentar liarse a tortas con Marcos.

Gimió desesperada y se metió en la boca una cucharada de helado del tamaño de un camión pequeño. ¿Cómo se había liado todo tanto? Aunque... Bueno, la verdad era que había sido bastante romántico, ¿no? Con Aidan preocupadísimo por ella y abalanzándose sobre Marcos y...

«Y si sigues por ese camino vas a acabar muy mal, Diana», se recriminó.

Probablemente, porque el calorcillo que empezaba a sentir en las entrañas, superponiéndose a los nervios y a la vergüenza, parecía indicar que estaba colgándose de manera irremediable de ese idiota cobarde y muerto de celos que había montado una escena delante de todo el mundo solo por ella.

Su cerebro le dio un golpecito de atención y le obligó a fijarse en un detalle que, hasta entonces, no había tenido oportunidad de considerar: Aidan estaba celoso.

Lo estaba.

Podría decir que era preocupación, podría decir que era trabajo, pero sus ojos y su rabia infantil decían a gritos que lo que sentía eran unos celos arrolladores.

Así que quizá Niall estaba en lo cierto y el plan no había salido tan mal, después de todo. Sus labios se curvaron en una sonrisa maliciosa que no se molestó en reprimir, y se levantó para devolver el helado a la nevera, con el primer boceto de un plan dibujándose en su mente.

«Puedes correr, O’Cleary, pero no podrás esconderte —lo amenazó para sus adentros—. Vas a reconocer que te gusto, quieras o no».

Satisfecha, dejó la cucharilla en el fregadero, guardó el helado y se fue

canturreando a la cama. Necesitaba dormir hasta hartarse para poder poner en marcha sus planes.

—¿Llueve? —preguntó Aidan. Aunque las palabras se quedaron pegadas a la pasta pringosa en que se había convertido su lengua y lo que pronunció en realidad fue algo parecido a «¿Nññag?».

La lluvia caía a borbotones sobre su cara y él tenía demasiada resaca como para molestarse en abrir los ojos y ponerse a cubierto. Aunque no tenía ni la más remota idea de por qué no lo estaba ya. ¿Qué diablos había pasado? Se concentró con intensidad y recordó unas cuantas cervezas y a Diana, guapísima, hablando con... Maldición. Un puñado de recuerdos acudió en tropel, obligándole a abrir los ojos.

Y en ese instante recibió el segundo sobresalto del día.

No estaba tirado en el bosque, resacoso perdido y al borde de la muerte por hipotermia. Estaba en su ducha, en su casa y a su lado estaba Roi, completamente desnudo, duchándolo a él, que estaba completamente vestido.

—¿Roi? —se espantó.

—Tenemos que dejar de vernos así, O’Cleary —respondió este en tono irónico.

—Pero qué... qué...

—Fácil. Tú no estabas dispuesto a entrar solo en la ducha y yo no estaba dispuesto a entrar vestido —explicó como si fuera lo más normal del mundo—. ¿Sabes lo que el agua podría hacerle al terciopelo de mi levita? —inquirió, apañándose las manos para componer una mueca que fue a un tiempo de dolor e ironía—. ¿Puedes mantenerte en vertical? —preguntó al cabo de un instante, en el que él solo fue capaz de dar vueltas alrededor de la lógica absurda de su conversación.

—Creo que sí —dijo él por fin.

No las tenía todas consigo, pero su cromosoma Y le pedía a gritos que echara a ese intruso de la ducha lo más rápido posible. Y a patadas, si era necesario.

—Bien, en ese caso estaré fuera.

Su amigo abrió la mampara y se deslizó fuera de la bañera con su habitual elegancia. Teniendo en cuenta que él estaba derrumbado contra la pared de la ducha, vestido de la cabeza a los pies y todavía bastante borracho, encontró esa elegancia natural definitivamente insultante.

Echó un vistazo a sus zapatillas deportivas, decidió que estaban demasiado lejos para arriesgarse a desatarlas sin que su cabeza hubiera regresado a su lugar, y se animó a empezar por quitarse la camiseta. Así, en breve, al menos parte del universo volvería a estar en su lugar; Roi estaría vestido fuera de la ducha y él desnudo dentro.

—Roi... —llamó después de sostener una lucha a muerte con la camiseta, que se mostraba empeñada en seguir abrazando su cuerpo—. ¿Qué cojones estoy haciendo aquí? —dijo cuando se sintió lo bastante preparado para preguntar.

—Lo habitual, O’Cleary —replicó Roi con su tono más afectado salpicado por

una molesta nota crítica—. Tenías una tajada como un piano, así que Campanilla y yo decidimos que lo mejor era despejarte un poco.

—¿Y no podíais haberme desnudado? —protestó, distraído ahora por la batalla que se había trasladado hasta sus pantalones vaqueros.

Quitarse unos vaqueros mojados no era fácil en circunstancias normales. Perjudicado como estaba, era una tarea digna del mismísimo Hércules. Al final, después de una lucha épica, consiguió deslizarlos por sus caderas para descubrir que todavía llevaba puestas las malditas deportivas.

—¿Desnudarte? No, ni en broma —se estremeció Roi—. Ya fue bastante traumático el otro día. No me sentía preparado para repetirlo tan pronto —explicó, ajeno a la batalla a muerte que se estaba librando al otro lado de la mampara entre el equilibrio y los cordones de las zapatillas de Aidan.

Después de decidir que no se estaba tan mal sentado en el fondo de la bañera y tras unas cuantas maniobras que incluso con la mejor de las intenciones solo podían clasificarse como patéticas, Aidan consiguió arrancarse el calzado y arrastrar los vaqueros fuera de sus pies. Valoró si, dado que nadie podía verlo, merecía la pena mantener la dignidad y ponerse en pie para terminar de ducharse, y no tardó en decidir que la dignidad estaba sobrevalorada. Además, ya que su mundo todavía oscilaba sobre su eje, su dignidad no correría el riesgo de abrirse el cráneo contra la mampara.

—¿Roi? —llamó confuso unos segundos después.

—¿Sí, O’Cleary? —respondió su amigo en un tono exquisitamente cortés, como si estuvieran sentados tomando el té en los jardines de una residencia veraniega en lugar de charlar a través de un cristal opaco en un cuarto de baño.

—¿Por qué tengo guisantes y patatas cocidas en el pelo? —preguntó.

—Oh, eso. ¿No lo recuerdas? —inquirió el otro a su vez. Al no recibir respuesta, Roi dejó escapar una risilla cargada de sorna—. Bien, verás... Cuando intentaste pegar un puñetazo al ex de Diana...

—Perdona —interrumpió él—. ¿Que yo intenté qué?

—Intentaste pegar un puñetazo al ex de Diana —repitió Roi con exagerada amabilidad—. Pero él se apartó y tú caíste sobre la mesa. Y los restos de la cena cayeron sobre ti. —Lo pensó un instante—. Justicia divina, supongo —decidió por fin.

Aidan masticó la información durante un larguísimo minuto. Sí, recordaba de forma vaga haberse dirigido a la mesa de la pelirroja. Y recordaba que estaba con su ex. Y recordaba estar furioso... Pero a partir de ahí todo estaba envuelto en una neblina alcohólica extraordinariamente densa.

—¿Roi?

—¿Sí?

—¿Por qué intenté pegarle? —quiso saber.

—No tengo ni idea, O’Cleary. Los caminos de tus borracheras son inescrutables

—replicó en tono crítico—. Pero si me obligas a aventurar una respuesta, diría que estabas retorciéndote de celos. —Suspiró—. E imagino que lo mismo te dirían las dos docenas de personas que asistieron a tu representación en el bar...

—Yo no estaba celoso —protestó Aidan, dejando aparcado el dato de que había hecho el ridículo delante de medio pueblo para poder estudiarlo más adelante. Cuando la habitación dejara de dar vueltas, por ejemplo—. Solo estaba cabreado porque... —Se estrujó el cerebro hasta conseguir encontrar el archivo empapado en cerveza que contenía esa información—. Porque ella llevaba todo el día desaparecida y...

—Por supuesto, por supuesto —lo interrumpió Roi—. Si tú nunca has sido celoso... —añadió en tono irónico. La mampara se deslizó unos centímetros y la mano de Roi se coló en el cubículo de la ducha, sosteniendo una toalla—. Dime que no necesitas ayuda para salir, por los dioses —gimoteó.

—No necesito ayuda para salir —gruñó Aidan. Cerró el grifo, agarró la toalla de un tirón y, después de un par de intentos fallidos, consiguió salir de la ducha. Por fortuna, Roi ya estaba vestido y arreglándose el largo cabello negro al espejo. Él, sin embargo, decidió que ya había peleado lo suficiente con su vestuario por un día y optó por ponerse un albornoz—. Café —masculló.

—Creo que Campanilla estaba en ello —respondió Roi. Aidan asintió y salió del baño con su amigo siguiéndole los pasos—. Aidan...

Oh, no, no. Cuando Roi lo llamaba por su nombre de pila, solo podía ser por dos motivos. Uno, estaba muy cabreado con él, o dos, estaba preparándose para echarle un sermón eterno. Y no estaba dispuesto a pasar por ninguna de las dos cosas sin haber conseguido, al menos, recuperar la verticalidad. Intentó ignorarlo, pero sus reflejos no estaban para exhibiciones, así que Roi lo adelantó y se plantó frente a él.

—¡Deberías ver esto, *fiordhraoi!* —exclamó Niall desde el piso inferior.

Aidan fue incapaz de encontrar un solo momento en su vida en el que se hubiera sentido tan feliz de escuchar su voz. Con toda probabilidad eso cambiaría cuando llegara al piso inferior y descubriera qué era lo que tenía que ver, pero en ese instante nada podía empañar el hecho de que había conseguido librarse del sermón de Roi.

—¡Voy! —gritó, orgulloso de que la palabra hubiera sonado casi como si estuviera sereno.

Le envió una sonrisita de disculpa a Roi y este la recibió con una mirada que sin duda significaba algo parecido a «volveré, O' Cleary». Aferrado a la barandilla como si su vida dependiera de ello —y, dada su falta de estabilidad, lo más probable era que fuese así—, bajó las escaleras y se encontró con un sonriente Niall que sostenía una enorme bolsa de basura frente a él.

—¿Pero qué...? —empezó a preguntar Aidan. Hasta que la bolsa de basura se agitó y lloriqueó—. ¿Lo has cogido? ¿Cómo? ¿Cuándo?

—Salí a tomar el aire y lo pillé en el bosque robándole un beso a Margarita —explicó Niall, risueño—. No sé en qué hemos fallado educando a esas chicas, de

verdad —añadió, al tiempo que sacudía la cabeza en un gesto histriónico de desesperación.

—No sé si me preocupa más que las distinga o que crea que debe educarlas —comentó Roi.

—A mí me preocupa que *realmente* se decida a educarlas —dijo Aidan.

—Con toda sinceridad, O’Cleary, no creo que ni siquiera él pueda dejarlas peor de lo que están —apostilló Roi.

—Ahí vas a tener razón, mira... —Aidan miró la bolsa de basura, a Niall y volvió a contemplar de nuevo el plástico con el ceño fruncido—. Eso es una bolsa de basura... —dijo, viéndose en la necesidad de explicar lo obvio.

—No —refutó Niall—. Es un *saco* de basura. Y ha funcionado, así que...

—Vale. Café. —Aidan se dirigió a la cocina. Ni en broma iba a enfrentarse a todo el asunto sin una buena dosis de cafeína que pudiera luchar contra los radicales alcohólicos que seguían recorriendo su organismo a pesar de la ducha. Roi, Niall y el saco gimoteador lo siguieron al momento. Se sirvió una taza, la olisqueó y lanzó una mirada suspicaz a su amigo—. ¿Café? —preguntó.

—Café —asintió Niall—. Aderezado con mi receta especial para la borrachera, por supuesto.

—Bien. —Apuró el brebaje de un trago, apretó los dientes cuando el líquido cayó a plomo en su estómago y ocasionó una explosión que reverberó por todo su cuerpo, e inspiró hondo. Aborrecía la receta de Niall para las borracheras. No solo te las quitaba, además te hacía sentir como si hubieras atravesado la borrachera y salido por el extremo más opuesto posible, así que en ese momento no estaba solo sereno; estaba más sereno de lo que había estado nunca desde la última vez que había necesitado la poción de Niall. Miró a su amigo y suspiró—. Vale, ábrela —ordenó.

Niall dejó la bolsa sobre la encimera. Durante un momento no pasó nada. Dos segundos después, algo salía de ella a la velocidad del rayo y echaba a correr hacia la puerta.

—*Trothad an so* —ordenó que se detuviera con su Voz.

Al momento, el *biosbardo* obedeció y se volvió hacia ellos, mirándolos atónito y como si pareciera dispuesto a echar a correr de nuevo si se le presentaba la ocasión.

—*Dean suidhe*.

Lo que a ojos de cualquier observador ajeno a la verdadera realidad del mundo sería un chico de unos doce o trece años, guapo como un muñeco y quizá un poco bajo y delgado para su edad, respondió a su orden y se sentó de un salto en la encimera.

—¿Puedo liberarte, o vas a salir corriendo? —preguntó Aidan.

—Podéis liberarme, *raoi* —respondió el *biosbardo*, respetuoso, utilizando para dirigirse a él la palabra gaélica que designaba a los druidas.

—*Fiordhraoi* —puntualizó, para hacerle saber que, a pesar de ser un druida, no pertenecía al Consejo. Libró al *biosbardo* del hechizo de su Voz y, a pesar de que este

se removió inquieto en su sitio, hizo honor a su palabra y no huyó—. Carlitos, supongo.

—Eh... Sí... —reconoció el ser, frunciendo la naricilla respingona en un gesto de incomodidad.

—Bien. Yo soy Aidan —se presentó—. Y ellos son Roi y Niall. —Esperó a que el chico los mirara bien y continuó—. Sabes lo que somos, ¿verdad?

El *biosbardo* se levantó e hizo una reverencia tan profunda que su cara casi consiguió rozar la punta de sus pies descalzos.

—Oh, vamos, deja eso —protestó Niall. El chico alzó la cabeza, lo miró y su reverencia se volvió más profunda aún—. Que lo dejes, en serio. ¡Corta ya, joder! —gritó al verse ignorado.

—Yo le haría caso —sonrió Aidan—. No somos muy protocolarios por aquí. —El crío se incorporó con lentitud. Su mirada pasó de uno a otro y al final decidió dejarse de reverencias—. Muy bien —aprobó—. Y ahora, creo que tienes algunas cosas que contarnos, Carlitos.

—No. —Hizo un exagerado gesto de negación con la cabeza y sus pies golpearon la encimera al mismo ritmo.

—¿Me vas a obligar a preguntártelo otra vez? —insistió, con la evidente sombra de una amenaza flotando entre las notas de su tono, en exceso cortés—. Porque los dos sabemos que, si te lo pregunto otra vez, no seré tan amable —añadió con una falsísima sonrisa encantadora.

—Me da miedo —gimoteó el *biosbardo* tras pensárselo un segundo.

—¿Lo has visto? —medió Niall.

—¿Vos no? —devolvió Carlitos.

—Se esconde ante mí —reconoció Niall a regañadientes—. Pero no se escondería ante una criaturita tan pequeña e insignificante como tú —añadió, inclinándose sobre el chico en un claro gesto amedrentador—. ¿Verdad?

Carlitos abrió sus enormes ojos de muñeco hasta que casi se salieron de sus órbitas, con la cara contraída en un gesto de pavor.

—Vamos, cuéntanos lo que sepas —lo animó Aidan—. Lo has visto, ¿no?

El chico lo pensó un segundo y asintió con tanta vehemencia como había negado antes.

—¿Sabes quién es? ¿O lo que es? —intervino Roi.

Una nueva negativa. No iba a ser tan fácil, claro.

—Pero sabes lo que quiere —afirmó más que preguntó Aidan. El movimiento negativo de cabeza se convirtió en uno afirmativo—. Y entiendes que no se lo podemos permitir, ¿verdad? —Ninguna respuesta—. ¿Verdad? —insistió.

El chico alzó la vista y lo miró con profunda tristeza.

—Vos podéis... —empezó, con expresión esperanzada.

—No, no puedo —lo frenó Aidan al instante. Carlitos se volvió hacia Niall—. Él tampoco —añadió antes de que su amigo pudiera meter la pata—. Y él mucho menos,

como ya sabrás —terminó señalando a Roi—. Pero si nos ayudas, encontraremos el modo de recompensarte —apuntó.

—¿Y si no? —se atrevió a preguntar el *biosbardo*. Los tres se quedaron mirándolo sin responder. El chico suspiró—. Os ayudaré —aceptó por fin.

PARTE II

Debí elegir la pastilla azul

Tiempo.

El tiempo no debería tener significado y, sin embargo, el tiempo ahora lo era todo. La magia había huido, el poder de tres y de uno se había debilitado. Veía las grietas en él como las veía en el Velo; en la puerta de su prisión.

Cambios.

La realidad que debería haber sido ya no era, y él no era lo bastante fuerte para hacer que volviera a ser. La distancia importaba ahora, como importaba el tiempo. No tenía aún la fuerza suficiente; no en este tiempo, no en ese lugar.

Pero sí tenía el poder de jugar con esa nueva decisión. No podía atraer a la Magia, pero podía destruir al que podía dominarla.

Trasgos, trasnos, mouros y mouras.

Urcos, espíritus, demos y diaños.

Criaturas que han sido, son y serán. Que quieren vagar libres, que aman cuando odian y odian lo que aman. Son mías, vienen a mí, van contra ti.

Enfréntate a mis hermanos, druida. Desata tu rabia.

Y muere.

Y el planeta seguía girando sobre sí mismo, e incluso alrededor del sol. No dejaba de ser inquietante si uno pensaba bien en ello. Y hasta un poco molesto. Diana pensaba que cuando el mundo se volvía del revés y no quedaba ni una sola pieza en su sitio a la que poder aferrarse, algo en un plano cósmico debería responder en consecuencia. Aunque fuera algo pequeño, irrelevante, casi imperceptible.

Pero no, el mundo seguía su curso, los días continuaban sucediéndose uno tras otro sin alterarse y al universo le importaban muy poquito sus desgracias. Y, aunque ya lo supiera a ciencia cierta, encontraba bastante desagradable darse cuenta de que en el gran esquema de las cosas no representaba siquiera una pequeñísima nota a pie de página, de esas escritas en tipo cuatro y que nadie con más de un cuarto de dioptría se molestaba en leer.

La Navidad había llegado y había pasado inundándolo todo con su espíritu habitual, que no, no era paz y amor. Para ella el verdadero espíritu de esas fechas se representaba con otras dos palabras bien distintas: Visa y MasterCard. Y como tenía más que sobrepasado el límite de una de ellas y jamás había tenido la otra, podía decir, sin temor a equivocarse, que las fiestas habían transcurrido sin pena ni gloria.

Y sin Aidan.

Todo el coraje que había conseguido reunir la noche en que él había aparecido borracho en el bar se había esfumado al llegar las primeras luces de la mañana. Y, para acabar de arreglarlo, sostuvo una rápida charla con Niall, en la que este le recomendó que diera un poco de oxígeno a todo el asunto mientras él meditaba cómo, cita textual, «tocar un poco las narices a Aidan».

Todo eso había acabado por acuchillar sus planes y la había embarcado en el primer autobús con rumbo a Coruña, con apenas una maleta cargada de regalos para las amistades que todavía conservaba ahí y que, para su sorpresa, se habían mostrado encantadas de acogerla durante unos días. Llevaba también un puñado de ropa metida a presión en una bolsa de deportes y siete baúles repletos de culpabilidad, angustia y autorrecriminación.

Había creído que Aidan intentaría detenerla, aunque fuera con la excusa de que necesitaban tenerlas vigiladas, pero ni se había molestado en ponerse en contacto con ella. Al comentárselo a Niall, este le había dado una críptica explicación acerca de la magia unida a la tierra, las limitaciones del poder y un montón de cosas más que venían a decir, más o menos, que cuanto más lejos estuviera, más segura se encontraría.

Pero, aun así, Aidan podía habérselo explicado él mismo, ¿no? Pues no.

No habían sido las mejores Navidades de su vida, para qué negarlo, y eso a pesar de que había salido prácticamente todos los días de fiesta y había aprovechado para

recordar cómo era vivir en un sitio en el que cada uno de sus movimientos no iba a ser comentado, diseccionado y servido en bandeja de plata para la diversión general.

Lo triste era que había huido para poder alejarse del pueblo y de sus recuerdos y, por qué no reconocerlo, para no terminar haciendo algo tan estúpido como correr a los brazos de Aidan y confesarle toda la verdad acerca del día que la había encontrado con Marcos, pero el pueblo se había marchado con ella de viaje y se colaba sin su permiso en sus pensamientos en cualquier momento que la encontrara distraída, recordándole todo lo que había dejado ahí y lo que la esperaba a su regreso.

Tampoco la ayudaban a distanciarse las dos docenas de llamadas de sus amigas, que recibía día sí y día también, para ponerla al día de las escasas novedades; todas referidas al otro asunto que estaba dando la vuelta a su mundo y que no le dejaba olvidar que su vida estaba en peligro y no había mucho que pudiera hacer por remediarlo. Pero es que le gustaría conservar esa vida por muy desordenada que estuviera en ese momento, y saber que no estaban avanzando demasiado en la investigación solo conseguía angustiarla más.

Y quizá habría podido soportar con estoicismo todo eso de no ser por los quince malditos mensajes que había recibido con puntualidad británica cada día sin falta a las once y treinta y dos de la mañana.

La primera mañana, cuando el móvil le había informado con el silbidito admirativo de costumbre de que tenía un mensaje de Aidan, el corazón le había aleteado en el pecho hasta casi partirle la caja torácica, sus dedos habían fallado tres veces antes de conseguir arrastrar el icono para abrirlo y la esperanza había flotado hasta alcanzar las nubes... Para empotrarse contra el suelo con gran estrépito cuando había leído el escueto «¿Todo bien?».

Recordaba con todo detalle haberse pasado dos horas mirándolo y analizándolo desde todos los ángulos posibles para decidir, en un alarde inusitado de confianza en sí misma, que quizá a Aidan no le gustaban los móviles, y de ahí lo breve de su mensaje. Así que había respondido con un larguísimo texto que le había costado casi otras dos horas redactar, con la resignada ayuda de Marta y la mucho menos cooperativa de Laura, a las que había tenido colgadas del *whatsapp* hasta que quedó satisfecha con el resultado. Cuando por fin se había dado por satisfecha y pulsado el icono de «enviar», se había pasado toda la tarde y gran parte de la noche comprobando el teléfono cada cinco minutos, como una adolescente colgada con su primer novio, hasta quedarse dormida con él entre las manos.

Y a la mañana siguiente, exactamente a las once y treinta y dos, el silbidito la había arrancado de las garras del sueño, dando alas de nuevo a su esperanza.

«¿Todo bien?», preguntaba.

Con la increíble capacidad del ser humano para autoengañarse, había llegado a la conclusión de que Aidan no había recibido su mensaje anterior, así que lo había reenviado después de pensárselo un buen rato. Pero, tras el tercer mensaje idéntico, no le quedó más remedio que rendirse al desaliento, y respondió con un escueto «sí»,

al igual que hizo cada uno de los días restantes, hasta esa misma mañana que, incapaz de resistirse, había añadido un conciso «vuelvo hoy».

Y, a pesar de todo, en ese momento, cuando el autobús se detenía en la parada, una parte de ella confiaba en encontrarse a Aidan esperándola.

¿Se podía ser más patética?

Furiosa consigo misma, aguardó impaciente a que el conductor abriera el portón metálico que accedía a las entrañas del autobús y le pasara sus bolsas, para poder irse a casa y decidir qué hacer el resto de ¿su vida?

—Hola, calabacita —saludó una voz a sus espaldas.

«Si no te vuelves, a lo mejor desaparece. Si no lo ves, es que no está ahí», quiso consolarse. Pero como ya no tenía ocho meses, al final decidió rendirse y enfrentarse a la mirada burlona de Niall.

—Hola —saludó de mal humor.

Él soltó una breve risa entre dientes y quitó las bolsas de la mano al conductor, dedicándole un gesto de agradecimiento con la cabeza.

—¿Decepcionada? —preguntó, tirando por tierra todas las esperanzas que había albergado acerca de esquivar el *trending topic* del milenio.

—No —respondió aun así, en su tono más despectivo.

—Mentirosa —rio Niall. Sin más, le dio la espalda y echó a andar hacia el coche, sin molestarse en comprobar si lo seguía.

Y lo siguió, claro. Al fin y al cabo, llevaba sus puñeteras maletas.

—¿Puedo conducir? —preguntó mientras Niall guardaba las bolsas en el maletero.

—No.

—¿Por favor?

—No.

—Venga, ¿qué más te da?

—No.

—Jooo —intentó a la desesperada, con el mejor y más efectivo de sus pucheros.

—Guárdate esas caritas compungidas para Aidan, calabacita —replicó Niall con esa maldita sonrisa suya—. Te van a hacer muchísima falta.

Intentó ignorar el vuelco que el estómago dio en su vientre, mareando cualquier esperanza que pudiera haber albergado de que las cosas se hubieran calmado entre ellos.

—¿Sigues enfadado? —preguntó en un hilo de voz mientras se deslizaba dentro del coche a través de la puerta que Niall mantenía abierta para ella, en una sorprendente exhibición de anticuada caballerosidad.

—¿Enfadado? —preguntó cuando tomó asiento junto a ella y puso el coche en marcha—. No, qué va —contestó con absoluta sinceridad.

—¿No? —inquirió esperanzada.

—Enfadado no es la palabra que yo usaría para describirlo. —Lo pensó un

instante, conduciendo el Maserati a la misma velocidad que usaría una ancianita octogenaria e hipocondríaca—. Insoportable encaja mejor. Y homicida, mejor todavía. —Niall recibió el irreprimible gemido de angustia con una carcajada y se volvió para mirarla con uno de sus habituales guiños traviosos—. ¿Qué esperabas? Lleva quince días aguantando el cachondeo de todo el pueblo —rio de nuevo—. No puede entrar en ningún sitio sin que le ofrezcan una tapita de ensaladilla. O un champú. Y sin que le pregunten por ti, claro.

—Mierda... —lloriqueó ella, con la cabeza escondida entre sus manos.

—Mierda, sí —aprobó—. El orgullo de un hombre es algo muy delicado, calabacita. Es peligroso hacer malabarismos con él —explicó en tono crítico, chasqueando la lengua con desaprobación—. Pero no te preocupes.

—¿Cómo no voy a preocuparme? —masculló. Se apartó el pelo de la frente y se frotó los ojos en un ademán de desesperación—. Mierda. A estas alturas ya debería saber que hacerles caso a esas dos siempre me mete en líos —protestó en tono agobiado.

Niall apartó los ojos de la carretera para posarlos sobre ella con gesto crítico, estudiándola. Después de unos segundos, dejó escapar un sonoro suspiro.

—Está bien. Vale. —Niall tomó aire con una inspiración profunda y pareció como si acabara de tomar una importantísima decisión. Diana lo miró con curiosidad—. Mira, te voy a hablar en serio, y espero que lo valores como se merece, porque no es algo que haga muy a menudo, ¿vale? —preguntó con una seriedad y una dignidad que se parecía tanto a su habitual pose burlona como el Fary a Johnny Depp. Parecía incluso regio.

—Vale —musitó ella, impresionada.

—Bien... —Se tomó unos segundos y asintió para sí mismo—. No te voy a mentir, Aidan ha tenido muchas, muchísimas mujeres. Más de las que soy capaz de contar. Creo que incluso más de las que él es capaz de contar —añadió, sonriendo con evidente ironía al ver su mueca incómoda—, pero lo conozco desde siempre, Diana, y nunca lo había visto así. —Se encogió de hombros antes de continuar—. Hasta ahora las mujeres entraban y salían de su cama y muy rara vez les dedicaba un segundo pensamiento.

—Genial —rumió ella—. Y se supone que eso debe tranquilizarme, ¿no? —preguntó, agresiva.

—Me importa un huevo si te tranquiliza o no —replicó él en el mismo tono que ella había usado—. Es lo que hay —dijo con esa actitud de nobleza ofendida que tan poco encajaba con el irritante cabrón de costumbre—. No es indiferente, o cruel, o lo que tú llamarías «un cabrón». En el fondo... —Dejó escapar una risa breve y seca—. En el fondo es un romántico —decidió.

—Un romántico, ya —ironizó, poniendo los ojos en blanco ante esa lógica absurda tan típica de los hombres.

—Sí, un romántico —repitió Niall pasando por alto el sarcasmo—. Las mujeres

se pierden por él porque, de verdad, de verdad, las adora. Lo que pasa es que no consigue que lo que quiera que siente por ellas llegue a la semana siguiente. —Lo consideró un instante—. O a la mañana siguiente —sonrió.

—Insisto, ¿y eso debería tranquilizarme? —gruñó.

—Insisto yo también, me importa un huevo que te tranquilice. —Sacudió la cabeza, no con pesadumbre o desesperación, sino como si quisiera borrar los últimos minutos de la conversación—. Diana, no tienes ni idea de la responsabilidad que Aidan lleva sobre sus hombros —masculló—. No tienes ni idea de lo peligroso que... —Se mordió el labio inferior, conteniendo las palabras. Y ese simple gesto fue más significativo y más inquietante que si se hubiera permitido hablar, y más teniendo en cuenta que no era de los que solían medir lo que salía por su boca—. Es igual —rechazó con un gesto indiferente de su mano—. El caso es que las mujeres sois una distracción estupenda —rio.

—Vaya, gracias —replicó sin molestarse en disimular el sarcasmo—. Así que ahora, ¿qué soy? ¿Una Playstation?

—Una idiota —concluyó Niall secamente. Ella resopló indignada—. Lo que estoy intentando decirte es que nunca, nunca, jamás lo había visto como ahora; celoso, irritado, descentrado, hecho polvo... —Gesticuló como si añadiera de forma subliminal más y más adjetivos que en ese momento no le venían a la cabeza—. Y mucho menos por una mujer, lo que significa que, por mucho que me sorprenda, parece ser que no eres como cualquier otra mujer para él.

—Porque tú lo digas —gruñó ella, esforzándose por evitar que las palabras de Niall dieran de nuevo alas a su esperanza. En el primer intento de alzar el vuelo, la pobre se había roto varias costillas y tenía serias lesiones internas. No sobreviviría a un nuevo golpe.

—Exacto, porque yo lo digo —replicó Niall, ignorando una vez más su tono—. Como te he dicho, es un romántico. Y le gustas. Le gustas como no le ha gustado nadie nunca. —La miró con una expresión que parecía sorprendida hasta el insulto. Ella le dedicó a cambio una mirada ofendida que, tal y como esperaba, no hizo ninguna mella en él—. Así que haré lo posible por arreglar lo que quiera que puedas llegar a tener con él porque, por mucho que me guste tocarle las narices..., y me gusta mucho... —Se interrumpió a sí mismo con una sonrisa a mitad de camino entre la melancolía y la sorna—, ese hombre es más que mi amigo y más que mi hermano, ¿entiendes? Mataría y moriría por él, joder. ¿Cómo no voy a ayudarlo en esto, que es mucho más fácil? —añadió en un gruñido airado e incómodo—. Y sí, tus amigas y tú habéis metido la pata hasta el fondo, pero todavía se puede sacar algo bueno de todo el asunto.

Ella no supo qué decir, al encontrarse con un hombre que poco o nada se parecía al de siempre, y él se mantuvo en silencio hasta que su boca empezó a curvarse en la acostumbrada sonrisa maliciosa y su rostro volvía a ser el del Niall insoportable y burlón que había llegado a conocer y a..., bueno, a apreciar quizá todavía no.

—Como te dije, calabacita, ahora te toca jugar hasta el final con las cartas que tú misma te repartiste —dijo con picardía—. Y yo sé exactamente cómo hacerlo —concluyó esbozando una amplia sonrisa.

—¿Y por qué esa sonrisa me da muchísimo miedo? —gimió.

—Porque eres más lista de lo que pareces.

Cualquier esperanza que Aidan hubiera albergado de llegar a casa, pasar desapercibido y colarse en su habitación para solucionar el desastre con discreción, se esfumó a los siete segundos exactos de atravesar la puerta trasera.

—Corrígeme si me equivoco, O’Cleary, pero tengo entendido que enero no es el mes más indicado para bañarse vestido —comentó Roi en tono melifluido.

—¿Qué haces despierto a estas horas? —gruñó él en un vano intento de esquivar el tema.

—El castañeteo de tus dientes me arrancó del dulce abrazo del sueño, mi empapado amigo —se burló.

—Muy gracioso, en serio. —Decidido a cumplir al menos parte de sus planes, lo esquivó y empezó a subir las escaleras que llevaban al piso superior. Por supuesto, como el karma siempre le había tenido un odio cerval, Roi fue tras él.

—¿Puedo preguntar qué has hecho esta vez para acabar de esa guisa?

Aidan se arrancó el encharcado jersey de lana sin dejar de subir por las escaleras. Cuanto antes estuviera bajo el agua caliente, antes recuperaría la temperatura de su cuerpo y podría volver a mirar el mundo como un lugar más o menos cómodo para vivir.

—Me encontré con una *lavandeira* —gruñó irritado.

—Una *lavandeira* —repitió Roi pensativo—. Y ahora me dirás que has sido tan imbécil como para ayudarla a retorcer sus sábanas.

—Por supuesto que no, joder —se indignó. Abrió la puerta de su dormitorio y entró en el baño.

Roi se dejó caer a los pies de la cama, mirándolo con una de sus cejas enarcada en un gesto burlón.

—Sé de sobra que, hagas lo que hagas, el jodido espíritu se las arregla para hacerte retorcer la ropa en el sentido incorrecto.

—Atrayendo con ello la mala suerte, que explicaría a la perfección por qué estás empapado de la cabeza a los pies —concluyó Roi por él.

—Sí —aceptó Aidan mientras manipulaba los grifos hasta dar con la temperatura correcta que, helado como estaba, se aproximaba bastante a la de cocer huevos—. Como lo explicaría el que... —Se detuvo. Cometer un error de principiante y hacer caso a las demandas de una *lavandeira* ayudándola a escurrir su colada ya sería malo. Reconocer que el error había sido otro bien distinto, y no por ello menos absurdo, sería mucho peor.

Por supuesto, Roi insistió.

—Como lo explicaría el que... —lo animó. Él terminó de desnudarse y se mantuvo en un obstinado silencio—. Sigo esperando, O’Cleary —se hizo escuchar

por encima del sonido de la ducha.

—Me cabreé, ¿vale? —estalló—. Me cabreé y... —Volvió a callarse, incómodo.

—¿Y? —volvió a insistir Roi.

Inspiró para serenarse. El agua caliente estaba obrando maravillas en su piel congelada, pero no estaba haciendo gran cosa por su creciente mal humor. Claro que en los últimos tiempos nada hacía gran cosa por su mal humor.

—Y le dije que se comprara una puta secadora y me dejara hacer mi jodido trabajo. Y ella se enfadó y me tiró al río —murmuró en tono casi inaudible.

Algo absurdo, porque sabía de sobra que Roi tenía un oído que dejaría en ridículo al mejor y más dotado de los murciélagos. Él casi pudo paladear la burla en el breve silencio que siguió a su comentario.

—Me preocupas, O'Cleary. Creo que, definitivamente, estás perdiendo tu toque con las mujeres —comentó burlón—, lo que me lleva al otro asunto que quería...

—Si vas a decirme que Diana ha vuelto, ya lo sé. Me lo dijo Marta —lo interrumpió de malos modos.

Llevaba esquivando el «tema Diana» desde el día en que ella se había marchado a toda prisa a Coruña —imaginaba que para encontrarse con el idiota de su ex, que ya no sería su ex, claro—, y tenía toda la intención de seguir esquivándolo en un futuro inmediato. Al menos hasta que entendiera por qué estaba tan cabreado con todo el asunto.

—Sí, imaginaba que lo sabrías —comentó Roi, en absoluto irritado con la interrupción—. Pero lo que no sabes es...

—Si no lo sé, no quiero saberlo —le cortó. Cerró el grifo de la ducha de un manotazo y empezó a secarse, mientras trataba de imaginar un modo de echar a su visitante indeseado que no implicara lanzarse sobre él y mazarlo a golpes. Aun cabreado como estaba, sabía que perdería.

—Aunque me encantaría ahorrártelo, O'Cleary, me temo que tienes que saberlo —insistió Roi.

Aidan asomó la cabeza por la puerta.

—¿Le ha pasado algo? —preguntó, inquieto—. ¿Otro ataque?

—Oh, algo le está pasando, sin duda. Y es grave, si quieres mi opinión —respondió Roi con su maldita ceja enarcada, en un irritante gesto displicente—. Pero si te refieres a si le ha pasado algo con nuestro misterioso *cliente*, la respuesta es no —explicó por fin.

—En ese caso, no me interesa —decidió Aidan.

—Estás siendo innecesariamente irracional con todo este asunto, amigo, y creo...

—Me importa una mierda —gruñó.

Aidan entró en el dormitorio y revolvió en el desorden de su armario hasta que encontró unos vaqueros y una camiseta razonablemente limpios y gloriosamente secos.

—Como quieras —concedió su amigo al fin. Se puso en pie y lo miró burlón—.

Estaré en la sala de juegos —informó—. No me perdería esto por nada del mundo —añadió más para sí mismo que para él, cerrando la puerta al salir.

Demasiado ocupado con su mal humor como para molestarse en dilucidar qué había querido decir Roi con su misteriosa despedida, Aidan terminó de vestirse y acarició por un segundo la idea de quedarse encerrado en su habitación hasta el fin de los tiempos, o hasta que mejorara el cabreo que se había pegado a él como un mal perfume en los últimos días. Lo que quiera que llegara antes.

Pero al final la curiosidad fue más fuerte que él y se dirigió hacia la sala de juegos. Si Roi solo había estado tomándole el pelo, al menos podría desahogarse un rato pegando un par de patadas a la máquina de *pinball*.

Apenas había recorrido un par de pasos por el pasillo cuando escuchó la risa de Diana escapándose a través de la puerta abierta de la sala de juegos y, de pronto, la idea de echar un par de partidas de *pinball* dejó de tener gracia. Estaba a punto de darse la vuelta y alejarse de ella lo más rápido que pudieran llevarlo sus pies, cuando, haciendo los coros a la risa de la chica resonó, otra muchísimo más familiar.

—Eso ha sido trampa, calabacita —escuchó decir a Niall en un tono de voz que se resistió a clasificar como «seductor».

«¿Calabacita?».

A pesar de sus intentos por acallar la emoción desconocida que llevaba asaeteándolo desde que había decidido que el único motivo que podía llevar a Diana a Coruña con tanta precipitación era el estúpido de su ex, dicha emoción cobró fuerzas renovadas. Algún día quizá debería plantearse ponerle un nombre, porque de la mañana a la noche ese sentimiento incómodo, entre ira y desesperación, se había hecho cargo de sus procesos mentales y lo incitaba a comportarse como un auténtico capullo con cualquiera que tuviera la mala fortuna de cruzarse en su camino.

Y lo que era incluso peor, saber que se estaba comportando como un perfecto capullo no conseguía evitar que lo siguiera haciendo.

En automático, guiado por su ya familiar emoción sin nombre, llegó hasta la sala de juegos. La oleada de sentimientos desagradables creció hasta casi asfixiarlo cuando se encontró a Niall pegado a la espalda de la pelirroja, con los brazos rodeándola, al parecer para enseñarle la posición correcta para lanzar un dardo. Ella se apoyaba sobre su pecho con una sonrisa tan amplia que, dado su estado de ánimo, casi parecía un insulto. Cuando terminó sus «explicaciones», Niall apartó los brazos, pero dejó una de sus manos sobre la cadera de Diana, esperando a que lanzara. Curiosamente él sintió esa mano como si estuviera emprendiéndola a puñetazos con su propio hígado.

Ella llevó el brazo hacia atrás para lanzar —y demostró con ello que, una de dos, o Niall le había explicado todo al revés o ella no había prestado ni la más mínima atención— y, cuando el dardo estaba a punto de dejar su mano, el traidor de su amigo se inclinó hacia su cuello y la pelirroja dio un respingo. El dardo se clavó en la pared, a unos setenta kilómetros del centro de la diana.

—¡Eh! —protestó Diana, sonriente—. ¡Me has soplado en la oreja!

—No, no —se defendió Niall—. Ha debido de ser el mismo duende que me hizo cosquillas cuando lancé yo.

«Y el mismo duende que te va a partir la cara si no quitas la mano de su culo ahora mismo», masculló para sus adentros.

—Intenté advertírtelo —sonó la voz indiferente de Roi junto a su oído—. Llevan así toda la tarde, desde que se han marchado sus amigas. He llegado incluso a plantearme buscar insulina en mi maletín para evitar un coma diabético —explicó, estremeciéndose con repulsión—. Estoy tan empalagado que podría vomitar —añadió con un suspiro sobreactuado.

—¡*Deartháir!* —exclamó Niall a modo de saludo, como si acabara de percatarse de su presencia, aunque Aidan sabía muy bien que Niall se había dado cuenta de que estaba ahí desde el principio—. ¿Te apetece echar unos dardos? —preguntó sin apartar su maldita mano del maldito culo de Diana.

Bien, quizá no estaba exactamente en su culo, pero estaba demasiado cerca para su salud mental, y que se condenara si sabía por qué le molestaba tanto.

—¿Ahora lo llaman así? —replicó, sin poder contenerse.

—No te lo recomiendo —rio ella—. Hace trampas.

Niall compuso un histriónico gesto de dolor que Diana encontró divertidísimo. Para él fue una marca más en la columna «Sí a partirle la cara».

—Sí, lo sé —masculló—. Nunca se le ha dado bien lo de seguir las reglas —añadió con intención hacia Niall. Este le devolvió una mirada tan cargada de inocencia que, de no conocerlo tan bien, se la habría creído sin dudarlo—. Hola, por cierto —saludó, concentrando su atención en Diana.

—Hola, Aidan —respondió ella en tono ligero.

—Has vuelto —dijo, porque sentía la estúpida necesidad de seguir hablando y no se le ocurría nada mejor que decir.

—Hace unas horas, sí —contestó la chica como si aguardara algo más de él.

—¿Te lo has pasado bien? —Maldijo para sus adentros al darse cuenta de que el tono cortés que había intentado se había convertido sin su permiso en un exabrupto, a mitad de camino entre la agresividad y la crítica.

Ella parpadeó, quizá confundida por ese tono absurdo.

—Muy bien —dijo con prevención.

Él quiso dejar la conversación en ese punto, retirarse en ese momento que todavía no había dicho nada irreparable. Era muy consciente de que lo que tenía que hacer era asentir sin más, hacer algún comentario estúpido a modo de despedida y largarse por donde había venido, pero antes de que su sensatez terminara de redactar las palabras, el mal humor de esos días se interpuso y habló por él.

—¿Y qué tal Marcos? —inquirió con la dosis justa de veneno como para sobresaltar a todos los presentes.

La pelirroja lo miró con una expresión confusa de lo más lograda.

—¿Marcos? —preguntó, sorprendida—. ¿Te refieres a Marcos, mi ex? —quiso saber.

—Olvídalo —gruñó al percibir por el rabillo del ojo cómo las caras de sus amigos iban de uno a otro como si estuvieran atendiendo a un partido de tenis muy emocionante. Y algo le decía que no apoyaban al jugador local, maldita fuera su estampa.

—Creo que me vendría bien una cerveza —declaró Roi para romper el incómodo silencio que siguió a su último comentario—. ¿Vienes, O’Cleary?

—Claro —gruñó sin apartar sus ojos de la pelirroja, hasta que la mano de Roi sobre su hombro le hizo volverse y abandonar la habitación sin echar la vista atrás.

Unos minutos más tarde, sentados en el salón con la nevera portátil cargada de cervezas a sus pies, Roi lo miró con un gesto preocupado que él se esforzó en ignorar.

—Niall lo está haciendo a propósito, lo sabes, ¿verdad? —preguntó después de unos momentos de silencioso escrutinio.

—Sí —reconoció Aidan de malos modos.

—¿Y sabes por qué? —insistió Roi.

—Porque no hay nada que le guste más que tocarme los cojones —replicó sin pensarlo un segundo—. Salvo quizá tocártelos a ti.

—Cierto —aceptó Roi—. Pero yo pretendía ir un poco más allá del análisis superficial, O’Cleary.

—Y yo pretendía tomarme una cerveza tranquilo, Roi —escupió—. Un deseo absurdo, teniendo en cuenta que llevas más de quince días sin encontrarte en un estado de ánimo que se parezca, aunque sea remotamente, a la tranquilidad —argumentó Roi, llevándose la cerveza a los labios para esconder una sonrisa que tenía mucho de malvada—. Así que dime, O’Cleary, ¿por qué crees que Campanilla te está haciendo esto? —inquirió antes de dar un largo trago a la botella.

Aidan contempló absorto unos segundos cómo su elegante amigo se las apañaba para hacer de un gesto tan vulgar como beber de una botella un auténtico alarde de buenos modales.

Sacudió la cabeza y se esforzó por volver a una conversación que no estaba en absoluto dispuesto a mantener, porque en el fondo, muy en el fondo, en ese lugar donde se escondían los pensamientos incómodos cuando no tenían ganas de incordiar, sabía muy bien la respuesta a la pregunta de Roi. Pero no tenía ninguna intención de darla en voz alta y convertirla en algo real. Ni por todas las ollas de oro del mundo.

—Somos tíos, Roi —suspiró—. Bebemos cerveza, hablamos de fútbol y de coches y pensamos que el melocotón es una fruta y no un color. Y todo eso nos libra de tener estúpidas conversaciones femeninas, ¿entiendes? —preguntó con un gruñido antes de dar él mismo un largo trago que acabó con la mitad de la cerveza. Y para demostrar su punto, se limpió la boca con el dorso de la mano, en un gesto vulgar en extremo que arrancó una mueca incómoda de Roi—. Así que, dime, ¿qué te parece el nuevo Porsche Carrera?

Roi lo consideró un instante.

—Lento, poco elegante y difícil de conducir. —Dio un nuevo sorbo a su botellín y lo miró con intención—. Y, al igual que tú, consume demasiado combustible cuando su conductor es idiota y no sabe manejarlo.

—Vale, lo que tú digas —murmuró Aidan, decidido a acabar con esta estúpida conversación de una vez por todas. Si cualquier cosa que dijera iba a ser utilizada en su contra, pues no diría nada y listo.

Roi esperó unos minutos sin apartar la vista de él, bebiendo de tanto en tanto pequeños sorbos de cerveza. Cuando por fin perdió la paciencia, resopló y se inclinó hacia delante en el sofá.

—Sigo esperando, O’Cleary —gruñó—. Dime por qué Niall te está tocando los cojones —exigió.

Él puso los ojos en blanco, exasperado.

—Yo qué sé, Roi. Es Niall —alegó como si eso lo explicara todo. Y, bueno, de hecho explicaba muchas cosas.

Roi suspiró de forma teatral.

—Pero entiendes que se está acercando a Diana para ponerte celoso... —afirmó, aunque dando a la frase un cierto tono interrogativo.

—Sí, Roi, lo entiendo perfectamente —replicó él, hastiado—. Y, con franqueza, me da igual por qué lo hace.

Roi sacudió la cabeza y dejó escapar una risa incrédula entre dientes.

—La cuestión, O’Cleary, no es tanto por qué lo hace, que para mí está muy claro, como que *realmente* ha conseguido ponerte celoso. —Enarcó una ceja en una muda pregunta y Aidan resopló irritado, con un gesto que pretendía decir «vale, ¿y?». Su amigo volvió a mirar al techo con desesperación—. ¿Te has planteado por qué estás celoso, O’Cleary?

—Bueno, ella... —intentó, resignado ya a no escapar de esa conversación.

—No —interrumpió Roi alzando un dedo en una advertencia burlona.

—Su ex... —probó de nuevo.

—No —volvió a frenarlo Roi, en un tono ligeramente distinto.

—Cuando Niall ...

—No.

—Si Diana...

—No.

—¡Maldición, Roi! —estalló. Las continuas interrupciones habían acabado por sacarlo de sus casillas, aunque no podía dejar de reconocer que estaba fascinado por la increíble cantidad de matices y tonos que podía contener un simple «no»—. Si no quieres mi jodida respuesta, ¿por qué diablos me preguntas? —gritó, ya fuera de sus casillas.

—Claro que la quiero, O’Cleary, no te exaltes —replicó Roi sin inmutarse—. Pero, en realidad, no me estás dando ninguna respuesta...

—¡Porque no me dejas! —se indignó.

Su amigo dio otro breve sorbo a su cerveza y lo estudió con expresión irónica.

—Porque no me estás contestando a lo que te estoy preguntando, O’Cleary —replicó con sarcasmo—. Para ser un «auténtico mago adentrándose en las profundidades psicológicas de sus personajes» —se burló, citando la última de sus críticas; una en particular de la que él se sentía muy orgulloso—, en este instante resultas bastante obtuso.

—Me has preguntado por qué estoy celoso —gruñó—, y yo...

—Y tú me estás intentando narrar todas las situaciones en las que te has puesto celoso —interrumpió Roi una vez más—. Lo que, y no te ofendas, resulta bastante aburrido, porque, por una parte, ya las conozco, y, por otra, no aportan nada nuevo a este interesantísimo debate.

—Interesantísimo mis cojones —renegó Aidan, confiando de forma bastante ingenua en que ese «aburrimiento» acabara por convencer al maldito Doctor Amor de dejar el tema.

—Es un placer comprobar que ya te estás haciendo a la jerga local, amigo —ironizó Roi. Dejó el botellín de cerveza en el suelo y apoyó los codos sobre las rodillas, convirtiendo su expresión burlona en una mueca severa de director de escuela de secundaria que el preadolescente que todavía habitaba en algún lugar de su interior acogió con un estremecimiento—. Esto sería mucho más rápido si te mostraras más razonable —murmuró hablando para sí mismo—, pero, como la sensatez es algo que nunca debo presuponer contigo ni con la tercera pata de nuestro banco, lo haremos a tu modo —decidió, agitando la cabeza en un gesto resignado—. Pero después no te quejes si la charla se prolonga más de lo debido —amenazó con un brillo acerado en sus peculiares ojos color caramelo.

—Yo ya no quería mantener esta sangrienta charla, en primer lugar —refunfuñó el adolescente que Roi acababa de invocar.

—Lo sé, lo has dejado muy claro —replicó Roi, con el acero de sus ojos infectando el tono de su voz—. Pero, teniendo en cuenta que llevas dos semanas poniéndote en toda clase de situaciones absurdas y arriesgadas, y que tu humor está a punto de volvernos locos a todos, ya no se trata de lo que tú quieras. —Lo miró con intensidad—. ¿Me he explicado con claridad? —inquirió con la voz de los tímpanos de hielo.

—Con claridad meridiana —masculló Aidan, más irritado consigo mismo que con el propio Roi por hacérselo ver, porque en el fondo sabía que tenía razón.

Desde que Diana se había marchado a Coruña no había dejado pasar una sola oportunidad para seguir cualquier pista, por absurda que fuera, espoleado tan solo por el conocimiento de que el peligro no le permitiría pensar. Y sí, se había metido en unos cuantos líos, pero esa era su vida al fin y al cabo, ¿no?

«Bien, quizá no tanto», decidió al pensar en alguno de los líos en concreto.

—Bien —comentó Roi, interrumpiendo el flujo de sus pensamientos—. Veo que

el Aidan O’Cleary sensato y razonable que todos conocemos y apreciamos sigue oculto ahí, en algún lugar de tu interior. Asfixiado por la testosterona, sí, pero ahí.

—¿Quieres ir al grano de una puta vez, Roi? —lo instó Aidan de mal humor mientras se estiraba para alcanzar otra botella de cerveza—. Si esto dura demasiado, acabará por hacerse de día. —Lo pensó un instante, mirando la botella salpicada de escarcha—. O acabaré por estar borracho, lo que quiera que pase antes.

—Sí, esa es otra constante en nuestras vidas últimamente —se lamentó su amigo. Cerró los ojos un instante y, tras unos segundos, se recostó de nuevo en el sillón clavando sus ojos en él—. Veamos, para empezar, refutaré tus absurdos «no-argumentos».

—Genial —ironizó él—. Apenas puedo esperar.

Roi se limitó a continuar como si la interrupción no hubiera tenido lugar.

—Ella no se fue a Coruña para encontrarse con nadie, como bien sabes. —Aidan abrió la boca para protestar, pero Roi alzó su dedo admonitorio, frenándolo en seco—. No —dijo con un tono despótico que habría impresionado al dictador más estricto de la Tierra—. Me da igual lo que tu absurda inseguridad te diga. Sabes de sobra que Laura y Marta te han repetido hasta la saciedad dónde y con quién estaba, y hasta te ofrecieron la oportunidad de ponerte en contacto con ella en cualquier momento. —Lo miró con severidad—. Oportunidad que tú y tu estúpido orgullo herido rechazasteis en repetidas ocasiones.

—No tenía nada que decirle —se justificó, presionado por el peso de esa mirada crítica.

—Por supuesto que tenías algo que decirle, O’Cleary, pero ya llegaré a eso —gruñó Roi. Volvió a cerrar los ojos para consultar sus notas mentales y continuó—. Su *ex* —remarcó, pasando al siguiente «no-argumento», como lo había clasificado él mismo— está de vacaciones en... —Lo pensó unos segundos—. Algún absurdo país europeo —concluyó, agitando una mano de largos y elegantes dedos frente a él, como si quisiera borrar todos los nombres que habían aparecido frente a su rostro y, con ellos, de paso, los mismísimos países—. Con su nueva novia, para ser exactos. —Hizo una pausa teatral esperando, quizá, que lo contradijera. No lo hizo. No, porque por mucho que una parte de él quisiera creer en sus propios argumentos para justificar la huida de Diana, Encarna, la del colmado, lo había bombardeado mil veces con noticias de su hija «y ese novio suyo», y de lo bien que se lo estaban pasando juntos en ¿Bielorrusia? ¿Moldavia? En fin, en cualquier estúpido país europeo, como había señalado Roi—. Y, para terminar, *Niall* ...

—Es un gilipollas —lo interrumpió Aidan, todavía furioso por esa mano indiscreta posada demasiado cerca de una curva que él había llegado a conocer muy bien la única vez que se había acostado con Diana.

—Sí, cierto —convino Roi—. Pero es un gilipollas *leal* —añadió con absoluta seriedad—. Sabes lo que pienso de él. Diablos, hasta él sabe lo que pienso de él. —Tras una breve sonrisa, su rostro se volvió serio de nuevo y, en una regresión a la

infancia de lo más molesta, Aidan sintió deseos de hundirse en su silla, avergonzado por una falta que todavía no estaba muy seguro de haber cometido—. Leal —concluyó en ese extraño tono neutro y carente de su habitual afectación—. Hasta la muerte y más allá —añadió con evidente intención.

Cualquier otro habría tomado esa aclaración por una forma de hablar, una simple metáfora, pero Aidan sabía muy bien que no era así. Era la más pura y simple verdad; lisa y llana como un mar en calma. A pesar de sus muchos e irritantes defectos y de su personalidad rayana en la psicopatía, Niall era *leal*. A Roi, por mucho que a este le pesara reconocerlo, y, sobre todo, a él. Y su lealtad no tenía atajos ni vacilaciones. Si le pidieran que los siguiera al mismísimo Infierno, Niall se limitaría a sonreír y a echar a andar tras ellos, preguntando si deberían comprar de camino unas botellitas de vino para el diablo.

—Y crees que eso... —empezó Aidan, al comenzar a sentir los primeros síntomas de lo que prometía ser un agobio capaz de asfixiarlo.

—Sé que eso le impediría hacer algo que pudiera herirte de verdad —lo corrigió Roi antes de que pudiera terminar la frase—. Y tú también lo sabrías, si no estuvieras comportándote como un idiota.

—Muy bien, Roi —suspiró, deseando terminar con todo eso de una maldita vez—. Ilumíname entonces... ¿Por qué me estoy comportando como un idiota? —preguntó con un sarcasmo terminal que su interlocutor se limitó a ignorar.

—Porque, mi queridísimo amigo, intentas ofrecerte a ti mismo tantos argumentos para estar indignado, que olvidas el argumento *real* —sonrió.

—Y ese argumento es... —lo animó Aidan con hastío.

—Estás celoso porque no puedes soportar que otro ponga las manos en lo que consideras tuyo... —Roi hizo una pausa para sonreír con ironía—, aunque no te atrevas a reclamarlo como tal. *Sobre todo*, porque no te has atrevido a reclamarlo como tal.

—Roi, estamos en el siglo XXI —intentó burlarse para esquivar el «argumento real»—. Las mujeres hace mucho que no se consideran «propiedades». No puedo reclamar como mío lo que...

Esta vez no fue la sonrisa de Roi lo que lo interrumpió, sino una auténtica y genuina carcajada de pura diversión.

—No sé ni por dónde empezar a refutar esa afirmación, O'Cleary —se carcajeó—. Empezando por lo evidente, que hace referencia a tu persona, y terminando por las razones antropológicas que...

—Cierra la puta boca —gruñó, irritado—. No sé qué quieres de...

—Quiero que reconozcas que estás total, absoluta e irremediabilmente loco por esa chica, O'Cleary —lo interrumpió su amigo sin sonreír—. Y quiero que lo reconozcas ya. Ante ti mismo en primer lugar y después ante ella, para que todos podamos seguir con nuestras vidas sin tener que aguantar tus estupideces suicidas de las últimas semanas. —Concluyó con una mirada que convertía su comentario en una

orden irrefutable. Una parte de él quiso rebelarse.

Pero no fue capaz.

Mierda.

Antes de que su mente consciente pudiera intervenir en el asunto, se puso en pie de un salto, apuró lo que le quedaba de cerveza y dejó el botellín abandonado junto a los otros dos que ya habían muerto a sus manos desde el comienzo de la charla. Echó a andar hacia la puerta sin molestarse en decir adiós, y la voz entre aburrida y harta de Roi lo detuvo en la puerta.

—Y ahora, ¿a dónde vas, O’Cleary?

—Al bosque —contestó secamente—. Necesito pensar. Solo —añadió al escuchar un sonoro suspiro y la protesta del sofá al dejar de soportar el peso de su amigo.

—Estupendo —le pareció escuchar antes de salir.

Diana llevaba tanto tiempo dando vueltas alrededor de la sala de juegos que no se habría sorprendido de encontrarse un sendero dibujado por sus pies nerviosos sobre la tarima de cedro. Llevaban una hora encerrados en esa maldita habitación y, desde que Aidan y Roi habían bajado, Niall parecía haber decidido que ya no tenía ningún sentido entretenerla y se había ido a dar una vuelta por su mundo privado. Y ese mundo debía de ser fascinante, a juzgar por las cuatro palabras escasas que habían cruzado desde entonces, siempre incitadas por ella.

Ella no se consideraba a sí misma una persona demasiado sociable, de esas que necesitan llenar los silencios con charla innecesaria y banal, pero estaba demasiado nerviosa como para recordarlo. Y el obstinado silencio de Niall lo empeoraba todo, porque la dejaba a solas con sus pensamientos y su memoria.

Y la memoria era una hija de perra muy tramposa.

Durante las vacaciones en Coruña, esa maldita traidora la había convencido de que Aidan era un tipo normal y corriente, adornado por sus hormonas y las trampas de su libido. ¿Mono? Sí. ¿Con un buen cuerpo? Sí, como muchos. Pero nada más.

Así que cuando lo había visto plantado en la puerta, con sus vaqueros raídos colgando de las estrechas caderas, la camiseta arrugada abrazándose a unos músculos que solo debería acariciar ella y el pelo húmedo cayendo sobre esos increíbles ojos azul oscuro que la miraban con intensidad, el golpe fue cien veces más grande que si hubiera recordado lo increíblemente bueno que estaba.

Si Niall no hubiera estado sujetándola, sus rodillas se habrían negado a hacer su trabajo y la habrían dejado caer al suelo sin pensarlo.

Cómo había conseguido dirigirse a él en ese tono indiferente que su co-conspirador le había obligado a adoptar era un misterio que nunca sería capaz de desentrañar.

Suspiró y decidió hacer un nuevo intento de entablar conversación, no porque se muriera de ganas por hablar con él, sino porque iba a volverse loca si no apartaba su mente de las imágenes de Aidan y de lo que quiera que estuviera hablando con Roi en el piso inferior.

—¿Podemos bajar ya? —casi lloriqueó.

—No —replicó Niall distraído.

Lo miró furiosa. Su mundo se estaba desmoronando y ahí estaba él, tan tranquilo, en la más perfecta representación de una imagen bucólica, contemplando la lluvia medio recostado sobre el banco que descansaba bajo la ventana, con una mano apoyada en la rodilla de la pierna que tenía recogida y la otra trazando líneas en los cristales.

Abrió la boca para provocarlo, rogarle, insultarlo o cualquier cosa que sirviera

para que se dignara a abandonar el silencio y dejara de mirar la lluvia como si nunca la hubiera visto, cuando una sonrisa encantada e infantil se abrió paso en su rostro, convirtiéndolo por un segundo en una criatura casi irreal: un niño travieso, perfecto; un querubín de belleza imposible que acababa de descubrir que su árbol de Navidad estaba lleno de regalos a pesar de su mal comportamiento.

—Adoro la lluvia —suspiró.

Alzó de nuevo la mano y la posó sobre el cristal, en un punto a la altura de su cabeza. Después deslizó el dedo por la superficie transparente sembrada de gotas y dibujó una línea serpenteante hasta llegar al borde de la ventana. Un segundo después, una gota enorme caía en el mismo lugar donde él había puesto el dedo y seguía el camino imaginario que había trazado hasta encontrarse con su mano en el dintel. La sonrisa de Niall se amplió y volvió a repetir sus gestos. Una vez más, una gota cayó de las nubes para obedecer su silenciosa orden.

—¿Cómo diablos...? —balbuceó ella.

—Magia —respondió él, mirándola por fin con esa enorme sonrisa infantil.

Un mes antes habría resoplado incrédula y habría decidido no dar más vueltas al asunto. No le gustaban los «truqueros», como los llamaba Marta, y el ilusionismo le daba cien patadas, pero, ahora que sabía que la magia era real, lo único que pudo hacer fue boquear asombrada.

—¿Puedes...? O sea... ¿Tú...? —tartamudeó.

Niall soltó una carcajada alegre y le dedicó un guiño travieso antes de volverse de nuevo hacia la ventana. Esta vez posó sus cinco dedos y deslizó la mano por el cristal. Cinco gotas respondieron obedientes a su llamada, elaborando un intrincado diseño hasta alcanzar el marco.

—Chulo, ¿eh? —preguntó sonriente.

—Muy chulo —musitó ella con los ojos clavados en la ventana, como si temiera que la magia fuera a esfumarse solo por dejar de mirarla.

Su mal humor y sus nervios decidieron tomarse un respiro y permitir que la fascinación infantil tomara su lugar en lo más alto de la lista de tareas mentales. Se acercó a Niall y la sonrisa de este se amplió todavía más, tan encantado con su reacción como con la lluvia y su magia.

—Hazlo otra vez —pidió Diana junto a su hombro.

Él celebró su petición con otra de esas carcajadas inocentes, tan alejadas de su habitual tono maligno que apenas podía reconocerlas como suyas.

—Está bien —concedió—. Pero, cuando Aidan intente cortarme los huevos, espero que me defiendas —le advirtió en son de broma—. No le gusta nada que use la magia para «tonterías» —aclaró sin abandonar su sonrisa.

—¿Siempre haces lo que te dice? —lo pinchó.

—¡Joder, no! —rio Niall. Se volvió de nuevo hacia la ventana y dejó la mano flotando frente al cristal, como si intentara decidir qué iba a hacer a continuación—. Vamos a ver... Creo que... —Se frenó en seco y la sonrisa desapareció de su rostro

con tal velocidad que podría jurar que nunca había estado ahí. Lo siguiente que salió de sus labios mientras se ponía en pie de forma apresurada fue una larguísima frase en lo que Diana había aprendido a reconocer como gaélico. No entendió ni una palabra, pero, teniendo en cuenta el tono y la actitud, enseguida lo clasificó como una maldición capaz de hacer llorar a los ángeles y hacer parpadear, confuso, al mismísimo diablo—. Vamos —ordenó de pronto, agarrándola de la muñeca y arrastrándola hacia la puerta.

—Niall, ¿qué...? —balbuceó Diana mientras trataba de mantenerse en pie y seguir sus zancadas de siete leguas.

—Aidan —explicó sin más. Su estómago aleteó en su vientre y ejecutó un perfecto salto mortal—. ¡Roi! —gritó Niall sin perder un paso—. ¡Roi! —repitió más alto mientras bajaba las escaleras.

—Estoy aquí —anunció este desde la puerta. Niall cubrió la distancia que los separaba, arrastrándola todavía, sin darse cuenta de que ella empezaba a temer que el brazo se despegara de su hombro—. Iba a seguirlo —explicó con brevedad.

El que Roi no adornara sus frases con las habituales revueltas poéticas la asustó casi más que los gritos de Niall, su apresuramiento y su seriedad. Su estómago renovó sus esfuerzos de entrenamiento para participar en las olimpiadas y la garganta se encogió sobre sí misma por el pánico, negándose a suministrarle todo el oxígeno que requería su cuerpo azuzado por la adrenalina.

—¿Qué pasa? —preguntó con algo que se parecía más a un graznido que a su propia voz.

—¿Qué cojones le has dicho? —exigió saber Niall, ignorándola.

—Ni más ni menos que lo que habíamos hablado, joder —replicó este mientras abría la puerta de un tirón y se adentraba en el atrio porticado que, adornado con las sombras nocturnas y los escasos charcos de luz que se filtraban de la ventana, parecía sacado de una película de terror de bajo presupuesto—. ¿Hacia dónde? —preguntó en dirección a Niall después de escrutar el espeso manto oscuro del bosque y, para su estupefacción, olisquear el aire como un sabueso en busca de un rastro.

—¿No lo sabes? —se sorprendió Niall.

—¿Lo preguntaría si lo supiera? —masculló Roi de mal humor. Al instante, sus ojos se abrieron de par en par—. ¿No lo sabes tú? —preguntó con algo tan cercano al terror que ella quiso chillar. Niall respondió con lo que, con toda probabilidad, era otra intrincada maldición—. Dejando al margen las imposibilidades anatómicas, no puedo estar más de acuerdo —replicó con una afectación bajo la que ella fue capaz de percibir una nota de desesperación—. Tendrás que guiarnos tú —sugirió con ese mismo derrotismo arrastrándose bajo la superficie de su tono.

Niall lo miró más cabreado de lo que ella había imaginado que alguien como él podía estar.

—Si tú no puedes —ladró entre dientes—, ¿qué te hace suponer que voy a poder hacerlo yo?

Roi enarcó una ceja en un gesto que era asombro y miedo a partes iguales.

—No pretenderás decirme...

«¿Decir qué?», gimoteó ella para sus adentros, al ver cómo dejaba la frase sin concluir, abriendo camino a cientos, miles de tenebrosas posibilidades. Miró a uno y a otro. Niall, furioso; Roi, intentando mantener una calma que, a todas luces, estaba muy lejos de sentir. Y abrió la boca para soltar una exigencia que no llegó a salir de sus labios.

—Inténtalo —ordenó Roi con severidad.

—Estás de coña, ¿no? —se exaltó Niall, gesticulando como si estuviera rodeado por un millón de avispas dispuestas al ataque—. ¡Sabes de sobra que no puedo saltarme sus protecciones! ¡Nunca he podido! —chilló desesperado—. ¡Nadie puede, joder!

—Pues menudo príncipe estás tú hecho —atacó con sarcasmo.

El silencio cayó como una losa sobre ellos, como una condena o una mala profecía. Se miraron uno a otro, comunicándose sin palabras, hasta que la tensión alcanzó la masa crítica.

—¿Alguien quiere explicarme qué está pasando? —exigió saber Diana a voz en grito—. Estoy aquí, ¿sabéis?

—Aidan ha ido a buscar problemas —respondió Roi tras una pausa que a ella se le antojó eterna.

—¡No me digas! —ironizó—. ¡No lo habría imaginado ni en un millón de años! Y yo aquí, pensando que estabais enfadados porque no os había invitado a un *picnic*...

—No tiene gracia, mujer —espetó Niall airado.

—¿He dicho yo que la tenga? —se indignó Diana. Miró a los dos hombres, que parecían más concentrados en sus propios pensamientos que en molestarse en atender a sus preguntas. O a su naciente histeria—. Por favor —suplicó, cambiando de táctica a toda prisa—. Por favor, decidme lo que está pasando —gimoteó.

Los dos la miraron y se miraron entre ellos, comunicándose una vez más en silencio como solo podían hacer dos personas que habían pasado demasiadas cosas juntas y ya estaban más allá de las palabras. Por fin, después de una eternidad encarnada en apenas medio minuto de preocupación y nervios, Niall se encogió de hombros y Roi suspiró de forma teatral.

—Cuando te fuiste, dejaste a Aidan tan... —rebuscó en su mente una palabra oportuna— confundido. Confundido y... —Se detuvo y gesticuló con impotencia, como si no encontrara la forma de explicarse.

—Cabreado —apuntó Niall.

—Sí, cabreado. Consigo mismo, pero cabreado al fin y al cabo. Exacto —aprobó Roi, asintiendo en agradecimiento hacia Niall, que, por una vez, se limitó a devolverle el gesto con severidad, sin más comentarios—. El caso es que, como en el fondo es un adolescente emocional incapaz de gestionar sus sentimientos, el único

modo que se le ocurrió para apartarte de su cabeza fue meterse en todos los líos imaginables que tuviera a su alcance —explicó en tono crítico.

En otro momento su esperanza habría despertado del coma inducido por su instinto de conservación y habría exigido más datos, pero incluso alguien tan patético como ella se sentía con ese asunto tenía que reconocer que su paz sentimental tendría que aguardar su turno.

—Y lleva todo este tiempo siguiendo cada pista de los libros de Marta, por absurda o inútil que pueda parecer —remató Roi su explicación.

—No «cada pista». Cada pista *peligrosa* —puntualizó Niall.

Su amigo asintió, aceptando la corrección.

—El caso es que hace un par de días Marta llegó con un libro nuevo. Uno que encontré escondido bajo unas tablas del trastero... —continuó Roi.

—Algo me comentó, sí —musitó Diana. Empezaba a ver cómo iba a terminar la charla, y, pese a lo que tuviera que decir el maltratado músculo que ahora mismo bombeaba sangre como si estuviera poseído, sabía que no le iba a gustar nada—. Tenía partes en un idioma raro, o algo así, ¿no? —preguntó, más por mantenerse aferrada al único cabo que la anclaba a la realidad, que porque realmente le interesara saberlo.

—No exactamente —aclaró Roi—. Pero, a todos los efectos, puedes pensar que así era.

—Fue culpa mía —suspiró Niall con evidente agobio.

Roi lo miró con gesto compasivo y colocó una mano tranquilizadora sobre su hombro.

—No —negó en tono autoritario—. *Tenías* que obligarle a abrirlo. Era la mejor pista que teníamos, lo sabes —intentó serenarlo.

—¿Qué decía el libro? —preguntó Diana con un hilo de voz.

—Era el diario de la bisabuela de Marta —explicó Niall a regañadientes—. Esa mujer debió de ser una meiga muy poderosa en sus tiempos —meditó pensativo. Sacudió la cabeza, como si alejara algún pensamiento incómodo, y la miró con intensidad—. Hablaba de algo maligno en el bosque, de un peligro antiguo; de cómo había intentado enfrentarse a él y cómo había terminado por huir. Todo esto mucho más adornado y críptico, claro. —Se encogió de hombros a modo de disculpa—. Tenía una prosa muy poética —explicó con una sonrisilla incómoda al ver su gesto precavido—. Bueno, el caso es que todo parecía encajar. Pasó gran parte de su vida intentando «contener» esa magia. Y daba muchos detalles que cuadraban con lo que está pasando.

La mente de Diana procesó todos los datos, buscó las evidentes lagunas en la explicación de Niall y se lanzó a tumba abierta a procesar una teoría.

—Y Aidan ha ido a buscar... *eso* —concluyó. Los dos hombres asintieron—. Solo —se estremeció. Un nuevo asentimiento—. Y no sabéis dónde está. —El asentimiento se convirtió en negativa—. Pero si vosotros también habéis leído...

—Las partes en las que explicaba dónde se escondía esa criatura estaban... — dudó—. «Protegidas» —dijo Roi por fin, aunque parecía poco satisfecho con la elección de la palabra.

—Protegidas —repitió Diana a modo de pregunta indirecta.

—Con magia —aclaró Niall—. Para mantener a salvo a los curiosos, supongo — explicó con un encogimiento de hombros.

—Y hasta ahora no habíamos podido romper las protecciones —añadió Roi, como si eso lo explicara todo. Lo miró confusa y él suspiró—. Aidan ha debido de conseguirlo y no ha dicho nada —precisó, agobiado.

—¿Y no podéis mirar el puñetero libro y ver dónde ha ido? —exclamó Diana, perdida de nuevo en esa nube de irrealidad que llevaba persiguiéndola desde antes de la Navidad.

—Eso no funciona así, nena. Las protecciones se abren para quien sabe abrirlas, nada más. Si no fuera así, ¿de qué servirían? —replicó Niall, como si acabara de decir la cosa más lógica del mundo.

—¡Pero tú también haces magia! —lo acusó. La parte curiosa de su cerebro registró de reojo cómo Roi enarcaba una ceja crítica en dirección a su amigo, pero eso no la detuvo. Si Aidan estaba en peligro...—. ¡Yo te he visto! ¿No puedes...?

—No, no puedo —reconoció Niall de mala gana. Lo miró exasperada—. No me mires así, es la puta verdad —protestó indignado—. Si sacamos a Aidan de esta, pídele que te explique de una vez quién es en realidad, joder —escupió—. Y lo que puede hacer —añadió en tono ominoso.

—Es... Es... —balbuceó—. Es un druida, ¿no? —intentó.

—Sí, claro. Y un Ferrari es solo un cochecito mono —masculló. Abrió la boca para continuar, pero se detuvo en seco al ver la mirada de advertencia de Roi. Sacudió la cabeza con irritación—. Es igual —gruñó por fin—. El caso es que no sabemos dónde está y él se ha ocultado para que no podamos seguirlo.

—Vale —respondió ella con voz temblorosa, esforzándose por mantener la cabeza fría y sus sentimientos alterados al margen de toda la situación—. Vale, pues sigámoslo a la manera tradicional —sugirió con apresuramiento—. Todos los años se pierde algún crío en los bosques y hay gente en el pueblo que...

—No vamos a meter a la gente del pueblo en esto, Diana —la frenó Roi.

—Y a ti tampoco —añadió Niall, con ese tono regio que ella solo le había escuchado una vez antes.

—¡Y una mierda me vais a dejar fuera! —protestó incrédula—. Yo conozco esos bosques mejor que vosotros. Y Marta mejor que yo todavía. Podemos ayudar, podemos...

—Podéis quedaros en casa quietecitas y tranquilas —interrumpió Niall sin alterarse, pero con una innegable actitud autoritaria—. No vais a acercaros al bosque hasta que os digamos que podéis hacerlo.

—Intenta impedírmelo —se obstinó Diana.

—¿De verdad quieres que lo haga, calabacita? —preguntó Niall. Y su tono no fue tan interrogativo como amenazante, mientras se inclinaba hacia ella hasta que sus narices casi se tocaron, en un gesto definitivamente intimidatorio. Reprimió un escalofrío al ver el brillo peligroso de sus ojos—. Vamos, nena, alégame el día —la alentó—. Me encantaría, en serio.

—Yo no lo pondría a prueba —canturreó Roi—. Al fin y al cabo, piensa que todo esto es culpa tuya, así que... —Dejó la frase inacabada, esperando que su imaginación la completara con una amenaza.

—No es culpa... —empezó.

Y se detuvo. Sí era culpa suya. Por haberlo enfadado, por haber huido, por haberse dejado llevar por sus amigas, primero, y por los amigos de él, después. Por no haber sabido plantarle cara a él y a lo que sentía, por... La culpabilidad le cayó encima como un peso de muchas más toneladas de las que era capaz de contar. Intentó respirar y llenar sus pulmones con una bocanada relajante, pero lo único que consiguió fue un suspiro entrecortado que aumentó la presión en su pecho.

Roi la miró con algo muy cercano a la compasión y posó una mano tranquilizadora en su hombro.

—No debí decir eso. No es cierto. La culpa es de él y de su maldita testarudez, no tuya —explicó contrito, a modo de disculpa—. Pero tienes que quedarte —añadió, severo—. No podemos estar pendientes de ti y de lo que te pueda pasar, ¿entiendes?

—Tenemos que irnos —intervino Niall, que a todas luces había perdido ya todo el interés en el asunto y parecía a punto de saltar al bosque de un momento a otro sin más dilación.

Roi suspiró de nuevo, le lanzó una larga mirada y asintió.

—Quédate aquí y espera noticias nuestras —ordenó mientras su compañero echaba a andar ya hacia el bosque—. Lo traemos sano y salvo, no te preocupes.

Ella asintió y los siguió con la mirada hasta que desaparecieron entre la frondosa maleza. Entonces sacó el móvil del bolsillo y tecleó el número de Laura a toda velocidad antes de llevarse el terminal a la oreja.

Esperaría, sí. Pero no sin hacer nada.

A pesar de la voz de su conciencia, que no dejaba de repetirle que estaba cometiendo un enorme error, Aidan no podía invocar ni un ápice de sentido común que lo forzara a detenerse y a considerar todas las posibles consecuencias de sus actos. O que, mucho mejor todavía, lo hiciera dar marcha atrás y volver por donde había venido.

De todas las estupideces que había estado cometiendo, una tras otra durante las dos semanas pasadas —o incluso desde antes: desde que había puesto sus ojos y su libido en el culo de la pelirroja—, esta se llevaba la palma, la medalla de oro y hasta la mención de honor.

Si fuera el tío sensato que creía ser, se habría llevado a sus amigos con él. Si fuera el tío sensato que creía ser, no estaría en ese bosque poniéndose él solito en la que con toda probabilidad era una de las situaciones más peligrosas a las que había hecho frente jamás. Si fuera el tío sensato que creía ser, les habría dicho a sus compañeros que había conseguido saltarse las protecciones del libro en el mismo instante en el que lo había hecho.

Pero no había sido así porque ya hacía casi un mes que Aidan O’Cleary era cualquier cosa menos el tío sensato que creía ser.

Y por mucho que se hubiera comportado como un perfecto idiota en la conversación con Roi, estaba muy lejos de serlo, así que era muy consciente de por qué estaba haciendo de la insensatez suicida su marca de la casa. Había sido muy consciente de ello desde el principio, desde el maldito primer día, y había intentado controlarlo por todos los medios a su alcance.

Sin ningún éxito.

Se detuvo en el centro de un pequeño claro, escudriñó el bosque con los ojos de su instinto y echó a andar de nuevo variando apenas el rumbo, tras lanzar una maldición por haberse desviado de él. Estaba distraído y eso podía costarle caro. Muy caro. Se forzó a concentrarse, a mantener la cabeza alejada de sus estúpidos enredos sentimentales y a centrarse en la tarea que tenía entre manos. Por su propio bien, y porque en el fondo su intención al salir hacia el bosque sin avisar a nadie había sido precisamente alejar la cabeza de sus estúpidos enredos sentimentales.

Pero pretender ser de nuevo un tío sensato era mucho más fácil que conseguirlo, como lo habían demostrado todos sus fallidos intentos de las semanas anteriores.

Hastiado con toda la situación, y sobre todo consigo mismo, se detuvo y decidió perder unos minutos poniendo en orden sus pensamientos y sus... Sí, maldita sea, sus sentimientos también. Al fin y al cabo no podrían encontrarlo a menos que él quisiera, y eso le garantizaba como mínimo un poco de paz.

Se sentó en el suelo, apoyado contra el tronco de un pino que babeaba resina por los cuatro costados, e ignorando olímpicamente lo que esa savia podía hacer a su

chaqueta, recogió las piernas y apoyó las muñecas en las rodillas, alzando la vista hacia las afiladas agujas verdosas que filtraban más lluvia de la que detenían. Por una vez no encontró el agua irritante, quizá porque tenía muchas más cosas irritantes a las que prestar atención. Suspiró y se preparó para enfrentar la verdad que había estado intentando evitar durante días.

«Reconócelo, O’Cleary —se ordenó—, el tío tenía toda la sangrienta razón; estás celoso».

Lo estaba. Sin la menor duda. No era una emoción familiar, pero incluso alguien tan idiota como él se sentía en ese preciso instante era más que capaz de reconocerla. Los celos estaban royéndole la confianza, el humor y hasta los cimientos de la persona que creía ser. Imaginarse a Diana en brazos de otro tío le hacía sentir ganas de agarrar la primera arma contundente que estuviera a su alcance y ponerse a destrozarlo todo a su alrededor. Y ver a uno de sus mejores amigos tocando lo que, por mucho que se hubiera reído de Roi, consideraba suyo, había sido la prueba definitiva; jamás había sentido tantos deseos de partir la cara a alguien, lo que no pintaba nada bien, teniendo en cuenta que en el caso de Niall podía decir sin temor a equivocarse que deseaba partirle la cara al menos una vez al día y conseguía reprimirse sin mucho esfuerzo.

Le había faltado muy poco para saltar sobre él y cebarse con esa cara bonita que las mujeres encontraban tan irresistible, aunque solo fuera para que sus manos se apartaran de ella. Apenas había conseguido mantener a raya su mal genio. Y si Roi no le hubiera dado la excusa para salir de esa habitación, el finísimo hilo que lo mantenía anclado a la cordura habría acabado por romperse sin remedio. Si añadía a todo eso que ese hombre era para él un hermano más que un amigo; que a pesar de su rabia sabía que jamás se atrevería a intentar nada serio con la chica, y que en cualquier otro caso habría etiquetado todo el asunto como la típica escena entre dos personas que estaban haciéndose amigas... Estaba bien jodido.

Había intentado mantenerse alejado. Había intentado volver sus sentimientos a una temperatura confortable. Había intentado comportarse con ella como con cualquiera de las mujeres que la habían precedido.

Y había fracasado de la forma más miserable posible.

Cuanto más intentaba alejarla de sus pensamientos, más aparecía en ellos. Cuanto más intentaba no desearla, más lo carcomía un deseo tan atroz que lo paralizaba. Y cuanto más intentaba no pensar en la palabra maldita, la palabra maldita ascendía un peldaño más desde las profundidades de su mente, esforzándose en alcanzar la superficie y burlarse de todos sus intentos de esquivarla.

«Dila y acabemos de una vez —se ordenó—. Eres escritor, O’Cleary, sabes que las palabras tienen poder. Pronúnciala y exorcízala, a lo mejor así puedes librarte de ella de una vez por todas».

A pesar de que era un consejo sensato, sus labios se negaban a responder a la orden como si estuviera intentando hablar en una lengua extraña. Una para la que su

aparato fonador no estaba diseñado. Abrió la boca y la volvió a cerrar. Se aclaró la garganta. Tragó saliva.

Y al fin, después de mucho debatirse consigo mismo, reunió el valor necesario.

—¿Estoy enamorado de ella?

Su intención había sido probar la frase como una afirmación, ver cómo sonaba y cómo la sentía en su forma asertiva, pero el tono interrogativo se había colado en ella sin su permiso, quizá porque así todo sería más fácil. Sin embargo, nada volvería a ser fácil. Nunca. Porque, en cuanto la pregunta se escapó de sus labios, un rotundo «sí» la respondió sin su consentimiento.

—Genial —masculló al saber que ya no había forma de escaparse. Que cuando las palabras se pronunciaban en voz alta se volvían reales—. Estupendo momento para una puta epifanía —maldijo.

De pronto se sintió idiota. Estaba perdido en mitad del bosque, solo, empapándose con la lluvia y dispuesto a enfrentarse a un peligro lo bastante importante como para que una meiga poderosa se hubiera esforzado en mantenerse fuera de su camino y esconderlo bajo mil capas de conjuros de ocultación. Estaba jugándose el cuello de la forma más estúpida posible, cuando podía estar jugándose a cambio el corazón, enfrentándose a Diana y buscando el modo de arreglar las cosas entre ellos. Estaba perdido en el bosque, cuando, si todo salía bien, podría estar perdido entre sus cálidas curvas.

«Eres imbécil, O’Cleary», se recriminó.

Pero todavía podía solucionarlo, ¿verdad? Había llegado hasta allí, pero nada le impedía dar la vuelta y regresar cuando hubiera solucionado el problema con la pelirroja. Y cuando sus amigos pudieran acompañarlo.

Se puso en pie y sonrió. Al contrario de lo que había imaginado, se sentía liberado. Confesarse a sí mismo lo que sentía por ella, lejos de agobiarlo, había quitado una pesada carga de sus hombros. Por primera vez en semanas se sentía ligero, estable. Feliz.

Soltó una carcajada de alivio, de burla a sus propios demonios ahora espantados, y echó a andar de vuelta al pazo, con la esperanza poniendo en sus pies las alas de un *jumbo jet*.

Apenas había dado un par de pasos cuando el frío congeló sus entrañas y la tensión del sexto sentido creció en su interior hasta casi partirlo en dos.

Ni siquiera tuvo tiempo de lamentarse una vez más por su estupidez antes de ver cómo el primer golpe se dirigía hacia él.

Demasiado inquieta para esperar en el interior del pazo, Diana seguía en el mismo lugar en el que Roi y Niall la habían dejado; sentada junto a la puerta, bajo las sombras maliciosas del patio porticado, acurrucada sobre sí misma y permitiendo que la autocompasión y la culpabilidad la golpearan. Una oleada tras otra de miedo y repugnancia, de preocupación y angustia.

Su estupidez, sus absurdos temores, podían haber enviado a Aidan a un destino que no se atrevía a mirar ni tan siquiera de reojo, y a sus dos amigos tras él. Si hubiera sido sincera... Si no se hubiera escondido bajo el disfraz del falso orgullo... Si hubiera hablado con él con el corazón en la mano... Si...

Cada «si» era un golpe, una ola más en la galerna interior que estaba a punto de hacerla naufragar hasta convertirla en un puñado de restos irreconocibles, esparcidos entre la arena de su conciencia.

Y todavía no había pronunciado el más importante de todos; «si le hubiera dicho lo que siento».

Hundió la cara entre las manos y los sollozos sacudieron su cuerpo e hicieron arder su garganta. Sollozos secos, sin las balsámicas lágrimas que podrían aliviarla, sin más propósito que dar salida al terror, a la culpa; al miedo de haber perdido para siempre la oportunidad de ser feliz; de perder al hombre que tenía en sus manos la llave de esa felicidad.

Su cuerpo todavía se agitaba con el pulso de ese llanto baldío y cruel cuando llegaron Marta y Laura, envueltas en una explosión de preguntas, de histerismo y confusión. Como flotando en una nube incorpórea, con el hilo que la anclaba a la realidad a punto de quebrarse sin remedio, sus amigas la arrastraron al interior del pórtico y la interrogaron hasta sacarle la historia a trompicones. Hasta poner cada pieza en su lugar. Cuando terminó de hablar, con la garganta reseca y el corazón en carne viva, un pesado silencio se instaló entre ellas campando a sus anchas, hasta que Laura resopló irritada.

—Basta ya, Diana —ordenó en tono seco—. Deja de hacer el idiota.

Marta jadeó, probablemente impresionada por la falta de comprensión de su amiga, y estrechó con más fuerza a Diana entre sus brazos, como si intentara protegerla de esos dardos verbales.

—Laura... —empezó con voz suplicante.

—No —la detuvo su amiga—. Ni Laura ni leches. Llorando no se arregla nada —añadió en un gruñido furioso—. Ya tendrás tiempo de lamentarte por todo cuando hayamos encontrado a Aidan. Mientras tanto, deja de hacer el imbécil y compórtate como el ser humano con cerebro que eres, en lugar de como una cría caprichosa.

Alzó la vista para enfrentarse a la mirada de su amiga, mucho más suave que sus

duras palabras. Y por algún motivo esa calma se le antojó mucho más insultante que sus críticas.

—¿Cómo vamos a encontrarlo? —chilló—. Si no pueden ni Roi ni Niall, ¿cómo vamos nosotras a...?

—¿Tienes un plan mejor? —la interrumpió Laura.

Abrió la boca para responder y volvió a cerrarla casi al instante. Su amiga tenía razón, se estaba comportando como una idiota y estaba permitiendo una vez más que el miedo la dominara y le impidiera hacer lo correcto. Quizá no sería capaz de encontrar a Aidan, quizá no sería capaz de arreglar lo que había estropeado, pero por los dioses que no se iba a quedar esperando con los brazos cruzados.

—Tienes razón —respondió Diana con toda la fortaleza que fue capaz de arrancar de la montaña de pánico que le había caído encima en los últimos minutos—. Tienes razón —repitió con más convicción—. Pero ¿por dónde vamos a empezar? —inquirió, orgullosa de que en su tono no se hubiera colado ni una pizca de desesperación.

—Bueno, a lo mejor dejé alguna nota —sugirió Laura, dubitativa—. Sé dónde guarda el ordenador y puede que...

—No todo el mundo es como tú, Laura —se lamentó—. Si tuviera costumbre de anotar todo lo que hace, los chicos ya lo habrían intentado, ¿no crees?

La sombra de la duda ejecutó burlona el baile de la victoria a su alrededor. Intentar ayudar era una idea estupenda, claro, pero ¿qué demonios podían hacer ellas, si apenas hacía un mes que se habían colado de puntillas en un mundo demasiado extraño y ajeno para comprenderlo?

Estaba a punto de declarar que era una auténtica locura meterse en un terreno que no era el suyo. De sugerir que serían más útiles rastreando el bosque, u organizando una cuadrilla de búsqueda, o lo que fuera que se acercara más a su campo de competencia; a su experiencia. Pero cuando abrió la boca para sugerirlo, una vocecita infantil nació de entre las densas sombras del porche.

—Yo puedo ayudaros —ofreció con timidez.

Las tres se volvieron hacia el lugar del que había surgido esa voz, para encontrarse con un crío de poco más de diez años que las miraba con unos enormes ojos, redondos y azules, que daban a su carita de muñeco un curioso aire de personaje manga.

—¿Quién eres tú, rapaz? —preguntó Marta en tono cariñoso—. ¿Y tus padres?

Por simples que parecieran, eran buenas preguntas. Manciñeiras apenas contaba con trescientos habitantes y su amiga se preciaba de conocer a todos y cada uno de ellos; sobre todo a los críos, a los que adoraba por muy trastos o traviosos que fueran. Y ella estaba segura de no haber visto a ese niño en su vida.

—Tú eres la nieta de Carmiña —afirmó el niño, sin molestarse en responder—. La bisnieta de Maruxa *a da fragua* —añadió, con lo que parecía algo muy similar al respeto y la admiración.

—¿Y tú cómo lo sabes, *meu rei*? —repuso Marta sin permitir que la suspicacia se colara en la amabilidad de su tono.

El niño resopló despectivo y avanzó unos cuantos pasos para tomar a su amiga de la mano e intentar arrastrarla al interior del pazo.

—No tenemos mucho tiempo —explicó con severidad—. Vamos, meiga, tienes que abrir el libro. Vamos, vamos —la increpó—. Sé dónde está, vamos —exigió, redoblando sus esfuerzos para arrastrar a una reticente y sorprendida Marta.

—Pero...

—No, no, no —se desesperó el crío—. No hay «peros» —lloriqueó—. ¡El *fiordhraoi* está en peligro, tienes que ayudarlo! ¡Tienes que abrir el libro! —ordenó con una autoridad sorprendente en una vocecita tan aguda.

—¿Conoces a Aidan? —intervino ella.

El niño dejó de arrastrar a Marta y la estudió un instante, hasta que una sonrisita maliciosa se abrió paso en su carita perfecta.

—Eso va a ayudar. Sí, sí, sí —se entusiasmó. Soltó a Marta y palmoteó encantado—. Sí, sí, sí —repitió en un canturreo—. Es muy fuerte, es muy fuerte, la va a ayudar. ¡Vamos, vamos! —Sin molestarse en mirar si lo seguían o no, el chaval correteó hacia la puerta. Su voz volvió desde el interior—. ¡Vamos, meiga, vamos! ¡Vamos, roxa! ¡Vamos, vamos, todas, vamos!

—Pero qué demonios... —susurró Laura, totalmente fuera de juego por una vez.

—¿Qué hacemos? —preguntó Marta, confusa—. ¿Vamos?

—¿Tienes una idea mejor? —replicó ella.

Se encogió de hombros y echó a andar tras el niño, preguntándose de pasada en qué momento su vida se había convertido en una mala película de serie B.

El dolor de Aidan empezó en algún punto entre sus costillas, las primeras en golpear el suelo, y pronto la onda expansiva se extendió por todo su cuerpo y apuñaló con saña sus terminaciones nerviosas, cortándole el aliento y robándole parte del sentido.

El instinto de mil peleas se impuso sin que su mente consciente, que todavía intentaba asimilar el golpe y hacer el oportuno recuento de bajas, tuviera nada que ver en el asunto. Ignoró el quejido de sus músculos y se incorporó de un salto, enfrentándose a su atacante.

El breve instante de vacilación que tuvo, mientras intentaba decidir si protegerse, atacar o levantar la protección que lo escondía de sus amigos, casi le costó un nuevo golpe. La criatura se abalanzó sobre él en un revuelo de sombras y maldad pura, rugiendo sin palabras lo que parecía una burla sangrienta. Sin pensarlo siquiera, Aidan se apartó de un salto del camino del arco que trazaban sus garras afiladas, rodando por la tierra embarrada hasta acuclillarse fuera de su alcance.

—Muy bien —se burló su oponente con una carcajada—. Si te resistes será más divertido.

—Este no es tu sitio, *sídhe* —gruñó mientras su mente se lanzaba a una enloquecida carrera para preparar un ataque que le permitiera ganar tiempo.

—Nada de magia, *raoi* —se indignó el ser.

Alzó una de sus largas manos y, en una décima de segundo, él decidió afrontar el golpe y seguir preparando su conjuro. El asalto del *sídhe* lo envió de nuevo por el aire, lanzándolo contra el tronco de un árbol.

La parte de su cerebro que no estaba ocupada acumulando magia le informó con amabilidad de que ese crujido que había escuchado era el murmullo de sus costillas al quebrarse, y el calor que sentía bajo su ropa era el de la sangre manando de un zarpazo que picaba, dolía y quemaba. Su cabeza también acusó el golpe. De pronto sus procesos mentales se encontraron envueltos en una telaraña de dolor y aturdimiento de la que el poder de su interior intentaba escapar con desesperación mientras hilaba el tejido del conjuro que pudiera alejar a la criatura, que ahora se cernía sobre él como un cuervo demasiado desarrollado.

Por fin la magia interna creció hasta que el envoltorio de su cuerpo ya no podía contenerla y se derramó en una oleada de puro poder blanco contra el poder oscuro del ser. Esperó a ver el efecto de su conjuro. Clavó su visión, borrosa por el dolor, en la criatura, para calcular el instante en que podría librarse y enfrentarse por fin a él de igual a igual.

Y no ocurrió nada.

La boca descarnada del *sídhe* oscuro se abrió en una sonrisa que, privada de labios que la adornaran, más pareció una mueca cruel que goteaba maldad desde cada

uno de los puñales de sus dientes. Sus ojos, negros como charcos de petróleo en la blancura sobrenatural de su rostro afilado, brillaron de pura diversión.

—Tu magia no funciona conmigo, *raoi* —se burló, avanzando hacia él un paso más.

Imposible. Su mente, aturdida por el dolor y la sorpresa, solo podía repetir esa palabra una y otra vez. Imposible. Imposible. No era más que un simple *fae*, no podía hacer nada contra su magia, no podía.

Pero había podido.

Se lo había jugado todo a una carta. A un ataque brutal que lo enviara volando de vuelta al Otro Lado, mientras él se libraba de los conjuros de ocultación y cerraba las protecciones de la meiga que lo contenían y lo alimentaban a un tiempo.

Y había fallado.

Pero... ¿cómo?

—¿Cómo...? —La pregunta escapó de sus labios antes de que pudiera detenerla, mientras su mente se lanzaba desesperada a una carrera contra el tiempo.

El *sídhe* rio y su risa resonó en el claro como las campanas del Infierno; oscura, tenebrosa, cargada de promesas de dolor y muerte. Se inclinó hacia él y su aliento hediondo de maldad salpicó su rostro.

—¿Qué? —preguntó sonriente—. Ya no somos tan valientes sin nuestros truquitos, ¿eh? —se burló con otra de esas carcajadas que hacían temblar hasta el alma más templada—. Gracias por protegerte, *raoi*. Tus patéticos conjuros refuerzan mis protecciones y nunca serás capaz de tocarme. —Aidan se estremeció al comprender lo que había ocurrido, pero el dolor nublabá su mente y no sabía cómo arreglarlo—. Ahora eres mío. Prepárate a morir.

Algo en él se rebeló y apartó a empujones la agonía de sus costillas heridas y las magulladuras de su cuerpo. Sí, no tenía magia, y el combate cuerpo a cuerpo era cosa de sus amigos, no suya: Aidan siempre había confiado en la protección de sus conjuros para luchar. Pero no estaba indefenso por completo. Uno no se enfrenta al peligro durante una eternidad y sigue vivo sin aprender un truco o dos, y Niall era una fuente de trucos sucios casi inacabable, así que se encaró con el ser y lo miró con la expresión de ironía más lograda que fue capaz de hacer invocar a su boca, contraída por el dolor.

—¿Quién te escribe las frases, imbécil? ¿Un guionista de folletines? —se burló Aidan—. «Prepárate a morir» —lo imitó con un tono ofensivamente agudo y gangoso—. ¿Quién eres? ¿Íñigo Montoya? ¿Me cargué a tu padre en otra vida?

El *sídhe* parpadeó confuso un segundo y, al instante, la herida que era su boca volvió a trazar esa mueca humorística y malévola.

—Muy gracioso —sonrió—. Muy gracioso, sí, pero olvidas que ahora mando yo. Y quizá no te mate. Quizá te mantenga como mi mascota si me suplicas lo bastante y...

—Oh, vamos, por favor... —lo interrumpió Aidan con los ojos en blanco, en un

gesto de desesperación—. Mátame y acaba con mi sufrimiento, porque si tengo que escucharte una sola frase trillada más, me mataré yo mismo.

—¡Cállate! —ordenó el ser, furioso. Aidan contuvo una sonrisa. Ahora sí estaba llegando a alguna parte. Inspiró para serenarse y volvió a su pose de controlada ironía—. Cállate ahora y me pensaré si puedo dejar con vida a tu mujer.

Reprimió el pánico que amenazó con dominarlo al escuchar la evidente referencia a Diana, pero se esforzó en componer una expresión dubitativa.

—¿A cuál de ellas? —preguntó con exagerada amabilidad.

—Sabes muy bien a cuál. ¡A *ella*! ¡A la única que hay!

—No, te confundes —replicó con fingida pesadumbre—. Lo de tu madre fue solo un polvo de una noche, lo siento.

«Vamos, acércate más, solo un poquito más, vamos...», rogó en silencio.

La criatura rugió algún insulto que no llegó a captar y, tal y como había esperado, se abalanzó sobre él.

Diana miró con aprensión el libro que el niño acababa de dejar con gesto orgulloso en la mesa frente a Marta. Cuando cayó en ella con un golpe seco, una nube de polvo flotó por un segundo sobre él para transportarla sin remedio a una escena de *Evil Dead*.

—Eh, ¿estás seguro de que esto es buena idea? —preguntó Marta, acongojada, mientras echaba un vistazo al tomo polvoriento que parecía mirarla con malicia.

—Genial —masculló Laura al mismo tiempo—. Ahora estamos haciendo caso a un crío de... —Miró al chaval con gesto crítico—. ¿Once años?

El niño la miró con la más perfecta expresión de ofensa que había visto en muchísimo tiempo.

—¿Quieres ayudar a tu amigo? —preguntó, indignado. Y sin darle tiempo a responder, abrió el libro, pasó unas cuantas páginas y señaló, mirando hacia Marta—. Ahí. Lee —ordenó.

Marta se inclinó sobre el libro y lo miró confusa.

—No... Yo... No sé, yo... —balbuceó.

—Lee —insistió el niño. Su pobre amiga frunció el ceño y entrecerró los ojos, como si así fuera a ver mejor, o como si, quizá, pudiera de ese modo asustar a las letras para que se mostraran con más claridad—. ¡Vamos!

—¡No puedo! —exclamó desesperada—. ¡Te dije que yo no...!

—Oh, vamos, por favor —protestó Laura. Se levantó, se sentó junto a Marta y se inclinó sobre el texto. Poco a poco, su cara molesta se convertía en una mueca de total confusión—. Pero ¿qué demonios...?

Con una mezcla de curiosidad y aprensión, Diana se inclinó sobre el libro e intentó leer a su vez. Empezó por el primer párrafo y...

Parpadeó.

Volvió a concentrarse en la lectura y una vez más parpadeó, confusa. Las palabras estaban ahí, en perfecto castellano. Su cerebro las procesaba y las reconocía, pero, cuando intentaba encontrar sentido a la frase, era imposible. Para lo que era capaz de entender, bien podían estar escritas en chino. Y lo peor era que una parte de su mente sabía que los párrafos tenían sentido; que no estaban escritos en clave o retorcidos ni desordenados. Lo sabía, lo «veía» de algún modo, a un nivel subliminal, pero no era capaz de descifrarlos. Y esa parte de su mente se estaba desquiciando intentando hacer su trabajo, intentando encajar esas palabras y explicarle lo que querían decir, pero todo era inútil.

Se llevó la mano a la frente, justo al lugar en que estaba empezando a aparecer un dolor de cabeza capaz de convertirle el cráneo en papilla.

—No estás leyendo bien —protestó el niño, mirando hacia Marta. Diana sintió una oleada de compasión por su pobre amiga cuando vio que se apretaba las sienes, con los ojos fuertemente cerrados, como si el dolor de cabeza que había amenazado con asaltarla a ella, y que había desaparecido en cuanto había apartado los ojos del libro, estuviera ya en pleno apogeo—. No puedes leer con esos ojos —explicó el crío, con impaciencia.

—¡No sé hacerlo de otra forma! —repuso Marta, histérica.

—Esto no tiene sentido —murmuró Laura, pálida como la muerte.

Por un instante, un brevísimo segundo, Diana se debatió entre la comprensión y la diversión. El mundo bien estructurado y de cómodo cálculo de Laura se derrumbaba ante sus ojos, y verla, por una vez en su vida, confusa y sin saber cómo reaccionar le provocaba lo que casi podría clasificarse como un placer perverso.

Aparcó el pensamiento para regodearse en él más tarde y volvió a centrarse en Marta, que, inclinada sobre el libro, sacudía la cabeza como si pretendiera negar lo que sus ojos le mostraban.

—¡Mírame! —exigió el niño en tono imperioso—. ¡Mírame, meiga! —Marta alzó la vista con sus enormes ojos de cervatillo reflejando una expresión de profunda angustia. El crío se acercó hasta casi pegar su nariz a ella y la miró fijamente—. ¿Qué ves? —preguntó con suavidad.

—A ti —tartamudeó.

—¡No! —protestó el chaval con un gesto de indignación, tan adulto que por una décima de segundo ella casi entendió lo que pretendía hacer. Pero al instante, antes de que fuera capaz de aprehenderlo, ese pensamiento desapareció y dejó un vacío en su cabeza que no había estado ahí antes—. ¿Qué ves? —insistió.

Marta parpadeó un par de veces y después de unos segundos eternos, suspiró.

—*Biosbardo* —dijo en voz baja. Un segundo después se sobresaltaba, como si no hubiera sido ella quien había pronunciado la palabra.

Laura gimoteó y ella se encontró a sí misma viendo al crío como algo no del todo humano, como si al nombrarlo Marta lo hubiera despojado de un disfraz que ninguna de ellas había percibido que llevara.

El —se atragantó con la palabra— *biosbardo* sonrió satisfecho.

—Ahora lee —ordenó. Alzó la vista y la miró—. Y tú, piensa en él, en el *fiordhraoi*. —Diana asintió y se concentró en Aidan, pero el crío no pareció satisfecho—. ¡No! —protestó con esa actitud de irritación adulta que tan poco encajaba en su rostro de muñeco—. No con la cabeza —la corrigió molesto—. Con lo que sientes.

Tomó su mano y la colocó sobre la de Marta, que volvió a inclinarse sobre el libro con una expresión de concentración feroz. Tras pensarlo unos segundos, Diana dejó que sus sentimientos por Aidan la inundaran, sin tratar siquiera de ponerles nombre, de etiquetarlos o describirlos con palabras. Se dejó llevar por las sensaciones que nacían del lugar donde se esconden los sueños y los anhelos, donde no hay razón ni consciencia, solo los dictados de la piel y el instinto.

—Muy bien —susurró el *biosbardo*, aprobador.

Nunca supo cuánto tiempo llegó a estar ahí, sentada frente a Marta entrelazando los dedos con los suyos, ajena a todo lo que no fuera la miriada de sentimientos que la zarandeaban como una chalana sacudida por la tormenta. Más tarde sabría que apenas habían transcurrido unos segundos desde que todo había empezado hasta el momento en que lo «sintió». Un cambio en el ambiente, en la energía que parecía chisporrotear a través del endeble puente que Marta y ella habían creado. Como si el mundo se inclinara sobre su eje y volviera después a su lugar con una sacudida; como si la realidad se fundiera y se deshiciera para reconstruirse de nuevo, encajando dentro de sí misma con un doloroso crujido.

Y en ese instante Marta levantó la vista. Sus ojos brillaban con un fuego que nunca habían poseído, como si nunca hubiera estado viva hasta ese instante.

—Sé dónde está —anunció con una calma serena y la sombra de una sonrisa curvando sus labios.

Hay momentos en la vida en que el tiempo pierde su sentido. Se convierte en fotogramas que aparecen ante nuestros ojos a la velocidad del rayo y, al mismo tiempo, se congelan en un instante eterno. Son esos momentos sobre los que volvemos una y otra vez, sobre los que no dejamos de preguntarnos si cambiar una sola escena, un simple píxel, nos habría llevado a otra realidad, a otro resultado. A otra vida.

El *sídhe* saltó sobre Aidan, una explosión de oscuridad, de fuerza maligna, de dientes y garras.

El tiempo se frenó en su mente mostrando la imagen de sus labios descarnados, entre los que asomaban sus colmillos como dagas, preparados para desgarrar; de su forma inmensa y retorcida flotando sobre él, segundos antes de caer sobre su cuerpo y robarle la vida; de sus garras apuntando a su pecho, afiladas, oscuras, letales.

Un fotograma. Una décima de segundo en el tiempo y los colmillos rozaron su

garganta y sus garras penetraron apenas una micra en su interior.

Un fotograma, y sus piernas se alzaron con un chillido de dolor de sus costillas rotas, de su cuerpo magullado, y se incrustaron entre las piernas de la criatura, que bramó de dolor y rabia antes de rodar lejos de él.

Un segundo.

Apenas tenía un segundo para tomar una decisión.

Huir.

Luchar.

Buscar ayuda.

Morir.

Su cerebro optó por una de las diapositivas que se presentaban ante él y, casi sin que su mente consciente interviniera en el proceso, dejó caer las protecciones que lo escondían de sus amigos, lanzando un grito de auxilio desesperado; un último esfuerzo que quizá se presentara inútil.

Un fotograma más y una garra hendió el aire y se hundió en su vientre.

Su cerebro, obnubilado por el dolor, apagó piadosamente las luces y cerró el telón de su consciencia, fundiendo el mundo en negro a su alrededor.

El bosque parecía más oscuro y tenebroso mientras Diana corría sin molestarse en apartar las ramas que golpeaban su rostro, los *toxos* que arañaban sus piernas, el barro que frenaba sus pisadas.

Corría con el corazón en la garganta, con la boca abierta en un mudo grito de terror, con el pánico a flor de piel.

Corría tras Marta, apremiándola, obligándola a acelerar su ritmo, llevándola y llevándose más allá del límite, más allá del cansancio y el dolor.

Corría sin pensar, porque si dejaba de correr el miedo la ahogaría y la clavaría al suelo húmedo y embarrado y, si pensaba, sus temores caerían sobre ella como el agua que no dejaba de calar su ropa, su pelo y su piel.

—¡Diana! —gritó Laura tras ella. Ella miró sobre su hombro sin dejar de poner un pie tras otro con toda la rapidez que le permitían el bosque y sus propios músculos agarrotados. En otro momento habría soltado una carcajada al ver cómo la siempre correcta Laura se deshacía con sendos tirones de sus altísimos zapatos de tacón y avanzaba un par de metros con unos saltitos muy poco dignos. En ese instante no le hizo ninguna gracia, aunque el duende de su humor malvado recogió esa imagen y la archivó con la esperanza de volver a retomarla si todo salía bien—. ¡Diana, llama a los otros! —le ordenó—. ¡Avísalos!

—¡Al molino! —chilló Marta—. ¡Diles que está en el molino!

«Lo sé».

El pensamiento vino de ninguna parte, golpeándola con tanta fuerza que frenó sus pies, se aferró a su garganta y la obligó a soltar un jadeo estrangulado. Lo sabía.

Sabía dónde estaba Aidan con tanta certeza como sabía en ese instante dónde estaba ella misma, dónde estaba Marta, dónde se había detenido Laura tras ella. El *biosbardo* llegó a su lado y la miró con expresión compasiva.

—Llámalos, *roxa*. Avísalos —le ordenó con voz suave—. Ellos no están tan unidos a él como tú.

—P-pero... —balbuceó.

—No hay tiempo para eso ahora —la interrumpió, nervioso—. ¡Avísalos! —exigió—. ¡Y anda! —exigió, tomándola de la mano para obligarla a ponerse en marcha de nuevo.

Lo siguió como un autómata, un pie detrás de otro y este de nuevo detrás del primero; una y otra y otra vez, incapaz de sacudirse la sensación de irrealidad, de flotar en un universo extraño cuyas reglas no conocía y no tenían ningún sentido. Sabía dónde estaba Aidan y sabía que tenía miedo. Lo sentía. Notaba ese pánico que corría por sus venas compitiendo con el suyo propio, acelerando su torrente sanguíneo, que rugía como el motor de un coche de Fórmula 1 en sus oídos. Se sentía dividida en dos y al mismo tiempo más completa de lo que jamás había estado. Con el cerebro desconectado y el cuerpo en automático, metió la mano en el bolsillo de los vaqueros mientras se apresuraba tras los pasos de Marta, espoleada por el *biosbardo*, y sacó el teléfono móvil.

Después de unos cuantos intentos fallidos, consiguió marcar el número de Roi.

—¿Diana? —preguntó una voz impaciente al otro lado de la línea—. ¿Estás bien?

—¡Aidan está en el molino! ¡Está asustado, Roi, está en peligro! ¡Tienes que creerme, lo sé, está...!

—Vamos para allá —la frenó él en tono seco, sin molestarse en tranquilizarla, y, lo que era mucho más curioso, sin poner en duda sus palabras ni por un instante.

La línea le devolvió un «tut-tut» burlón que volvió a poner en marcha sus pies. Echó a correr de nuevo tras Marta, que ya llevaba una ventaja considerable y apenas había conseguido dar un puñado de zancadas y esquivar un par de raíces muy mal colocadas frente a sus pies, cuando una punzada de dolor insoportable se clavó en su vientre, perforándole las entrañas hasta alcanzar su misma esencia.

Boqueando, se frenó en seco y se dobló sobre sí misma, con los brazos apretados en torno a la cintura, mientras un gemido irreprimible escapaba de sus labios hasta convertirse en un grito agónico de dolor.

Dolor...

Agonía. Tormento. Muerte. Desesperación.

Suplicio y lágrimas, sangre y locura, sudor frío y carne abierta supurando terror sin fin.

Sin magia, sin fuerzas, sin esperanza...

Sin vida apenas.

Luchó por aferrarse a su consciencia, por resistirse a la atracción de la muerte inminente; por vivir. Luchó por seguir luchando, por luchar mañana, por no dejar de luchar.

El mundo mortal se deshacía ante sus ojos, se diluía en colores oscuros, en humo y muerte. La Llamada era fuerte como no lo era él; Su presencia, una tortura insoportable; Su esencia, fuego y caos. Lo atraía, lo vencía, lo derrotaba. Sin mostrarse siquiera lo dejaba sin aliento y sin fe, ganándolo para Sí, haciéndole olvidar quién era, quién había sido, quién ya no sería jamás.

Cómo había errado... Y cuánto podría lamentarlo.

El tiempo ya no tenía importancia. Ya no transcurría plácido, un segundo tras otro y tras otro. El mundo era dolor. Él era dolor. Y el miedo avanzaba como el tiempo que ya no existía, obligándolo a someterse, a rendirse, a entregarse a ese penar infinito e inacabable que traería consigo una eternidad de tormento.

Rendirse, cejar.

Morir.

La muerte sería un regalo, un don precioso; la paz por fin después de una eternidad de oscuras llamas que lamían su esencia y su voluntad.

Y quería aceptarlo.

Cuando la rendición estaba próxima ya, cuando la esperanza ya no era ni tan siquiera una palabra, cuando su voluntad era humo y su cuerpo un quejido apenas musitado, de pronto todo se redujo, frenó, cejó a medias en su empeño.

El dolor era solo dolor, el miedo mutaba con decisión en valor enloquecido, la angustia lo acicateaba y lo empujaba a seguir.

Cambios.

Movimiento frente a inmutabilidad.

Dividido en dos, con el alma placentemente desgarrada y el vientre conteniendo sus entrañas desgarradas, se sintió fuerte por fin, de nuevo, para siempre. Él chilló con asombro y rabia, con frustración infinita y furia sin fin.

Aidan sonrió.

Había vuelto.

Diana apenas era consciente de los gritos de sus amigas, de la lluvia que goteaba incesante sobre su rostro ahora cubierto de sudor frío, del suelo embarrado que magullaba su piel.

El mundo era solo una mancha borrosa a su alrededor y el dolor de su vientre lo dominaba todo. Sintió las lágrimas mojar sus mejillas ya empapadas y escuchó sus gritos de agonía como si asistiera al espectáculo desde fuera de su cuerpo aterrado. Oyó a Laura gritar su nombre, a Marta llorar, al *biosbardo* lamentarse a gritos.

Y en lo único en lo que podía pensar era en llegar hasta Aidan. El dolor no importaba. Que sus músculos no respondieran no importaba; que su cuerpo estuviera llamando con timidez a las puertas de la muerte era indiferente. Cada célula, cada nervio, cada parte de sí misma se debatía por resistirse al dolor y arrastrarse, si fuera necesario, centímetro a centímetro, paso a paso, hasta llegar donde Aidan estaba sufriendo su propio dolor. El dolor de los dos.

No sabía si llevaba dos horas o dos minutos revolcándose en la agonía, pero, cuando su cerebro, agotado, bombardeado por más sensaciones de las que podía gestionar, estaba a punto de rendirse, de apagar las luces y entregarse al piadoso olvido de la inconsciencia, escuchó una voz tranquilizadora junto a su oído y sintió que unos brazos fuertes y cálidos la recogían del suelo encharcado por la lluvia y sus propias lágrimas.

—Puedes hacerlo, *a'ghrá* —escuchó la voz de Niall a kilómetros de distancia—. Yo te ayudaré, puedes soportarlo —musitó.

Y sus oídos se anegaron de un lenguaje susurrado, olvidado y mil veces bendecido que nacía de la misma esencia de Niall y acariciaba la suya con infinita ternura. Las imágenes llenaron su mente en un caleidoscopio de colores hermosos, eternos, infinitos y amados.

Y supo.

Supo más de lo que su cerebro aturdido por el dolor y la magia quería o podía comprender en ese instante, pero saber serenó su alma y tranquilizó su miedo.

El dolor no desapareció, pero se disgregó de su cuerpo en una mágica mitosis. Estaba ahí, podía sentirlo, podía sufrirlo, pero ya no era suyo y al mismo tiempo lo era más de lo que lo había sido segundos antes. Era su dolor, era el de Aidan, el de los dos y el de ninguno. Los devoraba, los mataba poco a poco, pero ya no importaba; ya *no era*.

—Es ella. —Oyó el suspiro reverente de Roi y sintió unos dedos revolotear como alas de mariposa sobre su rostro. Un rostro que, como su cuerpo, ya no era suyo—. Por la Diosa, tenías razón, es ella... Yo no... Si lo hubiera...

—Después —interrumpió Niall. El mundo volvió a agitarse y supo que corría de nuevo en brazos del hombre—. Hay que llegar junto a Aidan o los perderemos a los dos —gritó.

Con un empujón decidido, el mundo osciló sobre su eje y volvió a encajarse en su lugar. Los colores, las formas, el dolor en su vientre y el frío en su rostro magullado volvieron a ser auténticos, a formar parte de la coherente y prosaica realidad.

La magia volvió.

Todavía derrumbado en el suelo, sobre su sangre y entre los restos de su propia estupidez, Aidan sintió cómo sus labios se curvaban en una sonrisa de triunfo. Después —mucho después— llegaría el momento de lamentarse, de comprender, pero ahora... Ahora solo quería mandar al maldito bicho al Otro Lado de una patada en los cojones. Mágicos o reales, lo mismo le daba.

—Verás qué bien vas a estar en casa otra vez, *raoi* —se estaba burlando el *sídhe*, arrastrando su cuerpo físico por el suelo embarrado—. No tenías que haberte metido en... —Se frenó en seco cuando Aidan liberó sus piernas y, reprimiendo estoico un gemido de dolor, volvió a alzarse despacio sobre sus pies. La criatura rugió atónita mientras los escasos restos de su esencia que aún estaban controlados escapaban para reunirse de nuevo en él—. ¡No! ¡No puedes! ¿Cómo...?

El *sídhe* intentó atraparlo, enredarlo de nuevo en las redes de su magia y en la presa de sus garras, pero, a pesar del dolor que seguía latiendo en su interior, Aidan ya no estaba indefenso.

De algún modo, al liberarse del conjuro de ocultación que lo escondía a ojos de sus amigos, había destruido también las protecciones que mantenían a la criatura a salvo de su magia. La sombra de una idea susurró una explicación en su mente, pero él no tenía tiempo para considerarla en ese instante.

Preparó su golpe y se dispuso a atacar.

Supo que era uno de esos momentos que pasaban a las leyendas, mientras la magia crecía en su interior y se preparaba para derramarse sobre el *sídhe* en un último y brutal golpe que lo devolvería al lugar del que nunca debió salir. Uno de esos instantes en que el héroe pronunciaba unas palabras que siglos después enardecerían la sangre de los hombres y los empujarían a superar sus límites en mil batallas. Supo también que sus amigos habían llegado y atestiguarían ese momento en pro de la posteridad.

Sonrió y liberó con saña su magia para golpear a la criatura, que se desvaneció tras el Velo con un desgarrador grito de angustia e incredulidad, y se dispuso a entrar en los anales de la historia.

—¡Anda y que te jodan, mamón! —exclamó, antes de perder de nuevo la consciencia.

Lo primero que vio Diana al despertar fueron unos ojos ambarinos que la observaban con una extraña mezcla de culpabilidad e interés. Lo segundo fue la oscura habitación y la cama desconocida en la que yacía aovillada entre las mantas, como si más que dormir las hubiera retado a un combate a muerte tras la iglesia de las Carmelitas al amanecer.

—Por fin, querida —sonrió el propietario de esos ojos inhumanos—. Llevas más de un día durmiendo. Empezaba a pensar que iba a tener que buscar un duende y adivinar su nombre para devolverte a la vida.

—¿Roi? —preguntó estúpidamente, mientras trataba de incorporarse. Al alzarse sobre sus brazos, su cabeza todavía aturdida protestó y se vengó alterando su equilibrio y haciendo oscilar el mundo frente a sus ojos. Pero aun así las palabras de Roi penetraron en su aturullada consciencia y la obligaron a sentarse de un salto—. ¿Más de un día? —exclamó al borde de la histeria—. ¿Aidan? ¿Cómo...? ¿Está bien? —inquirió, acelerada, al tiempo que apartaba el revoltijo de sábanas para intentar salir de la cama.

Roi le colocó las manos sobre los hombros y la detuvo con suavidad, pero con firmeza, obligándola a tumbarse de nuevo.

—Aidan está bien —la tranquilizó—. Un poco magullado, pero saldrá de esta.

El alivio, más que la suave presión que ejercía Roi sobre sus hombros, la hizo volver a las almohadas y suspirar de forma tan profunda que creyó que volvería a desmayarse. Miró de nuevo a Roi, para tratar de leer si en su cara había una mentira para serenarla o, de verdad, de verdad, Aidan estaba bien. Él le devolvió una mirada franca y directa, pero no añadió nada más.

—Quiero verlo —rogó.

—Te llevaré con él dentro de un momento, Diana, no te preocupes —sonrió en tono suave. Cerró el libro que sostenía entre las manos, un tomo antiquísimo encuadernado en elegante cuero, y la miró con intensidad—. ¿Recuerdas algo? —preguntó entrecerrando los ojos, en un gesto que parecía extrañamente dubitativo.

Lo pensó un instante, como si no acabara de entender el significado de sus palabras. ¿Recordaba algo? Sí, claro. Recordaba muchas cosas. Recordaba cómo Marta había conseguido leer el libro por fin. Recordaba haber conocido a un *biosbardo*, por extraño que pudiera parecer. Recordaba correr por el bosque y saber a ciencia cierta que Aidan estaba en peligro; que sufría, que tenía miedo.

Recordaba el dolor.

Un dolor intenso, insoportable, peor que ninguna cosa que hubiera experimentado antes o que siquiera sospechara que se podía experimentar. Un dolor que no era del todo suyo, que no le pertenecía, pero que, sin embargo, formaba parte de ella mucho

más que su propio cuerpo, que su propia esencia.

Y recordaba...

El corazón pateó dentro de su pecho e intentó atravesar su garganta y escapar libre, lejos de todo lo que había aparecido en su mente. Jadeó envuelta en una maraña de recuerdos incomprensibles, de imágenes extrañas, de revelaciones demasiado increíbles para soportarlas.

—¿Qué...? —balbuceó hacia Roi.

—Sí, justo lo que imaginaba —suspiró este, agobiado. Dejó el libro en el suelo y le tendió una mano que ella miró como si fuera un objeto extraterrestre cuya utilidad y hasta la palabra que lo definía ignoraba. El hombre dejó la mano sobre la suya al ver que no la tomaba y le dedicó una mirada inescrutable—. Tenemos mucho de qué hablar y hay muy poco tiempo, *miña dona*. Pero todavía no. Es mejor esperar a que estemos todos.

—Laura y Marta... —dijo. Y para su vergüenza supo que era otro ruego.

—Se han pasado la noche velándote y solo hace un rato que conseguimos enviarlas a casa a cambiarse de ropa y descansar un poco —explicó él con una media sonrisa que, más que cargada de la ironía habitual, parecía salpicada de admiración—. Pero las avisaré enseguida, no te preocupes. Y a Niall también, me temo —añadió con un tono humorístico.

Un recuerdo revoloteó por su mente y lo miró frunciendo el ceño.

—¿Niall...? Eh... Niall es... ¿Es? —tartamudeó.

—Sí, bien, una desgracia como otra cualquiera —bromeó Roi con su habitual tono afectado—. Diana... —empezó dubitativo.

—No sé si voy a poder con esto —gimoteó. Arrancó su mano de las de él y se aferró la frente como si esperara que el mismo dolor que la había dominado en el bosque volviera ahora para aposentarse en su cabeza—. No sé si...

—Por supuesto que puedes. —El acero de su voz cortó sus protestas de un solo tajo—. No tienes otra opción —añadió con el mismo tono, acerado y brusco. Diana lo miró ofendida y un nuevo recuerdo asaeteó su consciencia. Reprimió un chillido y se apartó reptando hacia el otro extremo de la cama, alejándose de Roi sin poder evitarlo y sin que su voluntad interviniera para nada en el proceso. Él se limitó a esbozar una sonrisa triste—. Ah, bien —musitó—. Más recuerdos.

—Tú... —señaló con auténtico pavor—. ¡Tú! —chilló.

Roi sacudió la cabeza con afectación y dejó escapar un suspiro sobreactuado.

—Por favor, *miña dona*, ahórranos a los dos el «momento pánico», si eres tan amable —pidió con hastío—. No te cuadra, si quieres mi opinión.

—Pero... —La cabeza le daba vueltas y no podía concentrarse. Su cerebro aterrorizado parecía empeñado en no encargarse de nada más que de ordenar la producción de ingentes cantidades de adrenalina y verterlas en su torrente sanguíneo, acelerando su respiración e impulsando su corazón a un ritmo frenético.

—Sí, sí, lo sé —volvió a interrumpirla Roi—. Pero no es como piensas, y, si te

esfuerzas un poco en rebuscar entre tus recuerdos, nos evitaremos todo este estúpido melodrama.

Si no llevara ya más de un mes balanceándose en el límite de la cordura y hubiera descubierto que ese límite era mucho mayor de lo que había imaginado, estaría convencida de haber perdido la razón de forma definitiva e irrevocable. En su cabeza seguían danzando una miríada de recuerdos confusos, de imágenes borrosas que sabía de una forma casi subliminal que no le pertenecían, que no formaban parte de ella misma. O, al menos, que no habían formado parte de ella hasta ese momento.

Era incapaz de detener el torbellino mental en el que se acumulaba la nueva información, incapaz de extender una mano imaginaria y atrapar los recuerdos a su voluntad. Y de algún modo sabía que, si lo intentaba antes del instante preciso, daría ese último paso que la separaba de una celda acolchada y un montón de pastillas amontonadas en el fondo de un vasito de plástico.

Al parecer los recuerdos se mostraban solos cuando deseaban hacerlo, lo que ya parecía una locura en sí misma.

Miró a Roi como si lo viera por primera vez —y, en realidad, visto lo visto, podía decir que así era—, y, al contemplar el rostro tenso que se esforzaba en devolverle una mirada inexpresiva, decidió que era mejor permitir que su cerebro diera un salto mortal y se centrara en el único problema que se sentía capaz de resolver en ese instante.

—Llévame a ver a Aidan. Ahora —exigió, sorprendiéndose de la autoridad que destiló su propia voz.

Roi enarcó una ceja, sonrió como si disfrutara de un chiste que no estaba en absoluto dispuesto a compartir con ella y se puso en pie con su habitual elegancia indiferente, tendiéndole la mano tras una breve reverencia.

—Como gustéis, *miña dona* —concedió con apenas una gota de burla.

—Despierta de una vez, *deartháir*.

La voz de Niall llegó de algún lugar muy lejano y se coló de puntillas en la mente de Aidan, encendiendo las luces de su consciencia con la misma actitud que la de un ejército tomando al asalto una ciudad sitiada.

Aidan parpadeó, recibió el latigazo de dolor que ascendía desde su vientre y volvió a cerrar los ojos con un gemido de protesta.

—Déjame dormir —lloriqueó.

Saber que era una actitud infantil y patética no le impidió darse la vuelta e ignorar a Niall como si no estuviera ahí.

—Como quieras —replicó este con indiferencia—, pero creo que Roi está a punto de traer a Diana a verte. Y, aunque está claro que la chica no es muy exigente, o me habría preferido a mí, supongo que no quieres que te vea con esas pintas —lo provocó, divertido.

Aidan abrió los ojos de golpe y se incorporó de un salto.

—¿Diana? ¿Cómo está? ¿Está bien? —preguntó atropellando las palabras—. No la habréis dejado acompañaros, ¿verdad? —inquirió, entornando los ojos en un gesto amenazador.

—¿Acompañarnos? —resopló Niall—. *Deartháir*, si no fuera por esa mujer, estarías muerto —explicó con suavidad. Aidan lo miró con ofendida incredulidad. Sí, bien, era cierto que hubo un momento en que las cosas se habían puesto muy feas, pero todo se había arreglado y... Y... Un recuerdo lejano, escondido en el fondo de su mente y protegido bajo mil capas de olvido y distancia, lo asaltó con impaciencia. Intentó concentrarse y aprehenderlo, pero se escabulló entre los senderos de su cerebro, flotando como humo de una hoguera casi extinta. Clavó sus ojos en Niall, esperando una explicación, pero este se limitó a mirarlo con su mejor cara de póquer —. Tenemos mucho de qué hablar, Aidan —murmuró en un extraño tono de disculpa —. Y no todo va a gustarte.

—Eso no es una novedad —gruñó. Incapaz de acceder a ese recuerdo escondido, dejó que su cerebro se centrara en otros temas más apremiantes—. *El fae...* —empezó.

—Tras el Velo —masculló Niall a regañadientes—. Le lanzaste un auténtico cañonazo, tío. De los que hacen época. El muy mamón salió volando al Otro Lado, hecho un montoncito lloroso —espetó con desprecio. Lo miró con una actitud severa y digna que pocas veces invocaba, pero que era tan natural en él como respirar. Irritado, Aidan le devolvió su propia mirada autoritaria, aun a sabiendas de que no lo impresionaría. «Aunque debería», se indignó para sus adentros—. De todas las gilipolleces que has hecho, *deartháir*...

—No me sermonees, *sídhe* —lo frenó en el mismo tono regio—. Eres el menos indicado para hablar de gilipolleces —añadió en un gruñido—. Si tengo que recordar cuántas veces tú...

—Tú no eres yo, *fiordhraoi*. —Le sostuvo la mirada en un duelo de indignación que terminó en un estremecimiento. Niall bajó la vista y contempló sus manos como si algo apasionante se hubiera posado sobre ellas en los últimos segundos—. Casi te perdemos, *deartháir* —murmuró con una voz de niño perdido que envió una oleada de culpabilidad a instalarse en su estómago como una piedra inmensa y pesada.

—Lo siento —reconoció Aidan por fin—. Lo siento, Niall. No pensé...

—Y ese ha sido el gran problema estos días, ¿verdad, Aidan? Que no has pensado —masculló. Inspiró profundamente y pareció tomar una decisión—. Olvida eso por el momento —dijo en tono seco—. Ya se encargará Roi de decirte cuatro cosas después. Ahora me preocupa más lo que viste en ese molino.

Aidan se tomó un momento para poner en orden sus archivos mentales, o quizá solo para pensar cómo iba a explicarle a Niall sus impresiones sin despertar el insoportable mal genio que solía dominarlo cuando las cosas no salían como él quería. Al final, se decantó por la opción más indirecta para enfocar el asunto.

—Creo que las protecciones de la meiga, unidas a las mías, hicieron que mi magia no funcionara, que alimentara la inmunidad natural de ese imbécil, además de retenerlo dentro del círculo —explicó. Niall asintió, aceptando la teoría e instándolo en silencio a continuar—. Pero... —Se detuvo, vacilante.

—¿Pero? —lo animó su amigo.

Aidan dejó escapar un sonoro suspiro resignado.

—Pero si no hubiera sido por eso, no me habría costado nada acabar con él —reconoció a regañadientes—. No podía ser lo que estamos buscando —aclaró, sacudiendo la cabeza con pesar—. No era lo bastante fuerte.

—Lo suponía —concedió su amigo en una actitud conciliadora muy poco propia de él—. Continúa. Porque hay más, ¿verdad?

—Sí —volvió a suspirar—. Hay más. Cuando me atacó... —empezó a explicar, dirigiendo sus ojos de forma casi inconsciente hacia su vientre vendado y reprimiendo un estremecimiento al darse cuenta de lo cerca que había estado esa vez —, perdí el conocimiento y sentí cómo algo tiraba de mí para llevarme tras el Velo.

Niall se incorporó de un salto.

—¿Y me lo dices ahora, joder? —se exaltó—. ¿Qué era? ¿Cómo...?

—No lo sé —interrumpió Aidan en un susurro agobiado—. Pero era... —Frunció el ceño con irritada incomodidad.

—¿Era qué, Aidan? ¿Qué cojones era? —exigió saber.

—¡Era tan poderoso como yo! ¿Vale? —gritó con furia—. Nunca he visto nada igual —reconoció, bajando la voz hasta convertirla en un débil murmullo—. No sé si podré con él, Niall. No sé si... No sé si soy lo bastante fuerte —asumió a regañadientes.

—Eres lo bastante fuerte —replicó Niall sin ningún atisbo de duda. Él no pudo por menos que sonreír. La lealtad de su amigo era tan inquebrantable que haría quedar mal a cualquier diamante. Quizá era una de las pocas cosas buenas que se podía decir de él sin dar lugar a un acalorado debate, pero ya era suficiente—. No hay nadie más fuerte —añadió con decisión—. Y menos ahora que... Es igual —desechó con un amplio gesto de su mano. Aidan abrió la boca para preguntarle qué había querido decir, pero Niall volvió a hablar antes de que pudiera pronunciar palabra—. El caso es que, sea lo que sea, podemos vencerlo. Yo he probado su fuerza, *deartháir*, y a mí no me pareció que fuera más poderoso que tú.

Aidan sacudió la cabeza.

—Quizá su fuerza ha crecido desde el Solsticio —meditó—. Pero sé lo que sentí, Niall. Esa criatura es poder en estado puro. Es imposible que sea un simple *sídhe*.

—¿Entonces, qué? ¿Un *Fomore*? ¿Un *Tuatha Dé*? Mierda, Aidan, si es algo de eso estamos jodidos —gimió. Se pasó las manos por el largo y rebelde cabello dorado en un gesto de agobio y, como de costumbre, se puso a pasear en círculos por la habitación. Aidan odiaba esos paseos, pero nada podía frenar a su colega cuando estaba tan inquieto como en ese instante. Tras un par de vueltas maldiciendo en voz baja, de pronto se detuvo y miró hacia él, irritado—. ¿Estás seguro? —preguntó, a todas luces intentando dominarse, pero sin acabar de lograrlo. Parecía un animal enjaulado a punto de saltar sobre su captor.

—¿Seguro de que es algo así? —preguntó Aidan—. Sí. ¿Seguro de cuál de las dos? —Se encogió de hombros en son de disculpa—. Ni idea.

—Genial —exclamó Niall reanudando sus paseos—. Esto es genial.

—Me pregunto qué será tan genial como para poner a *Campanilla* en ese estado —comentó la sarcástica voz de Roi desde la puerta—. Apenas puedo esperar para saberlo —ironizó.

Aidan ni siquiera se molestó en responderle. De su mente desapareció el problema que tenían entre manos, el dolor de sus entrañas y prácticamente todo lo que lo rodeaba. Toda su atención se dirigió sin dudarle hacia Diana, que, sostenida por Roi, lo miraba como si estuviera debatiéndose entre abalanzarse hacia él o salir corriendo de la habitación. Decidió facilitarle las cosas extendiendo los brazos hacia ella.

—Diana —dijo, pronunciando su nombre de tal forma que incluso a sus oídos sonó como una súplica; como una oración. Ella jadeó como si hubiera expulsado de golpe aire suficiente para llenar un globo aerostático y se precipitó hacia la cama, buscando el refugio de su abrazo. El dolor que el impacto de su diminuto cuerpo causó en su vientre no fue nada comparado con la satisfacción de tenerla de nuevo junto a él. Ella lo abrazó con más fuerza y ya no pudo reprimir un gemido—. Cuidado, pelirroja —gimió—. Duele.

—¡Perdón! —se espantó ella, apartándose al instante.

Aidan chasqueó la lengua con reprobación y volvió a atraerla de nuevo hacia sí

con cuidado.

—Ni se te ocurra marcharte —suspiró.

Supo que había dicho algo equivocado cuando Diana se tensó de forma más que perceptible contra su cuerpo, pero que se condenara si sabía por qué. Debía de ser una de esas cosas de mujeres; una de esas frases trampa en las que los pobres hombres se...

La chica se incorporó de golpe.

—¿Cómo te marchaste, Aidan? ¿Cómo te largaste sin decirle nada a nadie? —exclamó Diana—. ¿Sabes lo preocupada que estaba? ¡Casi te matan!

—Bueno, tanto como eso... —refunfuñó, incómodo.

—Roi, deberíamos ir abajo y llamar a las chicas —interrumpió Niall con un canturreo que decía bien a las claras que se lo estaba pasando de miedo solo al pensar en la bronca que ella le iba a echar.

—Localizarlas en este instante me parece una imperiosa necesidad, mi querido amigo —aceptó Roi.

—Cobardes —masculló Aidan a la puerta ya cerrada.

Suspiró y se volvió para enfrentar la mirada furiosa de Diana, y una pequeña y muy maliciosa parte de su mente le susurró lo sexy que estaba cuando se enfadaba. Si no fuera porque sabía que era capaz de arrancarle los ojos si la hacía callar con un beso, y que con el dolor de su vientre tampoco estaba para ir mucho más allá, se habría lanzado sobre ella sin pensarlo un segundo.

—Duele, ¿verdad? —preguntó Diana en un tono que podría haber causado por sí solo la regeneración de varios glaciares.

Si bien Aidan prefería a las mujeres que no discutían jamás y no tenía demasiada práctica con las que lo miraban como la pelirroja lo estaba haciendo en ese mismo instante, el instinto inherente a su cromosoma Y le advirtió que frente a una mujer tan cabreada la única opción honorable que le quedaba a un hombre era mostrarse sumiso. Y disculparse. Mucho. Así que adoptó su actitud más mansa y esquivó esos ojos que lanzaban rayos, puñales y hasta platos.

—Lo siento —susurró—. Yo no...

—¿Lo sientes? ¡Lo sientes! —gritó Diana, fuera de sí.

«Ups, respuesta incorrecta», se lamentó Aidan.

—¿Qué es lo que sientes? ¿Sientes haber hecho el idiota? ¿Sientes que te hayan herido? —enumeró, agitando los brazos ante sí como un molino azotado por un viento de ciento cincuenta kilómetros por hora—. ¿Sientes habernos vuelto locos de preocupación? ¿Sientes que casi te hayan matado? ¿Qué sientes, Aidan, dime? —pareció concluir, fulminándolo con la mirada.

—Eh... ¿Sí? —musitó tras un momento, al ser incapaz de imaginar cuál era la respuesta correcta.

—Sí..., ¿qué? —lo increpó ella.

Aidan estaba demasiado ocupado pensando cómo era posible que algo tan

pequeñito y tan frágil diera tantísimo miedo como para ordenar a sus centros del habla que encontraran una respuesta elaborada, así que se decantó por lo primero que apareció en su mente.

—Eh... ¿Sí, lo siento? —aventuró.

—¡Pues claro que lo sientes! —se indignó—. ¿Cómo no lo vas a sentir? —gritó—. ¡Solo faltaría! —Se levantó y se puso a dar vueltas por la habitación siguiendo un camino tan similar al que había recorrido Niall minutos antes que Aidan se quedó más bloqueado de lo que ya estaba—. Lo menos que puedes hacer es sentirlo —mascullaba ella entre dientes, mientras recorría el dormitorio con rápidas zancadas.

Aidan se alegró de no tener demasiados muebles ni adornos, porque sospechaba que o daba con la respuesta correcta que pudiera calmarla o acabaría lanzándole de todo a la cabeza.

—¡Quince días! —gritó ella deteniendo su paseo y encarándolo. Él parpadeó ante el inesperado giro de la conversación—. ¡Quince malditos días, Aidan! ¡Y cuando vuelvo me encuentro con todo... —pareció pensarlo un instante y no encontrar la palabra exacta— todo *esto*! —Se detuvo solo un segundo y él abrió la boca para interrumpirla, pero la chica volvió a la carga antes de que sus cuerdas vocales consiguieran emitir sonido alguno—. ¡Y los mensajes! ¿Cómo se puede ser tan idiota, O'Cleary? Dime, ¿cómo?

«¿Mensajes?».

—¡Y sentir celos de Niall! ¡De tu amigo! Pero ¿por quién me has tomado, imbécil? —Inspiró hondo y él intentó de nuevo seguir el hilo de sus recriminaciones y contestar al menos a alguna de ellas. Sin ningún éxito—. Y, encima, lo del bosque. Que, por cierto, ¿qué diablos pasó? Porque me dejó aterrorizada, ¿sabes? —gruñó indignada. Plantó las manos en las caderas y lo miró con agresividad—. ¿Qué dices a eso, eh? ¿Qué dices?

Incapaz de procesar todo el asunto, Aidan sintió unos irrefrenables deseos de lloriquear y esconderse bajo las mantas y esperar a que Diana se tranquilizara y siguiera un cierto orden. Una esperanza vana, desde luego.

—A ver, ¿qué dices? —insistió, esperando rabiosa una respuesta.

—Eh... ¿Qué pido el comodín del público, pelirroja? —sugirió confuso.

Ella dejó de gesticular y lo observó como si fuera algo especialmente repugnante que se hubiera encontrado en la acera.

—¿Te parece gracioso? —preguntó en tono letal.

¿Gracioso? No, para nada. Le parecía desconcertante. Y bastante molesto. Incluso le causaba una cierta fascinación absurda el ver cómo todos los clichés sobre los enfados de las mujeres parecían ser ciertos. Diana no seguía ninguna lógica en sus acusaciones y cambiaba el objeto de estas cuando le parecía oportuno, echándole en cara faltas que ni siquiera era consciente de haber cometido o que ya ni recordaba.

Se mirara como se mirara, no era el reencuentro que había imaginado cuando dio la vuelta en ese bosque después de su revelación.

Y, por algún motivo, eso lo cabreó muchísimo.

Diablos, lo habían herido, le dolían hasta los zapatos, estaba tirado en la cama, vendado hasta las cejas después de casi haberla palmado y, en lugar de tener una mujer preocupada y cariñosa dispuesta a consolarlo, se encontraba aguantando el sermón airado de un demonio de pelo rojo dispuesto a comerse sus entrañas si le daba la más mínima oportunidad.

No era muy justo, la verdad. Al fin y al cabo, estaba encamado y sufriendo un dolor atroz. ¿No se merecía al menos un poco de comprensión? Maldita mujer. El karma le tenía que tener un odio cerval para enredarlo con esa maldita mujer y su maldito mal genio.

—No, no me parece gracioso para nada —replicó en voz baja.

Para su humillación, más que irritada, su propia voz le sonó como la de un crío caprichoso pillado en falta.

Diana volvió a echarle una de esas miradas furiosas que incluso a un hombre adulto le daban ganas de esconderse bajo la manta, y apartó el cabello rojo que parecía arder en torno a su cabeza con un movimiento airado de su cuello. Aidan sintió cómo su propio cabreo bullía a fuego lento en su vientre herido y amenazaba con desbordarse de un momento a otro. Pero antes de que alguna frase de la que después se arrepentiría consiguiera salir de su boca, la actitud de la chica fue cambiando ante sus ojos, desmoronándose, deshaciéndose y convirtiéndose en algo bien distinto.

Al principio fue algo sutil. Sus hombros parecieron perder rigidez, sus brazos se deslizaron apenas unos milímetros y su rostro perdió parte de su rabia, parte de su fuerza. Y de pronto, como si un dique en su interior se hubiera roto, las emociones parecieron alcanzarla, arrollarla e inundarla en una marea imparable.

Quizá él no supiera cómo enfrentarse a su enfado pero con su propio mal carácter podía soportarlo.

Pero las lágrimas... Eso era tema aparte. Preferiría luchar contra una manada de *canes de Urco* antes que afrontar el llanto de una mujer. Había algo en él que convertía al hombre más curtido en una masa balbuceante de nervios e impotencia.

Así que cuando el cuerpo de ella se agitó, sacudido por unos sollozos que parecían desgarrar hasta sus músculos, él se sintió más aterrorizado que cuando el *sídhe* había clavado sus garras en él. Al fin y al cabo, ahí tenía dos opciones: o lo encontraban y sus amigos convertían su herida en algo soportable, o no lo encontraban y moriría en el intento. Pero ¿qué podía hacer frente a ese cambio de actitud y a esa desesperación? Y, lo que era más, ¿cómo diablos podía calmarla? Porque si seguía así un solo instante más, hasta él mismo se pondría a gimotear sin saber por qué, y no lo había hecho desde que era un niño diminuto que todavía se sentaba en el regazo de su madre.

—Pelirroja... —llamó, desesperado— Diana, *a'ghrá*, no llores —rogó—. Mira, lo siento, lo siento mucho, ¿vale? Todo. De verdad —se disculpó sin saber qué más

hacer. Pero, lejos de servir para algo, su disculpa pareció arreciar el llanto de Diana, que se dejó caer en el suelo como si sus piernas no pudieran sostenerla.

Aidan dejó escapar una maldición apagada entre dientes y se arrastró fuera de la cama, más asustado de lo que había estado en su vida y sin comprender por qué la había hecho lamentarse más. La herida chilló a modo de protesta y se vengó por la falta de consideración, dejando escapar un poco de sangre que manchó el blanco inmaculado de las vendas que rodeaban su torso como un apretado corsé. Cuando ella vio la sangre, sollozó más fuerte todavía, si es que eso era posible. Se abrazó a sí misma y se balanceó como si una mano invisible intentara tranquilizarla acunándola como a un bebé.

—Ay, no —hipó—. Ay, Aidan.

Él llegó por fin hasta ella e hizo lo único que un hombre sensato podía hacer frente a una mujer tan desesperada. La estrechó entre sus brazos, soportando con estoicismo la lluvia de golpes que ella dejó caer sobre sus hombros y su pecho, intentando someterla con afecto; rendirla con su calor. Diana luchó durante una eternidad y al fin se dio por vencida. Dejó de debatirse y hundió la cabeza en su pecho, desconsolada. Poco a poco sus lamentos también fueron cesando hasta convertirse en hipidos entrecortados.

—¿Estás mejor? —musitó él contra su cabello. Ella asintió. Un único y breve movimiento de su cabeza—. ¿Qué te pasa, *a'ghrá*? —Esta vez negó en lugar de afirmar—. ¿No quieres decírmelo? —fingió dolerse. Ella negó una vez más—. Vamos, *a'chuisle*, quiero ayudarte, pero no puedo si no sé lo que te pasa. Dímelo, por favor.

Ella alzó la cabeza y clavó sus ojos hinchados y enrojecidos por el llanto en los suyos; inquietos, preocupados.

—Te dolía tanto, Aidan —gimoteó—. Estabas tan asustado y aterrado... Y tenías tanto dolor y frío. Y...

—Bueno, tampoco estaba *tan* asustado —replicó su orgullo masculino antes de que él pudiera detenerse a reflexionar sobre el asunto. Cuando su mente racional alcanzó por fin ese orgullo y lo apartó a un lado, la comprensión lo inundó como una marea de lava. Si no hubiera estado sentado ya, sus piernas le habrían fallado sin miramientos—. Espera... —musitó—. ¿Cómo sabes que sentía frío y dolor? Hablas como si lo *supieras*, no como...

—¡Es que lo sabía, Aidan! —exclamó ella entre sollozos—. Yo lo sentí, ¿entiendes? ¡Lo sentí todo! —se exaltó, apartándose del refugio de sus brazos—. ¡Y recuerdo! ¡Recuerdo cosas que no he vivido yo!

El pánico lo paralizó hasta el punto de detener incluso los procesos mentales más simples. Había muchas explicaciones, muchas formas en las que Diana podía haber sentido lo que él sentía, pero había una, una en particular que...

—Niall tenía razón —dijo con voz temblorosa—. Tenemos que hablar, y esto no nos va a gustar nada. A ninguno de los dos...

El amplio salón del pazo —que estaba segura de que los chicos definirían como «minimalista», pero que Diana ya había clasificado en su anterior visita como «vacío sin más»— parecía abarrotado por el peso de la ansiedad, los nervios y los cruces de miradas que volaban de un lado a otro de la estancia, cargados de recriminaciones, de sospechas y de preocupación mal disimuladas.

Si en la reunión anterior se había sentido como si estuviera en un partido de chicos contra chicas, en el que el equipo local tenía no solo la pelota, sino también toda la información, ahora mismo se sentía sumergida en una batalla de todos contra todos, en la que cada uno de ellos semejaba tener una pieza del puzle y se resistía a compartirla con los demás por miedo a unas consecuencias que no alcanzaba a imaginar.

Hasta la mismísima Laura, que siempre había sido la boya de cordura de su pequeño grupo de amigas, parecía alterada, pálida y confundida. A todas luces estaba pasando por el mismo salto de fe que ella había hecho hacía ya un mes, y no lo estaba llevando nada bien.

Tampoco Diana se sentía en plena forma. El «reencuentro» con Aidan había sido demasiado emotivo para su gusto, y ni siquiera había sido capaz de comprender sus propias reacciones. Una parte de sí misma solo deseaba abrazarlo y quedarse así para toda la eternidad y otra quería matarlo por haber sido tan inconsciente, desconsiderado e infantil. Al parecer, sus «partes» habían entrado en conflicto y por eso la había tomado con él, echándole en cara tantas cosas y en tal desorden que era incapaz de recordarlas todas. La verdad era que todavía le sorprendía que no solo siguiera hablándole, sino que además la tuviera ahora mismo apretada contra su pecho, como si quisiera protegerla de todas las explicaciones que estaban por llegar, lo que no estaría nada mal, por cierto, porque todavía intentaba entender cómo era posible que hubiera percibido a Aidan como si fuera parte de su esencia, hasta el punto de llegar a compartir su dolor.

¿Y había pensado que su nivel de incredulidad estaba por las nubes? Qué inocente era entonces.

Aidan inspiró profundamente y ella se preparó para ver cómo ese nivel de incredulidad volaba en pedazos.

«Pues allá vamos», pensó. Al sentir su hondo suspiro, él la apretó todavía más contra su costado.

—Muy bien —dijo Diana en tono sereno—. ¿Quién empieza?

La respuesta vino en tono suave, casi inaudible, de la persona que menos habría esperado.

—Yo quiero decir algo —susurró Laura. Todas las miradas se volvieron hacia ella

con curiosidad mal disimulada, y aguardaron a que se decidiera a hablar por fin—. No sé ni por dónde comenzar... —rió sin humor, mirando las manos que entrelazaba sobre su regazo.

—Por el principio suele ser una buena opción, querida —sugirió Roi en tono amable.

—El principio, sí —aceptó Laura tomando un profundo aliento—. Al principio pensé que estabais locos o que erais unos timadores o... —Volvió a reír con una de esas carcajadas breves y secas que Diana interpretó como indecisión—. Pero después de lo que vi ayer... —Sacudió la cabeza como si quisiera espantar esos recuerdos y permaneció unos segundos en un silencio que nadie se atrevió a romper. Cuando alzó la vista de nuevo, se parecía más a la Laura de siempre; más fría, más controlada—. Solo tengo dos opciones: o estoy loca y todos sufrimos la histeria colectiva más compleja de la historia de la psiquiatría, o tengo que aceptar que lo que contáis es cierto. Así que... —Se mordió el labio inferior como si quisiera reprimir las palabras que estaban a punto de escapar de su boca y se encogió de hombros—. Os creo —dijo sin más, repitiendo el gesto—. Solo... Bueno, solo quería que lo supierais.

—La Navaja de Ockham aplicada a la magia —aplaudió Roi—. Muy apropiado. —La miró con intensidad un segundo y una sonrisa sincera empezó a dibujarse en los confines de sus labios—. Gracias —dijo con amabilidad—. Apenas alcanzo a imaginar lo difícil que esto ha sido para ti, querida. Todo un salto de fe que aprecio sinceramente.

—Sí, gracias, Laura —sonrió Marta, tendiéndole una mano que su amiga estrechó con agradecimiento—. Ahora que ya estás en el equipo al cien por cien, esto va a ser facilísimo —dijo encantada.

—Bueno, tanto como facilísimo... —ironizó Niall. Diana apartó la vista de sus amigas justo a tiempo de ver cómo Aidan cruzaba una rápida mirada con él, cargada de preocupación y de significados ocultos. Por supuesto, Niall lo captó al vuelo—. No me mires así, calabacita —dijo burlón—. Ni te imaginas lo que se ha complicado todo.

—Bueno, para eso estamos aquí, ¿no? Para hablarlo y...

—Y, aunque aprecio tu gesto como el que más —intervino Aidan, dirigiéndole una inclinación de cabeza a modo de reconocimiento a Laura—, creo que deberíamos hablarlo ya. Y podíais empezar por decirme por qué Diana se vinculó a mis emociones —dijo a modo de pregunta.

Diana reprimió las ganas de saltar en su asiento. También quería saber por qué diablos había podido ver las emociones de Aidan como si fueran las suyas, por qué había sentido su dolor en su propio cuerpo... Dejando al margen el momento en el que el ser que estaban buscando había intentado arrastrarla al otro lado del Velo, estar unida a Aidan de algún modo más allá de lo físico durante su lucha con la criatura del molino había sido la experiencia más aterradora de su vida.

—Es... complicado —empezó Roi con prevención.

—¡No me digas! —Aidan miró a Niall con expresión agresiva—. Si esto ha sido un truco tuyo para...

—Nada de trucos —interrumpió el aludido, hosco—. No fue culpa mía.

—¿Y por qué será que no te creo, Niall? —masculló Aidan.

—Porque suele ser culpa mía —reconoció este con un encogimiento de hombros cargado de indiferencia, sin aparentar sentir ningún cargo de conciencia al respecto—. Pero esta vez soy inocente como un corderito. Yo no la vinculé a ti de ningún modo.

De no ser por el modo en que Aidan se tensó junto a ella, le habría pasado desapercibida la elección de palabras de Niall. Sin duda, Aidan lo conocía mejor.

—Muy bien —dijo Aidan en tono letal—. Tú no la vinculaste a mí —aceptó—. ¿Quién lo hizo, entonces?

—Es... complicado —respondió Niall una vez más.

—Eso ya lo habéis dicho —gruñó Aidan.

—Y no ha dejado de ser complicado desde entonces —replicó Niall.

—Señores, por favor —intervino Roi, conciliador—. Quizá deberíamos empezar por algo más sencillo. O al menos algo en lo que todos podamos estar de acuerdo sin intentar matarnos unos a otros —sugirió. Miró a Aidan—: Quizá podrías explicarnos qué...

—¿Intentas decirme que no te lo ha contado ya Niall, Roi? —rezongó Aidan entre dientes—. Los dos sabemos que sí lo ha hecho, así que...

—Pues, en ese caso, quizá deberíamos hablar de lo que vamos a hacer a partir de ahora con esa nueva...

—Jodernos —gruñó Aidan, furioso—. Eso es lo que vamos a hacer, jodernos. No tenemos ni idea de si es *Fomore* o *Tuatha Dé*. Y, desde luego, no tenemos ni idea de *quién* es. Y nos quedan menos de veinte días para *Imbolc*. —Se mesó el oscuro cabello castaño en un gesto de absoluto agobio—. Y, como le dije a Niall —añadió en lo que apenas era un susurro—, no estoy seguro de ser lo bastante poderoso para detenerlo.

—Ya llegaremos a si eres o no lo bastante poderoso, O'Cleary —replicó Roi en un tono que daba a entender que él no tenía ninguna duda sobre quién tenía el poder—. Permíteme una pregunta... Si no conseguimos saber quién es antes de *Imbolc*, ¿podrías reforzar las protecciones hasta *Beltane* para darnos más tiempo?

Aidan lo consideró un instante.

—Probablemente —asintió—. Pero...

—Sí, soy muy consciente del problema, créeme —lo interrumpió Roi—. Pero, si podemos ganar tiempo, quizá podríamos dar con el modo de averiguar quién es nuestro misterioso amigo.

—Pero... No entiendo —intervino Marta—. Vosotros dijisteis que bastaba con saber qué era esa criatura para poder detenerla.

—Sí, y si no he entendido mal —terció Laura—, habéis reducido las

posibilidades a dos. Eso es muchísimo más de lo que teníamos hace unas horas, ¿no?

—Sí... Y no —suspiró Aidan.

—Va a ser cierto que nos han «vinculado», O’Cleary —replicó Diana—, porque ya empiezas a hablar como si fueras gallego. «Sí, pero no» —remedó, burlona.

Él la miró con el esbozo de su habitual sonrisa torcida.

—Es más complicado que todo eso, pelirroja —replicó de buen talante—. Si fuera un simple *sídhe*, no haría falta mucho más que saber de qué clase es, o incluso a qué corte pertenece. Pero, tratándose de un *Fomore* o un *Tuatha Dé*, necesitamos saber quién es. Saber su nombre, conocer su historia...

—Tiempo muerto —interrumpió Laura formando, una T con sus manos—. Demasiada información —se quejó, y Diana estuvo convencida de que le faltaba nada para sacar su iPad del bolso y ponerse a tomar notas como si estuviera poseída—. ¿*Sídhe*, cortes, *fom...*, *For...*?

—Nos llevaría toda una vida explicártelo todo —protestó Niall.

—Yo puedo explicarte algo —dijo Diana para su propia sorpresa—. Él —empezó, apuntando con un dedo acusador hacia Niall— es un *sídhe*. Un hada. —Niall se limitó a esbozar una sonrisa plácida como si no le sorprendiera en nada su acusación—. Ignoro de qué corte, pero, conociéndolo, apostarí por la oscuridad —añadió con inquina.

—De hecho, soy un príncipe de la luz, calabacita —replicó Niall de buen talante—. Esto no va de buenos y malos, ¿sabes? Eso es tan... Tan humano —añadió, despectivo.

—¿Cómo sabes tú eso? —intervino Aidan, con una voz tan controlada que Diana supo que estaba esforzándose hasta la desesperación para dominar un pánico que amenazaba con arrollarlo.

—Lo supe cuando estuve unida a ti —explicó—. Y más cosas... —añadió mirando de reojo a Roi. Este captó su ojeada y enarcó una perfecta ceja en un gesto irónico.

—¡Bien, se acabó! —exclamó Aidan mientras se ponía en pie de un salto—. ¡Vais a decirme ahora mismo qué diablos habéis hecho!

—Tranquilízate, O’Cleary —pidió Roi con serenidad.

—¿Qué me tranquilice? —se indignó este—. Joder, Roi, no solo percibió mis emociones... ¡Tiene mis recuerdos! —gritó—. ¡Mis recuerdos! —insistió—. ¿Te parece normal?

—Bueno, tampoco todos —intervino Diana, intentando ayudar. No entendía por qué, de todo lo que habían vivido hasta entonces, era el haber estado unido a ella lo que provocaba esa reacción tan visceral en Aidan. Era cierto que había sido una experiencia aterradora para ella, así que quizá para él también, pero tampoco era para tanto, ¿no?

«O sí», pensó al ver la expresión angustiada y aterrorizada de Aidan.

—Ya... —dijo Aidan, como si eso no representara el más mínimo alivio o, sin

más, no fuera capaz de creerla.

—En serio, no tengo «todos» tus recuerdos —insistió Diana. Gesticuló para atrapar los conceptos que se le estaban escabullendo a toda velocidad solo por intentar aprehenderlos, observarlos de reajo—. Solo cosas generales, solo ideas —concluyó confundida.

—No es lo que piensas, *deartháir* —intervino Niall—. Nosotros no hemos hecho nada para unirla a ti, te lo repito.

—¿Cómo podríamos, O’Cleary? —razonó Roi—. Tenías levantadas todas tus protecciones e incluso alguna más que ni siquiera sabíamos que podías conjurar. —Aidan lo miró como si acabara de decirle que le había salido un tercer ojo justo en el centro de la frente—. Hay una explicación, te lo aseguro. Pero no es la que piensas.

—¿Y vas a darme la jodida explicación, Roi, o voy a tener que sacártela a golpes? —dijo en un tono amable que contrastaba vivamente con la acidez de sus palabras.

—Podría dártela —aceptó Roi—. Pero preferiría que te tranquilizaras antes. —Aidan resopló y Roi compuso un gesto de desaprobación que pareció irritarlo mucho más—. Los culpables no somos nosotros, como te hemos dicho cien veces.

—Vale, entonces, ¿quién?

—*Do máthair, fiordhraoi* —susurró Niall.

—*Mo máthair?* —palideció Aidan—. ¿Te has vuelto loco, *sídhe*? ¿Qué sabes tú de eso?

—Sé cómo ató tus poderes y por qué, *deartháir*.

Aidan pensó que si Niall le hubiera dicho que había decidido convertirse al cristianismo y pasar el resto de la eternidad sirviendo como misionero y ayudando de forma altruista a los demás, no se habría quedado más atónito.

Las rodillas le flaquearon y casi pudo sentir cómo la sangre abandonaba su rostro, siguiendo un camino descendente que vació su cerebro de cualquier actividad más allá de controlar el puñado de funciones básicas que hacían que su cuerpo siguiera estando vivo.

Se dejó caer en el sofá, con la cabeza dando vueltas y el corazón en un puño, y apenas sintió cómo Diana enredaba los dedos con los suyos en un frágil gesto de apoyo.

—¿Qué...? ¿Cómo? —tartamudeó.

Niall suspiró.

—Es una larga historia, *deartháir* —se excusó—. Quizá preferirías...

—Prefiero que empieces a hablar. Ya —masculló él—. ¿Qué sabes tú de mi madre?

—¿Tu madre? —preguntó la pelirroja en un tono tan sorprendido que en realidad parecía que estuviera preguntando si era posible que tuviera una madre. ¿Qué pensaba?

Sus amigas se inclinaron hacia ellos, a todas luces interesadas en el asunto, como si ellas mismas estuvieran pensando hacer esa pregunta y no hubieran encontrado la ocasión. E igual de sorprendidas. Vale, no hablaba mucho de su madre, pero tampoco era para poner esas caras.

—Mi madre, sí —reconoció a regañadientes—. Niall ha sugerido que mi madre tiene algo que ver en todo esto. En lo que nos ha vinculado a ti y a mí.

—¿Es cierto eso? —preguntó Diana hacia Niall. Al ver que este no parecía dispuesto a responder, volvió la vista hacia Roi en una muda pregunta. Él se revolvió inquieto en su asiento.

—En cierto modo —respondió, por fin, entre dientes.

Y, por supuesto, alguien como ella no iba a quedarse con una respuesta de ese tipo, así que Diana hizo lo que Aidan llevaba minutos temiendo que hiciera: se volvió hacia él y compuso su mejor expresión de «yo no me muevo de aquí hasta tener una respuesta, forastero». Él alzó las manos en un gesto defensivo.

—Sé tanto como tú, pelirroja —dijo como única salida.

—Pero ¿puede hacerlo? —preguntó Diana.

Por supuesto. Una de las peores preguntas que podía hacerle en ese instante.

—Bueno, sí —respondió, suplicando a la Diosa que la cosa se quedara ahí.

Debió suponer que la Diosa estaría haciéndose la manicura, como solía pasar

siempre que él le pedía algo.

—¿Es druida también? —insistió.

Vale, esa pregunta era peor que la anterior.

—Bueno, no.

—«Bueno, sí», «Bueno, no» —se indignó Diana—. ¿Me quieres explicar qué pasa? Cuando me contestas con monosílabos es que hay algo que no quieres que sepa. Y estoy harta de no saber cosas —dijo, subiendo el tono a medida que las palabras abandonaban su boca a trompicones, atropellándose unas con otras—. Te lo pondré fácil, Aidan: ¿tu madre también hace magia?

—Eh... sí.

—Vale —aceptó de mal humor, inspirando con fuerza—. Pero no es druida.

—Eh... no.

—Me estoy empezando a hartar de arrancarte las palabras, Aidan —advirtió en tono airado—. Última oportunidad. Si tu mad...

—Su madre es una *Tuatha Dé*, como él —interrumpió Niall con hastío.

«Gracias, hombre», ironizó él para sus adentros.

—¿Una qué? —preguntó Diana.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Marta.

—¿Oh, Dios mío? —intervino Laura—. ¿Es que tú sabes de qué están hablando?

Marta se giró en su asiento a la velocidad del rayo, mirándolo como si lo viera por primera vez.

—Oh, Dios mío —repitió en tono reverente.

—Marta, tú también no, por favor —gimió Diana.

—¡Perdón! —se disculpó con expresión ensimismada. Y entusiasmada, comprobó él para su desesperación—. Perdón, yo... Es que esto es tan... Alucinante que... Es que...

—Marta... —suspiró Laura.

—Oh, sí, vale —dijo intentando serenarse—. Los *Tuatha Dé Danann*, los hijos de la diosa Danu. —Al ver que sus palabras no causaban la reacción que ella esperaba, saltó en su silla en una mezcla infantil de emoción e irritación—. ¡Los dioses célticos!

Diana se quedó completamente quieta, como si asimilara la información. Y después, muy, muy despacio, se volvió para mirar a Aidan con la confusión y el pánico pintados en sus enormes ojos.

—Eres... ¿Eres un dios celta?

—No es para tanto —replicó él, para tratar de quitar hierro a todo el asunto.

—¿Que no es para tanto? —se espantó Diana—. ¿Me he acostado *con un dios*? ¿Eso no es...? Yo qué sé, ¿herejía o algo así? —gimoteó.

Aidan contrajo la cara en un gesto de dolor anticipándose a las inevitables carcajadas de sus compañeros. Y por primera vez en esa conversación, no lo decepcionaron. Sus risas resonaron en el pesado silencio que había seguido a la

declaración de Marta. Y, por supuesto, a Diana no le parecieron en absoluto graciosas.

—No, Diana, a ver, los celtas no... —empezó Aidan, estirando una mano hacia ella.

—No me toques —se estremeció, apartándose de él de un salto—. No vuelvas a tocarme, Aidan, no... Yo... no... —Se puso en pie, temblorosa—. Tengo que salir de aquí —musitó antes de echar a correr hacia la salida, tropezando con todos y cada uno de los escasísimos muebles que decoraban el salón.

—¡Diana! —Aidan se puso en pie dispuesto a seguirla, pero Laura se interpuso en su camino—. Déjame pasar —masculló entre dientes.

—No —replicó la chica con serenidad. Al ver que él no parecía dispuesto a dar su brazo a torcer, suspiró y pareció armarse de paciencia—. Mira, está muy afectada y ahora no va a querer ni verte —explicó con ese tono aséptico que a él nunca le había molestado antes, pero que en ese momento estaba empujándolo más allá del límite de su paciencia—. Déjanos que vayamos Marta y yo —pidió—. Cuando esté más tranquila, la traeremos de vuelta.

—No voy a dejar que... —intentó refutarla.

—No tienes otra opción —lo interrumpió Marta con su vocecita tímida—. Lo siento. Yo... no debí...

—No es culpa tuya —suspiró al ver que la chica parecía a punto de echarse a llorar de un momento a otro—. Debí decírselo, pero...

—Ya —soltó Laura con evidente sarcasmo—. Si es que en ningún manual sobre relaciones hay un capítulo que diga: «Cómo decir a tu pareja que eres un antiguo dios de un panteón olvidado».

—¡Eh! ¿Cómo que olvidado? —se indignó Niall, levantando la voz.

—Como sea —replicó Laura, mirándolo con gesto aburrido. Cuando se volvió de nuevo hacia él, había suavizado su mirada—. Déjanos ir con ella, Aidan, es lo mejor —pidió de nuevo—. Y así podrás aclarar todo esto con ellos dos —sugirió.

Las palabras no pronunciadas quedaron flotando en el aire, tentándolo como si las estuviera pronunciando una sirena en lugar de una belleza morena sin ninguna inteligencia emocional: «Y así después podrás contarle a Diana la versión abreviada».

Tentador. Muy tentador. Una parte de sí mismo —el hombre posesivo y protector que no había sido consciente de poseer hasta entonces— le gritaba que corriera tras ella, que la estrechara entre sus brazos y que implorara perdón por cualquier falta presente, pasada o futura que hubiera cometido, estuviera cometiendo o fuera a cometer. Que la reclamara por fin para sí, que le confesara lo que sentía y que le explicara con total claridad que nunca, bajo ningún concepto, le iba a permitir que se apartara de su lado.

Pero el coherente, el tío sensato que se preciaba de hacer siempre lo mejor, no dejaba de ver las ventajas del plan de las chicas. Y no solo porque así podría editar la historia a su conveniencia, sino también porque reduciría el número de interrupciones

en la charla. Ya bastante difícil iba a ser controlar a Niall y Roi, como para meter también a las chicas en la ecuación y volver a enfrentarse a una charla como la que había seguido al solsticio de invierno, que casi había terminado con sus nervios.

Así que asintió y se apartó del camino de Laura, que se apresuró a salir por la puerta. Su amiga la siguió con la mirada baja, pero antes de abandonar la habitación se volvió para dedicarle una sonrisa tranquilizadora.

—Calma —sonrió—. Solo está asustada, se le pasará. La haremos entrar en razón.

—Gracias —susurró él a la puerta vacía antes de regresar a su asiento—. Muy bien, empezad a hablar —dijo en un tono muchísimo más duro, mirando a los dos payasos que ahora mismo lo observaban con sendas expresiones que decían «eres un calzonazos» a voz en cuello.

—Hasta las trancas, ¿eh? —bromeó Niall hacia Roi, ignorándolo.

—Si lo piensas bien, mi querido amigo, tiene su parte de lógica —respondió pensativo.

—Sí, puede ser, pero no deja de tener su gracia —insistió Niall.

—Ciertamente —aprobo Roi—. Pero mucho me temo que, o empezamos a explicar lo que sabemos, o vamos a vernos envueltos en una pelea patética. Otra vez —concluyó con un suspiro.

«Un dios celta. ¡Un dios celta!».

Las palabras se repetían en la cabeza de Diana como un cántico que empujara sus pies a seguir corriendo, a alejarse de todo y de todos; a escapar.

«Un dios celta».

Y había pensado que sus niveles de incredulidad habían ascendido hasta la estratosfera y ya nadie podría volver a alcanzarlos nunca más... Pues bien, ahí estaba esa tentación morena, volando los límites de su razón una vez más.

¿Por qué diablos tenía tan mala suerte con los hombres? En sus veintiséis años de vida había tratado con inmaduros, egoístas, desconsiderados, infieles, arrogantes, indiferentes y hasta con alguno que tenía todas esas características y alguna más que ni siquiera se le había ocurrido en su momento. Y ahora remataba su brillante carrera enamorándose de un tipo ¡que ni siquiera era humano! ¿Qué decía eso de ella? ¿Que nunca podría tener una relación normal? ¿Que los dioses la odiaban?

¿Qué diablos iba hacer ahora?

Sus pies golpeaban la gravilla del camino principal con un crujido rítmico que se le antojaba un contrapunto a los descontrolados latidos de su corazón. El aire helado de la noche quemaba en sus pulmones y el aliento escapaba de sus labios en nubes de vapor que se alzaban burlonas hacia el cielo, como malas metáforas de los demonios que burbujeaban en su interior.

Sus músculos, doloridos por el frío y la súbita actividad frenética, le informaron con cierto agobio de que estaban a punto de rendirse en los próximos segundos. Y de que no, bajo ningún concepto, tenían intención de llevarla hasta el pueblo con esa helada y a ese ritmo enloquecido. Frenó su carrera a pocos metros de la verja principal y apoyó las manos en las rodillas, jadeante. Era muy consciente de que se estaba comportando como una auténtica chalada; como un ser irracional que actuaba movida únicamente por el instinto del momento, por la adrenalina que había recorrido su cuerpo desde el mismísimo instante de la revelación.

Pero saberlo no ayudaba en nada a comportarse de otro modo. No sabía a quién recurrir para conseguir un poco de apoyo, y dudaba mucho que las revistas femeninas que Marta atesoraba en la peluquería tuvieran una respuesta a eso, o siquiera un test que pudiera ayudarla. Algo del tipo: «¿Qué hacer cuando descubres que tu novio es una criatura mítica? Cien consejos útiles» o «¿Eres la clase de mujer que puede mantener a su lado a un dios?». No todos los días una mujer descubría que el hombre del que se había enamorado era un antiguo dios de un culto que ni siquiera conocía un mes antes.

La respiración todavía jadeante se atravesó en su garganta y su cerebro se lanzó alegremente a ordenar a sus glándulas que produjeran más adrenalina que verter en su

torrente sanguíneo. Abrió los ojos de par en par y se incorporó, mirando sin ver las sombras nocturnas que rodeaban el pazo.

«¿Enamorarse?».

¿Se había... *eso*?

No, ni en broma.

... O sí.

Mierda, ¿cómo podía haber sido tan estúpida? Se había prometido una y mil veces no caer en eso, no comprometer sus emociones, no volver a poner su corazón en las manos de un hombre para que ese hombre lo estrujara hasta convertirlo en una nuez reseca y vacía.

—Bueno, al menos acerté en lo de no entregárselo a un hombre —rio sin humor en voz alta, sorprendiéndose a sí misma con el sonido cascado y enloquecido de su propia voz.

El crujido de la gravilla del camino la sobresaltó. Por un breve instante, su corazón bailó enloquecido contra sus costillas pensando que Aidan la había seguido. Pero volvió a su ritmo normal al encontrarse con sus amigas acercándose por el sendero artificial, abrazándose a sí mismas para protegerse de la helada nocturna. Reprimió con todas sus fuerzas la desilusión que sintió al verlas. Eran sus amigas. Lo que necesitaba ahora mismo era a sus amigas y no al «hombre» que la había hecho salir a toda prisa del refugio de una casa cálida en pleno enero.

—Diana —llamó Marta con suavidad—. ¿Estás bien?

—Mejor que nunca, ¿no me ves?

—Yo lo que veo es que te estás portando como una histérica —intervino Laura en tono seco—. Más de lo habitual, digo.

—¡Laura! —se espantó Marta.

Los nervios de su estómago mutaron en una irritación que amenazaba con transformarse a su vez en rabia pura. Se volvió hacia Laura y a su falta de inteligencia emocional y la fulminó con la mirada.

—¿Histérica? —exclamó. Con histerismo—. ¿Te parece que estoy histérica? Pues pienso *histerizarme* mucho más antes de que acabe la noche, así que te jodes —espetó airada.

—Claro que sí, cariño, suéltalo todo —susurró Marta, acariciándole la espalda en un gesto consolador que no consiguió consolarla lo más mínimo.

—No seas ridícula, Diana —replicó en cambio Laura con una dignidad que Diana encontró totalmente fuera de lugar—. ¿Me quieres decir por qué has salido corriendo como una loca? ¿En pleno enero? ¿Con el frío que hace?

Se debatió entre el deseo de estrangular a su amiga y el mucho más intenso de enterrarse bajo una roca y olvidarse del último mes. Al final se decantó por una opción intermedia: chillar a Laura, ya que no podía hacer otra cosa para sacudir ese miedo estúpido que se aferraba a sus entrañas como una brida de acero.

—¿En serio tengo que explicártelo? —escupió venenosa—. ¿Con lo lista que tú

eres y no lo puedes deducir solita?

—Pues no —repuso la aludida, cuya voz se volvía más fría a medida que la de Diana se calentaba con la rabia—. Porque yo soy muy lista para todo lo que es racional y ahora mismo tú no lo estás siendo.

—Bueno, Laura, sé un poco comprensiva —salió en su defensa Marta—. Al fin y al cabo, no todos los días te enteras de que tu novio...

—¡No es mi novio! —chilló.

Sus amigas cruzaron *esa* mirada en particular. Esa mirada que reservaban para sus crisis emocionales. Esa mirada que decía «Sí, se está portando como una loca, pero a ver si podemos manejarla». Eso tampoco hizo nada para serenarla, porque sabía muy bien que tenían razón. Se estaba comportando como una auténtica chalada.

—Bien —aceptó Laura—. «Novio» siempre me ha parecido una palabra de lo más cursi, la verdad. Digamos «amante». Es como más glamurosa.

—Sí, más de mujer de mundo —aprobó Marta.

—Y ahora dinos que no es tu amante, Diana. Vamos —la retó Laura con una maliciosa sonrisa.

—No lo es —gruñó. Ellas la miraron enarcando las cejas en un gesto de burla—. Vale —reconoció a regañadientes—, lo fue —se corrigió—. Pero de eso ya hace...

—Porque te marchaste —la interrumpió Laura, sabiendo de sobra lo que iba a alegar en su defensa—. Y tú no tuviste que quedarte aquí soportando su mal humor...

—Es verdad —aceptó Marta en tono suave—. Casi se vuelve loco, Diana. Ya lo has visto. Lo que pasó ayer solo fue... —braceó en busca del término adecuado.

—La gota que colmó el vaso —terminó Laura por ella. Suspiró y suavizó su dura mirada—. Diana, ese tío está loco por ti. —Ella resopló con una expresión despectiva que le hizo recibir de nuevo los puñales de la mirada de Laura—. No me discutas. Está loco por ti y tú estás hasta el cuello por él. Por una vez en tu vida deja de comportarte como una cobarde y arregla las cosas en lugar de salir corriendo.

No supo si reír o llorar.

—¿Estás de coña? —chilló—. Ese tío —empezó, señalando la casa con un dedo acusador—, ese tío es *un dios*. ¡Un dios, Laura! —exclamó.

—Sí, ¿y? —replicó, encogiéndose de hombros.

—¿Cómo que «y»? —se espantó—. ¿Cómo que...? ¡Ni siquiera es humano, joder!

—Bueno, la mitad de tus novios apenas pasaban de primates, así que supongo que «dios» es una mejora sustancial —contraatacó Laura en tono neutro.

—Lo que Laura intenta decir, *meu ben* —intervino Marta, sin duda acuciada por la mirada letal que Diana era muy consciente de estar mostrando—, es que no importa lo que sea Aidan. Lo que importa es lo que siente por ti y lo que tú sientes por él. ¿Qué más da el resto? —susurró con afecto—. ¿Vas a dejar escapar al hombre de tu vida porque no sea exactamente como lo habías imaginado?

—¡El hombre de mi vida! —bufó—. Qué ton...

No pudo continuar. Su mal humor y el pánico que la habían dominado hasta entonces la empujaban a seguir encontrando argumentos en contra, pero la honestidad hacia sí misma ganó la partida y la hizo callar.

Al fin y al cabo, apenas unos segundos antes de que llegaran sus amigas, había aceptado que estaba enamorada de él. Enamorada como no lo había estado nunca. Enamorada de un modo que la consumía, que acababa con todas sus defensas. Se había sentido atraída por él desde el mismísimo primer momento en que había puesto los pies en su maldito bar, y la cosa no había hecho sino crecer y empeorar con cada detalle que descubría, con cada pequeño paso que avanzaban hasta el inevitable final. Desde la primera noche en casa de Marta, en la que su libido, desinhibida por el alcohol, la había empujado a hacer el idiota con él; pasando por su primer beso, que había sacudido hasta los cimientos de su cordura, y acabando por el momento en que se habían acostado, en la que había sido la mejor relación sexual de toda su vida.

Pero era mucho más que eso, ¿verdad? Mucho más que el sexo, mucho más que unas manos hábiles o una lengua que debería declararse patrimonio de la humanidad. Era él. Él de la cabeza a los pies. Eran su sonrisa torcida, su humor, su mal genio. Eran su consideración y su cariño cuando ella estaba asustada. Eran su sabor y su olor. Eran sus miedos, a pesar de que lo alejaban de ella, porque se parecían mucho a los suyos propios. Era su oficio —más allá de ser un dios y un druida, claro—, el escritor que habitaba en su interior y del que se había enamorado de forma platónica desde el mismo instante en que puso los ojos en su magnífica prosa, en el modo en que los sentimientos, las emociones y las historias nacían de su gloriosa pluma.

Y era ese «algo». Esa sensación inexplicable, esa conciencia atávica, ese sentimiento indefinible que la recorría de la cabeza a los pies cada vez que él se acercaba.

Cuando Aidan estaba cerca se sentía completa.

Total y definitivamente completa.

Como si un círculo se hubiera cerrado, como si una historia se hubiera escrito en su cabeza y hubiera incrustado un «fin» a pie de página, como si hubiera encontrado algo que ni tan siquiera era consciente de haber estado buscando.

Como si estuviera viva por primera vez.

Se volvió hacia sus amigas y sonrió.

—Muy bien —aceptó—. Pues necesito ayuda. Tengo que atar a mi cama a un dios. ¿Cómo se hace eso?

Durante más años de los que era capaz de recordar, Aidan había recorrido el mundo con esos dos. Habían luchado juntos, habían reído, habían sufrido y peleado y vencido. Habían compartido tantas cosas que ya eran más que amigos y más que hermanos, y él se preciaba de poder leer en sus caras como podía leer en un libro abierto. Estaba seguro de conocer todos y cada uno de sus secretos, como ellos conocían los suyos. Estaba convencido de que no había nadie en este mundo, o en el otro, que supiera tanto de él como ellos, o del que él supiera tanto.

Hasta ese preciso instante.

Sus amigos, sus hermanos, se mostraban ante él como dos estatuas ilegibles e inexpresivas, y él era incapaz de interpretar nada en esos rostros impasibles.

—¿Y bien? —los instó, incapaz de soportar por más tiempo su mutismo.

Niall miró al techo, luego a Roi y por fin se enfrentó a su mirada.

—Es largo de explicar, *deartháir*, así que ten paciencia —empezó.

—Tengo una paciencia infinita, Niall —masculló—. Al fin y al cabo, llevo aguantándote siglos.

Su amigo aceptó el insulto con su habitual sonrisa indiferente y asintió.

—Bien, a ver... Tu nacimiento...

—¿Vamos a remontarnos hasta mi nacimiento? —lo interrumpió de mal humor.

—Vamos a remontarnos hasta donde haga falta, O’Cleary, así que cierra el pico y escucha con atención —replicó Roi.

—Gracias, Roi —sonrió Niall.

—Un placer, amigo.

—Tu nacimiento, como decía, había sido vaticinado muchos siglos antes de que Ona y Drag hubieran venido al mundo —narró Niall—. Serías el séptimo hijo de un séptimo hijo; el más poderoso entre todos los poderosos, el que salvaría al mundo de la destrucción, el que...

—¿Vas a seguir contándome lo que ya sé? —masculló, irritado. Conocía esa Profecía desde que tenía memoria y siempre había sido para él como una espina clavada en su corazón y en su orgullo. Era poderoso, sí, pero, por algún motivo que nadie había podido explicarle jamás, solo podía acceder a todo su poder en los momentos de mayor peligro o de máximo estrés. Siempre había sido incapaz de hacer funcionar una magia compleja por puro placer, como podía hacer Niall. O cualquiera de los suyos, ya puestos—. Dime de una vez qué tiene que ver mi madre en todo esto.

—O dejas de interrumpirme o vas a tener que acudir a tu madre para que te lo cuente, *deartháir* —replicó Niall en un tono falsamente suave.

—Creedme si os digo que, de verdad, de verdad, me gustaría ver eso —intervino Roi con una suave risa cargada de sorna.

Y con toda la razón, maldijo para sus adentros. Decir que su madre era hermética o que sus defensas eran infranqueables era no hacerle ningún honor a su capacidad para responder con crípticos mensajes indescifrables a cualquier pregunta, por inocente que esta pudiera parecer. Las cajas fuertes eran herméticas. Las cámaras acorazadas eran infranqueables. Las barreras de su madre estaban hechas de la esencia con la que se construían los mundos y nada sobre la faz de la tierra era capaz de quebrarlas sin romperse a sí mismo en el proceso.

Aidan se preguntaba a menudo cómo había llegado a emparejarse con Drag, su padre, tan opuesto a ella que casi parecían dos especies distintas. Donde Ona era autoritaria e intransigente, Drag era caótico y tolerante. Si Ona apenas sonreía, Drag se mostraba como la quintaesencia de la alegría. Ona impartía disciplina, Drag era el motivo principal por el que su amplísima familia necesitaba de esa disciplina. Ona gobernaba, Drag dirigía su espacio con complacido desapego.

Él adoraba a su padre.

Ona... Bueno, Ona era su madre, claro.

—Sí —sonrió Niall, comprendiendo el curso de sus pensamientos—. Es una mujer magnífica.

—Y hermosa —completó Roi con expresión soñadora—. No sé cómo ha podido parir a un hijo tan poco agraciado como tú, O’Cleary.

—Me parezco a ella —gruñó él, reprimiendo el deseo de amenazarlos para que soltaran al fin toda la historia.

Pero llevaba bastante tiempo con ellos como para saber que eso únicamente los empujaría a seguir dando vueltas en círculo solo para fastidiarlo.

—A su versión más fea, quizá —meditó Roi.

—La verdad es que aquí el único guapo soy yo —resopló Niall—. Porque...

Aidan se incorporó en su asiento y se inclinó hacia Niall con su mejor actitud amenazadora, decidiendo que ya había aguantado bastantes digresiones por el momento.

—Y te vas a quedar sin esa cara bonita si no me dices de una maldita vez lo que sabes, joder —amenazó en voz baja y controlada, imprimiendo en lo que casi era un susurro el tono más letal que fue capaz de invocar—. Y no, no pienso jugar limpio —añadió sabiendo que su amigo entendería que no iba a ser de ninguna de las maneras una pelea a puñetazos.

La sonrisa del *fae* se amplió hasta casi partir su rostro en dos mitades igual de atractivas y se recostó en su asiento con expresión satisfecha, al parecer más dispuesto a hablar de lo que había estado hasta entonces. A Aidan no le sorprendió demasiado. Quien dijo que no se podían cazar moscas a cañonazos no conocía a Niall: la violencia lo atraía mil veces más que la miel.

—Está bien —aceptó Niall de buen grado—. Sé que conoces la Profecía —comentó en tono ligero, mientras apartaba un dorado mechón de cabello que había caído sobre su frente empeñado en seducir a sus pestañas—, pero no conoces *toda* la

Profecía, como no has dejado de recordarnos durante siglos.

Aidan sintió cómo su estómago se convertía en un nudo apretado en el centro de su vientre. Sabiendo cómo funcionaba la mente de los suyos, su propia mente, siempre había pensado que la Profecía del Séptimo contenía mucho más que lo que él conocía. Quizá un corolario que la negaba y la convertía en algo diferente y opuesto y, sin duda, un lugar intermedio a caballo de ambos.

Sin embargo, nunca había conseguido averiguar en qué consistía y, por mucho que preguntara, nadie parecía saberlo. Todos aquellos a quienes había consultado respondían lo mismo y con idéntica confusión. La Profecía era la que era y nadie recordaba que hubiera algo más, pero eso no tenía ningún sentido. Para los suyos no existía una única realidad, una verdad inmutable que no estuviera sujeta al cambio. Toda su existencia se orquestaba sobre el perpetuo ciclo de las cosas, del movimiento, del continuo renacer, de la multiplicidad de realidades y perspectivas. Y ninguna de esas realidades era buena o mala, mejor o peor. Simplemente «era». Hasta que «dejaba de ser» y se convertía en otra cosa distinta.

Así que sus profecías solían ser tan inútiles como desesperantes porque, en esencia, venían a decir que las cosas serían así, a menos que no lo fueran. El pueblo feérico no comprendía bien las realidades inmutables. Eso era un concepto humano que para ellos no tenía ningún sentido.

Se pasó la mano por la cara como si así pudiera borrar el disperso curso de sus pensamientos y miró a Niall. Y, de pronto, todos los detalles que había reunido a lo largo de los años, de los siglos, encajaron en su cabeza hasta formar por fin el puzle completo. Abrió los ojos de par en par y maldijo en voz baja.

Niall solo amplió su sonrisa.

—Ella te nombró Guardián de las Profecías —masculló con incredulidad—. Mi madre te nombró el jodido *Díonach* —repitió sin salir de su asombro. Se volvió hacia Roi, que observaba la escena con indiferencia absoluta—. ¡Y tú lo sabías! —lo acusó.

Roi se contempló las uñas en un gesto indiferente.

—Lo sospechaba desde hace tiempo, más bien —contestó distraído—. Solo tuve la confirmación cuando empezó a amargarme la existencia con sus comentarios sobre tu relación con Diana —explicó en tono aburrido, alzando la vista hacia él.

—¿Diana? —se extrañó él—. ¿Qué tiene que ver Diana con que tú...?

—Si fueras capaz de mantener la boca cerrada durante cinco minutos, O’Cleary, quizá podríamos llegar a eso —suspiró Roi—. Si continúas interrumpiendo una y otra vez, lo más probable es que nos alcance *Imbolc* sentados en este salón.

—¡Pues id al grano de una puta vez, joder! —exclamó, perdiendo la paciencia de nuevo—. Llevamos dos horas dando vueltas y...

—Exageras, amigo —suspiró Roi—. Apenas han sido unos minutos. Y habría sido mucho menos si...

—¡Basta! —lo frenó. O ponía fin a las revueltas de la conversación, o de verdad llegaría *Imbolc* sin que se explicaran—. Dime lo que sepas —ordenó en dirección a

Niall—. Y dímelo *ya*.

Niall puso los ojos en blanco en un claro gesto de desprecio hacia su impaciencia. Pero, gracias a la Diosa por estar atenta por una vez, empezó a explicarse.

—Supongo que una parte de lo que ignoras de la Profecía ya te lo imaginas —dijo con suavidad—. Nunca llegas a alcanzar todo tu potencial porque...

—Porque me matan antes, ya —lo interrumpió. Hacía ya mucho que había llegado a esa conclusión—. Por eso mi madre orientó mi educación para que nunca formara parte del consejo druídico, para que me convirtiera en *fiordhraoi* y no en *raoi*, ¿verdad?

La pregunta dirigida a Niall era retórica. Una vez superada la adolescencia y sus rebeldías, había empezado a pensar muy en serio sobre la Profecía que pendía sobre él y sobre el modo en que sus padres la habían manejado.

—Entre otras cosas, sí —confirmó su amigo.

—Como el modo en que te manipuló para que me acompañaras a este lado del Velo, supongo —meditó Roi. Aidan enarcó las cejas en una muda pregunta y su amigo se encogió de hombros en un gesto que estaba a medio camino entre la indecisión y la reticencia—. Sí, ya. Se opuso con todas sus fuerzas a que vinieras conmigo —sonrió—. Y ese fue el motivo por el que nunca dudaste en acompañarme, no me digas que no. —Su sonrisa se amplió, volviéndose más íntima y más soñadora—. No solo es hermosa: es una mujer astuta. Muy astuta... —dijo con admiración.

—Joder, Roi, que es mi madre —protestó él con un estremecimiento de incomodidad.

—Perdón —se disculpó con un pequeño sobresalto, como si acabaran de arrancarlo de una ensoñación privada—. Perdón —repitió, ahora con una maliciosa sonrisa—. El caso es que te mantuvo alejado de la corte y sus intrigas sin despeinarse. Y mira que eras ingobernable en esos tiempos, O’Cleary.

Él abrió la boca para protestar, pero Niall se adelantó.

—Alejarlo de la corte no fue el único motivo —señaló en tono aséptico—. Y eso nos lleva por fin a la parte más sombría de la Profecía.

Aidan lo miró sin atreverse siquiera a respirar. Sabía que si pestañeaba siquiera, Niall volvería a perderse en sus inacabables pullas y cada célula de su cuerpo le pedía a gritos que escuchara el final de esa historia por fin. Hasta sus huesos le decían que iba a ser, como mínimo, trascendental. Niall alzó su mano encerrada en un puño y alzó el dedo índice para empezar a enumerar.

—Se vaticinó que serías poderoso. —El dedo medio se unió al índice en la cuenta—. Se vaticinó que podrías morir a manos de quienes quisieran hacerse con tu poder. —Alzó un tercer dedo y vaciló. Aidan esperó con el pulso rugiendo en los oídos, de tal modo que temió perderse la revelación cuando por fin llegara—. Y se vaticinó que tu poder sería tan grande que ni el cuerpo de un *Tuatha Dé Danann* podría contenerlo. Que te llevaría a la locura y al caos. Que te convertiría en un instrumento de destrucción capaz de acabar con...

—Blablablá, sí, sí, sí —interrumpió, espantado—. Ahórrame la charla poética, por la Diosa —ordenó, recurriendo a la indignación porque su orgullo no le permitía recurrir al pánico—. ¿Qué hizo mi madre para evitar...?

Antes de llegar a completar la frase, lo supo. Las piezas encajaron en su mente como lo habían hecho poco antes, cuando supo que Niall era el Guardián de las Profecías, el *Díonach* que conocía hasta el último vaticinio de su pueblo.

Sus amigos se limitaron a aguardar, expectantes, mientras su mente se lanzaba a una carrera enloquecida para ordenar las imágenes dispersas en su cabeza y colocarlas formando un discurso coherente, una historia que pudiera comprender de principio a fin.

Un sudor frío recorrió su columna vertebral, dejando la piel salpicada de carne de gallina y terror a su paso. El mundo se volvió borroso ante sus ojos y, por un breve instante, se preguntó si llegaría a desmayarse. Eso sí que tendría gracia; el gran Aidan O’Cleary, el séptimo hijo de un séptimo hijo, el príncipe heredero de los *Tuatha Dé* desmayándose como una jovencita victoriana con el corsé demasiado ceñido.

—Diana —murmuró, incapaz de pronunciar una frase más coherente.

Niall tomó un profundo aliento.

—Tu madre ató parte de tus poderes a la fuente más inocua que pudo encontrar. Por supuesto, el recipiente tenía que ser un humano para que no pudiera utilizarlos —aclaró de forma innecesaria—. La magia se ha transmitido de copa en copa, de una a otra mujer de su familia desde hace generaciones, esperando que la encontraras. Supongo que por eso tu madre quiso que pasaras a este lado. Y, bueno, como sabes, hasta ahora solo has podido acceder a la fuente cuando la has necesitado —añadió, confirmando lo que él ya sabía; que sus poderes solo parecían funcionar con intensidad cuando estaba en auténtico peligro—. Suponemos que cuando Carlitos abrió un puente entre la meiga y Diana para poder localizarte, la magia reprimida salió a la superficie. Por eso ella tiene parte de tus conocimientos. Por eso sufrió contigo y se hizo con parte de tu dolor. —Se encogió de hombros—. Es parte de ti, al fin y al cabo.

—Y por eso —intervino Roi— es por lo que no deberías preocuparte por si puedes o no enfrentarte a la criatura que buscamos. Niall y yo lo hemos hablado, y creemos que hasta ahora solo podías acceder a una pequeña parte de tu poder. Ahora que estás vinculado a la fuente...

—Diana —lo interrumpió él en tono seco—. La «fuente» tiene nombre —masculló con los ojos entrecerrados por la furia—. Se llama Diana.

Roi alzó las manos ante sí en el gesto universal para pedir paz.

—Diana —repitió conciliador.

—Tu princesa —apostilló Niall—. Nuestra futura reina.

«Mi princesa —meditó él para sus adentros—. La futura reina».

El zumbido de la sangre en sus oídos había crecido hasta convertirse en un rugido atronador que le nublaba la vista, que corría por sus venas como veneno, como ácido

que quemaba y destruía todo aquello en lo que había creído; todo lo que había sabido de sí mismo. Su universo se hacía añicos ante él. Una pieza tras otra, una convicción tras otra, atacando hasta los mismos cimientos del hombre que estaba convencido de ser.

Se había sentido atraído por ella desde el maldito primer momento. Cada paso que había dado desde entonces no había hecho más que acercarlo al inevitable final, a la revelación última, cuando hasta las mismísimas células de su cuerpo le habían hecho reconocer que era su mujer como no lo había sido ninguna otra; que lo sería para siempre y que nunca la dejaría marchar.

Y ahora tenía que enfrentarse al hecho de que quizá nunca había tenido elección. Su madre lo había dispuesto todo desde el instante de su nacimiento y él, en realidad, jamás había sido capaz de hacer nada para tomar las riendas de su propio destino. Ahora no podía dejar de preguntarse si quería estar con ella o solo era la atracción de su propia magia la que lo empujaba a reconocerla como suya, como su compañera y su amante.

—No seas imbécil, O’Cleary —se exaltó Roi, apartándolo del negro curso de sus pensamientos—. No sigas por ahí.

—No sabes lo que estaba pensando —se defendió él.

La risa de su amigo carecía del más mínimo humor.

—Por supuesto que lo sé —lo contradijo en un tono que goteaba ironía y destilaba sarcasmo—. Piensas que la quieres únicamente porque tiene tu magia, porque no puedes evitarlo —dijo con un brillo acerado en sus ojos bronceados—. Y eso, mi querido amigo, es la estupidez más grande que has tenido el descaro de valorar en todos estos siglos.

—Reconoce que... —empezó él.

—No va a reconocer una puta mierda —intervino Niall—. Y yo tampoco —añadió para que quedara constancia, aunque era obvio que el hada tampoco estaba de su parte en esto—. Por si te tranquiliza, te diré que nada en la Profecía decía que tuvieras que vincularte de forma emocional a la fuente. Pero eso es lo de menos, *deartháir* —prosiguió, suavizando el tono—. Los dos sabemos que esa cosita pelirroja te ha llevado de la polla desde que pusiste los ojos en su culo por primera vez. Profecía o no, eso es lo de menos. Es tu mujer, joder. Y ni se te ocurra volver a acobardarte y hacerme dar vueltas como un gilipollas para arreglarlo todo. Otra vez —añadió de mal humor—. El papel de trotaconventos me toca los huevos, que lo sepas.

—Pero tú sabías que era ella —lo acusó él. Quería rendirse, pero su naturaleza le impedía hacerlo con tanta facilidad.

—¿Y? —replicó Niall. Al ver que no contestaba, suspiró con hastío y continuó en tono aburrido—. También sabía que nunca te habías quedado a dormir con una mujer —comentó con un encogimiento de hombros—. Y menos *solo* a dormir. Y sé que nunca has perdido la cabeza como estos días solo porque una tía te diera la patada. Y

sé qué cara de gilipollas pones cuando entra en una habitación, Aidan, joder — concluyó con un gruñido irritado, como si su obstinación estuviera al borde de acabar con su paciencia.

—Es cierto —sonrió Roi—. La mira como si no supiera si arrodillarse y adorarla, o arrodillarse y...

—Suficiente —interrumpió él antes de tener que escuchar de labios de Roi una explícita descripción sexual que incluyera a Diana—. Vale, tenéis razón —reconoció a regañadientes. Sus amigos esbozaron dos enormes sonrisas que desaparecieron en cuanto continuó en tono agobiado—. Y ahora, ¿quién se lo explica a ella? Que, por cierto, ¿dónde cojones se ha metido? —preguntó mirando hacia la puerta, como si esperara que ella estuviera ahí, escuchando cada palabra que habían cruzado.

—Están arriba —lo serenó Roi—. Puedo olerlas. Con Carlitos —añadió con un fruncimiento de ceño.

Aidan se levantó de un salto y atravesó el vestíbulo, seguido por los otros dos, en un abrir y cerrar de ojos. Subió las escaleras con el corazón en un puño. Si el maldito *biosbardo* se había ido de la lengua... A lo mejor tenía que darle las gracias, pensó al ver a Diana y sus amigas, sentadas en la sala de juegos y riéndose a carcajadas con él. O eso pensaba, hasta que su vista cayó sobre las gemelas infernales acomodadas en el suelo como las dos damitas que no eran, con sendas sonrisas dulces pintadas en sus caritas de muñeca.

Si le hubieran preguntado apenas media hora antes, Diana habría jurado y perjurado que nada sobre la faz de la Tierra iba a ser capaz de distraerla de sus preocupaciones, de Aidan y de todo lo que se le venía encima y llevaba viniéndosele desde hacía un mes. De distraerla, porque de apartarla... En fin, hasta ella misma estaba más que dispuesta a darse un amplio margen de tiempo para enfrentarse a algunos de los temores que le roían las entrañas y que, por una vez, tenían muy poco que ver con sus inseguridades. Era curioso comprobar cómo los estúpidos pequeños traumas de toda una vida podían dejarse de lado a una velocidad absurda cuando otros asuntos más graves entraban en la ecuación. ¿Quién podía preocuparse por si unos vaqueros le hacían el culo gordo cuando un monstruo aterrizado desde otra dimensión estaba a punto de arrastrar a Aidan con él para quién sabía qué absurdos planes de dominación mundial?

Así que cuando Carlitos las interceptó en su camino de vuelta al pazo, lejos de intentar esquivarlo, se había puesto a contestar a sus preguntas sobre cómo se encontraba y cómo estaban todos, como si fuera lo más normal del mundo pararse a mantener una charla cortés con una criatura que hasta hacía un par de días ni siquiera sabía que existía. Y una vez cumplidas las formalidades que marcaba la buena educación, en lugar de volver a centrarse en su próximo enfrentamiento con Aidan, se había quedado plantada frente a él, cambiando el peso de un pie a otro, esperando que le diera algún otro motivo para retrasar lo inevitable.

Y lo había hecho. Vaya si lo había hecho.

En su carita de niño travieso se había dibujado una sonrisa pícaro y maliciosa mientras les preguntaba si querían conocer a unas amigas suyas. Dos segundos después descubrían que los fantasmas *también* existían.

Para ser los primeros espíritus con los que ella se relacionaba, Violeta y Margarita estaban resultando ser cualquier cosa menos aterradoras. De hecho, se comportaban tan bien y eran tan, pero tan educadas, que le resultaba difícil concentrarse en que aparecían ante sus ojos como imágenes difusas, de contornos vagos e indefinidos y casi traslúcidas. Su cerebro registraba el hecho, pero sus emociones le decían que eran dos preciosas niñas perdidas que solo querían que alguien jugara un rato con ellas y les prestara atención.

Quizá por eso el sobresalto fue mayor cuando los chicos entraron en la habitación y Aidan miró a Carlitos y las niñas con cara de pocos amigos.

—¿Qué cojones has hecho? —escupió en dirección al *biosbardo*. Este le devolvió la más perfecta expresión de inocencia que parecía capaz de conjurar con esos rasgos traviosos.

—Nada. No, no, no. Nada —contestó, poniéndose en pie e inclinándose en una

profunda reverencia.

—Si no has hecho nada, ¿por qué pueden ver a las gemelas diabólicas? —insistió Aidan, señalando a las niñas. Estas recibieron el insulto con unos pucheros lastimosos que enfurecieron a Diana. ¿Cómo podía ser tan poco delicado?

—¡No las lames así! —exclamó ella indignada—. Pobres niñas —dijo en tono infantilizado, dirigiéndose a las fantasmas.

—¿Niñas? —se espantó Roi—. ¿Las mellizas del infierno?

—¿Qué os había dicho? Si es que son muy monas —sonrió Niall, avanzando frente a sus amigos para acucillarse junto a las gemelas.

Diana se olvidó por un momento de su mal humor —y de las ganas que solía tener de estrangular a Niall— cuando las crías se abalanzaron sobre él cubriéndolo de besos y risas alegres. Su escasa estima por el hada creció un par de puntos cuando él las acompañó en sus risas y se sentó en el suelo para acomodarlas en su regazo. Las niñas lo miraron con auténtica adoración y palmotearon entusiasmadas.

—¿Vas a hacer magia?

—¡Sí, sí, saca monedas de nuestras orejas, Niall!

—¡Por favor!

Niall envió una mirada maliciosa a Aidan, que parecía hervir en su propia rabia, las bajó de su regazo para ponerse en pie y les tendió una mano a cada una, que ellas tomaron sin pensárselo con sendas risitas coquetas.

—Está bien, pero vamos abajo, que Aidan y Diana tienen que hablar, ¿vale? —dijo, y echó a andar hacia el pasillo con las gemelas bailoteando junto a él.

Apenas habían dado un par de pasos cuando una de ellas, la que le había parecido más dulce, se detuvo, miró por encima de su hombro y, tras soltarse de la mano del *sídhe*, correteó hasta ella.

Sintió tan solo una ligera corriente de frío cuando la manita espectral de la niña acarició su mejilla con increíble afecto. La fantasma trazó una sonrisa dulce en su cara de muñeca y suspiró.

—No tengas miedo. Eres tú —susurró en tono misterioso antes de desaparecer en una explosión de luz y energía y volver a aparecer junto a Niall. Sujetó la mano que este le tendió con un guiño divertido y dejó escapar una risita infantil y traviesa.

Absorta en la contemplación de la extraña imagen del hada acompañando a las fantasmas de la casa, apenas fue consciente del apretón de ánimo que Marta le dio en el hombro, o de la mirada de advertencia que le dedicó Laura antes de encaminarse también hacia el pasillo, escoltadas por Roi.

Aidan se sentó con un suspiro a su lado, mirándola con prevención.

—Fantasmas —dijo con un encogimiento de hombros.

—Sí, fantasmas —repitió ella con el murmullo reverente de quien acaba de dar otra vuelta de tuerca a lo que creía su realidad. Cuando la puerta se cerró tras el grupo, se volvió hacia Aidan con una sonrisa todavía aturdida—. Tu vida es aún más rara de lo que imaginaba, O’Cleary —sonrió.

—Dímelo a mí —replicó él, pasándose las manos por la cara en un gesto que había aprendido a identificar como de agobio y confusión—. Tenemos que hablar, pelirroja —dijo con inusitada seriedad al alzar la vista por fin.

El helado cuchillo de un pánico que ya creía superado se clavó en su corazón. «Tenemos que hablar» era, con toda probabilidad, la última frase que alguien quería oír de labios de un amante. Traía a la memoria ecos antiguos de abandonos pasados, de soledad y orgullo herido.

Quiso mantener la dignidad, pero el miedo retiró de su boca la frase indiferente que su orgullo había colocado ahí, y la cambió sin su permiso por algo mucho más patético.

—¿Vas a pedirme que me vaya? —preguntó en un susurro.

Aidan abrió los ojos de par en par, espantado.

—¿Qué? ¡No! —exclamó con incredulidad—. Claro que no —repitió dulcificando su tono. La mano de Aidan se alzó hasta apartar un mechón de cabello rebelde de su frente en un gesto extrañamente íntimo—. ¿Por qué piensas eso, *a'chuisle*?

Se encogió de hombros, con la esperanza latiendo como una débil llamita en su corazón.

—Bueno, has dicho «tenemos que hablar», y...

La suave risa de Aidan interrumpió su discurso.

—Eso me pasa por usar una frase cliché —dijo burlón—. La verdad es que, para ganarme la vida con las palabras, contigo nunca parezco acertar al elegirlas, pelirroja.

«Allá vamos», pensó ella, abriendo de par en par la puerta que él había colocado entre ambos.

—Bueno, imagino que el trabajo de dios está mejor pagado que el de escritor —dejó caer, esquivando su mirada para concentrarse en retorcer un hilo del sofá que acariciaba su cadera.

—No creas —replicó él en tono ligero—. Es más un título honorífico que otra cosa. —Extendió la mano y la sujetó con delicadeza por la barbilla, obligándola a enfrentar su mirada. Ella casi se derritió en el calor que mostraban sus oscuros ojos azules—. Mírame. Soy el mismo hombre que era ayer, Diana —musitó con infinita ternura—. No he cambiado.

Ella se estremeció ante la vulnerabilidad que demostraba su tono, pero las costumbres arraigadas durante toda una vida resultaban más difíciles de romper de lo que había creído.

—Eres un dios, Aidan.

—Añádele a esa frase «en la cama» y me harás el tipo más feliz sobre la faz de la Tierra, pelirroja —la interrumpió en un tono jocoso al que no pudo evitar rendirse.

—Bueno —replicó ella con coquetería—. No sé. Me faltan datos, ¿sabes? A lo mejor tuviste la suerte del principiante, yo qué sé...

Aidan enarcó las cejas y poco a poco su habitual sonrisa torcida se fue

desplegando con pereza, cargada con un toque de bromista incredulidad. Se inclinó hacia ella y dejó que sus labios, todavía vestidos con esa sonrisa que siempre conseguía que le flaquearan las piernas, se detuvieran a escasos milímetros de los de ella, acariciándolos con su aliento.

—Así que —empezó, tras morder con infinita suavidad su labio inferior— la suerte del principiante, ¿eh? —Ella tragó saliva y asintió sin más, porque su proximidad, su calor y la expectativa del beso parecían haberle bloqueado el habla—. ¿Te parece esto... —volvió a capturar su labio y lo recorrió con la lengua en un movimiento lánguido, perezoso y enloquecedor— la suerte... —su atención se desplazó entonces al superior, al que dedicó los mismos cuidados— del... —Sus labios por fin se unieron a los de ella en uno de esos besos intensos y abrasadores, capaces de extender las sensaciones de su boca a todo su cuerpo.

En apenas unos segundos, Aidan la tenía apretada contra su cuerpo, jadeando y perdiéndose en la tormenta de su beso, ajena al mundo. Ajena a todo lo que no fuera el punto en el que se unían. Salvo quizá por el punto en el que deberían unirse antes de que ella perdiera la razón. Aidan siguió profundizando en el beso, explorando cada milímetro de su boca con infinita paciencia, sin ningún apresuramiento, presionando e incitando con cada movimiento, con cada pequeño mordisco, con cada roce de sus dedos en su mejilla.

Cuando por fin se separó, a ella le llevó unos segundos procesarlo y se quedó inmóvil, jadeante, los labios entreabiertos y los ojos cerrados, incapaz de reaccionar. Solo el suave murmullo de la complacida risa masculina la obligó a separar los párpados apenas un milímetro.

—... principiante, pelirroja?

Puso el cierre a su interrogación con otro de esos besos insinuados que siempre la dejaban rogando por más y se apartó para contemplar su rostro, con los dedos todavía revoloteando sobre sus mejillas en una caricia tan leve como la de una brisa suave.

—Yo... Eh...

Suspiró y se forzó a construir una frase coherente que borrara de la cara de Aidan esa insultante sonrisa de superioridad masculina. No fue capaz. Miró sus labios y su única respuesta fue abalanzarse de nuevo sobre ellos, poniendo en el beso todo el deseo acumulado de los largos días que había pasado soñando con él.

Él la acogió en sus brazos, en su boca y en su regazo como si lo hubiera estado esperando. Como si él mismo tampoco pudiera resistirse a seguir tocándola. Las manos de Aidan se enredaron en su pelo, descendieron por sus hombros haciéndole disfrutar del leve movimiento de los músculos de él bajo la superficie y bajaron hasta su pecho, donde a través de la yema de sus dedos sintió el latido acelerado del corazón de él y la agitación de sus veloces inspiraciones.

Un segundo después él la sujetaba por las muñecas y la alejaba de su cuerpo con los ojos oscurecidos por el deseo, hasta el punto de parecer más negros que azules.

—Basta, *a'ghrá* —pidió en un hilo de voz—. O paramos ahora, o ya no voy a

poder hacerlo hasta que te tenga desnuda y debajo de mí —explicó ante su gruñido de decepción.

—¿Y? A mí me parece un gran plan —protestó ella mientras trataba de soltarse.

—Y a mí, créeme, pero aún tengo mucho que contarte —murmuró.

Y lo único que la serenó fue saber que parecía tan impaciente y decepcionado por la interrupción como ella.

—Después —rogó ella.

Se inclinó hacia su mandíbula y saboreó la piel curtida, salpicada por una rasposa sombra de barba incipiente. Aidan gimió y llevó las manos a sus hombros, haciendo un intento para apartarla que quedó justo en eso; en un intento.

—Sé buena, pelirroja —jadeó—. De verdad que tenemos que hablar.

—Habla —concedió mientras continuaba mordisqueando y lamiendo su cuello.

No podía parar ni aunque quisiera y, definitivamente, no quería. El deseo la carcomía por dentro, le nublabla la razón. Empujaba a su boca a saborearlo por entero y a sus manos a recorrerlo con impaciencia, como si quisiera memorizar cada recoveco de su cuerpo con los dedos. Con la piel.

No recordaba haberse sentido así jamás. Nunca había sido una mujer fría, pero el ansia que sentía por Aidan en ese instante ensombrecía cualquier cosa que hubiera conocido antes. Estaba convencida de que si él la apartaba de su cuerpo se desharía en mil fragmentos de pura nostalgia y pasión insatisfecha.

—*A'chuisle*, por favor —rogó Aidan—. No tengo tanto control.

Él llevó las manos bajo su mandíbula y le alzó la cabeza, mirándola entre las brumas de un deseo que ella supo parejo al propio. Maldijo entre dientes y la besó como si quisiera devorarla. Ella se rindió al beso sin reservas, dejándose llevar por la tormenta que estaban conjurando entre los dos. Sus manos buscaban ya el borde del jersey de Aidan cuando él se apartó, volvió a maldecir y la alejó de nuevo. Con más firmeza en esa ocasión.

Ella no tenía ni idea de que era la clase de mujer que podía hacer pucheros, pero eso fue lo que surgió de sus labios al ver que Aidan parecía haber recuperado el control de sí mismo. Aunque fuera a duras penas, observó al sentir su pecho agitarse bajo sus manos.

—No —dijo él con voz firme, suavizando el efecto de sus palabras al dejar su frente reposar sobre la de ella en un gesto íntimo—. No sin que lo sepas todo —añadió de un modo que no admitía discusión.

Ella suspiró y se recostó sobre su pecho, mientras intentaba calmar su propia respiración acelerada.

—Está bien —concedió a regañadientes, aunque sus dedos siguieron dibujando las ondulaciones de sus pectorales, incapaz de dejar de tocarlo—. Dime lo que tengas que decir, O' Cleary. Pero dilo pronto, porque... —empezó a amenazar.

—Te aseguro que yo tengo más prisa que tú, pelirroja —interrumpió Aidan con esa risa bronca que la acariciaba por dentro—. Cuando acabe te voy a atar a la cama y

no voy a dejar que te levantes en dos días —ronroneó.

Su vientre se apretó en un nudo de necesidad que envió latidos de hambre entre sus muslos, sobre sus pechos.

—A lo mejor soy yo quien te ata, Aidan, así que ándate con ojo —dijo con una voz ronca que apenas reconoció como la suya.

La maldición de Aidan fue tan ácida que no se habría sorprendido si hubiera descubierto sapos y culebras naciendo de sus labios. Y contenía tanta hambre que le arrancó una carcajada de puro poder femenino.

—Vale —dijo él inspirando profundamente. Se puso en pie y le tendió una mano que ella aceptó como un acto reflejo—. Vamos —ordenó mientras la ayudaba a levantarse.

—¿A dónde? —preguntó, apresurando el paso para poder caminar a su altura.

—A tu casa —respondió él. La arrastró escaleras abajo, hasta el jardín. Una vez allí, su mano rebuscó en el bolsillo del vaquero hasta que consiguió sacar las llaves del coche con un gesto incómodo—. No soy precisamente tímido, la verdad, —apuntó el mando hacia el Maserati, que saludó con su agudo «bip-bip»—, pero aquí hay oídos demasiado finos para mi gusto —añadió con una sonrisa traviesa, manteniendo la puerta del copiloto abierta para ella.

—Puag —se estremeció ella al pensar en sus amigos asistiendo como espectadores a lo que podía pasar entre ellos.

Si Aidan no hubiera estado convencido ya de que Diana era la mujer perfecta para él, casi todas sus dudas habrían desaparecido en el momento en el que había arrancado el coche y, tras un brusco derrape, había enfilado hacia su apartamento conduciendo a toda la velocidad que le permitía el estrecho camino.

Lejos de chillar, de agarrarse al asiento o de pedirle con más o menos brusquedad que redujera la velocidad, como habían hecho todas y cada una de las mujeres que habían sido sus copilotos, ella se había acomodado en su sitio y sonreído de oreja a oreja, disfrutando de la velocidad casi tanto como estaba disfrutando él. Su única respuesta al preguntarle si le parecía que iba demasiado rápido había sido una veloz negativa y una sonrisa feliz y confiada. Y su delicada mano posándose sobre su muslo, demasiado cerca de la zona de peligro como para contribuir a su salud mental.

¿Cómo podía un hombre permanecer impasible ante una mujer así? Era *sexy*, valiente e inteligente; tenía carácter, fuerza, era una auténtica gata en la cama y, además, le encantaban los coches y la velocidad. No habría sido más perfecta si le hubieran permitido diseñarla a medida.

Y ahora mismo, ya en su apartamento sobre el bar y después de haberle vuelto la vida del revés —de nuevo—, cada instinto que tenía en su cuerpo lo empujaba a estrecharla entre sus brazos y protegerla de todos los peligros del mundo con uñas y dientes, llevándose por delante a cualquiera que pensara siquiera en rozarla.

Contenerse y seguir sentado frente a ella, calibrando su reacción, fue lo más difícil que había hecho en su vida. Pero el instinto le pedía a gritos que le diera un poco de espacio para asimilar las noticias, que no la presionara más de lo que la situación la debía de estar presionando ya.

Pero llevaba demasiado tiempo callada, hecha un ovillo sobre el sofá, con la mirada perdida y el ceño fruncido en una actitud de intensa concentración, y ella no era de las que mantenían la boca cerrada durante mucho tiempo. Decidió darle un minuto, solo un minuto más, y después intentaría arrancarle una frase como fuera. La incertidumbre lo estaba matando poco a poco y cada «tic-tac» del reloj lo hacía saltar en la silla, deseando que el tiempo que se había prometido darle pasara más rápido.

No quedaban más que un puñado de segundos para completar el minuto más largo de toda su larga vida, cuando la pelirroja sacudió la cabeza, suspiró y lo miró por fin.

—A ver si lo he entendido —dijo de forma pausada y controlada—. Tu madre dejó en mí parte de tu magia para protegerte...

—En tu familia —la corrigió con suavidad. Al ver que ella fruncía el ceño en un gesto de incompreensión, se obligó a explicarse—. Eligió a una mujer de tu familia hace tiempo y la magia se ha transmitido de generación en generación hasta llegar a ti.

Ella lo consideró solo un instante.

—¿De cuántas generaciones estamos hablando, Aidan? —preguntó con prevención.

—De unas cuantas —reconoció él a regañadientes. Maldita mujer. De todas las dudas que podía albergar, tenía que ser esa en concreto en la que se centrara.

—¿Cuántas exactamente? —insistió.

—No lo sé, Diana. Muchas. ¿Importa? —preguntó, aferrándose al mal humor, porque el pánico que sentía al pensar que ella pudiera rechazarlo por algo que escapaba a su control no le permitía dominar su mal genio.

—Entonces, eres inmortal. —Fue una afirmación, y pronunciada con un tono que no auguraba nada bueno. Él inspiró un par de veces para serenarse y la miró a los ojos, intentando leer en ellos su condena.

—Puedo morir —dijo por fin.

—Pero no de viejo —replicó ella. Seguía siendo una afirmación, no una pregunta.

—No —reconoció tras un titubeo.

—Estupendo. —Parpadeó y apartó la mirada.

Pocos segundos después, él saltó de su asiento cuando vio cómo una lágrima se desprendía de sus pestañas y caía rodando por sus mejillas sin que ella se molestara en detenerla.

La estrechó entre sus brazos y su corazón tiritó dentro del pecho al ver que ella se acurrucaba contra él sin dudarle, sin intentar apartarlo, dando rienda suelta a una marea de lágrimas y discretos sollozos.

—Diana, ¿qué pasa? —preguntó al borde de la histeria—. *A'chuisle*, háblame, por favor —rogó cuando ella se limitó a estrecharlo con más fuerza y seguir llorando—. Si no me dices lo que te pasa no puedo...

—Voy a morir —lo interrumpió, alzando hacia él su carita de elfo empapada de lágrimas—. Voy a envejecer y voy a morir y tú vas a seguir... —apartó sus manos de él para señalarlo con un gesto amplio que pretendía abarcarlo por entero— así —concluyó—. Joven, guapo y...

El alivio fue tal que sintió deseos de echarse a reír. Solo la cara congestionada y agobiada de la chica pudo contener la carcajada que amenazaba con brotar de sus labios.

—¿Es eso lo que te preocupa, Diana? ¿Solo eso?

—¿Te parece poco? —gimoteó—. No quiero...

—Eso no va a pasar, *a'ghrá* —la interrumpió. Ella parpadeó y lo miró con tanta esperanza y tanta confianza que él se sintió el ser más poderoso del universo por primera vez en su vida—. No va a pasar. Hay muchas formas de que no pase, confía en mí. O no confíes —se contradijo—. Busca en mis recuerdos y sabrás que no te miento.

—No puedo hacerlo cuando quiero —replicó ella con un gruñido de insatisfacción que sonó casi a rabieta infantil. Sus ojos se abrieron de par en par y

continuó con agobio—. No quiero ser como Roi, Aidan, sé que él...

—No vas a ser como Roi. ¿Crees que lo permitiría? Buscaremos otro modo, no te preocupes. Diana, ahora hay un puente entre tú y yo —explicó—. No sé cómo ha pasado, aunque supongo que el camino que el *biosbardo* abrió entre Marta, tú y yo ha tenido mucho que ver. Y ese puente ha hecho que mi magia sea algo vivo, algo que tú puedes sentir, que te vincula a mí y a mis poderes. Tengo que pensar en ello, hablarlo con Niall, pero seguro que, partiendo de esa idea, encontraré la manera de que estés conmigo para siempre, ¿de acuerdo? Confía en mí.

Ella tardó tanto tiempo en contestar, que él llegó a pensar que había entrado en estado de *shock*, pero al fin se mordió el labio inferior —atrayendo de forma inevitable sus ojos hasta ese punto y despertando en él de nuevo una oleada de deseo que no sabía si sería bien recibida—. Luego bajó la vista con algo muy parecido a la timidez.

—¿Has dicho «para siempre»? —musitó.

Esta vez la carcajada sí brotó libre de sus labios. La estrechó con fuerza y la besó en la cabeza, coronada por esos absurdos rizos rojos que tanto lo atraían.

—No, qué va. He dicho «hasta que consiga echarte un par de polvos» —se burló. Ella gruñó y se retorció entre sus brazos, pero él no la dejó escapar—. Quieta, fierecilla —rio. La sostuvo contra su pecho hasta que dejó de debatirse y suspiró profundamente—. ¿Es que no lo ves, *a'ghrá*? —dijo, dulcificando su tono—. ¿Tengo que decírtelo con todas las palabras? No pienso dejarte escapar. Nunca. Eres mía, mi mujer, mi magia —sonrió, acariciándole el cabello con ternura—. Y si vuelves a alejarte de mí, te juro que no habrá un sitio en este lado, o en el otro, en el que puedas esconderte. Te encontraré y te haré volver a mí.

—¿Y no vas a dejar que me vuelva vieja y me muera? —preguntó ella con un hilo de voz.

Él le alzó la cabeza y la miró con intensidad.

—Nunca —afirmó rotundo—. Puedo hacerlo, Diana, créeme. Quizá me salte algunas normas, pero eso nunca ha sido un gran problema para mí —sonrió y casi al instante una seriedad como nunca había sentido se hizo cargo de sus palabras—. No hay ninguna regla, ninguna ley humana o divina, que no quebrantaría por ti. Nada te va a apartar de mí, *a'chuisle*. Ni la muerte.

Diana lo pensó solo un instante más.

—Entonces, ¿a qué estás esperando para llevarme a la cama, O'Cleary? —preguntó con picardía.

Tardó cuatro segundos exactos en ponerse en pie, cargarla en sus brazos y echar a andar hacia su habitación.

—Tus deseos son órdenes para mí, mi princesa —bromeó.

—Princesa... —repitió Diana con una risita—. Comparado con las palabritas cariñosas en gaélico, ese «princesa» parece muy poco imaginativo para ti.

—Ah, claro, que no te lo he dicho —comentó en tono ligero, tras abrir la puerta

del dormitorio de una patada—. Bienvenida a la realeza, pelirroja —rio lanzándola sobre la cama sin miramientos.

Maldijo entre dientes cuando ella pareció perder todo el aire juguetón, se incorporó sobre sus codos y lo miró con miles de preguntas iluminando su expresión.

—¿Realeza? —inquirió.

—Después —replicó él. Se quitó los zapatos de una patada, se arrancó la camiseta de un tirón y maldijo entre dientes cuando la herida de su vientre dio un brinco. La expresión de Diana pasó de curiosa a preocupada.

—¿Estás seguro de que puedes...? —vaciló—. La herida...

—Roi ya se ha encargado, no te preocupes —la tranquilizó—. Dolerá un par de días, pero nada más.

—Pero si estabas desangrándote, Aidan —replicó ella con severidad—. No es posible que...

—Magia, pelirroja —sonrió dejándose caer en la cama junto a ella—. Acostúmbrate. Vas a ver mucha a partir de ahora.

—¿Realeza? —repitió ella, interponiendo las manos entre sus cuerpos.

—He dicho que después —rezongó. Apartó los brazos de Diana sin miramientos y la empujó con suavidad hasta colocarla bajo su cuerpo—. Ahora no puedo pensar —murmuró inclinándose sobre sus labios—. No me queda sangre en la cabeza —añadió juguetón, moviendo las caderas sobre ella para que pudiera comprobar la veracidad de esa afirmación.

Su pelirroja dejó escapar un ronroneo que le emborrachó como un buen *whisky* y enredó los brazos alrededor de su cuello buscando sus labios. Él no dudó en complacerla, y no solo porque así, al menos durante un rato, esos labios no volverían a interponer entre ellos ninguno de los temas que prefería esquivar hasta haber saciado todo el deseo reprimido contra el que llevaba semanas luchando.

Sus manos recorrieron con avidez las curvas de Diana, maldiciendo cada pedazo de ropa que encontraba en su camino y que le impedía alcanzar el calor de su piel y...

Un momento...

Rompió el beso y se alzó sobre sus brazos, estudiándola con lo que sabía que era una expresión pícara. Ella abrió los ojos y lo miró con curiosidad.

—¿Por qué te paras?

—Si intento una cosa, ¿te vas a poner histérica? —preguntó.

Ella lo pensó un segundo.

—No creo —decidió por fin. Siguió mirándolo unos instantes y enrojeció un poco—. Pero si es algo muy «raro» preferiría que...

Él la interrumpió con una carcajada.

—No va por ahí, malpensada —rio. Cerró los ojos y se concentró. Llevaba un buen rato queriendo averiguar si de verdad podía acceder a su magia sin las trabas que había tenido hasta entonces y quizá esa era la forma más estúpida posible de comprobarlo, pero que se condenara si pensaba detenerse.

Buscó en su interior y proyectó sus sentidos hacia Diana. Y lo vio. Un inmenso lago de poder en estado puro, latiendo para él, esperando que lo alcanzara y se sumergiera en sus aguas, que lo disfrutara y lo poseyera. Lo rozó apenas y una oleada de energía lo recorrió como una intensa corriente, recargando hasta la última de sus células. Pronunció en silencio el conjuro que acababa de componer y abrió los ojos.

Y no pudo reprimir la sonrisa lobuna que llamó con los nudillos a sus labios.

—Mucho mejor así —sonrió.

—¿Qué...? —Ella siguió la dirección de su mirada y soltó una exclamación estrangulada al ver que los dos yacían desnudos sobre la cama—. ¿Cómo? —preguntó atónita.

—Te lo he dicho, *a'ghrá*, magia. Más te vale acostumbrarte —sonrió.

—¿Sabes, O'Cleary? —preguntó ella tras unos instantes de estupefacción. Se retorció bajo él, arrancándole un gemido y sonrió—. Creo que no me va a costar nada acostumbrarme —decidió con expresión pícara—. ¿Qué más puedes hacer?

—No lo sé —reconoció—. Vamos a comprobarlo, ¿te parece, *a'chuisle*?

Y en menos tiempo del que se tarda en extender un brazo y rozar la piel de un amante sentado junto a ti, todos los problemas, todas las preocupaciones, toda la angustia de días pasados desaparecieron de su mente y dejaron solo a la mujer que estrechaba en sus brazos.

Mientras se sumergía en sus labios y enredaba sus lenguas en un baile lento, sensual, cargado de pasión, supo que jamás se cansaría de esa boca; que podría pasar toda la vida explorándola, tentándola, seduciéndola, como sabía que pasaría una eternidad aprendiendo cada camino de su cuerpo, cada sendero de su piel pálida y suave, cada recoveco de esa mujer que por fin se había atrevido a reclamar como suya.

Se obligó a dejar esa boca plena y tentadora y se vio recompensado con el sabor de la piel de sus mejillas, con la textura de sus párpados y el cosquilleo de sus pestañas. Dejó una miríada de besos suaves como el roce de una mariposa en su rostro y descendió hasta perderse en la línea de su cuello hasta alcanzar el sensible lóbulo de su oreja. Ella premió el gesto con un gemido que sonó a ronroneo y arqueó el cuerpo bajo el suyo para apresurarlo, para incitarlo a más.

Pero él estaba decidido a tomarse su tiempo para cartografiar y memorizar cada centímetro de su piel. Sonrió al hincar los dientes en su clavícula en un suave mordisco y ella gimió más fuerte.

—Aidan... —suspiró.

—Shhh —la acalló—. Déjame hacerlo como debe hacerse, pelirroja.

—¿Lentamente? —preguntó Diana en un jadeo, citando lo que él mismo le había dicho la única vez que la había tenido en su cama.

—Eso mismo —respondió distraído, con la mente buceando en la espesa melaza de un deseo arrollador, perdida a mil kilómetros de la conversación.

—Después —gimió ella cuando sus labios alcanzaron por fin la cima de sus

pechos—. Lento después —exigió. Hundió las manos en su cabello para apresurarlo y él castigó su impaciencia apartándose con una risita cargada de arrogancia—. Por favor —lloriqueó—. Por favor, Aidan —volvió a suplicar cuando él se limitó a soplar con suavidad sobre su piel.

—Ya que me lo pides así... —bromeó.

Inclinó la cabeza de nuevo y trazó un sendero húmedo con su lengua, rodeando uno de sus pezones, pero sin llegar a rozar la endurecida cima. Diana gimió de nuevo con un jadeo que parecía un sollozo, y él se desplazó para dedicarle sus atenciones al otro pecho, mientras sus dedos jugueteaban con el que acababa de abandonar.

Cuando por fin tomó uno de sus pezones en la boca y succionó con suavidad, Diana brincó bajo su cuerpo, dejando escapar un pequeño chillido que a él le supo a auténtica gloria, pero que también aumentó su propia impaciencia. Torturó sus pechos un poco más, con los labios, con la lengua, con dedos curiosos y traviesos y, por fin, con una lentitud que su propio deseo encontró desquiciante, se arrastró hacia abajo, dejando un reguero de besos húmedos sobre su vientre hasta alcanzar la unión entre sus muslos. Se arrodilló entre ellos y se apartó solo el tiempo necesario para colocarlos sobre sus hombros antes de inclinarse para saborearla por fin.

Al primer roce de su lengua ella jadeó y clavó las uñas sobre sus hombros; un toque más y ella chilló, y cuando su boca exploradora acarició sus pliegues y encontró su clítoris, succionando sin piedad, gritó su nombre y arqueó la espalda de tal forma que casi lo lanzó al otro extremo de la habitación.

Con la cabeza dándole vueltas, mareado por su sabor, por su calor, deslizó un dedo en su interior, acompasando sus movimientos a los que su lengua trazaba sobre ella.

Cada célula de su cuerpo latía de necesidad, cada instinto que poseía le gritaba que la tomara por fin, cada gota de sangre de su cuerpo ansiaba encontrar su recompensa; su liberación.

Y su miembro insatisfecho amenazaba con estallar, enviando oleadas de placentero dolor a recorrer sus músculos en tensión, llevándolo más allá de la pasión, más allá de la locura.

Conteniéndose a duras penas, deslizó otro dedo dentro de ella y la sintió tensarse bajo su cuerpo. Se quedó quieta, muy quieta, apenas una décima de segundo y estalló en un clímax demoledor, envuelta en gritos y súplicas que casi lo arrastraron hasta el punto de no retorno. Bebió cada estremecimiento, cada gota de éxtasis y continuó acariciándola, estimulándola hasta que yació laxa entre sus brazos, con las manos enredadas en sus cabellos y los muslos apretados contra sus hombros.

Alzó la vista y contempló la más perfecta imagen de una mujer que ha sido bien amada; el pelo revuelto sobre la almohada, las mejillas sonrosadas, los ojos cerrados y los labios, húmedos e hinchados por sus besos, entreabiertos en una sonrisa satisfecha. El pecho se agitaba por su respiración jadeante, peleando por cada inspiración.

Y entonces la sonrisa de ella se volvió más amplia y abrió los ojos con pereza. Y las emociones que vio en ellos casi lo llevaron de nuevo a la perdición.

Con una maldición apenas susurrada entre dientes, soltó sus muslos y trepó por su cuerpo, incapaz de reprimir ni un segundo más el anhelo de perderse en su interior.

Pero las manos de Diana lo retuvieron y se deslizaron entre ellos hasta atrapar su miembro. Lo acarició con manos firmes una única vez, de la base a la punta, arrancándole un rugido de placer.

—Ahora me toca a mí hacer magia —bromeó ella, empujándolo a un lado para tener mejor acceso a su cuerpo.

—Juegas con fuego, mujer —se quejó—. Sigue así y harás que me avergüence a mí mismo —dijo, medio en broma, medio en serio. Esas manitas traviesas estaban acercándolo al límite con una velocidad que no recordaba desde sus tiempos de adolescente.

Y de eso hacía más de cuatro siglos.

Ella rio con picardía e incrementó el ritmo y la fuerza de sus caricias. Él rechinó los dientes, reprimiéndose con gran esfuerzo.

—No importa —dijo deslizándose sobre su cuerpo hasta que esa boca deliciosa alcanzó su erección—. Si se acaba antes de tiempo, volvemos a empezar —anunció antes de atraparlo entre sus labios.

La sangre abandonó su cabeza, junto con cualquier pensamiento coherente que pudiera esperar albergar. Dejó de ser un humano racional para convertirse en un nudo palpitante de placer y necesidad, mientras la lengua de Diana acariciaba su miembro y lo llevaba más allá del límite.

Disfrutó de las caricias de su boca y de sus manos unos segundos más, hasta que su cuerpo le advirtió con urgencia que, de seguir así, realmente acabaría antes de empezar. La apartó con un rugido y la tendió sobre su espalda.

—Basta de juegos, *a'chuisle* —gruñó colocándose entre sus muslos—. Vamos a jugar de verdad. —Buscó la entrada de su cuerpo poseído por una impaciencia irrefrenable y, cuando ya estaba a punto de sumergirse en el Paraíso, ella empujó sus hombros con fuerza. Al entender el gesto, él volvió a maldecir—. Los condones están en mi chaquetón y mi chaquetón está en el coche —gimió desesperado—. Pero ya voy —se apresuró a decir, alzándose sobre sus brazos.

Era capaz de bajar desnudo hasta el coche si con eso conseguía por fin meterse entre sus piernas.

Ella lo retuvo, enredando brazos y piernas a su alrededor.

—En mi cajón —dijo. Extendió una mano hacia el cajón de la mesilla y, tras tantear un segundo, sacó un condón envuelto en un brillante plástico azul. Él enarcó las cejas mientras ella rasgaba el envoltorio con los dientes y sacaba el condón. Diana puso los ojos en blanco—. Siglo XXI, O'Cleary —ironizó—. Las mujeres ya nos hemos liberado, ¿recuerdas?

—No, si me parece perfecto, pero me preguntaba si había más de esos ahí dentro

—dijo esperanzado.

Lo apartó un poco para colocarle ella misma el preservativo —lo que a él le arrancó un nuevo gemido— y rio.

—Si consigues usar todos los que tengo, Aidan, eso sí que será magia —bromeó.

Él permitió que una sonrisa lobuna asomara a sus labios.

—Eh, estás hablando con el druida más poderoso de todos los tiempos, pelirroja. Si necesitas magia, soy tu hombre. —La risa de ella se frenó en seco al recibirlo en su interior tras una única y poderosa embestida. Apretó los dientes, forzándose a permanecer quieto, a dejarla acostumbrarse a su invasión—. ¿Estás bien? —preguntó entre dientes.

—No lo estaré hasta que te muevas —jadeó Diana, apretándolo contra su cuerpo como si quisiera fundirse con él.

Esa era una orden que no podía resistirse a obedecer. Despacio, muy despacio, se retiró de su cuerpo hasta casi abandonarlo, y volvió a hundirse en ella con un gruñido de satisfacción. Repitió el movimiento hasta que ella gritó su nombre y entonces adoptó un ritmo lento, torturador, moviendo las caderas en círculos sobre ella, acompañando los embates de su cuerpo a las sacudidas de la pelvis de ella.

Todo el placer que había sentido hasta entonces, todos los incontables encuentros que había disfrutado hasta ese día se borraron de su mente, desaparecieron sin remedio arrollados por la fuerza de una pasión, de una unión que hasta entonces no había siquiera llegado a concebir. Su cuerpo entero latía, ardía, cantaba por la mujer que se estaba entregando a él con cada célula de su cuerpo, con un calor que competía en intensidad con el suyo, arrastrándolos a ambos a un lugar que ni siquiera creía posible. Un lugar donde nada importaba más que la magia de la piel y del deseo, de las caricias y el sudor.

El tiempo dejó de existir, el mundo dejó de latir, y el universo entero contuvo el aliento concentrado en el único punto en que sus cuerpos se fundían, se volvían uno para siempre. Para toda la eternidad.

Estaba ya colgando del borde, tan cerca de caer al precipicio que solo con contemplarlo entraría en él sin remedio y, aun así, deseaba prolongar el momento hasta el infinito. Hasta que Diana clavó las uñas en su espalda y gritó su nombre con toda la fuerza de sus pulmones, estremeciéndose en una oleada tras otra de placer y arrastrándolo a él hasta su propio clímax arrollador.

Cayó sobre su cuerpo sin aliento, agotado hasta su misma esencia, con miles de estrellas brillantes titilando tras los párpados. Y por primera vez en siglos se sintió en casa, por fin.

—Para siempre, O’Cleary —musitó Diana con voz adormilada.

—Para siempre, pelirroja —sonrió él—. *Gu siorruidh* —repitió.

Diana se deslizó en el despertar poco a poco, sin apresurarse, disfrutando del peso de Aidan acurrucado contra su cuerpo, de su brazo rodeándole la cintura y de su muslo enredado entre los de ella. Flotaba en ese lago de inconsciencia donde los sueños se mezclan con la realidad, donde todo era posible. Y por primera vez en su vida, no había ni una diminuta parte de ella que no estuviera total y absolutamente satisfecha.

Nadó a regañadientes fuera de las aguas de la inconsciencia y esperó a que sus habituales resquemores la alcanzaran y le estropearan el momento, pero eso no ocurrió. Estaba en su cama, con Aidan sosteniéndola como si temiera que alguien se la fuera a arrebatar en sueños, y no tenía ninguna duda de que sería así a la mañana siguiente y a la siguiente, y cada mañana desde ese instante hasta que sonaran las trompetas del Apocalipsis o apareciera el mismísimo Loki llamando a las puertas del Ragnarok.

Él se removió inquieto y alzó por fin la cabeza, clavando en ella sus increíbles ojos azules empañados por el sueño, que parecía negarse a abandonarlo.

—Buenos días, pelirroja —saludó con una voz ronca y masculina hasta el pecado, que se aferró su vientre y encendió pequeñas chispas de deseo y necesidad.

—Buenos días —respondió al saludo con la mejor de sus sonrisas. Hundió las manos en el pelo revuelto de Aidan y se disponía a acercarlo a sus labios cuando su estómago vacío decidió tomar cartas en el asunto y saludó también con un gruñido imposible de acallar. Él rio entre dientes y ella se encogió de hombros en son de disculpa—. Tengo hambre —reconoció.

—Tú siempre tienes hambre —bromeó él. Rodó hasta quedar tendido en la cama a su lado y la magnífica exhibición de su cuerpo le arrancó un suspiro y un ansia que la hizo olvidar por un segundo su café matutino. Recorrió con ojos ávidos cada plano y curva de sus pectorales y músculos de su vientre y sonrió invitadora. Él le devolvió esa sonrisa maliciosa que aparentaba estar conectada directamente con su libido—. Sigue mirándome así, pelirroja, y desayunarás a la hora de la merienda —musitó.

—¿Es una amenaza? —preguntó, inclinándose hacia él.

—Es una promesa —afirmó. Una promesa que por un momento pareció dispuesto a cumplir. Pero casi al instante sus ojos se llenaron de travesura y le dio una palmada cariñosa en el trasero—. Aliméntame, mujer —ordenó en un falso tono autoritario.

—¿Yo? —fingió molestarse ella—. Aliméntame tú a mí. ¿No es esa la función del macho? ¿Proteger, procrear y *proveer*? —bromeó.

Él lo consideró un segundo.

—Puedo protegerte —dijo por fin—, pero ya has demostrado con creces que no tienes intención de procrear por el momento, y en cuanto a proveer... —Se encogió de hombros y sus músculos se flexionaron con el movimiento ante su atenta mirada

—. ¿No queréis igualdad? Pues es tu casa, aliméntame tú —dijo en tono decidido.

—¿Y si nos duchamos, nos vestimos y bajamos a desayunar al bar? —contraofertó.

—¿Y dejar la cama? —se espantó Aidan.

Su expresión de simulado terror fue tan lograda que no pudo por menos que soltar una carcajada y acurrucarse contra él, que la recibió en sus brazos con un suspiro satisfecho.

—Pues como no hagas magia, O’Cleary, nos encontrarán aquí dentro de unos días, desfallecidos por el cansancio y la inanición —rio.

—Está bien —respondió él por fin con un aire de exagerada resignación—. Me doy una ducha rápida y, mientras bajo al bar a buscar algo comestible, puedes ducharte tú. —Le acarició la espalda hasta rozar la curva de su cadera, le alzó la cabeza y le dio un breve beso en los labios antes de apartarse para cumplir con su ofrecimiento—. Pero que sepas —empezó mientras se bajaba de la cama— que después no te dejaré levantarte hasta mañana, por lo menos.

—También me gusta comer y cenar. Como mínimo —protestó ella con un puchero—. Si quemas energías, necesitas alimento para recuperarlas —añadió con picardía.

Al ver que él se volvía para mirarla desde la puerta del baño, el demonio malvado de la lujuria se apoderó de ella y apartó las sábanas de un tirón, dándole una estupenda visión de su cuerpo desnudo.

Su ego aplaudió con alegría demente en su interior al ver cómo ese hombre magnífico se quedaba petrificado mirándola y casi, casi, babeaba. La sonrisa del lobo que ha encontrado su almuerzo se dibujó en sus labios y dio un par de pasos de nuevo hacia la cama.

—¿De verdad tienes tanta hambre, pelirroja? —preguntó en un susurro provocador sin apartar los ojos de ella.

—Desfallezco —rio—. ¿Por qué no haces magia y te olvidas de bajar, O’Cleary?

—No puedo —replicó Aidan en un tono que sonó más a maldición que a explicación.

—¿Por qué no?

Él suspiró y dio muestras de debatirse consigo mismo antes de responder. Como si estuviera valorando si decirle la verdad o continuar con el juego. A juzgar por la severa serenidad de su rostro cuando la miró a los ojos, supo —con cierta decepción— que no iba a continuar bromeando. No sobre ese tema en particular.

—No se puede usar la magia para chorradas en este lado del Velo —explicó con un encogimiento de hombros—. Que puedas hacerlo no significa que debas hacerlo. Puede traer consecuencias.

—Pero ayer... —empezó a contradecirlo.

—Lo de desnudarnos ayer era una cuestión de vida o muerte —la interrumpió él con una enorme sonrisa.

—¿Y lo de darme de comer no? Porque me pongo muy violenta cuando tengo hambre —replicó ella.

—Sí, algo me han dicho —sonrió—. Roi me contó que amenazaste con castrarlo —terminó con una carcajada atónita.

—Tenía secuestrados unos raviolis —se justificó con una sonrisa—. Y nadie se interpone entre mi comida y yo. No, en serio, ¿no puedes hacer magia sin más? Porque Niall ...

Se mordió el labio inferior al darse cuenta de que había estado a punto de dejar en evidencia al hada. Y no le preocupaba demasiado que se metiera en problemas por su culpa, pero sí le preocupaban las posibles represalias.

Aidan puso los ojos en blanco y resopló.

—Niall es incontrolable —gruñó—. Es su naturaleza —lo defendió a regañadientes, con un encogimiento de hombros. Pensar en ello atrajo un torbellino de imágenes inconexas a su mente y, de pronto, se encontró con mil preguntas arremolinándose en su boca y pugnando por ver quién era la primera en mostrarse y encontrar una respuesta que las emparejara. Él esbozó una sonrisa carente de humor—. Ya, ya sé, tienes mil preguntas —dijo con resignación—. Déjame que me dé esa ducha. Bajo a por el desayuno y lo hablamos mientras comemos. Aunque no creo que yo vaya a correr la misma suerte que Roi, ¿no? —añadió con un guiño travieso.

—Depende. ¿Puedes regenerarte? —preguntó con exagerada amabilidad.

—Joder, pelirroja, ¿nunca te enseñaron que con las cosas de comer no se juega? —gimió. Ella lo miró con las cejas arqueadas y las manos en las caderas y él alzó los brazos ante sí pidiendo calma—. Ya voy, ya voy —dijo antes de perderse en el baño.

Cuando Aidan bajó por fin a buscar el desayuno, Diana aprovechó el tiempo para darse una ducha rápida, tal y como él le había sugerido, y para desmontar medio armario envuelta en una de sus ridículas toallas de mercadillo en busca de algo más sexy que las habituales camisetas viejas que solía ponerse para dormir. Además de la utilidad evidente, eso le ayudaba a no pensar en nada que no fuera ese hombre y esa cama; a apartar la mente de todo lo que necesitaba saber y todo lo que iba a ocurrir. Hasta las novias de los dioses tenían derecho a tomarse un respiro de vez en cuando, ¿no?

Se detuvo de golpe, agachada frente al armario con el ceño fruncido y la cabeza dando vueltas a una idea que no acababa de atrapar. Algo relacionado con los dioses y... Por mucho que se esforzara, el pensamiento se le escurría entre los recovecos de su mente una y otra vez, aunque el instinto le decía que era algo importante, que tenía que centrarse.

—Si llego a saber que iba a encontrarme con esa vista, habría tardado menos —dijo Aidan desde la puerta en tono apreciativo.

Se sobresaltó y estiró la toalla sobre sus caderas en un gesto tan automático como absurdo.

—Si ves algo que no hayas visto hasta ahora, Aidan, haznos un favor a los dos y

llama a un médico —gruñó, molesta porque la interrupción había espantado las escasas sombras que había conseguido aprehender de esa idea difusa.

—Pues sí que te pones de mal humor cuando estás hambrienta, sí —replicó él de buen grado.

Cerró la puerta tras de sí y se dirigió a la barra de la cocina, donde empezó a sacar una cantidad de comida con la que se podría alimentar a medio pueblo.

Magdalenas, queso, tocino, tostadas, mermelada, mantequilla, miel, huevos revueltos, varias piezas de fruta... Y varios *tuppers* misteriosos que Aidan amontonó a un lado del mostrador.

—¿Vamos a dar una fiesta? —ironizó Diana, dirigiéndose a la cafetera.

—Le he dicho a Concha que no pensaba dejarte salir de la cama en todo el día y me ha llenado una bolsa con comida. —Ella se volvió y lo fulminó con la mirada. ¿Pensaba publicar en el boletín de la parroquia que se habían acostado, o qué?—. No me mires así, mujer —sonrió él sin inmutarse—. Ya sabes cómo es el pueblo. En cuanto me vieron salir de tu casa ya no había manera de ser discreto.

—Y pensaste que, total, ya que lo sabía todo el mundo, era mejor aprovecharte de lo mucho que le pones a Concha para conseguir que te hiciera el desayuno de los campeones, ¿no? —dijo entre dientes mientras manipulaba la cafetera de nuevo de espaldas a él. Su silencio duró tanto tiempo que se volvió para encontrarlo mirándola con curiosidad—. ¿Qué?

—¿Le pongo? ¿A Concha? —preguntó con genuina curiosidad.

Diana dejó escapar un bufido indignado.

—Me vas a decir que no lo sabes... —gruñó—. Si tonteeas con ella con todo el morro, por favor. Y se pone como una niña boba cuando...

Él recorrió la escasa distancia que los separaba y la estrechó entre sus brazos, mientras reía alegremente.

—¿Estás celosa, pelirroja?

—¿Quién, yo? Yo no soy celosa —mintió con total descaro.

—Ya, si yo tampoco, no creas —aceptó él—. Pero si vuelvo a ver la mano de Niall en tu culo, se la corto —añadió en tono ligero—. Y la mano también.

No vaciló un segundo.

—La ha puesto ahí ayer mismo —dijo con solemnidad—. Dos veces.

Él la miró enarcando las cejas.

—Y, por supuesto, no lo dices porque Niall te saque de quicio —afirmó con idéntica seriedad.

—No, no, para nada —negó. Pero al cabo de unos segundos fue incapaz de controlar la risa por más tiempo y estalló en una carcajada—. Vale, tenía que intentarlo —rio.

Aidan sonrió con ironía y la soltó para seguir preparando el desayuno.

—Es un gilipollas, pero... —empezó al cabo de un segundo en tono de disculpa.

—Lo sé —asintió. Se sentó en la barra junto a él y le tendió una taza de café—.

Piensas en él como... —Tomó una tostada y gesticuló con ella en la mano, buscando la palabra precisa.

—Como en un gilipollas, sí —repitió con una sonrisa divertida—. Pero es mi gilipollas y le tengo aprecio, qué le vamos a hacer. —Ella lo miró con expresión de reproche y él dio un largo trago de café antes de mirarla con aire resignado—. Vale, dejamos las bromas —suspiró—. Es como es, Diana. Como lo es Roi, como lo soy yo. —Se encogió de hombros, incómodo—. No somos humanos, somos otra cosa. Cada uno la suya. Y no puedes culpar a nadie por algo que está en su naturaleza.

—¿Y la naturaleza de Niall dice que tiene que portarse como un cabrón de mierda? —inquirió con una dulzura que sonó falsa incluso en sus propios oídos.

—Niall no siente las cosas como tú, *a'chuisse* —explicó mientras se servía una cantidad enorme de huevos en el plato—. Su concepción de la realidad y la tuya son tan distintas como puedas imaginar. —Se encogió de hombros y se llevó el tenedor cargado a la boca—. Tú tiendes a pensar en bien y mal, en blanco y negro, en día y noche, en hombre y mujer...

—Y tú no —murmuró con una afirmación.

Aidan dejó el tenedor y la miró como si fuera una bomba a punto de estallar y no supiera cuál era el cable que debía cortar.

—Yo entiendo la diferencia entre el bien y el mal —dijo con prevención.

—Pero no la ves —afirmó, preguntándose de pasada si algún día conseguiría entender por completo a ese hombre.

Él se encogió de hombros.

—Sí la veo. Pero esa diferencia no es importante —respondió evasivo.

—¿No lo es? —insistió en el tono más neutro que podía invocar.

Por lo que a ella respectaba, ya no había vuelta atrás en sus sentimientos por él, y saber lo distintas que eran sus estructuras mentales y culturales no iba a cambiarlo a estas alturas. Ya estaba demasiado comprometida emocionalmente para eso.

—Diana, no puedo explicarte... —empezó, agobiado.

—Inténtalo, por favor —suplicó—. Por favor.

Aidan jugó con sus cubiertos un segundo colocándolos sobre la mesa, como una mala metáfora del modo en que debía de estar ordenando sus pensamientos.

—Tú... tú piensas en fuerzas contrapuestas. —Ella asintió, animándolo a continuar—. Nosotros pensamos en tríadas. —Al ver que ella lo miraba con incompreensión, suspiró y lo intentó de nuevo—. Entre el bien y el mal está la indecisión; entre el blanco y el negro hay infinitos matices de gris; entre el día y la noche está la Hora Indeterminada. Está la vida, la muerte y el renacimiento; hombre, mujer y niño. Para nosotros no existe la lucha entre contrarios. Bien y mal no son opuestos, solo son —concluyó con un nuevo encogimiento de hombros.

—Que es distinto a «no ser» —apuntó ella, después de meditarlo mucho.

—Algo así —aceptó Aidan, esbozando una sonrisa cansada—. Lo importante es que todos los elementos de una tríada son necesarios. No vemos fuerzas opuestas,

sino interconectadas. Ningún concepto es más importante que otro, porque ninguno puede existir sin los otros dos.

—Creo que lo entiendo —meditó.

—Lo entiendes, pero para ti la forma de pensar en opuestos es natural —sonrió él—. Y yo entiendo tus diferencias entre bien y mal, pero no me parecen lógicas.

—Vale, me estás diciendo que Niall no es un cabrón sin sentimientos, sino que, simplemente, para él es lo mismo hacer bien que hacer mal —gruñó.

Y supo que a Aidan no le había pasado desapercibido su cambio de sujeto de él a Niall cuando dejó escapar una risa irónica entre dientes. Pero aceptó el subterfugio relajando la tensión de sus hombros y volviendo a concentrarse en la comida.

—En esencia, sí —aceptó. Alargó la mano hacia el queso y ella le golpeó con la cuchara—. ¡Eh! —protestó.

—El queso es mío —dijo amenazadora—. Y no puede parecerte «mal» que defienda lo que es mío —añadió con una sonrisa traviesa.

Él la miró en silencio ante su tono desafiante y, después de unos segundos, puso los ojos en blanco en un gesto de incredulidad.

—La eternidad va a ser larguísima a tu lado, pelirroja —gimoteó.

—Pero no te vas a aburrir jamás —sonrió, metiéndose en la boca una enorme porción de queso—. No sé por qué te llevas tan mal con Niall, si os parecéis muchísimo. —Quiso protestar, pero se encontró con el cuerpo de Aidan pegado al suyo y sus labios a punto de cerrarle la boca por lo que iba a empezar a despotricar.

—Pero al menos a ti puedo hacerte callar así —sonrió antes de arrasarla con un beso devastador.

—Nunca volveré a mirar esa ducha con los mismos ojos —comentó Diana con expresión pícaro horas después, mientras rebuscaba entre los cacharros que había enviado Concha intentando encontrar algo para que, en sus propias palabras, «recuperaran fuerzas».

Y por primera vez en su vida, Aidan rezó para que eso no significara que pretendía gastar esas fuerzas de nuevo, porque, de ser así, no sobreviviría a las próximas horas. Moriría feliz, cierto, y con una enorme sonrisa de satisfacción en los labios, pero que no saldría vivo de otro de esos maratonianos encuentros sexuales, era un hecho.

Diana colocó frente a él un plato de lo que parecía ser un cerdo entero despiezado y se sirvió uno idéntico para ella.

—¿Qué es esto? —preguntó él mientras miraba la bandeja con cautela, sin saber muy bien por dónde empezar a hincar el tenedor.

—La receta gallega del cocido —sonrió ella al tiempo que cortaba con habilidad un trozo de chorizo y lo llevaba a la boca—. Más o menos viene a decir que hay que coger un cerdo entero, trocearlo, cocerlo y añadirle patatas, garbanzos y grelos.

—Y eso para una ración —meditó Aidan. Escogió un trozo de algo que se parecía de forma vaga a algo comestible y se lo llevó a la boca con infinita prevención. Masticó y abrió los ojos de par en par—. Coño, está buenísimo.

—Claro —replicó con orgullo—. El cocido de Concha es famoso en toda la comarca. —Lo miró pensativa y añadió con intención—: Digno del paladar de un rey.

«Y allá vamos otra vez», suspiró él. Se llevó la botella de cerveza a los labios y le dio un largo trago para tomarse un respiro antes de enfrentarse de nuevo al tercer grado.

—Príncipe —contestó evasivo—. Pero no le hagas mucho caso a eso. Niall también es un príncipe, ahí donde lo ves —añadió con una sonrisa.

—Pero, si eres príncipe, tus padres son reyes. A no ser que las cosas funcionen de distinto modo en... —Se mordió el labio en un gesto dubitativo que, lejos de incitarlo a aclarar sus dudas, le provocó una intensa punzada de deseo y el ansia de ser él mismo quien atrapara esa delicia entre sus propios dientes—. En tu mundo —concluyó por fin.

—Funciona distinto, sí. —Escogió otro trozo de carne y lo llevó a sus labios, sorprendiéndose de nuevo por el delicioso sabor—. Aunque mis padres sí son reyes —añadió a regañadientes. Al ver la expresión aterrorizada de Diana, dejó los cubiertos en el plato, dio un nuevo sorbo a su cerveza y sonrió—. No te preocupes. Dudo que nunca vaya a heredar ese trono. Mamá y papá están demasiado encantados de la vida haciéndose la puñeta el uno al otro como para dejar sus respectivos tronos

en mis manos o en las de mis hermanas —explicó con ironía.

—¿Respectivos tronos?

«Ups».

—Bueno, cada uno gobierna una corte —respondió con cuidado—. Y tú ya estás pensando en parejas de opuestos otra vez —sonrió al ver su expresión de sorpresa.

—No puedo evitarlo —reconoció ella—. Todo esto es muy nuevo para mí y... — Su voz se fue apagando a medida que las preguntas y las dudas parecían asaltarla. Sacudió la cabeza como si quisiera apartarlas y lo miró—. Cuéntame algo más. ¿Cómo es? ¿Cómo es tu mundo?

—Ya lo verás en su momento. Ahora come —ordenó señalando el plato con su propio tenedor.

—¿Voy a necesitar fuerzas? —inquirió ella con picardía.

—Vas a matarme —gimoteó él—. Moriré feliz, pero vas a acabar conmigo. Estoy convaleciente, ¿recuerdas?

—Eso no parecía importarte hace media hora —replicó Diana con una carcajada traviesa.

Cuando se reía parecía iluminar la habitación. La contempló fascinado unos segundos y, al fin, no pudo soportar ni un segundo más estar apartado de ella. Se levantó de un salto y la estrechó entre sus brazos. Ella pareció sorprenderse, pero, casi al instante, se relajó entre sus brazos y deslizó las manos sobre su pecho desnudo, suspirando y ofreciéndole sus sabrosos labios.

Ese era un ofrecimiento que él no podría rechazar ni aunque quisiera. Aceptó la invitación y se sumergió en la calidez de su boca, mientras se veía arrasado de nuevo por un deseo que desafiaba a la lógica. En unos segundos, ella lo tenía jadeando y endurecido al punto del dolor.

—¡Joder! —renegó apartándose un poco para mirarla.

—¿Ahora? ¿Sin acabar de comer? —bromeó.

Él rio entre dientes.

—Serás... —le acarició la mejilla con los dedos, memorizando el tacto de su piel y usó las dos manos para apartarle el cabello de la cara, sosteniéndola como si fuera un objeto preciado. Porque *era* lo más preciado para él—. Y pensar que... —Se mordió la lengua. Por algún motivo, los dioses habían decidido ser generosos y no había caído en algunos de los detalles que lo habían hecho dudar a él, y no tenía ningún sentido que se planteara esas dudas ahora mismo que todo parecía marchar bien por fin entre ellos.

—¿Pensar qué? —preguntó mirándolo con los ojos oscurecidos por el deseo.

—Nada —replicó al instante, intentando besarla una vez más para acallarla. No funcionó, claro. ¿Cómo iba a hacerlo?

—¿Pensar qué, Aidan? —inquirió en un hilo de voz.

—Es una tontería. —Ella lo miró con una expresión que gritaba «Pues si es una tontería, dímelo». Él suspiró y se apartó un poco de ella, pero sin dejar de tocarla.

Parecía que ahora que se sabía con absoluto derecho de poner sus manos sobre ella, no podía dejar de hacerlo—. Es solo que... —vaciló. Pero ya se había dado cuenta de que los secretos entre ellos no iban a servir de nada, así que se armó de valor y continuó—. Cuando Niall me contó lo que mi madre había hecho, me pregunté si no me sentía atraído por ti precisamente porque tenías mi magia, porque de algún modo, entre nosotros... —Detuvo su acelerada explicación al ver cómo Diana se reía con incredulidad y disimulo, como si intentara reprimir una risotada—. ¿Qué?

—Vaya estupidez, O' Cleary —exclamó, estallando por fin en esas carcajadas que se había esforzado en contener.

—¿Te parece estúpido? —se asombró.

—Absolutamente —afirmó ella—. No sé tú, pero yo ya estaba medio colgada por ti incluso antes de conocerte.

La miró sin comprender, hasta que la luz se hizo en su cerebro.

—A. S. Cleary —suspiró.

—Eso mismo —sonrió ella—. Con tu *álter ego* escritor siempre he sido como una adolescente enamorada de una estrella de *rock*. Es la sensibilidad, la empatía que demostrabas... Escribes cojonudamente bien, O' Cleary.

—Gracias —masculló él poco convencido.

—No seas idiota —le riñó suavizando su tono—. Me da igual todo ese rollo mágico, todas las profecías o lo que sea. Sé quién eres, Aidan. Y sé lo que siento. Y sé que lo sentiría de cualquier modo. Si la magia nos ha unido, estupendo. Pero estoy contigo porque quiero, no porque algo que no comprendo me haya obligado. Y más vale que lo aceptes porque...

—Lo acepto, lo acepto —la interrumpió con el corazón latiendo en el pecho como si quisiera escaparse de él y perderse para siempre junto al que palpitaba en el cuerpo de ella—. Y ahora, ¿qué te parece si te lo demuestro? —La levantó en brazos y se dirigió a la cama, con ella contra su pecho.

—Pero ¿no estabas convaleciente? —chilló Diana mientras la lanzaba sobre el colchón sin miramientos.

—A la mierda con eso también —gruñó él librándose de los pantalones de un tirón.

Los días habían transcurrido para Diana en un goteo inacabable, uno tras otro, salpicados por largas noches de pasión y tardes sentados junto al fuego, rodeados de libros que parecían más antiguos que el mismo tiempo.

A la sorpresa y la maravilla del descubrimiento de todo un mundo nuevo, mágico y desconocido, se contraponían la ansiedad y la frustración del fracaso, de la imposibilidad de hallar nada en esos tomos ajados por el tiempo, que pudiera servirles de ayuda.

Había asimilado más información en esas dos semanas de lo que creía posible. Y ahora que Roi y Niall parecían haberla aceptado como una de los suyos, todas sus preguntas, por absurdas que fueran, encontraban una respuesta detallada y exhaustiva que, lejos de aclararle las cosas, le abría mil puertas hacia mil preguntas más. Hacia mil realidades desconocidas.

Había aprendido muchísimo, sí, pero sospechaba que lo que le faltaba por saber era todavía más grande, más inalcanzable. Le llevaría cientos de vidas empezar a acercarse siquiera a su nueva realidad y, por desgracia, tampoco parecía haberse solucionado el que pudiera disponer de esos cientos de vidas junto a Aidan.

Aidan. Pensar en él le arrancó una inevitable sonrisa. Ahora mismo debía de estar esperándola fuera para acompañarla al pazo, como hacía cada día desde su reconciliación. Más bien como lo hacía después de una pelea de proporciones apocalípticas, en la que él había demostrado ser el hombre más posesivo, controlador y sobreprotector de cuantos había conocido en su vida. Al final, después de mucho discutir, habían llegado a un acuerdo: se mudaría al pazo para que Aidan se quedara tranquilo, pero volvería al trabajo para quedarse tranquila ella.

Lo que no impedía que la recogiera todos los días y que apareciera varias veces a tomar un café «por casualidad». Estaba loca por él, pero de verdad que en ocasiones le daban ganas de matarlo.

Aunque nunca había sentido tantos deseos de matarlo como cuando, después de noches y más noches preocupándose por los preservativos, Laura había expuesto su teoría sobre la imposibilidad de que tuvieran hijos, dado que eran de diferentes «especies». Y aunque hasta ese momento ella ni siquiera se había planteado la maternidad, se sintió angustiada por la idea, a pesar de lo poco que la entusiasmaba la tradición familiar de los siete retoños.

Agobiada, le había comentado sus temores a Aidan. Todavía creía escuchar el eco de sus propios gritos cuando él le había confesado con un tembloroso hilo de voz que tener hijos o no dependía de su *divina voluntad* y que las precauciones en realidad no eran necesarias.

Le habían entrado ganas de asesinarlo muy, muy despacio.

Con un suspiro, atravesó las puertas del bar y se dirigió al coche que ya estaba esperándola junto al camino, con Aidan apoyado sobre el capó, con los brazos cruzados sobre el pecho y un tobillo sobre el otro, mostrando una imagen que cortaba el aliento y hasta el sentido.

Todo el mosqueo que podía sentir por su exagerado proteccionismo se esfumó como el humo cuando pensó, por enésima vez —y todavía sin terminar de creérselo—, que todo eso era suyo. De la cabeza a los pies, para disfrutarlo centímetro a centímetro hasta el fin de los tiempos.

Él le regaló su sonrisa torcida a modo de saludo y se apartó del coche con ademanes fluidos y perezosos para recibirla. Se forzó a caminar con calma en su dirección y se fundió en sus brazos y sus labios.

—¿Alguna novedad? —preguntó cuando consiguió convencer a su cuerpo de dejar de regodearse con el de Aidan.

—De hecho, sí —contestó él—. Pero te lo contaré cuando lleguemos al pazo, ¿vale? —explicó mientras abría la puerta del Maserati para ella.

Se dejó caer en el asiento del copiloto y esperó a que Aidan se pusiera al volante.

—¿Sabemos algo más de Él? —inquirió.

La tensión en la mandíbula de Aidan respondió por él antes de que consiguiera abrir la boca.

—No —gruñó—. Eso no ha cambiado. —Encendió el motor, metió la marcha y arrancó con un gemido de ruedas derrapando sobre la gravilla—. Vamos a tener que limitarnos a contenerlo hasta *Beltane*. —Cambió el peso de los pies en los pedales y metió una marcha más. El Maserati se lanzó a devorar el camino como una fiera salvaje. Adoraba al coche casi tanto como al hombre que nunca le dejaba conducirlo—. Ese cabrón no nos ha dejado ni una jodida pista —murmuró para sí mismo en tono agresivo.

—Bueno —comentó intentando aligerarle el humor—. Al menos no ha vuelto a atacar. —Sabía que ver el lado bueno de la situación no iba a servir para nada, pero algo tenía que hacer. Tal y como esperaba, él respondió con un gruñido—. ¿Podrás retenerlo?

Aidan apartó los ojos de la carretera para dedicarle una rápida sonrisa.

—¿Con toda mi magia conmigo? —sonrió—. Claro.

—Pues eso nos da más tiempo para seguir buscando, así que no lo pienses más. —Extendió una mano y la puso sobre su muslo en un gesto de ánimo. Él apartó su propia mano del cambio y la colocó sobre la de ella, apretándosela un instante antes de volver a concentrarse en la conducción. Y es que ella conduciría como una psicópata, pero Aidan era el Hannibal Lecter del motor—. Mañana vas a atar a ese cabrón y ya veremos qué pasa en *Beltane*. Por cierto, me ha llamado Laura esta mañana. —Rio entre dientes—. Furiosa.

Él la miró con mal disimulada curiosidad.

—¿Otra vez Roi? —preguntó sonriente.

—Acabarán arrancándose los ojos —vaticinó con una carcajada.

—O la ropa, lo que quiera que llegue antes —concluyó Aidan con malicia.

Se giró en su asiento para encararlo.

—¿Te parece? ¿Te ha dicho algo Roi? ¿Crees que...?

—Mis labios están sellados, pelirroja —replicó con una seriedad más falsa que un euro de madera.

—Le quitas toda la diversión a la vida, en serio —se lamentó, cruzándose de brazos en un gesto de enfado infantil.

Aidan la miró con expresión suspicaz.

—¿Has estado otra vez charlando con Niall? —preguntó.

—Le encanta contarme historias humillantes de cuando eras pequeño —sonrió con infinita dulzura.

—¿Te molestaría mucho si lo matara? —preguntó él después de pensarlo un momento, en el mismo tono indiferente en el que le preguntaría si le importaba que conectase la calefacción.

—No demasiado —respondió en un tono casi idéntico—. Pero les darías un disgusto a las gemelas. Además, si no lo tienen a él para darle la lata, pueden tomarla con cualquiera de nosotros.

—Ya no te parecen tan monas, ¿eh?

—Creo que solo pueden parecerle monas a Niall —suspiró—. Normal, es casi tan insoportable como ellas.

—¿Casi?

—Una forma de hablar.

Los labios de Aidan dibujaron una sonrisa irónica mientras cambiaba de nuevo de marcha y tomaba la última curva del camino con un volantazo que habría hecho palidecer al mismísimo Fernando Alonso. Ella solo asintió para sus adentros, satisfecha con el modo en que dominaba los cuatrocientos caballos de la increíble máquina en la que estaban montados.

—Deberías... —empezó Aidan.

—Ya lo sé —interrumpió ella.

Habían mantenido esa misma conversación una docena de veces al menos. Aidan le pedía que intentara llevarse mejor con Niall y ella juraba que no podía prometérselo. Apreciaba al hada por su lealtad hacia sus amigos y aceptaba que, en el fondo, muy en el fondo, tenía un cerebro digno de ser tenido en cuenta. Pero en la superficie era un tocachuevos de primera categoría y no estaba dispuesta a permitir que le pasara por encima, se pusiera como se pusiera.

Además, Niall tenía una de esas personalidades de depredador que parecían oler la debilidad y acorralarla para saltar sobre ella para destrozarla con garras y colmillos a la mínima oportunidad, así que ella nunca flaqueaba frente a él. Lo que, como no podía ser de otra manera, daba lugar a larguísimas discusiones que iban desde lo absurdo a lo directamente surrealista, pasando por una divertida gama de amenazas

psicópatas.

—Es raro que te lleves mejor con Roi —comentó Aidan enfilando el camino principal del pazo.

Se encogió de hombros porque a ella no le parecía tan raro. Donde Niall era un bebé psicótico —le encantaba esa descripción acuñada por su némesis—, Roi era encantador, controlado y hacía siempre gala de un humor malvado, retorcido e irónico que su *retranca* gallega apreciaba con absoluta sinceridad. El resto de su «condición» procuraba olvidarlo la mayor parte del tiempo.

—Y hablando del rey de Roma —comentó, señalando la entrada principal—. ¿Qué hace Roi fuera? Creí que le afectaba salir antes de anochecer.

—Es lo bastante viejo como para que solo le moleste un poco si se mantiene al abrigo de la casa —aclaró Aidan distraído—. Y yo diría que hay dos posibilidades: o nos ha escuchado llegar, o tu amiga Laura ya está dentro.

—Yo diría que la segunda —adivinó al ver la expresión irritada de Roi mientras se levantaba de los escalones del pórtico para recibirlos.

—O’Cleary —saludó con una inclinación de cabeza hacia Aidan—. *Miña dona* —dijo en un tono mucho más cálido hacia ella, tomando su mano y llevándosela a los labios con su habitual actitud de anticuada caballerosidad.

—Corta el rollo, Roi —masculló Aidan cuando ella le devolvió el saludo con la habitual risita de falsa timidez femenina—. ¿Qué haces aquí fuera? —preguntó de mal humor.

Roi enarcó una ceja ante su tono agresivo y, acto seguido, centró toda su atención en ella, ignorándolo por completo.

—El ambiente del salón estaba un poco cargado para mi gusto —aclaró con afectación—. Discúlpame por la grosería, querida, pero esa amiga tuya parece vivir en un síndrome premenstrual perpetuo —añadió con una mueca que Diana no supo si estaba dirigida a ella o a su propia salida de tono—. Me resisto a ofrecerle en voz alta la solución de Campanilla para ese mal humor continuo, pero por una vez me temo que tengo que estar de acuerdo con él —comentó con evidente irritación.

Miró a Aidan buscando una aclaración que Roi no parecía dispuesto a darle y este rio entre dientes antes de contestar.

—Niall le diría que lo que necesita es echar un buen polvo, pelirroja. Y yo también estoy de acuerdo —explicó con una carcajada.

—Lamentablemente, ignoro si hay por la zona algún macho de *Mantis religiosa* dispuesto a sacrificarse para complacerla, pero quizá sería la solución —remató Roi, atusándose las mangas de encaje de su camisa de hilo.

Resopló exasperada.

—Vosotros todo lo solucionáis follando —gruñó—. Hay más cosas en la vida que el sexo, ¿sabéis?

—Por supuesto que sí, querida. Y en cuanto descubramos cuáles son, nos lanzaremos a practicarlas sin descanso, te lo aseguro —replicó Roi ofreciéndole el

brazo.

Sacudió la cabeza a modo de reproche, aunque era incapaz de resistirse al encanto de ese hombre, así que tomó el brazo que tendía hacia ella y lo acompañó al interior del pazo, con Aidan riendo con sorna tras ellos.

El salón que tan vacío le había parecido en días pasados, ahora se había convertido en un paisaje montañoso repleto de cordilleras de libros, amontonados en precario equilibrio unos sobre otros y amenazando con derrumbarse al más mínimo movimiento.

Era una ávida lectora desde que tenía memoria, pero ni en sus sueños más locos había llegado a concebir una biblioteca de semejantes proporciones, y más teniendo en cuenta que los chicos ya le habían advertido que en el desván había guardados todavía más libros de los que aparecían a la vista. De no ser por el motivo que había llevado ahí todos esos libros, ese salón sería para ella su visión particular del Paraíso terrenal.

No se sorprendió demasiado al ver a Niall y Marta sentados en el sofá, con las cabezas juntas e inclinadas sobre un libro. Su amiga miraba al hada con una expresión fascinada que a ella le provocaba una marea de incontenibles escalofríos y él estaba enfrascado en lo que parecía una detallada y paciente explicación.

Desde que los poderes de meiga de Marta se habían despertado, Niall parecía haberla tomado bajo su tutela particular, y no desaprovechaba la ocasión de enseñarle a comprender y desarrollar su magia.

Sin embargo, eso no la engañaba. Si el hada estaba tan interesado en ayudarla, lo más probable era que fuese por su propio interés. Para él practicar sortilegios era tan natural como respirar, y hacía cualquier cosa para saltarse las restricciones de Aidan sobre su uso. Y, por supuesto, le importaba un pijo que con esos conjuros pudieran atraer la atención de cualquier criatura con una mínima sensibilidad hacia la magia. El maldito *sídhe* parecía crecerse con los problemas. Nadaba entre ellos como un salmón nada contra la corriente.

Los dos alzaron las rubias cabezas a un tiempo y les dedicaron una sonrisa de bienvenida, pero Laura siguió tecleando con expresión obstinada en su *netbook*, negándose a reconocer hasta la misma existencia de Roi. Este apretó los labios en un gesto irritado y se dirigió al único sillón que nadie se había atrevido todavía a llenar con una montaña de libros: el orejero situado junto a la ventana, del que había tomado posesión desde el mismo momento en que había puesto los pies en el salón por primera vez.

Aidan avanzó a trompicones entre las formaciones orográficas de tomos y se sentó en el suelo con la espalda apoyada contra la estantería, haciéndole un hueco entre sus piernas en el que ella se acomodó sin pensarlo un segundo.

Todavía le parecía increíble haber podido resistirse a él durante tantos días, cuando ahora su cuerpo le pedía a gritos estar siempre en contacto con él. No importaba el momento o el lugar, si estaba junto a él su piel parecía llorar por su roce.

Era como si fueran dos planetas orbitando alrededor de su necesidad de sentirlo. Era incapaz de no tocarle aunque fuera con la yema de los dedos.

Y a juzgar por el modo en que Aidan enroscó los brazos alrededor de su cuerpo, cuando se acomodó por fin, él debía de sentir esa necesidad de un modo tan intenso como ella misma. Sintió un rápido beso en la coronilla y el peso de su barbilla al apoyarse sobre su cabeza.

—Bueno, ¿preparados para mañana? —preguntó él en tono conversacional, como si en lugar de disponerse a realizar un ritual mágico y peligroso hubieran quedado para tomar unas copas.

—Mucho mejor, ahora que por fin has dado tu brazo a torcer, *deartháir*, y has aceptado los cambios —replicó Niall.

—¿Cambios? —se sorprendió ella—. ¿Qué cambios?

—¿Habéis hecho cambios? —medió Marta con preocupación—. Yo no estoy preparada para cambiar nada, yo... Ya me ha costado... —balbuceó.

—No te afectan directamente, querida, relájate —intervino Roi en tono amable—. Se trata más bien de táctica.

—¿Táctica? —inquirió Laura con el ceño fruncido. Casi al instante pareció darse cuenta de que se había dirigido a Roi y se volvió para mirar a Aidan—. ¿Hay algún problema?

Sintió el movimiento de Aidan al encogerse de hombros, con la que imaginó que debía de ser su habitual actitud indiferente.

—Queremos evitar una jugada como la del *sídhe* del molino —explicó con ese tono acelerado que siempre utilizaba cuando quería evitarse preguntas incómodas—. Así que, en lugar de un círculo, usaremos dos.

—¿Dos? —inquirió Laura con aire crítico. Maldijo en silencio la interrupción. A ella le parecía mil veces más importante saber qué clase de «jugada» esperaban, pero aguardaría a que todos se calmaran y estuvieran más distraídos para preguntar—. Pero lleváis días diciendo que el tres...

—Ya tenemos bastantes tríos —la interrumpió Niall—. El ritual está basado en la tríada del agua, la tierra y el fuego y nosotros mismos somos dos tríos. Y el vuestro... —se frenó en seco y lanzó una mirada divertida a Roi, que respondió con la más irónica de sus sonrisas. Tras ella, Aidan estalló en una silenciosa carcajada.

—El nuestro... ¿qué? —insistió Laura. «Con muy poca prudencia», pensó, a juzgar por la malicia que parecía flotar entre los chicos.

—Bueno —respondió el hada con la misma actitud de un gato que está a punto de saltar sobre el canario—. Hay una tríada femenina que contiene muchísimo poder. Se trata de las...

—Pero no encaja —lo interrumpió Marta—. Sé cuál dices —se apresuró a explicarse cuando Niall la miró con curiosidad—, pero no encaja. Quiero decir, nosotras no...

—No es necesario interpretarlo de forma literal, Marta —aclaró Aidan con

suavidad—. Hablamos de referencias que, bueno, pueden considerarse metafóricas. Tú eres dulce e inocente, así que representas a la doncella. —Estrechó a Diana con más fuerza y la besó entre los rizos otra vez, con suavidad—. Diana lleva en su interior mi magia, así que hace el papel de madre.

Y dejó ahí la frase, mientras Niall miraba a Laura con una sonrisa malvada y Roi estiraba una inexistente arruga de sus pantalones de cuero con expresión divertida. Marta, sin embargo, parecía incómoda.

—Está bien —suspiró Laura—. Picaré. ¿A quién represento yo?

—A la otra —contestó Marta con rapidez, antes de que nadie pudiera adelantársele.

—¿La doncella, la madre y la «otra»? —inquirió Laura—. No parece muy místico.

—La arpía, querida —aclaró Roi, regodeándose con su reacción—. Tú, sin duda, encajas a la perfección en el papel de arpía.

—Anda y que te la pique un pollo —renegó Laura mientras todos estallaban en carcajadas más o menos disimuladas.

—No, en serio —dijo Aidan cuando pudo tranquilizarse por fin—. La única diferencia radica en que Diana y yo permaneceremos en el centro del círculo que vosotros forméis. El resto se hará tal y como hemos hablado. Así, si algo ocurre más allá de nuestro puente, Niall y Roi pueden encargarse sin que yo me distraiga —explicó.

—¿Y qué esperas que ocurra? —preguntó Diana por fin, alzando la cabeza para enfrentar los ojos de Aidan.

—Nada —respondió este demasiado rápido, como siempre que estaba mintiendo.

—Eres el peor mentiroso del mundo, Aidan —le riñó Diana—. Y yo tendré mucho menos miedo si al menos me explicas qué esperáis que pase.

Aidan le sostuvo la mirada a Diana con expresión tormentosa, con la lucha entre protegerla y decirle la verdad brillando en sus ojos. Para variar, fue Niall quien acabó perdiendo la paciencia y tomando la decisión por él.

—No nos fiamos de que ese gilipollas no aproveche la fuerza de *Imbolc* para lanzar algo sobre nosotros —explicó con un gruñido irritado—. No tengo ni puta idea de qué puede ser, pero estoy casi seguro de que intentará romper el círculo e impedir el ritual.

—Tranquila, *a'ghrá* —la serenó Aidan al percibir el escalofrío que la había recorrido antes de que pudiera siquiera plantearse detenerlo—. Muy mal tendrían que ponerse las cosas para que algo consiguiera llegar al círculo interno, con Roi y Niall defendiendo el exterior.

—Está bien —aceptó Diana por fin al ver la mirada confiada y serena de Roi y la definitivamente arrogante de Niall.

—Cuéntale el resto, *fiordhraoi*. Es mejor que lo sepa ya —ordenó este.

—¿Hay más? —casi gimió Diana.

—Nada de lo que debas preocuparte, *a'ghrá* —volvió a serenarla Aidan. Al ver que ella lo miraba esperando una explicación, suspiró profundamente—. Cuando haya sellado el ritual, tú y yo... —dudó.

—¿Tú y yo qué, Aidan? —lo instó Diana.

—Bueno, como no encontrábamos una solución clara para nuestro problema... —Se señaló a sí mismo y luego a ella, abarcándolos en un gesto amplio—. Niall sugirió...

—Y tú aceptaste —interrumpió el hada, que por una vez no parecía nada dispuesto a llevarse la responsabilidad del asunto.

—Y yo acepté —convino Aidan—, que lo mejor sería preguntarle a quien había montado todo este lío.

—¿A tu madre? —preguntó ella, con los ojos abiertos como platos por la sorpresa.

—Sí —sonrió él—. Y ella ha exigido verte, así que nos encontraremos a medio camino entre este lado y el otro cuando acabe el ritual.

—Espera, espera. Espera un momento —lo detuvo Diana—. ¿Exigido?

Aidan compuso un gesto de frustración.

—De verdad, pelirroja, de todo lo que podías preguntar, ¿tienes que decidirte precisamente por eso? —suspiró.

—¿Exigido? —se limitó a repetir ella de malos modos.

—No se lo tengas en cuenta, querida —intervino Roi—. Para Ona no existe otra forma de solicitar lo que quiere. Pedir o rogar no están en su vocabulario —aclaró en tono neutro—. Ella exige. Es su prerrogativa.

—A mí no me exige nadie —protestó.

—Diana, por favor —gimió Aidan, agobiado—. Es una forma de hablar, nada más. Ella me exige hasta a mí. Y puede ayudarnos. ¿No te vas a tragar todo ese orgullo por mí? ¿Por nosotros?

—Eso no es justo —se quejó—. Sabes que haría lo que fuera por ti, imbécil.

—Si querías alguien que jugara limpio, calabacita, te habría ido mejor con un humano —la pinchó Niall.

—Sí, y peor con un hada —escupió Diana en su dirección.

Fallo táctico, porque Niall solía considerar esas salidas como un halago más que como el insulto que ella pretendía lanzarle.

—Vamos a dejarlo, ¿de acuerdo? —pidió Aidan de buen humor—. Lo único que quiero es que todos tengáis claro lo que vamos a hacer y cómo. —Su tono volvió a ser sereno y profesional, con un matiz de preocupación que Diana captó como si se tratara de sus propios sentimientos.

—Es lo mismo que llevamos hablando todos estos días, ¿no? —intervino Laura, adoptando también un aire profesional y neutro—. La única diferencia es que vosotros estaréis en el centro del círculo que formemos nosotros, en lugar de estar unidos a él.

—Exacto —asintió Aidan, aprobador.

—Pero... ¿eso no debilitará el ritual? —inquirió Marta con su vocecita tímida, apenas audible.

—No tiene por qué —respondió Niall. Marta lo miró con un millón de dudas dibujándose en su rostro y, para su sorpresa, el hada sonrió—. Has aprendido mucho, meiga, pero todavía te queda muchísimo más por aprender.

En otro momento, y viniendo de Niall, esa frase habría llevado implícito un insulto, pero, por algún motivo que a todos se les escapaba, era muchísimo más tolerante con Marta que con cualquier otro que tuviera la desgracia de cruzarse en su camino.

—Ya, lo sé —concedió Marta con timidez—. Pero...

—No vamos a expulsarlo, Marta —aclaró Aidan—. No podemos, no sabemos lo suficiente, así que vuestra ayuda es más un apoyo que una necesidad.

—El único círculo que no puede romperse es el que formarán Aidan y Diana, la druida y su magia, querida —explicó Roi—. Nosotros aportaremos nuestra energía para reforzarlo.

—Y nuestros brazos para protegerlo —apostilló Niall, encantado de la vida al contemplar la posibilidad de una pelea que a ella le ponía los pelos de punta.

Roi suspiró resignado ante lo que era otra de las inevitables salidas del hada, pero asintió.

—Y nuestros brazos para protegerlo —repitió, aceptando la corrección—, pero no somos un elemento necesario. No más allá de mantener y defender el círculo.

—Pero es un círculo débil —insistió Marta, buscando la confirmación en los ojos de Niall—. Son dos. Solo dos. ¿No deberían ser tres?

—Son tres —la corrigió el hada. Al ver la expresión interrogativa de Marta, suspiró aburrido como si ya hubiera perdido todo el interés en el asunto y añadió una aclaración—. El hombre, la mujer y la magia que habita en ambos.

—Vamos, que si hay una mínima posibilidad de que una pareja sean tres, tú la vas a encontrar —bufó Diana.

En los últimos días había hecho un notable esfuerzo para adaptarse a la forma de pensar en tríadas, pero su cerebro la llevaba una y otra vez de vuelta a la lucha de contrarios que para ella era la forma natural de concebir la realidad.

La sonrisa que Niall le dedicó a modo de respuesta no podía clasificarse más que de «degenerada».

—Niall ... —advirtió Aidan.

El hada ni siquiera se molestó en fingir que iba a tener en cuenta el aviso.

—¿Es una oferta, calabacita? —dijo con una mueca maliciosa—. Porque si lo que estás buscando es un trío más satisfactorio, podría hacer un sacrificio y meterme en vuestra cama esta noche.

—Si no te importa que Aidan te corte los huevos... —replicó ella con una sonrisa que goteaba veneno puro—. No le gusta mucho compartir, ya sabes.

—Pues ni que fuera la primera vez —repuso Niall alegremente—. ¿Verdad, *deartháir*?

El gruñido de protesta de Aidan le dijo mucho más de lo que quería saber. Aun así, no pudo evitar alzar la cabeza y mirarlo a los ojos con lo que esperaba que fuera una expresión amenazadora.

—¿Aidan? —inquirió, entrecerrando los ojos.

—Fue hace mucho tiempo, *a'ghrá* —intentó defenderse.

—Bueno, no tanto en realidad, porque, si mal no recuerdo...

—¡Niall! —rugió Aidan.

—Vale, vale... ¡Qué carácter! —fingió dolerse el hada. La sonrisa apenas insinuada de sus labios contradecía a gritos su actitud contrita.

—Bien —zanjó ella poniéndose en pie—. Pues si no tenéis nada más que comentar, me voy a la cama. Sola —añadió con inquina, al ver que Aidan hacía ademán de levantarse.

La expresión de desesperación infantil que apareció en el rostro de este, idéntica a la de un niño al que acaban de dejar sin postre, casi le arrancó una carcajada.

—Sola no —intervino Laura—. Nosotras nos quedamos aquí esta noche —aclaró—. Imbolc está a las puertas y quieren tenernos cerca por si pasa algo —añadió sin comprometerse.

—Perfecto —asintió—. Noche de chicas.

Se dirigió hacia la puerta seguida por Laura, y solo se volvió cuando se dio cuenta de que Marta seguía en el centro del salón, ya de pie, pero con expresión dubitativa.

—¿Marta? —la instó Laura.

—Ya, ya voy —dijo sacudiendo la cabeza como si intentara apartar un pensamiento peregrino.

—Pero ¿qué te pasa? Te has quedado idiotizada —preguntó Laura.

—Bueno, entiéndelo, es que no conozco a nadie que haya hecho un trío —reconoció en un susurro confidencial.

Las carcajadas de Roi, auspiciadas por su maldito oído hiperdesarrollado, las acompañaron todo el camino hacia el piso superior.

Noche de *Imbolc*. Y, como si los elementos se hubieran confabulado con el ánimo inquieto de todos ellos, febrero había desplegado todo su violento encanto. La playa aparecía ante los ojos de Aidan cubierta por una densa neblina que se arrastraba desde un mar ofendido por quién sabía qué oscuros agravios. La luna se ocultaba tras una densa capa de nubes, entretejidas en un tapiz de un gris tan oscuro que le sacaba la lengua con desprecio al negro del cielo, vacío de estrellas.

La arena húmeda crujía bajo sus pies y el aire azotaba la piel y la razón, soplando con una furia apenas contenida. La hoguera se alzaba con patético orgullo en el punto más aproximado al que habían estado las chicas la noche de *Samhain*, según podía recordar la memoria de ordenador cuántico de Laura.

Y los malos presentimientos que lo habían acosado durante todo el día lo azotaban en todo su maligno esplendor.

Apretó la mano de Diana para infundirle ánimos, o quizá para infundírseles a sí mismo, y se colocó junto al fuego con el corazón latiendo acelerado en el pecho y el sudor corriendo a ríos por su espalda, a pesar del frío que apuñalaba la escasa piel desnuda que mostraba a la noche. La magia latía en su interior como un río deseando desbordarse, y él sabía que se convertiría en una riada de infinito poder cuando sus sentidos buscaran el lago que habitaba en el interior de su mujer y se zambulleran en él hasta absorberlo por entero.

Con una sonrisa cargada de confianza, Diana alzó la mano que tenía libre y la extendió hacia él sobre el fuego, mientras los demás los resguardaban con su propio círculo exterior. Él tomó esa mano y se sumergió en el vínculo que compartían, alcanzándolo con la misma facilidad con la que había alcanzado sus dedos fríos y húmedos por los nervios.

Era tan inmenso, tan hermoso y omnipotente que, por un instante, un segundo apenas, Aidan olvidó lo que debía hacer; el motivo por el que debía acceder a toda esa magia pura, expectante, que palpitaba frente a él llamándolo como una tentadora sirena. Inspiró hondo y serenó el instinto que le instaba a sumergirse en ella y hacerla suya para conquistar y destruir. Sus labios dibujaron las palabras del conjuro en silencio y el poder fluyó hacia él en una caricia lenta y posesiva.

Borró cualquier distracción de su mente y siguió cantando su hechizo, consciente de que el más ligero error podía tirar por tierra toda la cuidadosa planificación que lo había mantenido durante días perfilando cada palabra, cada inflexión, cada goteo de poder.

Un ciclo nuevo, un nuevo renacer y el poder crecía, desbordaba en su interior. El Velo horadado se mostró ahora como un camino que franquear; como un tamiz débil

e insignificante. Un pequeño golpe. Una cuchillada bien dirigida y por fin sería suyo.

Alzó la espada forjada con el poder de las llamas, del aire, del mar y de la tierra, y antes de que pudiera descargar su azote, una magia creciente lo envolvió como una cadena de desesperación.

Luchó contra la magia. Luchó por su vida con su vida. Luchó por esconderse, por retirarse, y luchó por seguir luchando contra esa fuerza desconocida e imparable que cada vez lo ataba más fuerte.

Él sintió la resistencia. La airada respuesta del ser que intentaban contener. Sintió la venganza, el dolor y el odio. Sintió fuego, hielo y ácido recorriendo sus venas. Sintió cómo intentaba detenerlo sin mostrarse, sin arriesgarse a ser descubierto, y sintió cómo esa reticencia le impedía hacer nada contra la imparable marejada de poder puro, que podía invocar gracias al puente que había erigido con Diana.

La voz del ser inundó su cerebro.

Es hermoso. Hermoso y terrible. El poder fluye libre, sin restricciones ni límites.

Lo rodea, lo seduce y lo aterra, atándolo a la tierra, al fuego, al mar y al aire. Frena su propia magia hundiéndolo en la locura, desgarrando su esencia en jirones de poder deshecho, de carne sangrante, de dolor y desesperanza.

No puede vencer ese poder. No todavía.

Se esconde, retrocede.

Pero no se rinde.

Un último intento. Un último grito de socorro; una orden susurrada; una llamada.

Y la espera.

Los intentos del ser por frenarlo apenas eran un agujonazo apagado en su conciencia y el hechizo proseguía su camino, cantándose a sí mismo mientras él lo cantaba. No faltaba nada. Una estrofa, una ola más de magia y poder y las protecciones sostendrían a la criatura hasta *Beltane*.

Con los ojos cerrados y la consciencia flotando en la nada, Diana sintió la magia de Aidan tejiéndose en torno a sus manos unidas y escuchó el cántico apagado de su conjuro.

Sentía como él sentía y veía lo que él veía y, al mismo tiempo, era ella misma quien lo veía a él mirándola y mirándose. Como un juego de espejos reflejándose hasta el infinito, ella era Aidan y Aidan era ella, unidos más allá de lo que la mente humana alcanzaba a comprender, en un caleidoscopio de imágenes y poder sin fin.

Disfrutó de esa sensación de duplicidad, de unidad, de comunión con el hombre y con su magia, mientras podía sentir cómo esta desbordaba en su interior y fluía hacia él, derramándose sobre el tapiz de su hechizo.

Apenas era consciente del frío, del aire, del olor a mar y humo, de los latidos de su propio corazón. Estaba perdida en el epicentro de un poder inabarcable, perdida en una realidad que ni siquiera había soñado pero que ahora se le antojaba imprescindible.

Y entonces, algo la sobresaltó. Una voz. Una voz real, más allá del diminuto universo que el poder de Aidan había creado para los dos. Una voz de mujer aterrada y, como contrapunto, una voz de hombre; autoritaria e inquieta.

Abrió los ojos y quiso gritar.

—¡No rompas el círculo, Diana! —ordenó Niall antes de darle la espalda y apartarse.

Aferró con más fuerza las manos de Aidan, que había intensificado el ritmo de su cántico como si, a pesar de tener los ojos cerrados, de algún modo supiera lo que estaba pasando a su alrededor.

Mis criaturas. Un último intento. Mis guardianes, mi esperanza.

Ríndete. Todos van a morir si no te rindes.

La voz llegó de ninguna parte y la sacudió hasta hacerla temblar. Pero resistió. Resistió, aterrada al ver cómo cuatro inmensos perros negros, deformes hasta lo obscuro —apenas un malicioso boceto de lo que debía ser un perro—, se abalanzaban sobre sus amigos, arrastrando pesadas cadenas que resonaban en la noche serena como las campanas del infierno del que debían de haber salido.

Suéltalo. Ven a mí.

—No —murmuró.

Vio a dos de los terribles canes saltar sobre Marta y cómo Niall sacaba de ninguna parte una espada que, incluso en la distancia, se percibía afilada, brillante y letal. Con un tajo certero rebanó una de aquellas horribles cabezas. El cuerpo siguió su trayectoria y cayó sobre Marta, que chilló de pavor mientras intentaba empujar el negro despojo del perro muerto. Niall giró sobre sí mismo en un movimiento imposible y alcanzó a la otra criatura, apenas unos segundos antes de que sus colmillos atraparan la garganta de su amiga.

Suerte. Solo ha sido suerte. Los demás caerán y los Urcos llegarán a tu hombre y lo desgarrarán mientras tú miras.

Y entonces tú también serás mía.

—No —volvió a decir. Confiaba en Aidan, confiaba en todos. No iba a romper el círculo.

Roi se estremeció y ella percibió el brillo de sus afilados colmillos en la distancia;

el fulgor de unos ojos del color de dos refulgentes rubís, idénticos a los de los monstruos que se cernían sobre él.

Los animales retrocedieron ante su rugido con las fauces goteando espuma rabiosa, vacilando, percibiendo el poder de un alfa; de una bestia peor que ellos mismos.

Y como un *ballet* perfectamente orquestado, saltaron hacia Laura.

Roi brincó tras ellos con un grito inhumano, en una exhibición de poder animal, de fuerza salvaje y furia apenas contenida.

Diana sentía el latido de su corazón en la garganta, asfixiándola, robándole la vida y el aliento.

Escuchó un jadeo de terror y tardó unos segundos en darse cuenta de que era ella misma quien lo había proferido. Las manos que todavía sostenían a Aidan temblaban y sus ojos inundados de lágrimas no podían seguir la mancha borrosa que era Roi en la distancia, mientras peleaba con los monstruosos canes a una velocidad sobrehumana.

Supo que había ganado la batalla cuando sintió en sus entrañas el grito de desesperación del ser que Aidan había logrado por fin contener, antes incluso de ver cómo Roi se levantaba lentamente, mirando los cadáveres destrozados de los perros infernales.

—¿Estás bien? —La voz de Aidan rozó apenas su consciencia—. Diana —la llamó, asustado.

—Estoy bien —murmuró en un hilo de voz—. Lo has logrado.

Aidan asintió. Una única y breve sacudida de su cabeza, antes de volverse hacia sus amigos, sin soltar sus manos ni romper el puente entre ellos.

—Vamos, O’Cleary, cruzad —ordenó Roi mientras se inclinaba sobre Laura con gesto preocupado.

—¿La han...? —empezó Aidan.

—Tenéis que pasar, *deartháir* —interrumpió Niall—. La chica está bien, no te preocupes.

—Puedo...

—No. Lárgate —gruñó el hada—. Yo me encargo. Y saluda a Ona de mi parte —añadió con un guiño antes de darle la espalda.

Aun aturdida como estaba, ella fue muy consciente de que los demás se habían colocado de tal forma que escondían a Laura de su vista. Quiso exigirles que se apartaran, quiso ver a Laura con sus propios ojos, pero, antes de que las palabras llegaran a formarse en sus labios, Aidan volvió a sumergirse en la magia que ella guardaba en su interior y el mundo desapareció ante sus ojos.

Mientras se perdía en el limbo que no estaba ni en este lado del Velo ni en el otro, escuchó a Niall maldecir con agresividad.

Si a Aidan le hubieran pedido que describiera el Limbo, habría tenido que recurrir a todos los recursos literarios que poseía el escritor que habitaba en él para aproximarse a la realidad, aunque solo fuera un poco. Y le habría llevado horas teclear un solo párrafo.

Y es que el Limbo era y no era. Estaba y no estaba. Era un momento en el tiempo, un instante congelado y, a la vez, era movimiento y cambio, indecisión y decisión. Sus cuerpos estaban ahí y a miles de kilómetros. Flotaban en el vacío, en una nada tan repleta, tan atestada, que solo una mente como la suya, diseñada para navegar por los procelosos mares de la magia, era capaz de entenderla, de comprender el infinito paisaje que se abría ante sus ojos.

Era el diseño del tiempo y el espacio; de lo que había sido, de lo que nunca sería y de lo que todavía esperaba ser. Era el mundo de las posibilidades, de las decisiones aún no tomadas, de la expectación.

Era todo y no era nada.

Estrechó entre los brazos que no eran suyos a la mujer que no estaba ahí, e intentó confortarla con su ausencia.

—No... ¿Qué? —jadeó ella.

—Cierra los ojos, *a'ghrá* —sugirió—. Será más fácil para ti.

—Pero tu madre...

—Ya viene —anunció él.

Podría percibir a Ona en cualquier lugar del universo, en cualquier momento o circunstancia, pero era precisamente ahí, en el Limbo, cuando la magia de su madre se mostraba en todo su inabarcable esplendor, rodeándolo hasta asfixiarlo con el mismo aliento de la vida latente. La cualidad del vacío que los rodeaba cambió, se alteró apenas y de forma radical, inundándose con la esencia de la que gobernaba sobre él.

—*Lo has atado.*

La voz de su madre resonó en su interior, hablándole a su mismo espíritu; a cada una de sus células. Diana se estremeció y supo que Ona también se había dirigido a ella.

—No había más opción —replicó él.

—*No, no la había. No para esta decisión* —reconoció Ona.

«Decisión». Para Ona solo existían decisiones, movimientos que alteraban la realidad que había sido y la convertían en la realidad que podía ser. El tiempo y el espacio eran demasiado sencillos para una mente como la suya. Él la entendía, comprendía los senderos de su pensamiento, pero llevaba demasiado tiempo entre humanos como para sentirse cómodo usando él mismo esos términos.

—*Pero el Velo es frágil, fiordhraoi. Nada está claro.*

—Haré mi trabajo, *motháir* —gruñó él, ignorando la referencia a su título y atacándola con su parentesco—. Aunque podías ayudarme por una vez, porque nunca hemos estado tan perdidos ni hemos tenido tantos problemas.

—*Sabes que no puedo* —respondió su madre. Para su sorpresa, creyó percibir un tono contrito en su voz—. *Mi misión no es intervenir ni juzgar, esa es la tuya. Yo no puedo tomar partido. El Equilibrio debe mantenerse y tú debes mantenerte en él.*

—No creo que vaya a acabar con el maldito equilibrio darnos una pista por una vez —protestó.

El Limbo tiritó con la rabia contenida de su madre. En sus brazos, Diana tembló con él.

—*Respetas tu título y tu objetivo, fiordhraoi* —bramó Ona—. *Lo único que puedo decirte es lo que ya sabes. No se puede comparar a nada a lo que os hayáis enfrentado antes, y no se comparará a nada que venga después. Deberéis mirar más allá del velo con el que cubrís vuestros ojos. Y tomar decisiones difíciles que deberéis meditar con cuidado, porque es mucho lo que hay en juego.*

Su madre calló de golpe. Pudo sentir la obstinación rodeándolo y asaeteándolo como flechas bien dirigidas, y supo que no le arrancaría ni una palabra más. Así que se obligó a serenarse y a cumplir con lo que lo había llevado ahí.

—Muy bien. Pues gracias por nada, como siempre —espetó—. De todos modos, no he venido por eso.

La esencia de su madre vibró con descontento, pero pareció aceptar su cambio de tema. Él sintió cómo su atención se desplazaba hacia Diana, y cómo ella se estremecía al sentir los intangibles dedos de su curiosidad recorriéndola por entero.

—*Dile que me mire* —ordenó Ona por fin.

—Diana piensa por sí misma, *motháir*, díselo tú —replicó él.

—*Es humana.* —Escupió la palabra como si pudiera contaminarla.

—Es mi magia —la corrigió, apelando a toda la dignidad y el poder que le daba esa magia, ahora completa.

Durante eones Ona vibró en el pozo de una rabia tan profunda que, aunque a él no consiguió alterarlo, arrancó un estremecimiento de pavor a la mujer que sostenía entre sus brazos. Por fin se serenó y se dirigió hacia ella con una frialdad que congeló hasta el sudor de su piel.

—*Mírame* —ordenó. Diana alzó la cabeza y sus ojos se convirtieron en dos cristales opacos; aturcidos, hipnotizados. Su madre había decidido mostrarse ante ella no como esencia, sino con su forma de mujer. Su belleza era tan inabarcable que resultaba hasta doloroso mirarla. Observó a Diana sin mostrar expresión alguna en ese rostro más que perfecto y, por fin, la liberó del hechizo de su imagen con una explosión de rabia mal contenida—. *Una humana* —repitió con desprecio.

—Tú ataste mi magia a ella, Ona —repuso él—. No puedes culparla.

—*Pero fue él quien hizo el resto* —se indignó Ona—. *Fue él quien lo estropeó*

todo.

—¿Quién? —preguntó él.

Pero casi en el mismo momento en que las palabras abandonaron sus labios, supo de quién estaba hablando su madre y sintió la presencia del culpable. Rio, y su risa se convirtió en mil flores y mil mariposas que flotaron en la nada celebrando su alegría.

—*Atháir* —saludó feliz—. Cuánto tiempo.

Una carcajada bonachona precedió a la aparición de Drag. El Limbo cambió y se alteró ante su presencia, adaptándose al poder de su padre, conmoviéndose con su espíritu y obedeciendo a sus dictados. Aidan y Diana se encontraron en el centro de un inmenso prado de un verde sobrenatural, acariciados por la luz de tres soles gemelos y con la brisa cálida de un verano sin fin despeinando sus cabellos.

Frente a ellos, una hermosa pareja los observaba. La mujer, rubia y fría como el invierno, con expresión inescrutable; el hombre, oscuro y cálido como el verano, con actitud amistosa y acogedora. Ella, severa; él, con la risa bailando, como siempre, en sus labios.

—Diana —sonrió él—. Te presento a Ona y Drag. Mis padres.

Antes de que ella pudiera saludar, Drag se acercó y la estrechó en un abrazo de oso, ante la divertida mirada de él y la ofendida de su madre. Cuando Diana le devolvió por fin el abrazo, aparentando estar más confundida que nunca antes, Drag la apartó colocando sus inmensas manazas sobre los hombros de ella, contemplándola, y soltó una nueva carcajada antes de volverse hacia él.

—¡Buen trabajo, hijo! —exclamó—. ¡Muy buen trabajo! Siempre has tenido un gusto excelente para las mujeres, pero esto... —Miró a su mujer de la cabeza a los pies sin ningún disimulo y sonrió ampliamente—. Esto es pura ambrosía.

—Gracias, *atháir*. Yo pienso lo mismo.

—Ah, pero tú ya la has saboreado —rio Drag—. Yo tengo que conformarme con el aroma de su piel.

—Eres un viejo verde —le riñó él con infinito afecto.

—No soy tan viejo —replicó su padre con un guiño—. Todavía puedo ganar a tu madre en su propio terreno, ¿verdad, *a'ghrá*?

Su madre lo miró con puro hielo en los ojos.

—Lo has estropeado todo —respondió sin inflexión.

—Yo diría que más bien lo he arreglado —repuso Drag—. Así es mucho más interesante.

—Perdón —intervino Aidan por fin—. Seguimos aquí, ¿recordáis? —ironizó. Si permitía que sus padres continuaran discutiendo, podían pasarse la eternidad en el Limbo—. ¿Os importaría contarme de qué habláis?

—Tu padre —Ona casi escupió la palabra— arruinó mi trabajo. Yo lo hice todo para protegerte, para mantener tu magia a salvo, y él... —Le dio la espalda como si no pudiera soportar mirarlo, aunque él sabía muy bien que, en realidad, eran esas luchas entre ambos las que los mantenían unidos.

—Soy un romántico incurable —sonrió Drag—, así que cuando supe que tu madre había atado tu magia, digamos que añadí una pequeña condición —explicó con una expresión tímida y modesta, más falsa que el pecado.

—¿Qué condición? —intervino Diana en tono apremiante. Drag se limitó a agitar las cejas hacia ella, burlón, sonriendo de oreja a oreja—. ¿Qué condición? —insistió más irritada que ansiosa.

Su padre le dedicó una mirada apreciativa.

—Tiene carácter —aprobó, dirigiéndose a él.

—Dímelo a mí —suspiró este—. Vamos, *atháir*, no nos tengas en vilo. ¿Qué has hecho?

—Cuánta impaciencia en dos seres que tienen toda la eternidad por delante... —dijo Drag en un suspiro sobreactuado.

La elección de palabras de su padre no pasó desapercibida a sus bien afinados oídos. La alegría nació en el pecho de Aidan y se extendió por su cuerpo como una marea, mientras una sonrisa encantada se abría paso a través de sus labios.

—¿Toda la eternidad? —preguntó.

Drag se encogió de hombros ante la mirada desaprobadora de Ona.

—Sí. Y déjame decirte que me pareció un detalle muy bonito que no tuvieras tu magia completa hasta que encontraras también a la mujer que pudiera complementarte —explicó.

—Y esa mujer tenía que ser una humana —se lamentó Ona.

—Pues claro —replicó Drag, muy orgulloso de sí mismo—. Tu hijo nunca sería feliz con una de esas princesas frías e indiferentes con las que llevas toda tu vida intentando emparejarlo —gruñó con aire despectivo—. Mírala. —Señaló a Diana—. Orgullosa, vital. Fuerte y dúctil como el mejor acero.

—Humana —repitió Ona, aferrándose a su mantra particular—. Siempre tienes que...

Su madre siguió desgranando ofensas presentes y pasadas ante la mirada imperturbable y divertida de su compañero, pero él no escuchaba ya. Su mente se había lanzado a una carrera enloquecida para asegurarse de que había entendido todo lo que su padre pretendía decirle. Cuando por fin lo tuvo claro, se dirigió a él, haciendo caso omiso del discurso ofendido de su madre.

—Entonces, ¿Diana no va a envejecer y morir? —preguntó.

—Claro que no —se indignó Drag—. Tu magia no puede morir, así que mientras tu magia habite en ella, tu mujer seguirá junto a ti.

—¿Mientras habite en mí? —intervino la pelirroja con voz temblorosa—. Pero si la magia se trasmite entre las mujeres de mi familia, si tengo una hija...

—No, no, no —la interrumpió Drag—. Solo se trasmite cuando una copa desaparece y en el momento en que desaparece. ¿Vas a darme siete nietos?

Aidan se estremeció de puro pavor.

—Primero déjame acostumbrarme a la idea de que me has buscado un alma

gemela, y luego hablamos de la descendencia, ¿vale? —gimió.

—Yo no te he buscado un alma gemela. —Él lo miró sin comprender. Las carcajadas de Drag no le dejaron terminar de estudiar la frase—. Pero qué idiota eres, Aidan. —Rio hasta que se le saltaron las lágrimas—. Ah, apuesto a que has pasado días preguntándote si esta deliciosa mujercita te gustaba por sí misma o porque tenía tu magia... —Adoraba a su padre, pero en ese preciso instante estaba valorando muy seriamente la posibilidad de acallar a golpes sus carcajadas. Lo miró de mal humor y la hilaridad de Drag no hizo sino empeorar. Cuando por fin consiguió calmarse, apoyó una de sus manazas en su hombro—. Es justo al contrario, hijo. Ella es tu magia porque tú la quieres.

—¿Ves? —intervino Diana—. Te lo dije.

—Lo que yo decía; te complementa —sonrió Drag hacia ella, aprobador—. Donde tú eres idiota, ella piensa como debe hacerlo; con el corazón. —Suspiró, sacudió la cabeza como si acabara de asaltarlo una idea peregrina y se apartó retrocediendo un par de pasos hasta situarse de nuevo junto a Ona—. Ahora marchaos ya. Los *Urcos* han marcado a la chica y debes ayudarla.

Aunque ya sospechaba la noticia, no pudo reprimir una ácida maldición susurrada.

—¿Marcado? ¿Qué...? —se espantó Diana—. ¿Laura? Aidan, ¿qué...?

—No te preocupes, *a'ghrá* —la serenó él, estrechándola entre sus brazos—. Laura está bien. Pero tenemos que irnos. —Ella asintió y él se despidió de sus padres con una inclinación de cabeza.

—Un momento —interrumpió Ona con frialdad—. Tú —dijo en dirección a Diana—. Si lo hieres, desearás morir.

Aidan supo lo que iba a pasar antes de que Diana acabara de procesar el tono y las palabras de su madre, y valoró por un segundo si sería oportuno detenerla. No lo hizo. Había batallas que debía aprender a librar por sí misma.

Su mujer se encaró a Ona con la rabia bullendo a flor de piel.

—Lo mismo te digo —espetó Diana, airada.

Las carcajadas de Drag se perdieron en la distancia mientras Aidan la recibía en sus brazos, riendo entre dientes, para llevarlos de vuelta a casa.

Estaba segura de que el cerebro humano no estaba preparado para transportarse de un extremo a otro de la realidad, porque a Diana le llevó unos minutos eternos volver a poner el mundo en su sitio y sentirse de nuevo como un ser completo y pensante. Y cuando por fin lo consiguió, miró a su alrededor y parpadeó confusa.

—Es de día —comentó en tono inquisitivo—. Era de noche cuando nos fuimos y ahora es de día.

Aidan le acarició la espalda en un gesto distraído.

—El tiempo no transcurre igual al otro lado del Velo —explicó—. Aquí han

debido de pasar un par de días. —La estrechó contra su pecho y le alzó la barbilla para obligarla a mirarlo a los ojos—. Bueno, ya lo has escuchado, pelirroja —dijo con una enorme sonrisa—. Mía para siempre —musitó antes de asaltarla con un beso lento y posesivo, que la dejó convertida en una masa jadeante de deseo y lujuria.

Se dejó llevar por la magia de sus labios y se olvidó por un instante de todo lo que la rodeaba, de todo lo que acababa de vivir. Hundió las manos en el cabello de Aidan y jadeó cuando su boca se apartó de la de ella y se deslizó hacia el sensible lóbulo de su oreja.

Estaba muy cerca de rendirse, de arrastrarlos a los dos sobre la arena y demostrarle que estaba tan encantada de pasar la eternidad junto a él como Aidan manifestaba con su cuerpo lo contento que estaba de tenerla apretada en su abrazo.

Deslizó las manos por sus costados, adorando con la yema de los dedos sus músculos, hasta llegar a la cinturilla de los vaqueros. Aidan dejó escapar un ronroneo travieso cuando sus manos recorrieron el borde de los pantalones hasta alcanzar el botón. Empezó a pelearse con el maldito chisme, pero las imágenes que la lujuria había mantenido escondidas en el fondo de su mente salieron a la superficie como una lluvia helada que enfrió todo el calor que la magia de la piel de Aidan había conjurado.

Él debió de percibir el cambio en su ánimo, porque se detuvo y suspiró contra su cuello.

—Laura —jadeó ella—. Esos... bichos... Tenemos que... ¿Qué dijo tu padre? ¿Qué...? —balbuceó.

—No te preocupes por eso ahora, Diana —rogó—. Está bien, de verdad.

—Pero tu padre dijo que... Algo de que la habían marcado. Y yo vi cómo... —Las imágenes de esos canes horribles saltando sobre Laura aparecieron ante ella como veloces diapositivas, una tras otra, atragantándose en su garganta e impidiéndole respirar.

Aidan le acarició la mejilla con suavidad.

—Los *canes de urco* marcan a sus víctimas cuando no consiguen matarlas —explicó en un tono tan dulce y suave que parecía poder borrar por sí mismo el horror de lo que le estaba contando—. Es un mal presagio, una marca de muerte. Pero no te preocupes —se apresuró a decir—. Hay formas de borrar esa marca y de ocultarla mientras no se consiga eliminar. Y yo las conozco todas —sonrió para infundirle ánimos.

—Quiero ir con ella —pidió en un murmullo.

—Y yo quiero ir con Roi —suspiró él. Pasó un brazo sobre sus hombros y echó a andar hacia el pazo—. Debe de estar culpándose, como un imbécil, por no haber frenado al urco a tiempo.

—No fue culpa suya —dijo.

—Eso díselo a él —sugirió Aidan—. Aunque no te va a creer, ya te lo advierto.

Caminaron en silencio hasta salir de la playa y alcanzar el sendero que conducía

al pazo. Ella era muy consciente de que le llevaría meses procesar todo lo que había pasado en los últimos días, pero por ahora solo podía centrarse en que Aidan era suyo... Y lo sería por toda la eternidad.

Era su mujer y su magia, y tendría mil vidas para vivirlas a su lado. Y, por una vez, sus miedos, sus inseguridades y su absurdo pasado sentimental no pudieron alcanzarla ni apagar la calidez que se extendía por su cuerpo, haciéndola sentir más viva que nunca. Completa por fin, junto al hombre que la sostenía como si pretendiera protegerla de todos los peligros y tristezas del mundo.

Habría tiempos difíciles, sin duda. Discutirían, por supuesto. Habría momentos en que querría matarlo y momentos en que él desearía no haberla conocido nunca.

Y todavía tenían que descubrir quién era la criatura que los acechaba y encontrar el modo de reparar el Velo.

Pero estaba junto al hombre que su corazón había elegido y juntos podrían superarlo todo.

Aunque...

—Aidan —llamó.

—Dime, pelirroja.

—Te pongas como te pongas, no pienso invitar a tu madre a pasar las próximas Navidades con nosotros —gruñó.

Él rio con ganas y la abrazó una vez más, casi cortándole la respiración, y ella se sintió en casa por primera vez en sus veintiséis años de vida.

Y para siempre.



SILVIA BARBEITO nació en A Coruña en 1969. Aunque estudió Derecho, en la actualidad trabaja en el sector hostelero, lo que sin duda es una fuente inagotable de inspiración... y desesperación.

El poco tiempo libre que le deja el negocio lo reparte entre leer, escribir, su familia y amigos, sus tres perras y un sinfín de aficiones que cambian tan a menudo como el clima. Su relato «Todo empezó con aquella maldita lavadora» fue seleccionado para formar parte de la antología *Calabazas en el trastero: Peste* (Ediciones Saco de huesos), y su cuento «Patatas» formó parte de la *Antoloxía de contos fantásticos* (Libros de Peto de Asecundega). Ha colaborado también con artículos y microrrelatos en diversos blogs y webs dedicados a la literatura y al fomento de la lectura.